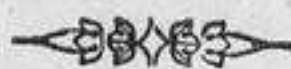


LIBRERIA DE
DONATO GUTIERREZ
ARENAL 14 MADRID

OBRAS COMPLETAS

de Figaro.





MARIANO JOSÉ DE LARRA.

OBRAS COMPLETAS

DE FÍGARO.

COLECCION DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS,
POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES,

publicados

EN LOS AÑOS 1832, 1833 Y 1834
EN EL POBRECITO HABLADOR, LA REVISTA ESPAÑOLA,
Y EL OBSERVADOR,

POR

D. Mariano José de Larra.

Tomo I.

BARCELONA.

IMPRESA DE LA PUBLICIDAD Á CARGO DE A. FLOTATS,
bajada de la Cárcel, num.^o 6.

1857.

6.978



PRÓLOGO DE LOS EDITORES.

Vamos á dar al público una edicion de las obras de D. Mariano José de Larra, el mas popular de nuestros escritores modernos, y que despues de Cervantes supo hermanar agradablemente la festividad y aparente ligereza del ingenio y el donaire del estilo, con las profundas miras del entendimiento y las prescripciones del buen gusto.

Apareció Larra en la época mas interesante de nuestra revolucion política y literaria, y en ninguna parte como en sus hermosos *Artículos* podria encontrarse un cuadro tan fiel, tan completo y tan animado de los agitados tiempos en que floreció nuestro amenísimo escritor. No podria describirse con fidelidad este período de la moderna historia de España sin dedicar un lugar preferente al malogrado Fígaro, que ni tuvo émulos, ni ha tenido sucesores.

Reunen sus escritos las principales condiciones que dan vida y lustre á las obras literarias: son inteligibles para la multitud, sin degenerar en superficiales; instruyen sin pedantería; divierten y deleitan sin halagar los instintos groseros del vulgo, ni los caprichos de la moda; ridiculizan y censuran amargamente sin entibiar la llama de la *admiracion* que moraliza y engrandece el corazon de los pueblos: son obras de circuns-

tancias en el buen sentido de esta palabra, porque al tiempo que pintan lo individual, lo pasajero, lo que interesa y llama la atención del momento, reflejan también lo general, lo inmutable, lo eterno, lo que en todos tiempos y en todas circunstancias atrae el amor y el respeto de los hombres, lo que al través de la *fermosa cobertura* que inventa el escritor, se descubre en el fondo de todas las grandes obras que han merecido el aplauso de las generaciones ilustradas.

Nuestros elogios no pueden añadir ningún quilate á la gloria de Fígaro, su reputación ha alcanzado ya aquel grado de superioridad en que se pronuncia, se aplaude y se respeta el nombre del escritor por los mismos que jamás han leído una sola línea de sus obras.

Muchas ediciones se han publicado de los escritos de Larra; pero la publicada en Madrid el año 1843 es la más completa, bien que no tanto como lo será la que hoy anunciamos al público.

La escasez de ejemplares de estas obras, la dificultad consiguiente de procurárselas, la casi necesidad de poseerlas, así para la juventud estudiosa como para los que buscan un rato de solaz y agradable distracción en la lectura de obras entretenidas al par que instructivas, nos ha movido á publicar la edición que hoy anunciamos.

Empezaremos por los Artículos políticos literarios y de costumbres, porque constituyen la parte más original, más bella y más importante de la colección; y á ellos seguirán el resto de sus composiciones literarias, si estos logran del público la aceptación que siempre les ha dispensado.

Los Editores.

..... D. Mariano José de Larra encabeza otra mucho mas fecunda, y en cierto modo representa la Época nueva que va discurriendo. Ello es cierto que el fondo de sus obras lleva estampado el sello del espíritu de los actuales tiempos, y su prosa sin participar del corte francés como ciertos autores de la Época anterior, toma de los antiguos la parte de armonía, elegancia y dición que es compatible con la mudanza sobrevenida en el idioma, y compone una frase que muy á menudo es modelo de la verdadera que hoy cuadre á las plumas españolas. ¿Y no marcan tambien otro período aquella aparente desigualdad, aquella viveza, aquel desasosiego que tanto le desemejan no solo del sesgo magestuoso de nuestros clásicos sino aun de la sátira de Quevedo? El hervor de los bandos políticos, la lucha de todos los intereses y de todas las creencias tienen en ella un intérprete cumplido, demasiado cumplido en verdad, ya que la agitacion social está allí como retratada, y el desventurado autor, víctima de ella y vacilante en su fe, ahinca en deducir sus amargas consecuencias de cuadros y de consideraciones no menos funestos que falseados. Pero este vacío y este vértigo pusieron en sus manos el arma del suicidio; y pues un féretro ensangrentado atestigua que no fingió su escepticismo, no pronunciamos su

nombre sino para compadecerle y llorar el extravío de tan gran talento, ni abramos sus obras sino para gozar de aquel su estilo enérgico é incisivo, vivo y lleno, ya rico de entonacion, ya familiarmente ligero y fácil, espresivo en sus descripciones de lugares, de hechos, de personas y de caractéres, á veces inocentemente chistoso, otras amargamente satírico y picante, no pocas animado con la vehemencia de la indignacion, y, duele decirlo, de una completa falta de esperanza. — Nació en Madrid á 24 de marzo de 1809, y puso término á su vida á la edad de 28 años, á 13 de febrero de 1837, despues de haber sido objeto de la general atencion con aquella série de artículos literarios, políticos y de costumbres, que sin disputa han sido lo mas profundo que durante los primeros años de este turbulento período llenó las páginas de los diarios. Ellos están diciendo el lugar que hoy ocuparia quien en tan corta vida dió tales muestras de una inteligencia privilegiada.

P. Piferrer.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION,

IGNORO que especie de interés puede tener para el público la coleccion que le ofrezco. Sea el que fuere, mis lectores conocerán fácilmente que si esa consideracion hubiese de entrar en la publicacion de los libros, apenas se imprimiria. Personas, harto indulgentes acaso con mi corto talento, ó demasiado amigas mias para conocer los defectos de mis escritos, me han asegurado que esta idea no carecia de oportunidad. No se mire, pues, bajo el punto de vista de su mérito ó su demérito: no se le dé otra importancia que la que debe tener para el observador una serie de artículos que, habiéndose publicado durante épocas tan fecundas en variaciones políticas, puede servir de medida para compararlas. Con la publicacion del *Pobrecito Hablador* empecé á cultivar este género arriesgado bajo el ministerio Calomarde; la *Revista Española* me abrió sus columnas en tiempo de Cea, y he escrito en el *Observador* durante Martinez de la Rosa. Esta coleccion será, pues, cuando menos, un documento histórico, una elocuente crónica de nuestra llamada libertad de imprenta.

Hé aquí la razon porque no he seguido en ella otro orden que el de las fechas. Esto presenta además cierta variedad al lector que quisiera leerla de seguido, pues encontrará un artículo grave de literatura entre otro de costumbres y otro de política.

La precipitacion con que se escribe en un periódico , y la influencia que ejercen las circunstancias en los redactores y en los lectores , son causa de que no pocas veces adquieran cierta efímera aceptacion , en el momento de ver la luz , algunos artículos , que , examinados detenidamente á sangre fria algun tiempo despues , mal pudieran resistir á la crítica mas indulgente. Por eso he desechado sin piedad varios de aquellos mismos que habian parecido agradar , y que en el dia ni aun á mí mismo me agradan ya.

He escogido los que presentan un interés general , los que aluden á circunstancias muy notables , los que pueden , en una palabra , dar una idea del estado de nuestras costumbres , de nuestra literatura , de nuestros teatros , y por fin de nuestras vicisitudes y parcialidades políticas durante los años 32 , 33 y 34.

Los demas , al escribirse con destino á un periódico , obra que nace y muere en el mismo dia , llevaban ya en su mismo objeto el castigo de su poca importancia.

Al formar esta serie he tratado de acrecentar su interés añadiéndole algunos artículos nuevos é inéditos , que someto como los demas al juicio de mis lectores , y que se hallarán en el segundo tomo.

Por último , he pensado que si existen efectivamente personas que dispensen alguna predileccion á mis escritos , siempre les ofrece esta coleccion suficiente interés , en el hecho de tener en ella reunidos los artículos de Fígaro , que han visto la luz diseminados en tres obras periódicas distintas , y cuyas colecciones es difícil que posea todas é íntegras una persona misma.

Nada me queda que añadir. Si no he acabado de escribir , si nuevos artículos de esta misma especie salen de mi pluma en lo sucesivo , y si el público , con la acogida que dé á esta coleccion , me prueba que no me he equivocado en creerlo siempre indulgente para mí , acaso se añada con el tiempo algun otro tomo á los que en el dia con la mayor desconfianza le presento.

EL AUTOR.

MI NOMBRE Y MIS PROPÓSITOS.

*Fig. .. Ennuyé de moi, dé-
gouté des autres... supérieur aux événements;
loué par ceux-ci, blâmé par ceux-là aidant au
bon temps, supportant le mauvais; me mo-
quant des sots, bravant les méchants... vous
me voyez en fin...*

Le Comte. ¿Qui t'a donné une philosophie aussi gaie ?

*Fig. L'habitude du malheur. Je me presse de rire
de tout, de peur d'être obligé d'en pleurer.*

Beaumarchais. Le Barbier de Seville. Acte premier.

MUCHO tiempo hace que tenia yo vehementísimos deseos de escribir acerca de nuestro teatro ; no precisamente porque mas que otros le entienda , sino porque mas que otros quisiera que llegasen todos á entenderle. Helo dejado siempre , porque dudaba las unas veces de que tuviésemos teatro , y las otras de que tuviese yo habilidad : cosas ambas á dos que creia necesarias para hablar de la una con la otra.

Otras dudillas tenia además : la primera, si me querrian oir : la segunda, si me querrian entender : la tercera, si habria quien me agradeciese mi cristiana intencion, y el evidente riesgo en que claramente me pusiera de no gustar bastante á los unos, y disgustar á los otros mas de lo preciso.

En esta no interrumpida lucha de afectos y de ideas me hallaba , cuando uno de mis amigos (que algun nombre le he de dar) me quiso convencer no solo de que tenemos teatro , sino tambien de que tengo habilidad ; mas fácilmente hubiera creido lo primero que lo segundo ; pero él me concluyó diciendo : que en lo de si tenemos teatro , yo era quien habia de decírselo al público ; y en lo de si tengo habilidad para ello , que el público era quien me lo habia de decir á mí. Acerca del miedo de que no me

quieran oír, aseguróme muy seriamente que no sería yo el primero que hablase sin ser oído; y que como en esto mas se trataba de hablar que de escuchar, mas preciso era yo que mi auditorio. Ridículo es hablar, me añadió, no habiendo quien oiga; pero todavía sería peor oír sin haber quien hable. Acerca de si me querrian entender, me tranquilizó afirmándome: que en los mas no estaria el daño en que no quisiesen, sino en que no pudiesen. Y en lo del riesgo de gustar poco á unos y disgustar mucho á otros, «¡pardiez! me dijo, que os embarazais en cosas de poca monta. Si hubieren cuantos escriben de pararse en estas bicocas, no veríamos tantos autores que viven de fastidiar á sus lectores: á mas de quedaros siempre el simple recurso de disgustar á los unos y á los otros, dejándolos á todos iguales; y si os motejan de torpe, no os han de motejar de injusto.»

Desvanecidas de esta manera mis dudas, quedábame aun que elegir un nombre muy desconocido, que no fuese el mio, por el cual supiese todo el mundo que era yo el que estos artículos escribia; porque esto de decir: *yo soy fulano*, tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es y muy bueno no parecerlo. Díjome el amigo que debia de llamarme Fígaro, nombre á la par sonoro y significativo de mis hazañas; porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatan, enredador y curioso además, si los hay. Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes, tirando siempre de la manta y sacando á la luz del dia defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir á todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que ó no dicen lo que piensan, ó piensan demasiado lo que dicen.

Paréceme que por hoy habré hecho lo bastante si me doy á conocer al público yo y mis intenciones. El teatro será uno de mis objetos principales, sin que por eso reconozca límites ni mojones determinados mi inocente malicia; y para que se vea que no soy tan satírico como dan en suponerlo, mil pequeñeces habrá que deje á un lado continuamente, y que muy de tarde en tarde haré entrar en la jurisdicción de mi crítica.

Con respecto por ejemplo á los actores, y sobre todo á los nuevos que nos van dando continuamente, y los cuales todos daria

el público de buena gana por uno solo mediano, ya me guardaría yo muy bien de fundar sobre ellos una sola crítica contra nuestro ilustrado Ayuntamiento. Acaso rija en los teatros la idea de aquel famoso general, de cuyo nombre no me acuerdo, si bien he de contar el lance que los actores muchos pero malos me recuerdan.

Hallábase con su gente este general en su posición, y recibió aviso de que se acercaba á mas andar el enemigo. — Mi general, le dijo su edecan, ¡el enemigo! — ¿El enemigo, eh? preguntó el general. Déjele usted que se acerque. — ¡ Señor, que ya se le ve? dijo de allí á un rato el edecan. — Cierto ¡ ya se le ve! — ¿Y qué hacemos, mi general? añadió el edecan. — Mire usted, contestó el general como hombre resuelto, mande usted que le tiren un cañonazo; verémos como lo toma. — ¿Un cañonazo, mi general? dijo el edecan. Estan muy lejos aun. — No importa, un cañonazo he dicho, repuso el general. — Pero señor, contestó el edecan despechado, un cañonazo no alcanza. — ¿No alcanza? interrumpió furioso el general con tono de hombre que desata la dificultad, ¿no alcanza un cañonazo? — No señor, no alcanza, dijo con firmeza el edecan. — Pues bien. concluyó S. E., que tiren dos.

Eso decimos por acá. Darle un actor malo al público á ver cómo lo toma: ¿no alcanza, no gusta? darle dos.

Menos diré por consiguiente que tanto los nuevos como los viejos creen que su oficio es oficio de memoria, y que puede asegurarse sin escrúpulo de conciencia que los mas dicen sus papeles, pero no los hacen, porque acaso nuestros actores se lleven la idea de un loco que vivia en Madrid no hace mucho, solo en su cuarto y sin consentir comunicacion con su familia. Movidó de los ruegos de ésta, fuele á visitar un amigo, y en el desorden de su cuarto notó entre otras cosas que no debia de hacer nunca su cama: tal estaba ella de mal parada. ¿Pero es posible, señor don Braulio, le dijo el amigo al loco, es posible que ni ha de consentir usted que hagan su cama, ni la ha de hacer usted, ni... — No, amigo, no; es mi sistema. — Pero, ¿qué sistema? — Tengo razones. — ¿Razones? — No amigo, respondió el loco; no haré mi cama, no la haré; y acercándosele al oido, añadióle con aire misterioso: «no la hagas y no la temas:» A este refran se atienen sin duda nuestros cómicos cuando no hacen una co-

media. No hacemos la comedia, dicen como el loco, porque: *no la hagas y no la temas.*

Pues tan comedido como con los teatros, he de ser poco mas ó menos con todas las demas cosas. Ni pudiera ser de otra suerte: en política sobre todo, y en puntos que atañen al gobierno, ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? Como suelen decir, esto se hace sin gana, y si ya desde hoy no nos soltamos á encomiarlo todo de una vez, es porque somos como cierto sujeto de Ubeda, cuyo caso no he de callar por vida mia, mas que en cuentos y relatos me llame el lector pesado. — Habia llamado el tal á un pintor, y mandádole hacer un cuadro de las once mil vírgenes, y el contrato habia sido darle un ducado por vírgen, que por cierto no fue caro. Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo, pero era claro que ni cupieran once mil cuerpos en un lienzo, ni habia para que ponerlas todas: habia, pues, imaginado el pintor de Ubeda figurar un templo de donde iban saliendo, y así solo podrian contarse alguna docena en primer término, dos ó tres docenas en segundo, é infinided de cabezas que de las puertas salian; contó callandito el aficionado á vírgenes las que alcanzaba á ver, y preguntóle en seguida al artista cuánto valia el cuadro conforme al contrato. — Respondióle aquel que claro estaba, que once mil ducados. — ¿Cómo puede ser eso? le repuso el que habia de pagar, si aqui no cuento yo arriba de cien cabezas. — No ve vuestra merced, contesto el pintor, que las demas están en el templo y por eso no se ven? Pero... — ¡Ah! pues entonces, concluyó el aficionado, tome vuestra merced por hoy esos cien ducados que corresponden á las que han salido, y con respecto á las demás, yo se las iré pagando á vuestra merced conforme vayan saliendo.

Vaya, pues, haciendo nuestro ilustrado gobierno de las suyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando.

Así que, me iré muy á la mano en estas y en todas las materias, y antes de pronunciar que hay una sola cosa reprehensible, veré cómo y cuándo, y á quién lo digo, asegurando desde ahora que no sé qué angel malo me inspira esta maldita tentacion de reformar, y que entro en esta obligacion con la misma disposicion de ánimo que tiene el soldado que va á tomar una batería.

EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS.

Pierde, pordiosea
 el noble, empeña, malbarata,
 quiebra y perece, y el logrero goza
 los pingües patrimonios.

Jovellanos.

EN prensa tenia yo mi imaginacion no ha muchas mañanas (1) buscando un tema nuevo sobre que dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya me pedia conversacion, y acaso nunca lo hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no lo hubiera encontrado, porque entre tantas apuntes y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas no contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educacion de las mas escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar: es decir esto, que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leidas; contar, no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse de rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con que soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia para eso la paga, y aun la

(1) Carnaval del año 1832.

suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros paises, porque ha viajado por el extranjero á fuer de buen criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que habia de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata: á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que mas le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque este es tal que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazón de su mejor amigo con la mas singular gracia y desenvoltura que en esgrimidor alguno se ha conocido.

Con esta esquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que mas lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera habia de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquin esta mi fragilidad, y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serian y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia á mi sobrino. — *¿Mi sobrino?* pues debe de ser la una. — No señor, son las ocho no mas. — Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pié, vestido, y en mi casa á las ocho de la mañana. — Joaquin, *¿tú á estas horas?* — *¡Querido tio, buenos dias!* — *¿Vas de viaje?* — No señor. — *¿Qué madrugon es este?* — *¿Yo madrugar, tio?* todavía no me he acostado. — *¡Ah! ¡ya decia yo!* — Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile. Francisco se ha ido á casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme... — *¿Seis no mas?* — No mas. — No se me hacen muchos. — Tenia que engañar á seis personas. — *¿Engañar?* Mal hecho. — Querido tio, usted es muy antiguo — Gracias, sobrino, adelante. — Tio mio, tengo que pedirle á usted un gran favor. — *¿Seré yo la séptima persona?* — *¡Querido tio!* ya me he quitado la más-

cara. — Dí el favor; y eché mano de la llave de mi gaveta. — En el dia no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion de Breguet que me vió usted dias pasados? — Sí; que te habia costado cinco mil reales. — No era mia. — ¡Ah! — El marqués de *** acababa de llegar de París, queria mandarla limpiar, y no conociendo á ningun relojero en Madrid, le prometí enviársela al mio. — Sigue. — Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenia yo aquel dia un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido... — Adelante. — Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazón me hallaba sin un cuarto... mi honor era lo primero, además que andan las ocasiones por las nubes... — Sigue. — Empeñé la repeticion de mi amigo. — ¡Por tu honor! — Cierto. — ¡Bien entendido! ¿y ahora? — Hoy cómo con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y... — Ya entiendo. — Ya ve usted, tio... esto pudiera producir un lance muy desagradable. — ¿Cuánto es? — Cien duros. — ¿Nada mas? no se me hace mucho.

Era claró que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podia hacer un tio tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los míos. — Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repeticion. — *Quand il vous plaira*, querido tio.

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo así, y comencé á sospechar desde luego que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres. — Tio, aquí será preciso esperar. — ¿A quién? — Al hombre que sabe la casa. — ¿No la sabes tú? — No señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos. — ¿Y se les confían repeticiones de cinco mil reales? — Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está. — ¿Este es el honrado corredor? y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podia seguir la huella del tiempo en una cara como la debe de tener precisamente el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que mas parecian nacidos en aquella cara, que efectos de encuentros desgraciados; mirar bizco, como

de quien mira y no mira, barbas independientes, crecidas, y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocia, con mas lodo que cordoban; uñas de escribano, y una pierna, de dos que tenia, que, por ser coja, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servia á éste de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor se podia decir exactamente aquello de que: *Tripas llevan pies*; metal de voz además que á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador. — Está eso, señorito? — Está; tio, déselo usted. — Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte. — Caballero, no hay cuidado. — No lo habrá ciertamente, porque no lo daré. Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veia escapársele de las manos su repetición por una etiqueta de esta especie; pero yo me mantuve firme, y le fue preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificación que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *cicerone*, mas aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente: — Caballero, me dijo al oido, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras frioleras por si usted gusta. — Gracias, honrado corredor. Llegamos por fin, á fuerza de apisonar con los pies calles y encrucijadas, á una casa, y á un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré esplicar cuan mal se avenian á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desvan, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habian venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diria dentro de sus límites ocurridas? ¿qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿qué seria escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¿qué diálogo pudiera trabar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira? Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobre manera al reconocer en los dos prestamistas que

dirigian toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelearan con aquel comercio: avergonzáronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada, de estas que llevan en sí una larga reconvencion, sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre, introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus misterios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repeticion y contar el dinero; yo imaginé que aquel debia de ser lugar mas á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice; calé el sombrero hasta las cejas; levanté el embozo hasta los ojos; púseme á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y dí á mi observacion libre rienda que caminase por do mas le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta, y un jóven vestido modestamente pregunta por el corredor.

«Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso. — Ya le he dicho á usted que por ropas es imposible. — ¡Un frac nuevo! ¡una levita poco usada! ¿No ha de valer esto mas de diez y seis duros que necesito? — Mire usted, aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como usted; nadie parece á sacarlas, y nadie da por ellas el valor que se prestó. — Mi ropa vale mas de cincuenta duros; te juro que antes de ocho dias vuelvo por ella. — Eso mismo decia el dueño de aquel surtú, que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la... — Pepe, te daré lo que quieras, mira; estoy comprometido; ¡no me queda mas recurso que tirarme un tiro!» Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por diez y seis duros un jóven de tan buen aspecto. ¿Quién sabe sino habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia...? Iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: ¡Mal hecho! — Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W.** y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mia, á quien he prometido acompañar... Al oír esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera, menos poseido ya de mi ardiente caridad. — ¡Es

posible! traiga usted una alhaja. — Ni una me queda, tú lo sabes; tienes mi reloj, mis botones, mi cadena... — ¡Diez y seis duros! — Mira, con ocho me contento. — Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho. — Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificación..... — Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño..... ¿A ver el frac? Respiró el jóven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que habia hecho. — Dentro de tres dias vuelvo por ello. A Dios. Hasta pasado mañana. — Hasta el año que viene. — Y fuese cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oidos las pisadas y *le fioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.** Y. en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitacion. — ¡Don Fernando! — A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales. — ¡Señora! — ¿Me ha enviado usted esta esquila? — Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á usted... es un hombre ordinario... y como hemos dado ya mas de lo que valen los adornos que tiene usted ahí... — ¿Pero no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle, ó me muero del sofoco.... — Yo, señora... — Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis brazaletes para esta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de funcion; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará mas mientras no le satisfaga. — Si yo fuera solo... — ¿Reñiremos? ¿No sabe usted que esta noche el juego solo puede producir?... ¡Nos fué tan mal la otra noche! ¿Quiere usted mas billetes? no me han dejado mas que seis. Envie usted á casa por los efectos que he dicho. — Yo conozco.... por mí... pero aquí pueden oirnos; entre usted en ese gabinete. Entráronse, y se cerró la puerta tras ellos.

Siguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí y necesitaba armarse para volver á jugar; dejó un reloj, tomó diez, firmó quince, y se despidió diciendo: Tengo corazonada; voy á sacar veinte onzas en media

hora, y vuelvo por mi reloj: otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algun empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descalabada de los crecidos intereses: algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y solo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia mas de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habianse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado y fue-se, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien mas conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? ¿Pero qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡bien haya la vanidad!

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora; habíase secado el manantial de sus lágrimas.

— A Dios, y no falte usted á la noche, dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. — Descuide usted; dentro de media hora enviaré á Pepe, respondió una voz ronca y mal segura. — Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla; y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H.** Z. Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y asistí al baile. Los músicos tocaron: las luces ardieron. ¡Oh elocuencia de la belleza! ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retiréme temprano, que no les sienta bien á mis canas ver en-

trar á Febo en los bailes ; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirijia la palabra. Un *á Dios* bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado. Acaso habia sido yo tan necio como loco mi sobrino. No era mucho, decia yo, que un jóven los pidiera ; ¡ pero que los diera un viejo !

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesía, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola :

*De estos niños Madrid vive logrado,
y de viejos tan frágiles como ellos,
porque en la misma escuela se han criados.*

EL CASARSE PRONTO Y MAL.

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenia otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual habia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leia la vida del santo, se oia misa todos los dias; se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el Domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre; que entonces no se llamaba *papá*, con la mano mas besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algun libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solia decir, á pretesto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educacion fuese mejor ni peor que la del dia; solo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena ó mala educacion no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresion doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicacion con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el mas divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenia dos ojos muy hermosos y nunca bebia vino, emigró á Francia.

Escusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educacion tenia tan malos cimientos como

la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del año cristiano á Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber mas ahora porque las dejaba, que antes porque las tenia. Dijo que el muchacho se habia de educar como convenia; que podria leer sin orden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y qué sé yo que mas cosas decia de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustracion, añadiendo que la religion era un convenio social en que solo los tontos entraban de buena fé, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre y madre* eran cosa de brutos, y que á *papá y mamá* se les debia tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó mas que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupacion es la primera preocupacion de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse mas rienda de la que se le habia dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar, y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de como no habia Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenia el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metia en cuestiones, y era hablador, y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oia hablar todos los dias de aventuras escandalosas, y de los amores de fulanita con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una jóven, personita muy bien educada tambien, la cual es verdad que no sabia gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los dias, una novela sentimental con la

mas desatinada aficion que en el mundo jamás se ha visto: tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenia una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de piés y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la nueva Eloisa; y no hay mas que decir sino que á los cuatro dias se veian los dos inocentes por la ventanilla de la puerta, y escurrian su correspondencia por las rendijas; sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados, y por último, un su amigo, que debia de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habian dado principio á sus amores porque no se dijese que no vivian sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer despues á pié juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podria venir á parar aquella inocente aficion ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupacion y de sus luces, nunca habia podido desprenderse del todo de cierta aficion á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: primera que hay despreocupados por este estilo; y segunda que somos nobles; lo que equivale á decir, que desde la mas remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza; aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones porque estaba mi sobrinito destinado á morir-se de hambre si no se le hacia meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nacion entera? Averiguóse, pues, que no tenia la niña un origen tan preclaro, ni mas dote que su instruccion novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó tambien la parte contraria que el niño no tenia empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa? — Quiero á Elenita, respondió mi sobrino. — ¿Y con qué fin, caballerito? — Para casarme con ella. — Pero no tiene usted ni empleo ni carrera. — Eso es cuenta mia... — Sus padres de usted no consentirán... — Si señor; usted no conoce á mis papás. — Perfectamente: mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mante-

nerla, y el permiso de sus padres; pero en el interin, si usted la quiere tanto, escuse por su mismo decoro sus visitas. — Entiendo. — Me alegro, caballero;» y quedó nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero dirémos en suma que hubo prohibicion de salir y de asomarse al balcon, y de corresponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su eleido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, y que en cuanto á comer, ni eso hacia falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habian de faltar unas sopas de ajo.

Poco mas ó menos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, tambien concluia de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistia en que era independiente: que en cuanto á haberle criado y educado nada le debia, pues lo habia hecho por una obligacion imprescindible, y á lo del ser que le habia dado, menos, pues no se lo habia dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron tambien los padres, y despues de haber intentado infructuosamente varios medios de seduccion y raptó, no dudó nuestro paladin, vista la obstinacion de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario: púsose el plan en ejecucion, y á los quince dias mi sobrino habia reñido ya decididamente con su madre, habia sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el dia, de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veian mas cada dia, y se amaban mas cada noche. Por fin amaneció el dia feliz; otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algun dinero, uniéronse

con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes y la niña no sabia mas que acariciar á su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazowrka, y Medoro no sabia mas que disputar. Ello sin embargo el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salia de mañana á buscar dinero, cosa mas difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con que dar de comer á su mujer le detenia hasta la noche... Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posicion. Mientras que Augusto pasa el dia lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los zelos y la rabia. Todavía se quieren, pero en casa donde no hay harina todo es mohina; las mas inocentes espresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el mas seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardia; se suceden unos á otros los reproches, y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducia: á los continuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros, que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos mas rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo, su noble orgullo insufrible altanería, su garrulidad divertida y graciosa locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos estan ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora cono-

ce que sus pies son grandes y sus manos feas : ninguna amabilidad , pues , para ella , ninguna consideracion. Augusto no es á los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor , flexible y condescendiente ; es un holgazán , un hombre sin ninguna habilidad , sin talento alguno , celoso y soberbio , déspota y no marido... en fin , ¡ cuánto mas vale el amigo generoso de su esposo , que les presta dinero , y les promete aun proteccion ! ¡ Qué movimiento en él ! ¡ qué actividad ! ¡ qué heroismo ! ¡ qué amabilidad ! ¡ qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos ! ¡ qué no permitir que ella trabaje en labores groseras ! ¡ qué asiduidad , y qué delicadeza en acompañarla los dias enteros que Augusto la deja sola ! ¡ qué interés , en fin , el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra...

¡ Oh poder de la calumnia y de la miseria ! Aquella mujer que si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener , hubiera sido acaso una Lucrecia , sucumbe por fin á la seducccion y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa ; sus hijos estan solos. — ¿ Y mi mujer ? ¿ y sus ropas ? — Corre á casa de su amigo — ¿ No está en Madrid ? ¡ Cielos ! ¡ Qué rayo de luz ! ¿ Será posible ? Vuela á la policia , se informa. Una jóven de tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cadiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles , los vende , toma un asiento en el primer carruaje , y étele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja , y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cadiz. Llega : son las diez de la noche , corre á la fonda que le indican , pregunta , sube precipitadamente la escalera , le señalan un cuarto cerrado por dentro ; llama ; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazon ; redobla los golpes ; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es un hombre , es un rayo que cae en la habitacion ; un chillido agudo le convence de que le han conocido ; asesta una pistola , de dos que trae , al seno de su amigo , y el seductor cae revolcándose en su sangre ; persigue á su miserable esposa , pero una ventana inmediata se abre , y la adúltera , poseida del terror y de la culpa , se arroja sin reflexionar en una altura de mas de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza mas completa : sale precipitado del teatro del

crimen, y encerrándose, antes de que le sorprendan, en su habitacion, coge aceleradamente la pluma, y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente.

«Madre mia, dentro de media hora no existiré: cuidado de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes mas sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quiteis una religion consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quienes lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonor y mi crimen: harto cara pago mi falsa despreocupacion. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. A Dios para siempre.»

Acabada esta carta se oyó otra detonacion que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que con el mas bello corazon se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, despues de haber leído aquella carta, y llamádome para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al mas funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

Hijo... despreocupacion... boda... Religion... infeliz..., son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresion, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos mas joviales que para mejor ocasion les tengo reservados.

EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo dia para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento mas sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenian adoptado nuestros [padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que pareceria el negarse grosería, ó por lo menos ridícula afectacion de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algun tropezon me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; mas de una sonrisa maligna, mas de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban, me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos contrones que al volver las esquinas di con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situacion de mi espíritu, ¿qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creido hacérmele mas que mediano, dejándome torcido para todo el dia, traté solo de volverme por conocer quién fuese tan mi

amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy? — Un animal, iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y substituyendo cantidades iguales, — *Braulio eres*, le dije. Al oirme, suelta sus manos, rie, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. — ¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido? — ¿Quién pudiera sino tu... — ¿Has venido ya de tu Vizcaya? — No, Braulio, no he venido. — Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días? — Te los deseo muy felices — Dejáte de cumplimientos entre nosotros, ya sabes que yo soy franco y castellano viejo; el pan pan, y el vino vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dárme los; pero estás convidado — ¿A qué? — A comer conmigo — No es posible. — No hay remedio. — No puedo, insisto ya temblando. — ¿No puedes? — Gracias. — ¿Gracias? Vete á paseo: amigo, como no soy el duque de F., ni el conde de P... — ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? — No es eso, sino que... — Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos, en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente: tendremos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. tocará y cantará alguna cosilla. — Esto me consoló algun tanto, y fué preciso ceder: un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. — No faltarás, sino quieres que riñamos. — No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger — Pues hasta mañana; y me dió un torniscon por despedida. Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurrendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que

se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educacion mas escogida y modales mas suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razon, defiende que no hay educacion como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las mas encantadoras de todas las mujeres: es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien le sucede poco mas ó menos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas, solo porque tuvo un querido que llevaba una escrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mútuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato, que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo solo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. Él se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento se le *espetea á uno cara á cara*: como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumpro y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco mas que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusion, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corpora-

cion con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben donde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocia ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise sin embargo escusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un dia de dias en semejantes casas: vestíme sobre todo lo mas despacio que me fué posible, como se [reconcilia al pié del suplicio el infelizreo, que quisiera tener cien pecados mas cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos: déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los dias; no hablo del inmenso círculo con que guarnecia la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer mas frio que en verano. Ven-gamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí el señor de X., que debia divertirnos tanto, gran conoedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien habia de cantar y tocar estaba ronca, en tal disposicion que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenia un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

—Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa querida mia. — Espera un momento, le contestó su esposa, casi al oido; con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro, y... — Bien, pero mira que son las cuatro... — Al instante comerémos. — Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

Señores , dijo el Anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza : en mi casa no se usan cumplimientos. ¡ Ah , Fígaro , quiero que estés con toda comodidad ; eres poeta ; y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones , no se ofenderán si te prefiero : quítate el frac , no sea que le manches. — ¿ Qué tengo de manchar ? le respondí , mordiéndome los labios. — No importa, te daré una chaqueta mia ; siento que no haya para todos. — No hay necesidad. — ¡ Oh ! sí, sí, ¡ mi chaqueta ! Toma , mírala ; un poco ancha te vendrá. — Pero , Braulio... — No hay remedio ; no te andes con etiquetas ; y en esto me quita él mismo el frac , *velis nolis* , y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual solo asomaba los pies y la cabeza , y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Díle las gracias : al fin el hombre creía hacerme un obsequio !

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja , poco mas que banqueta de zapatero , porque él y su muger , como dice , ¿ para qué quieren mas ? Desde la tal mesita , y como se sube el agua del pozo , hace subir la comida hasta la boca , adonde llega goteando despues de una larga travesía ; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular , y estar cómodos todos los días del año , es pensar en lo escusado. Ya se concibe, pues , que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa ; así que, se habia creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrian comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida , y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la mas fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distincion entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas, que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres , cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado , digámoslo así , como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus

fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

— Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el Anfitrión una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys; frase que creyó preciso decir. Necia afectación es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella espresion mas verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. — Sírvase usted. — Hágame usted el favor. — De ninguna manera. — No lo recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí. — Perdone usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores, exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Estremadura; siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á este otro y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que escusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los dias, por una vizcaina auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

— Este plato hay que disimularle, decia esta de unos pichones; están un poco quemados. — Pero, mujer... — Hombre me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas. — Qué lástima que este pavo no haya estado media hora mas al fuego! se puso algo tarde. — ¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? — ¿Qué quieres? Una no puede estar en todo. — ¡Oh, está escelente, exclamábamos todos dejándonoslo en el plato, escelente! — Este pescado está pasado. — Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡El criado es tan bruto! — ¿De dónde se ha traído este vino? — En eso no tienes razon!, porque es... — Es malísimo. — Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que es-

taban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetian tan amenudo, servian tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas habia podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenia la faz encendida y los ojos llorosos. — Señora, no se incomode usted por esto; le dijo el que á su lado tenia. — ¡Ah! le aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa: ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, irémos á la fonda y no tendrás... — Usted, señora mia, hará lo que... — ¡Braulio! ¡Braulio! Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la espresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada mas ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la mas crasa ignorancia de los usos sociales? ¿que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿por qué habrá gentes que solo quieren comer con alguna mas limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenia hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roido; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la autopsia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. — Este capon no tiene coyunturas, exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, mas como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa mas rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos

mas felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con animo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa descende como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el mas horroroso estruendo y confusion. ¡Por san Pedro! esclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. — Pero sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas, donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! solo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay mas desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla esquisito, que he rehusado en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion; roncas ya las voces piden versos y

décimas, y no hay mas poeta que Fígaro. — Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pié forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pié: *Á don Braulio en este dia.* — Señores ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta — No se sale de aquí sin decir algo. Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*.

Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, esclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, ni honores; líbrame de los convites caseros y de dias de dias; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento; en que solo se pone la mesa decente para los convidados; en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones; en que se hacen finezas; en que se dicen versos; en que hay niños; en que hay gordos; en que reina en fin la brutal franqueza de los castellanos viejos. Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un roastbeef, desaparezca del mundo el beefsteck, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo pais, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse; al paso que las otras hacen ostencion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

VUELVA USTED MAÑANA.

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza: nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos mas sérios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de éste pecado, por mas que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados seria un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institucion ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á mas de un cristiano.

Estas reflexiones hacia yo casualmente no hace muchos dias, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que en buena ó mala parte han de tener siempre de nuestro pais una idea exagerada é hiperbólica; de estos que ó creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, ó que son aun las tribus nómades del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algun cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los paises.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen á primera ni á segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen despues de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas estrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos

hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetracion. Tal es el orgullo del hombre, que mas quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprendibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para estrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendacion para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en Paris de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulacion industrial ó mercantil, eran los motivos que á nuestra patria le conducian.

Acostumbrado á la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo sino encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideracion, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposicion, y fue preciso esplicarme mas claro. Mirad, le dije, Mr. Sans-délai, que así se llamaba; vos venís decidido á pasar quince dias, y á solventar en ellos vuestros asuntos. — Ciertamente me contestó. Quince dias, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quien soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquel me dé, legalizadas en debida forma, y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues solo en este caso haré valer mis derechos), al tercer dia se juzga el caso y soy dueño de lo mio. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto dia ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, admitidas ó desechadas en el acto, y son cinco dias; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, sino me conviene estar mas tiempo aquí, y me vuelvo á mi casa;

aun me sobran de los quince cinco dias.— Al llegar aquí Mr. Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacia rato en el cuerpo, y si mi educacion logró sofocar mi importuna jovialidad, no fué bastante á impedir que se asomase á mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal mi grado.— Permitidme, Mr. Sans-délai, le dije entre socarron y formal, permitidme que os convide á comer para el dia en que lleveis quince meses de estancia en Madrid.— ¿Cómo?— Dentro de quince meses estais aquí todavía.— ¿Os burlais?— No por cierto.— ¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!— Sabed que no estais en vuestro país activo y trabajador.— ¡Oh! los españoles que han viajado por el estrangero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país para hacerse superiores á sus compatriotas.— Os aseguro que en los quince dias con que contais no habreis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperacion necesitais.— ¡Hipérbolos! Yo les comunicaré á todos mi actividad.— Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la esperiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarian mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el dia siguiente, y salimos entrambos á buscar un genealogista, lo cual solo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitacion, declaró francamente que necesitaba tomarse algun tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos dias. Sonreíme, y marchámonos. Pasaron tres dias; fuimos.— Vuelva usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía.— Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente dia, porque el amo acaba de salir.— Vuelva usted mañana nos respondió al otro, porque el amo está durmiendo la siesta.— Vuelva usted mañana, nos respondió el lunes siguiente, porque hoy ha ido á los toros. ¿Qué dia, á qué hora se ve á un español? Vímosle por fin, y vuelva usted mañana, nos dijo, porque se me ha olvidado.— Vuelva usted mañana porque no está en limpio. A los quince dias ya estuvo;

pero mi amigo le habia pedido una noticia del apellido Diez, y él habia entendido Diaz, y la noticia no servia. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, habia sido preciso buscar un traductor: por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar, el traductor: de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo despues otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí: un sastre tardó veinte dias en hacerle un frac, que le habia mandado llevarle en veinte y cuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince dias para plancharle una camisola; y el sombrerero, á quién le habia enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos dias con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistian á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondian á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

¿Qué os parece de esta tierra, Mr. Sans-délai? le dije al llegar á estas pruebas. — Me parece que son hombres singulares... — Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca.

Presentóse con todo, yendo y viniendo dias, una proposicion de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficazísimamente.

A los cuatro dias volvimos á saber el éxito de nuestra pretension. — Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido hoy. — Grande causa le habrá detenido, dije yo entre mí. Fuímonos á dar un paseo, y nos encontramos; qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era el dia siguiente, y nos dijo el portero: vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia

hoy. Grandes negocios habrán cargado sobre él, dije yo : como soy el diablo, y aun he sido duende, busqué ocasion de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debia costar trabajo el acertar. — Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero ; su señoría está en efecto ocupadísimo.

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el espediente habia pasado á informe, por desgracia á la única persona enemiga indispensable de Mr. y de su plan, porque era quien debia salir en él perjudicado. Vivió el espediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenia unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la seccion de nuestra bendita oficina de que el tal espediente no correspondia á aquel ramo ; era preciso rectificar este pequeño error ; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes ; y étenos caminando despues de tres meses á la cola siempre de nuestro espediente, como huron que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso al llegar aquí que el espediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. De aquí se remitió con fecha de tantos, decian en uno. — Aqui no ha llegado nada, decian en otro. — ¡ Voto va ! dije yo á Mr. Sans-dé-lai : ¿sabeis que nuestro espediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algun tejado de esta activa poblacion ?

Hubo que hacer otro. ¡ Vuelta á los empeños ! vuelta á la prisa ! ¡qué delirio ! — Es indispensable, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares. — Es decir, que el toque estaba, como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro espediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, despues de cerca de medio año de subir y bajar, y estar á la firma, ó al informe, ó á la aprobacion, ó al despacho, ó debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al márgen que decia : «A pesar de la justicia y utilidad del plan del esponente, negado.» — ¡ Ah, ah ! Mr. Sans-délai, es-

clamé riéndome á carcajadas : este es nuestro negocio. Pero Mr. de Sans-délai se daba á todos los oficinistas , que es como si dijéramos á todos los diablos. — ¿Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Despues de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente : *Vuelva usted mañana* , y cuando este dichoso *mañana* llega en fin , nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo á darles dinero? ¿y vengo á hacerle favor? Preciso es que la intriga mas enredada se haya fraguado para oponerse á nuestras miras. — ¿Intriga , Mr. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga ; os juro que no hay otra : esa es la gran causa oculta : es mas fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí , no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa , aunque sea una pequeña digresion.

Ese hombre se va á perder , me decia un personaje muy grave y muy patriótico. — Esa no es una razon , le repuse ; si él se arruina , nada se habrá perdido en concederle lo que pide : él llevará el castigo de su osadía ó de su ignorancia. — ¿Cómo ha de salir con su intencion? — Y suponga usted que quiere tirar su dinero , y perderse ; ¿no puede uno aqui morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa? — Puede perjudicar á los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere. — ¿A los que lo han hecho de otra manera , es decir , peor? — Sí , pero lo han hecho. — Seria lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Con qué porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible , será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrian perjudicar los antiguos al moderno. — Así está establecido ; así se ha hecho hasta aquí ; así lo seguiremos haciendo. — Por esa razon deberian darle á usted papilla todavía como cuando nació. — En fin , señor Fígaro , es un extranjero. — ¿Y porqué no lo hacen los naturales del país? — Con esas socaliñas vienen á sacarnos la sangre. — Señor mio , exclamé , sin llevar mas adelante mi paciencia : está usted en un horror harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos á todo lo bueno , y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada , de quererlo adivinar todo y no reconocer

maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir á los que sabian mas que ellas.

Un extranjero, seguí, que corre á un país que le es desconocido, para arriesgar en él sus caudales, pone en circulacion un capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero; si pierde, es un héroe; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearlos solos. Ese extranjero que se establece en este país no viene á sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y á la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus mas caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán: en vez de extraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traia, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la poblacion con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los extranjeros, á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; á los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar á ser las últimas; á los extranjeros han debido los Estados-Unidos... Pero veo por sus gestos de usted, concluí, interrumpiéndome oportunamente á mí mismo, que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto si usted mandara podríamos fundar en usted grandes esperanzas!

Concluida esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai.— Me marchó, señor Fígaro, me dijo: en este país no hay tiempo para hacer nada; solo me limitaré á ver lo que haya en la capital de mas notable.— ¡Ay! mi amigo, le dije, idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia: mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.— ¿Es posible?— ¿Nunca

me habeis de creer? Acordaos de los quince dias... — Un gesto de Mr. Sans-délai me indicó que no le habia gustado el recuerdo.

Vuelva usted mañana, nos decian en todas partes, porque hoy no se ve. — Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso especial. — Era cosa de ver la cara de mi amigo al oir lo del memorialito: representábale en la imaginacion el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentóse con decir: *Soy extranjero*. ¡Buena recomendacion entre los amables compatriotas míos! Aturdiase mi amigo cada vez mas, y cada vez nos comprendia menos. Dias y dias tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, despues de medio año largo, si es que puede haber un medio año mas largo que otro, se restituyó mi recomendado á su patria, maldiciendo de esta tierra, dándome la razon que yo ya antes me tenia, y llevando al extranjero noticias escelentes de nuestras costumbres; diciendo sobre todo que en seis meses no habia podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que á la vuelta de tanto mañana eternamente futuro, lo mejor, ó mas bien lo único que habia podido hacer bueno habia sido marcharse.

¿Tendrá razon, perezoso lector (si es que has llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razon el buen Mr. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el dia de mañana con gusto á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestion para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy; si mañana ú otro dia no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para hojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré como á mí mismo, que todo esto veo, y conozco y callo mucho mas, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza mas de una conquista amorosa; abandonar mas de una pretension empezada, y las esperanzas de mas de un empleo, que me hubiera sido acaso, con mas actividad, poco menos que asequible; renunciar en fin, por pereza de hacer una visita justa ó necesaria, á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto á las once, y duermo siesta; que paso haciendo el quinto pie de la mesa de un café, hablando ó ron-

cando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo mas que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce ó la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué, y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha mas de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé *Vuelva usted mañana*; que todas las noches y muchas tardes he querido durante todo este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome á mí mismo con la mas pueril credulidad en mis propias resoluciones: ¡Eh! ¡mañana le escribiré! Da gracias á que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!

REPRESENTACION

de los ZELOS INFUNDADOS, ó el MARIDO EN LA CHIMENEA, comedia en dos actos y en verso de don Francisco Martinez de la Rosa.

La pasion de los zelos, tratada ya por otros en el teatro con mas ó menos felicidad, ha sugerido al señor Martinez de la Rosa esta produccion de que presentamos á nuestros lectores un rápido análisis.

Don Anselmo, hombre entrado ya en la edad madura, y enlazado en matrimonio con doña Francisca, jóven y hermosa, sufre el tormento de los zelos, y como dice el autor en su bella esposicion :

*Marido entrado en edad
y mujer de pocos años,
¿qué habia de suceder?*

Don Eugenio, hermano de esta, que acaba de llegar de la Habana, acompañado de su primo Cárlos, intenta, á instancia de este jóven atolondrado, corregir á don Anselmo de su manía, que alimenta diariamente con chismes y enredos un bribon de criado de estos que

*Son como perros de puerta:
á una sombra, á un espantajo
le ladran, se avanzan, muerden:
viene un ladron disfrazado,
les echa un poco de pan,
y le dejan libre el paso.*

Don Anselmo no conoce á los recién llegados, y así es muy fácil hacer pasar al primo por el hermano: pónese el plan en ejecucion, y don Anselmo cree tener en su casa, en el amigo de su cuñado, que se finge sordo para poder ejecutar su parte mas á la libertad, al seductor mas perfecto de la tierra. Inútil es advertir que un hombre, ya por sí zeloso, no puede vivir tranquilo

con semejante huésped, y mas si á esto se agregan los continuos avisos del redomado sirviente. Préstase, pues, á una infinidad de ridiculeces que pone en práctica para averiguar las intenciones de su natural enemigo, y descende hasta el extremo de esconderse en la chimenea para oír sus galanteos á su propia esposa.

Don Eugenio, como es de esperar, carga la mano en sus requiebros, y el marido sale de la chimenea cubierto de hollin, y decidido á echar de su casa al que, segun él, intenta deshonorarle, lo cual pone en práctica por medio de una esquela.

Pero el seductor fingido, fuera ya de la casa, soborna fácilmente al criado, y se hace introducir en la habitacion de doña Francisca durante la ausencia de su esposo: es de presumir que ha de dejarse sorprender para la realizacion de su plan. Vuelve don Anselmo, escóndese en una despensa á don Eugenio: de allí á poco un ruido extraordinario alarma al marido: su mujer tiembla las consecuencias de su inocente intriga, y se arroja á sus pies toda turbada. Don Anselmo corre en busca del escondido, y en el momento en que una trájica aventura hubiera podido desgraciar todas las benéficas intenciones de nuestros intrigantes, don Carlos descubre apresuradamente el enredo: le pone ante la vista la inocencia de su esposa, la identidad de sus personas, como hermano y primo, la índole del criado en que ponía su confianza, y que tantas veces ha dado lugar con falsas sugerencias á sus infundados zelos, y lo ridículo, en fin, de la posicion de un marido que cree ver un seductor en todo hombre, y de la manía que le espuso á tener zelos de su mismo cuñado. El zeloso queda convencido, reconocidos los parientes, despedido el tunante del criado, y mas enamorado don Anselmo que nunca de su virtuosa consorte, promete no volver á importunarla con nuevas sospechas injustas.

Un lenguaje puro y hábilmente manejado, un estilo decoroso, un diálogo bien cortado, lleno de viveza y donaire, una versificación robusta, un conocimiento estremado de los recursos dramáticos, y de los efectos teatrales, y el hombre reducido á la convicción por medio del ridículo nos revelan al filósofo, al autor cómico, al poeta. Nuestra posicion nos impone, sin embargo, el deber de entrar en pormenores mal nuestro grado. Primeramente, estos planes, como éste (y como el de la *Indulgencia para todos* por ejemplo), en que no nacen los incidentes y la convicción

de la naturaleza de las cosas y de los acontecimientos que ocurren diariamente al protagonista, sino en que los demás personajes producen los sucesos á placer por medio de disfraces ó ficciones, no nos parecen los mas seguros, porque de su naturaleza ha de resultar necesariamente que al descubrir al sugeto á quien se quiere corregir que todo ha sido un artificio, su convicción se ha de debilitar y se ha de volver en contra precisamente del fin que se desea. Un zeloso, que duda de la virtud de su mujer, y que escondido la oyó quedar triunfante, se tranquiliza; pero si se le descubre que el seductor era hermano de su mujer, y que esta lo sabia, el hombre dará por nula esta prueba, y querrá justamente recurrir á otra: el demostrarle que su criado era capaz de soborno, no solo no puede tranquilizarle si no que debe hacer renacer en él mil dudas antiguas acaso ya desvanecidas. Este zeloso, por otra parte, á quien se le presenta una nueva seducción de su mujer para hacerle ver que sus zelos son infundados, no es ningun visionario, no tiene tales infundados zelos, supuesto que él mismo la oye requebrar. El único medio de corregir á un zeloso, si hay alguno, es demostrarle hasta la evidencia que su mujer es virtuosa, y al zeloso de Martinez de la Rosa solo se le demuestra que el que galanteaba á su esposa es su hermano. Así que, solo quedará para corregirle el cuadro fuertemente coloreado de las ridiculeces á que se entrega el que vive de esta manera dominado de una manía de semejante especie. Baron en su zeloso incurrió, si mal no nos acordamos, en el mismo defecto de hacer galantear á su esposa por un su hermano: el zeloso dirá siempre una vez descubierto el estrecho parentesco: ¿Era su hermano? cierto: soñé ofensas, ¿pero y quando no lo sea?

Nos parece algo traído por los cabellos el modo de enterarse el criado de la conversacion de los dos hermanos, y el señor Martinez de la Rosa hubiera podido encontrar un medio mas dramático y motivado. ¿No podria haberse justificado algo mas la mudanza repentina del criado, á quien vemos en el primer acto tan adicto á su amo? No basta siempre el soborno, es preciso antes que el espectador esté convencido de que es sobornable el criado. Hemos creído notar algun trozo en que el autor ha remedado algun otro del *Viejo y la Niña*, sobre todo en el papel de Juan.

Algunas otras observaciones haríamos, si no nos detuviese una reflexión que no podemos desechar, cuando se trata de un autor

como el señor Martinez de la Rosa. ¿Serán estos que nos parecen defectos realmente defectos, ó nos lo harán parecer tales nuestros cortos conocimientos? Mucha fuerza nos hace esta consideracion, y mas si recordamos las bellezas de los Zelos infundados: la esposicion, la escena cómica de la chimenea y la cinta, la sor-dera tan oportunamente imaginada, de que ha sacado el autor tanto partido, el empeño de don Anselmo de hacer borracho al criado, su cojera supuesta, y la manera original con que en esta escena aclara sus dudas el zeloso etc. etc., y el final, en fin, tan rápida como aguda y delicadamente concluido.

YO QUIERO SER COMICO.

—
Anchè io son pittore.

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no ha muchos dias tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vuelta sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel dia en la Revista. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese sério, porque no está siempre un hombre de buen humor, ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico; porque mientras yo no haga mas que cumplir con las obligaciones de fiel coronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira mas ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por mas inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un jóven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el jóven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita, y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplecase á mi vista senti-

mientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa.

— ¿Es usted el redactor llamado Fígaro?

— ¿Qué tiene usted que mandarme?

— Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

— Es claro... Si usted me necesita...

— Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

— Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

— Yo soy un jóven...

— Lo presumo.

— Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

— ¿Al teatro?

— Si señor... Como el teatro está cerrado ahora...

— Es la mejor ocasion.

— Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearia que usted me recomen-dase...

— ¡Bravo empeño! — ¿A quién?

— Al Ayuntamiento.

— ¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

— Es decir, á la empresa.

— ¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

— Le dire á usted... segun algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

— En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

— Sin embargo... como yo quiero ser cómico...

— Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

— ¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

— No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

— Por eso, yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pié en una corporacion.

— Ya le entiendo á usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted castellano?

— Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

— Pero la gramática y la propiedad, y...

- No señor, no.
- Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...
- Perdone usted.
- Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.
- Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... mire usted...
- No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?
- Sí señor, sí, todo eso digo yo.
- Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso.
- ¿Aprendió usted historia?
- No señor; no sé lo que es.
- Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...
- Nada, nada, no señor.
- Perfectamente.
- Le diré á usted... en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre á la romana.
- Esto es: aunque sea griego el asunto.
- Sí señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; según... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es mas moderno ó del día, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacon y media en los padres.
- ¡Ah! ¡ah! Muy bien.
- Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...
- ¡Bravo!
- Porque ellos suelen saberlo.
- ¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?
- Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar solo para desmentirle á uno...

además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

— ¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

— No es gran cosa; pero eso no es esencial.

— ¿Y de educación, de modales y usos de sociedad, á qué altura se halla usted?

— Mal; porque, si va á decir verdad, yo soy pobrecillo; yo era escribiente en una mala administracion, me echaron por holgazan, y me quiero meter cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

— Y tiene usted razon.

— Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté á ninguno de ellos.

— Ni conocerá usted el mundo, ni el corazon humano.

— Escasamente.

— ¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

— Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, y mandaré con mucho imperio...

— Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicacion, mandan poco y sin dar gritos...

— Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

— Ya me hago cargo.

— Por ejemplo; si hago un papel de juez, aunque esté delante de señores ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero; porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi baston de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

— No se puede hacer mas.

— Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

— Muy bien.

— Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos

brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpas, me temblarán siempre las manos como perlático ó descoyuntado; y aunque el papel no apunte mas de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intencion marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

— ¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

— ¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que esta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

— ¿Y los graciosos?

— Esto es lo mas fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequin...

— Usted hará furor.

— ¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intencion ó lucimiento que en mi parte se presenten.

— ¿Y memoria?

— No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

— Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relacion del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

— Sí señor: y, en fin, cuando uno no sabe su relacion se dice cualquier tontería, y el público se la rie. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

— Ya sé ¡ya!

— Vez hay que en una comedia en verso añada uno un párra-

fo en prosa : pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada mas comun que añadir.....

— ¡ Ya se ve, que hacen muy bien ! Pues señor , usted es cómico , y bueno. ¿ Usted ha representado anteriormente ?

— ¡ Vaya ! En comedias caseras. He alborotado con el *Garcia* y el *Delincuente honrado*.

— No mas ; no mas ; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted , ¿ sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos , aunque no los entienda ; alabar las comedias por el lenguaje , aunque no sepa lo que es , ó por el verso mas que no entienda siquiera lo que es prosa ? ...

— ¿ Pues no tengo de saber , señor ? eso lo hace cualquiera.

— ¿ Sabrá usted quejarse amargamente , y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente ? ¿ sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para ? ...

— Vaya si sabré ; precisamente ese es el tema nuestro de todos los dias. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por mas tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado : « Venga usted acá , mancebo generoso , exclamé todo alborozado ; venga usted acá , flor y nata de la andante comiquería ; usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro , en que solo comian los hombres bellotas y pacian á su libertad por los bosques , sin la distincion del tuyo y del mio. Usted será cómico en fin , ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio. »

Diciendo estas y otras razones , despedí á mi candidato , prometiéndole las mas eficaces recomendaciones.

YA SOY REDACTOR.

¿Por qué estraña fatalidad ha de anhelar el hombre siempre lo que no tiene? ¿Preguntémosle á un jóven barbilucio que desea? ¿Cuándo tendré barbas? esclama en su interior. Nácenle las barbas: y héle allí maldiciendo ya del barbero y de la navaja. ¿Cuándo hallaré en mi Filis correspondencia? le grita en el fondo de su corazon un deseo innato de amar y de ser amado. Ya oyó el sí. ¡Gozó el bien que deseaba! Y ya maldice del amor y sus espinas. ¿Le prefiere Laura? Pues todo su deseo se cifra en conquistar á Amira que le desprecia. ¿De qué nace esta sed insaciable, este deseo vividor, reemplazado por otros y otros deseos que rápidamente se suceden sin encontrar jamás sino imperfecta satisfaccion? El P. Almeida, si mal no me acuerdo, dice entre otras cosas curiosas, y aun lo afianza, que la Providencia quiso poner en nosotros este deseo implacable, para que nos atestigüese eternamente que no hacemos en este mundo transitorio sino una corta peregrinacion, y que la satisfaccion de nuestros deseos no está en esta vida, sino en otra mas perfecta y duradera. Así debe de ser; y cierto, que vivimos de todas suertes agradecidos á la prevision y ardiente caridad con que el reverendo padre nos quiso sacar de esta peregrina duda. Yo que no tengo un ápice de metafísico, y que dejo la resolucion de estos problemas á aquellos que tienen mas noticias ciertas que yo de nuestro destino: me ciño á decir que el deseo existe, y esto basta para mi propósito.

Yo Fígaro, soy de ello una viva prueba: no bien me habia tentado el enemigo malo, y sentí los primeros pujos de escritor público, cuando dieron en írseme los ojos tras cada periódico que veia, y era mi pio para mañana y noche: ¿Cuándo seré redactor de periódico? Figurábaseme, sí, desde luego obra de romanos el llenar y embutir con verdades luminosas las largas columnas de un papel público; pero en cambio era para mí de la mayor

consideracion el imaginarme á la cabeza de una seccion literaria, recibiendo comunicados atentos y decorosos, viendo diariamente consignadas en indelebles caracteres de imprenta mis propias ideas y las de mis amigos, y sin mas trabajo, á mi parecer, que el haber de contar y recontar al fin de mes los sonantes doblones que el público desinteresado tiene la bondad de depositar en cambio de papel en los arcones periodísticos de una empresa, luz y antorcha de la patria, y órgano de la civilizacion del país.

Dejemos aparte las causas y concausas felices ó desgraciadas que de vicisitud en vicisitud me han conducido al auge de periodista: lo uno porque al público no le importarán probablemente, y lo otro porque á mí mismo podria serme acaso mas difícil de lo que á primera vista parece el designarlas. El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista: miréme de alto á bajo, sorteando un espejo que á la sazón tenia, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio de su pequeñez, y díme á escudriñar detenidamente si alguna alteracion notable se habria verificado en mi físico; pero por fortuna eché de ver que, como no fuese en la parte moral, lo que es en la exterior y palpable, tan persona es un periodista como un autor de folletos. *Ya soy Redactor*, exclamé alborozado, y echéme á fraguar artículos, bien determinado á triturar en el mortero de mi crítica cuanto malandrin literario me saliese al camino en territorio de mi jurisdiccion. Pero ¡ay de mí! insensato, que chasco sobre chasco, vivo hoy tan desengañado de periodista como de autor de comedias. Diré brevemente lo que me aconteció, sin descubrir por otra parte los recursos ocultos que mueven la gran máquina de un periódico, ni romper el velo del prestigio que cubre nuestros altares, que eso fuera sobrado é inoportuno desinterés; y juzgue el lector si no es preferible vivir tranquilamente suscrito á un periódico, que haberle sabia y precipitadamente de componer.

¡Señor Fígaro! Un artículo de teatros. — ¿De teatros? Voy allá. — Yo escribo para el público, y el público, digo para mí, merece la verdad: el teatro, pues, no es teatro: la comedia es ridícula: el actor A. es malo, y la actriz H. es peor. ¡Santo cielo! Nunca hubiera pensado en abrir mi boca para hablar de teatros. Comunicado á renglon seguido en mi papel y en todos los contemporáneos, en que el autor de la comedia dice que es escelen-

te, y el articulista un *acéfalo*: se conjuran los actores, cierran la puerta del teatro á mis comedias para lo sucesivo, y ponen el grito en los cielos. ¿Quién es el fátuo que nos critica? ¡Pícaro traductor, ladron, pedante!!! ¿Y esto logra el pobre amigo de la verdad y de la ilustracion? ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Precipítome huyendo del teatro en la literatura. Un señor oncopetado acaba de publicar una obra indigesta. «Señor redactor, me dice en una carta seductora, confio en el talento de usted y en nuestra amistad, de que le tengo dadas bastantes pruebas (por desgracia suele ser verdad), que hará un juicio crítico de mi obra, imparcial (imparcial llama él á un juicio que le alabe), y espero á usted á comer para que juntos departamos acerca algunas ideas que convendria indicar, etc., etc.» Resista usted á estas indirectas, y opte usted entre la ingratitud y la mentira. Ambos vicios tienen sus acerbos detractores, y unos ú otros se han de ensangrentar en el triste Fígaro. ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Bueno! Traduciré noticias; al trabajo; corto mi pluma, desenvuelvo el inmenso papel extranjero; ahí van tres columnas. — ¿Tres columnas he dicho? al dia siguiente las busco en la Revista, pero inútilmente. — Señor director; ¿qué se hicieron mis columnas? — ¡Calle usted (me responde) ahí están; no han servido: esta noticia es inoportuna; esa arriesgada; la otra no conviene; aquella de mas allá es insignificante; estotra es buena, pero está mal traducida! — Considere usted que es preciso hacer ese trabajo en horas, replico lleno de entusiasmo; el hombre llega á cansarse... — Si usted es hombre que se cansa alguna vez, no sirve usted para periódicos... — Me dolia ya la cabeza... — Al buen periodista nunca le debe doler la cabeza... — ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Dejémonos de ese fárrago; yo no sirvo para él. Vaya un artículo profundo: hojeo el Say y el Smith; de economía política será. — Grande artículo (me dice el editor); pero, amigo Fígaro, no vuelva usted á hacer otro. — ¿Por qué? — Porque esto es matarme el periódico. ¿Quién quiere usted que le lea, sino es jocoso, ni mordaz, ni superficial? Si tiene además cinco columnas... Todos se me han quejado; nada de artículos científicos, porque nadie los lee. Perderá usted su trabajo. — ¡Oh qué placer el de ser redactor!

— Encárguese usted de revisar los artículos comunicados, y sobre todo las composiciones poéticas de circunstancias... — Ay señor editor, pero habrá que leerlas... — Preciso, señor Fígaro... — Ay señor editor, mejor quiero rezar diez rosarios de quince dieces... — ¡ Señor Fígaro!... — ¡ Oh qué placer el de ser redactor!

Política y mas política. ¿Qué otro recurso me queda? Verdad es que de política no entiendo una palabra. ¿Pero en qué niñerías me paro? ¡ Si seré yo el primero que escriba política sin saberla! Manos á la obra: junto palabras y digo: conferencias, protocolos, derechos, representacion, monarquía, legitimidad, notas, usurpacion, cámaras, córtes, centralizar, naciones, felicidad, paz, ilusos, incautos, seduccion, tranquilidad, guerra, beligerantes, armisticio, contraproyecto, adhesion, borrascas políticas, fuerzas, unidad, gobernantes, máximas, sistemas, desquiciadores, revolucion, órden, centros, izquierda, modificacion, bill, reforma, etc., etc. Ya hice mi artículo, pero ¡ oh cielos! El editor me llama. — Señor Fígaro, usted trata de comprometerme con las ideas que propala en ese artículo... — ¿ Yo propalo ideas, señor editor? Crea usted que es sin saberlo. ¿ Con que tanta malicia tiene?... — Si usted no tiene pulso... — Perdone usted; yo no creí que mi sistema político era tan... yo le hice jugando... — Pues si nos pára perjuicio, usted será el responsable... — ¿ Yo, señor editor? ¡ Oh qué placer el de ser redactor!

¡ Oh, si esto fuese todo, y si solo fuera uno responsable, pobre Fígaro, de lo que escribe! Pero ¡ ah! tocamos á otro inconveniente; supongo yo que ni apareció el autor necio, ni el actor ofendido, ni disgustó el artículo, sino que todo fué dicha en él. ¿ Quién me responde de que algun maldito yerro de imprenta no me hará decir disparate sobre disparate? ¿ Quién me dice que no se pondrá *Camellos* donde yo puse *Comellas*, *torner* donde escribí yo *Forner* *ritómico* donde *ritmico*, y otros de la misma familia? ¿ Será preciso imprimir yo mismo mis artículos? ¡ Oh qué placer el de ser redactor! ¡ Santo cielo! ¿ Y yo deseaba ser periodista? Confieso como hombre débil, lector mio, que nunca supe lo que quise; juzga tú por el largo cuento de mis infortunios periodísticos, que mucho procuré abreviarte, si puedo y debo con sobrada razon esclamar ahora que ya lo soy, ¡ oh qué placer el de ser redactor!

DON CÁNDIDO BUENAFÉ.

ó

EL CAMINO DE LA GLORIA.

Don Cándido Buenafé es un excelente sujeto, de estos de quienes solemos decir con no envidiable conmiseración: «Es un infeliz.» Empleado desde pequeño en un ramo de no mucha importancia, es todo lo más si sabe leer la Gaceta, y redactar, con mala sintáxis y peor ortografía, algún oficio sobrecargado de fórmulas y traslados, ó hacer un extracto largo de algún expediente corto; pero en medio de su escasa ciencia, es bastante modesto para desear que su hijo Tomasito sepa más que él, para lo cual no le es necesario felizmente hacer extraordinarios esfuerzos ni sacrificios. En el tiempo de la libertad de la imprenta, leía ó devoraba don Cándido los muchos papeles públicos que veían la luz, y llegó á formar alta idea de todo hombre capaz de escribir para el público; cosa que él vea por consiguiente en letra de molde, tiene para él una autoridad irrecusable; porque cuando ve que hay quien se tome la pena de imprimirla, mecanismo de que no tiene idea alguna, dice para sí: ¡sabido se lo tendrá! Por lo tanto era de buena fe liberal en los años nulos, porque acababa de leer y exclamaba: tiene razón; y después ha sido realista de buena fe en los años válidos, porque lee la Gaceta y exclama: ¡ya se ve que dicen bien! Un partidario de ese temple es una alhaja impagable para toda especie de gobiernos mientras haya imprenta; y más si añadimos que cree como en su salvación en los partes de los encuentros y escaramuzas que en los papeles públicos suelen venir consignados, y se estasia de placer cuando se encuentra con aquello de que: «de los enemigos murieron tantos centenares de hombres, y nosotros no he-

mos tenido mas que un contuso y algun sargento desmayado » ó cosa semejante. Daria yo , dice algunas veces , la mitad de mi sueldo por poder escribir un artículo de esos retumbantes de política. ¡ Voto vá ! ¡ qué hombres esos, y que talentos ! ¡ Y como le convencen á uno con sus discursos ! Media vida diera yo , y la mitad de la otra media porque mi hijo Tomasito pudiera el dia de mañana hacer otro tanto. Llevado de esta idea ha hecho aprender latin al muchacho , y en el dia le ha dado un maestro de francés , porque dice que en sabiendo francés ya se sabe todo lo que hay que saber ; y que él conoce á no pocos sabios de campanillas en esta tierra que no saben otra cosa. Como dos meses llevaria el angelito, que tiene á la sazón catorce años, de traducir mal y leer peor el *Calipso se trouvoit inconsolable du départ d'Ulysse*, cuando me lo trajo una mañana su papá, y ambos á dos me hicieron una visita, cuyos interesantes detalles no quiero en ninguna manera perdonar á mis curiosos lectores.

—Señor Fígaro, me dijo don Cándido abrazándome , aquí le presento á usted á mi hijo Tomás, el que sabe latin ; usted no ignora que yo le crio para literato ; ya que yo no puedo serlo, que lo sea él y saque de la oscuridad á su familia. ¡ Ay , señor Fígaro , como yo le vea famoso , muero contento ! Hízome á esta sazón Tomasito una cortesía tan zurda que no pude menos de fundar grandes esperanzas en sus disposiciones literarias. Su exterior y sus palabras estaban en armonía con las de casi todos los jóvenes del dia ; díjome que era verdad que no tenia sino catorce años ; pero que él conocia el mundo y el corazón humano, *comme ma poche* ; que todas las mujeres eran iguales , que estaba muy escarmentado, y que á él no le engañaba nadie ; que Voltaire era mucho hombre , y que con nada se habia reido mas que con el *Compère Matthieu*, porque su papá, deseoso de su ilustracion , le dejaba leer cuanto libro en sus manos caia. En cuanto á política me añadió : « Yo , y Chateaubriand pensamos de un mismo modo » ; y á renglon seguido me habló de los pueblos y de las revoluciones como pudiera de sus amigos de la escuela. Confieso que se me figuró el muchacho esa fruta que suelen vender en Madrid , que arrancada verde aun del árbol , y madurada por el traqueteo y la prisa del viaje , tiene todo el exterior de la pasada madurez , sin haber tenido nunca la lozanía ni el sabor de la juventud y de la sazón. Los muchachos del ilus-

trado siglo XIX, dije para mí, llegan á viejos sin haber sido nunca jóvenes. — Sentáronse mis amigos, el viejo jóven y el jóven viejo, y sacó don Cándido de su faltriquera un legajo abultado.

Dos objetos tiene esa visita, me dijo: primero para que Tomasito se vaya soltando en el francés, le he dicho que traduzca una comedia; hála traducido, y aquí se la traigo á usted.

— ¡Hola!

— Sí señor; algunas cosillas ha dejado en blanco, porque no tiene allí mas diccionario que el de Sobrino... y...

— Sí...

— Usted tendrá la bondad de enmendar lo que no le parezca bien; y como usted entiende eso de darla al teatro... y las diligencias que hay que practicar...

— ¡Ah! ¿Usted quiere que se represente?

— Sin duda... le diré á usted; el dinerillo que saque es para él...

— Sí señor, dijo el muchacho, y papá me ha prometido hacerme un vestido negro para cuando acabe una tragedia excelente que estoy haciendo...

— ¡Tragedia!

— Sí señor, en once cuadros... ya sabe usted que en Paris no se hacen ya esas obras en actos... sino en cuadros.

— Es una tragedia romántica. El clasicismo es la muerte del genio, como usted sabe... ¿Le parece á usted que se podrá representar?

— ¿Y qué inconveniente ha de haber?

— ¿Le diré á usted, interrumpió don Cándido, tiene dada ya una comedia de costumbres.

— Con perdon de usted, se apresuró á decir Tomasito: cuando la hice no habia leído á Victor Hugo, ni tenia los conocimientos que tengo en el dia...

— ¡Ah! ya.

— Pues mi hijo dió esa comedia, y verá usted lo que sucedió á mi entender. Entregámosla á un sujeto que corre con recibir las comedias: dijo que era corriente; y que la enviaria á censura: la envió, pues.

— Papá, perdone usted; primero se perdió...

— Cierto... se perdió, y nunca se pudo encontrar, y hubo que sacar otra copia, y pasó á censura.

— Papá , perdone usted ; que antes fué al corregimiento.

— Es verdad : fué al corregimiento , y de allí... pasó despues á la censura eclesiástica ; por mas señas que fué á un escelente padre , y en un momento , esto es , en un par de meses , la despachó : volvió al corregimiento , y fué de allí á la censura política : en una palabra , ello es que en menos de medio año salió prohibida...

— ¡ Prohibida !

— Sí señor , y yo no sé á la verdad... porque mi comedia...

— Diga usted que hicieron bien , señor Fígaro : ¡ éste escribe siempre con una intencion !!! lo que ha mamado en sus libros... baste con decirle á usted que su madre se moria de risa al leerla , y yo lloraba de gozo... hubo que rehacerla... y por fin se logró que pasara la nueva.

— ¡ Hola !

— Pero aguarde usted : como los señores que dirigen la cosa no estan muy allá que digamos en eso de comedias , la hubieron de enviar á un cómico que dicen que es hombre que lo entiende , y tiene gran mano en las compañías : éste dijo que no valia cosa , y todo fué , segun yo pude averiguar , porque no tenia él un buen papel para lucirse : recogimos la comedia , y éste le puso un papel que era lo que habia que ver ; volvió y dijo que tampoco valia nada , y fué , segun me dijeron , porque el papel era muy largo y él no debe de tener muchas ganas de trabajar. Dímosla al otro teatro ; mas allí contestaron que ellos no eran menos que los del otro coliseo , y que no tomaban sobras : á fuerza , sin embargo , de emplear mas empeños que para lograr una prebenda , se consiguió una orden á rajatabla de los señores que estaban á la cabeza del teatro ; pero ya era tema : una actriz , sobre si la habian dado el papel de segunda siendo ella primera , se puso mala la víspera ; otro actor , tambien por etiquetas y rencillas , armó una intriga de todos los diablos : se pagó gente para el efecto , y si una noche se representó , una noche se silbó...

— ¿ Se silbó ?

— ¡ Ya ve usted ! intrigas.

— ¡ Picardía !

— Con que yo quisiera que no sucediese otro tanto con la traduccion esta y la tragedia. El segundo objeto que nos trae es el

de que usted le dirija, dándole algunos consejos á mi Tomasito; porque yo ya le he dicho que no debe limitarse al teatro... que el campo de la literatura es muy vasto, y que el templo de la fama tiene muchas puertas...

—Dice usted muy bien, señor don Cándido. Aquí recapacité, coordiné mis ideas un momento, y de manera que el lector va á ver, enderecé poco mas ó menos á mi jóven cliente por la via de la gloria literaria, á la cual, si el sigue y observa mi reglamento, temprano ó tarde debe sin duda llegar. Supongo, dije por último, dirijiéndome á mi Tomasito, que usted no querrá abarcar honra y provecho: esas estupendas rarezas que por acá nos vienen contando los viajeros de los Walter Scot, los Casimir de la Vigne, los Lamartine, los Scribe y los Victor Hugo, de los cuales el que menos tiene, amen de su correspondiente gloria, su palacio donde se da la vida de un príncipe, son cosas de por allá y estravagancias que solo suceden en Francia y en Inglaterra; verdad es que no tenemos tampoco hombres de aquel temple, pero si los hubiera sucederia probablemente lo mismo.

No habiendo usted de reunir, pues, honra y provecho, querrá uno ú otro. Si quiere honra paréceme que está en camino de lograrla: en primer lugar usted no tiene sino catorce años; esa es la edad en el dia, ó poco mas: *la valeur n'attend pas le nombre des années*. En cuanto á saber, usted no sabe sino francés, y como dice muy bien el señor don Cándido, tiene usted solo con eso andada ya la mitad del camino. Haga usted unas cuantas poesías fugitivas; tal cual soneto, muy sonoro y lleno de pámpanos poéticos; no se apure usted sino dice nada en él: corra entre los amigos, saque usted mismo copias furtivas, y repártalas como pan bendito; sean destinadas sobre todo sus poesías á las mujeres que son las que dan fama: haga usted correr la voz de que está haciendo una obra grande, cuyo título se sabrá con el tiempo: procure usted á fuerza de trasposiciones y de palabras desenterradas del diccionario, no sabidas de nadie, que digan de él: ¡Cómo maneja la lengua! ¡es hombre que sabe el castellano! Porque aunque lo menos que puede saber un literato es saber su lengua, este es, sin embargo, el ápice de la ciencia en el país: y en cuanto usted vea que pasa por muchacho de esperanzas, vaya usted á viajar: esté usted fuera diez ó doce años, en los cua-

les puede vivir seguro de que se hablará de usted mas de lo que sea menester. Vuelva usted entonces; reuna usted en un tomo alguna comedia, media docena de odas y un romancito: diga usted en el prólogo que las hizo en los ratos perdidos que sus desgracias le dejaron libres; que las publica por haber sabido que algunas composiciones de ellas se han impreso en Amberes ó en América, sin su licencia y con faltas, hijas de la incuria de los copiantes, y que dedica usted á su cara patria aquel corto obsequio, y déjelas usted correr. No vuelva usted á escribir nada: silencio, y aristocracia literaria, y yo le respondo á usted de que llegará á una edad provecta oyendo repetir á los pájaros: *don Tomás, don Tomás, don Tomás es un sabio*; y entonces ya puede usted con seguridad darle al público comedias, folletos, comentarios: todo será bueno, ¡qué es de don Tomás!

Si usted no quiere honra, y sí solo el corto provecho que de aquí puede sacarse, es preciso tomar otro camino: póngase usted bien con los cómicos; mantenga usted un corresponsal en Paris, y cada correo una comedia de Scribe; que aquí las reciben con los brazos abiertos: busque usted medio de ingerirse en las columnas de un periódico, y diga usted que todo va bien, y que todos somos unos santos; ajústese usted con un par de libreros, los cuales le darán á usted cuatro ó cinco duros por cada tomo de las novelas de Walter Scot, que usted en horas les traduzca; y aunque vayan mal traducidas, usted no se apure, que ni el librero lo entiende, ni ningun cristiano tampoco. *Sic itur ad astra*, señor don Tomás.

Aquí se arrojó don Cándido en mis brazos; y tomando de la mano á Tomasito, ya se ve que dice bien el señor; ¡llega, hijo mio, le decia, y da las gracias á tu protector: ya lo ves, nada necesitas saber mas de lo que sabes ya! ¡qué fortuna, señor Fígaro! ¡ya tiene hecha mi hijo su carrera! Folletos, comedias, novelas, traducciones... ¡y todo con solo saber francés! ¡Oh francés francés! ¡Ah! ¿Y periódicos? ¿No es verdad, señor Fígaro, que tambien ha dicho usted periódicos?—Sí, amigo mio, lo he dicho, concluí conduciéndolos hasta la puerta y despidiéndolos; pero le aconsejaría de buena gana que en eso de los periódicos no se fijase mucho, porque ya sabe usted que aquí no los hay siempre.—Si, es verdad; es una calamidad el haberlos.—Así lo mejor será que se atenga á mis demas consejos. Este es el camino.

EN ESTE PAIS.

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas, que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nacion, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobro todo: de esta clase son aquellas que halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escena y en cambios de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo ansioso de palabras la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las mas veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolucion.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en la lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase empero sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto mas difícil de concebir, cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar: estas sirven en las revoluciones á lisonjear á los partidos, y á humillar á los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condicion del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo solo un funesto padron de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden co-

mo los que no quieren estirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país . . . esta es la frase que todos repetimos á porfía, frase que sirve de clave para toda clase de esplicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido: ¿Qué quiere usted? decimos, ¡ en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos esplicarle perfectamente con la frasecilla: *¡ cosas de este país!* que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nacion? No creo que pueda ser este su origen, porque solo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarian realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginacion ó de racionio que nos impide investigar la verdadera razon de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusion de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece mas ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante espresion. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transicion, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una jóven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazon, sin embargo, ó la naturaleza por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfaccion tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber que, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y este á nuestro entender el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que

existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aun el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que teniendo apetito desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará ó no se verificará mas tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razon en decir á propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Solo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante jóven, cuya instruccion está reducida al poco latin que le quisieron enseñar, y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas; los cuales no son ciertamente los libros mas filosóficos; que no conoce, en fin, mas ilustracion que la suya, mas hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni mas mundo que el salon del Prado, ni mas país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitacion mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desórden, de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

— Este cuarto está hecho una leonera, me dijo. ¿Qué quiere usted? en este país. . . — Y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido habia encontrado.

Empeñóse en que habia de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias; un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algun nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme: — Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene

un buen cocinero y un esquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente beefstek con todos los adherentes de un almuerzo á *la fourchette*; y que en París los que pagan ocho ó diez reales por un *appartement garni*, ó una mezquina habitacion en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los paises, y me instó á que pasase el dia con él; y yo que habia empezado ya á estudiar sobre aquella máquina, como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, á pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que habia tenido mas empeños que él. — ¡Cosas de España! me salió diciendo, al referirme su desgracia. — Ciertamente, le respondí, sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendia habia sido dado á un hombre de mas luces que él. — ¡Cosas de España! me repitió.

Sí, porque en otras partes colocan á los necios, dije yo par a mí.

Llevóme en seguida á una librería, despues de haberme confesado que habia publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habian vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: Ni uno.

— ¿Lo vé usted, Fígaro? me dijo: ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España nada se vende, vegetamos en la ignorancia. En París hubiera vendido diez ediciones.

— Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

Desengáñese usted: en este país no se lee, prosiguió diciendo. — Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

— ¿Lee usted los periódicos? le pregunté sin embargo.

—No señor ; en este país no se sabe escribir periódicos. ¡ Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times* !!!

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermosean continuamente este país, y clamaba: ¡ qué basura! en este país no hay policía.

En Paris las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pié torpemente en un charco. ¡ No hay limpieza en España! exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo. — ¡ Ah! ¡ país de ladrones! vociferaba indignado. Porque en Londres no se roba; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un día de niebla á los transeuntes.

Nos pedia limosna un pobre. — ¡ En este país no hay mas que miseria! exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibámos al teatro, y — ¡ Oh qué horror! decia mi don Periquito con compasion, sin haberlos visto mejores en su vida. ¡ Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café. — No entremos. ¡ Qué cafés los de este país! gritaba.

Se hablaba de viajes. — ¡ Oh! Dios me libre: ¡ en España no se puede viajar! ¡ qué posadas! ¡ qué caminos!

¡ Oh infernal comezon de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte mas rápidamente que adelantaron esos paises modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿ Porqué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos á mirar atrás, ó no preguntan á sus papás acerca del tiempo, que no está tan distante de nosotros, en que no se conocia en la corte mas botillería que la de Canosa, ni mas bebida que la leche helada; en que no habia mas caminos en España que el del cielo; en que no existian mas posadas que las descritas por Moratin en el *Sí de las Niñas*, con las sillas desven-

cijadas y las estampas del Hijo Pródigo , ó las malhadadas ventas para caminantes asendereados ; en que no corrian mas carruajes que las galeras y carromatos catalanes ; en que los *chorizos* y *polacos* repartian á naranjazos los premios al talento dramático , y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar á tragos la representacion de las comedias de figuron y dramas de Comella ; en que no se conocia mas ópera que el Malboroug (ó Mambruc , como dice el vulgo) cantado á la guitarra ; en que no se leia mas periódico que el Diario de Avisos , y en fin... en que...

Pero acabemos este artículo , demasiado largo para nuestro propósito : no vuelven á mirar atrás porque habrian de poner un termino á su maledicencia , y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos sin embargo de esplicar nuestra idea claramente , mas que á los don Periquitos que nos redean pese y avergüence.

Cuando oimos á un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer á un país donde las ventajas de la ilustracion se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro , por causas que no es de nuestra inspeccion examinar , nada estrañamos en su boca , sino es la falta de consideracion y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe ; pero cuando oimos la espresion despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles , y de españoles sobre todo que no conocen mas país que este mismo suyo que tan injustamente dilaceran , apenas reconoce nuestra indignacion límites en que contenerse.

Borremos , pues , de nuestro lenguaje la humillante espresion que no nombra á este país sino para denigrarle ; volvamos los ojos atrás ; comparemos , y nos creerémos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero , sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente , y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos ; solo en este sentido opondrémos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos , lo repetimos , esa funesta espresion que contribuye á aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos mas favor ó justicia á nuestro país , y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio , y en vez de alimentar nuestra

inaccion con la espresion de desaliento : *¡Cosas de España!* contribuya cada cual á las mejoras posibles ; entonces este país dejará de ser tan maltratado de los extranjeros , á cuyo desprecio nada podemos oponer , si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

REPRESENTACION.

*de la comedia nueva de don Manuel Eduardo Gorostiza,
titulada CONTIGO PAN Y CEBOLLA.*

Es un error en nuestro entender bastante general creer que las novelas tienen la culpa de las locas bodas y desatinados enlaces que en el mundo se hacen y se han hecho. No está todo el daño en las novelas: la mayor parte está en el corazón humano; el amor, ora le llamemos como nuestros abuelos, que no veían más que el lado hermoso de las cosas, una noble pasión; ora le llamemos como nuestros despreocupados del día, que solo ven el lado feo de las cosas, una vil necesidad rebozada; el amor existe en la naturaleza, y mientras exista podrá ocurrir en la vida frecuentemente que no se halle de acuerdo con el interés. Desde los tiempos fabulosos que se remontan á la más atrasada antigüedad, desde Píramo y Tisbe, desde Leandro y Hero, que ciertamente no habían leído ninguna novela moderna, son conocidos estos desastrados amores. La organización de una mujer es la verdadera novela perniciosa, y por desgracia es la que no se le puede quitar; este es el libro donde aprende á amar: á una belleza fría, de quien nada reclame su insensible corazón, désele todas las novelas del mundo, y désele sin cuidado; nosotros respondemos de su inalterable tranquilidad y de su eterna sensatez: á aquella empero que ha recibido de la naturaleza el funesto don de una extrema sensibilidad, quítensele las novelas y será en balde; mientras no se le quiten los ojos, respondemos de que hará todas las locuras del mundo por seguir el objeto que una vez la haya deslumbrado: por este estilo creemos que son la mayor parte de las locuras que hacen los hombres miserables; imperiosas leyes que impone la naturaleza y que paga el hombre. Los autores dramáticos van sin embargo con los tiempos: la re-

cogida educacion de los jóvenes del siglo pasado autorizaba la tiranía de los padres, y Moratin creyó hacer un señalado servicio á su país dando el *Si de las Niñas*. De entonces acá hemos andado con pasos agigantados: y las costumbres del dia, mas que de la tiranía de los padres, resiéntense de la licencia é insubordinacion de los hijos. Esto no es debido tampoco únicamente á las novelas. Otros muchos libros ha sido preciso escribir; muchas revoluciones de todas especies han debido pasar por los pueblos; otros hombres, á mas de los novelistas, habian tenido que nacer antes para dar este impulso extraordinario en poco mas de medio siglo al entendimiento humano. El hecho es con todo positivo, el abuso existe, y reclama urgentemente la férula del poeta cómico. En el siglo actual se pueden contar tantas desgraciadas víctimas de los enlaces poco meditados, como en el pasado de las obligadas reclusiones de entonces. Era, pues, preciso sacar á la plaza toda la ridiculez de aquellos jóvenes irreflexivos que todo lo abandonan por el amor, las mas veces sin considerar si se hallan verdaderamente enamorados, ó si solo creen estarlo cuando exclaman: *Contigo pan y cebolla*.

El señor de Gorostiza, poeta ya conocido en nuestro teatro moderno, se ha apoderado de una idea feliz, y ha escogido un asunto de la mayor importancia. ¿Hálo desempeñado como de su talento nos debiamos prometer? Oiga el lector el argumento, y podrá responder á tan atrevida pregunta.

Matilde, hija de un padre, que segun de la comedia resulta, no conoce sus inclinaciones ni su carácter, ama á don Eduardo de Contreras, joven de talento, rico, y que ocupa un puesto distinguido en la sociedad; pero ignora estas circunstancias sin embargo de que entra en su casa con frecuencia. Anímase don Eduardo á pedir la mano de Matilde á don Pedro, quien gustosísimo se la concede; pero en el momento de convenir en tan deseado enlace, sabe la heroína que don Eduardo no es pobre; nota que no hay en esta boda los obstáculos que en las de sus novelas ha leído, desama de pronto á quien tanto amó y despide á don Eduardo. Este, que conoce de dónde le viene el golpe, propone al padre, aturdido de tal mudanza, una ingeniosa ficcion que ha de llevar á cabo sus deseos. Fíngese desheredado de un tio suyo, y desairado por don Pedro: aparenta la novelesca desesperacion de un amante despedido, y estos extraordina-

rios medios hacen renacer el acomodaticio cariño de Matilde, que por lo visto solo ama en casos dados. El padre sigue haciendo del negado, y cuando vienen segunda vez entrambos á importunarle, se lleva la niña de un brazo y despide para siempre al amador. Con esto por fuerza ha de subir de punto la frenética pasión de Matilde: inténtase una escapatoria, la cual se verifica sin maldita la oposición del padre, que está él mismo en el complot que se le arma, y cooperando á ella un pobre criado á quien no le vale su honradez. El padre no ha querido oírle por no verse comprometido á impedir el rapto, y le amenaza por una parte don Eduardo con tirarse un pistoletazo, y por otra Matilde con tragarse un veneno que posee, si no abre un reja, por donde se escapa nuestra deslumbrada, sin embargo de hallarse la puerta libre y desembarazada: y en atención, según dice ella misma, á ser de rigor el salir en semejantes casos por la ventana.

En el cuarto acto, que parece un acto de otra comedia, Matilde se halla el día de tornaboda en una miserable boardilla, pero en compañía de su constante esposo: no han comido la víspera, no se han desayunado aquel día: medios, Dios los dé: dinero, por las nubes: en una palabra, pobres de solemnidad y solemnnes pobres; la infeliz Matilde tendrá que levantar la cama, que por mas señas está á la vista del espectador en un estado de desorden, propio del día; tendrá que barrer, que jabonar, que pasar hambres, que estar sola, porque su marido habrá de salir á buscar dinero. Matilde comienza ya á padecer los inconvenientes de su posición: humíllala el casero, humíllala una antigua compañera de colegio, marquesa, que vive en la misma casa, y que dice que una cosa es casarse, y otra enamorarse; en lo cual nos parece su señoría un si es no es verde y alegre de cascós: humíllala, en fin, una vecinilla ordinaria entre cotorra y contrabandista: llora Matilde y conoce su yerro. Vuelve entonces su esposo, y vienen impacientes papá y el criado honrado, descúbrese la ficción, y se van todos muy convencidos de que para quererse mucho es indispensable por lo menos haber comido algo, verdad indisputable de todos los tiempos y países, y que no bastarán á echar por tierra todas las pasiones reunidas que pueden agitar á un mísero mortal.

Ya puede inferir el lector que de escenas cómicas ha tenido el autor á su disposición. El señor Gorostiza no las ha desperdicia-

do ; rasgos hemos visto en su linda comedia que Moliere no repugnaria ; escenas enteras que honrarian á Moratin. El carácter del criado y las situaciones todas en que se encuentra son excelentes y pertenecen á la buena comedia : del padre pudiéramos decir lo que dice la marquesa de su marido : ni es feo , ni es bonito ; es un hombre pasivo , es un instrumento no mas del astuto don Eduardo. Este es un bello carácter ; la carta que escribe es del mayor efecto , y pertenece á la alta comedia. El lenguaje es castizo y puro ; el diálogo bien sostenido y chispeando gracias , si bien no quisiéramos que le desluciesen algunas demasiado chocarreras , como la de los malhadados *fetos por efectos* , la de la *cebolla que repite etc.* , y otras que no queremos citar porque no se nos tache de rigurosos. Estas gracias son de mal tono , de no muy buen gusto , y de baja sociedad , por mas que el público las ria y las aplauda en el primer momento.

Despues de haber tributado el debido homenaje de elogios que de nuestra pluma reclamaba imperiosamente la divertida comedia del señor Gorostiza , ¿ nos será permitido indicar algunos de los defectos de que rara obra humana consigue verse completamente purgada ? ¿ Se dirá que nos ensangrentamos , que somos parciales , si ponemos al lado del elogio el grito de nuestra conciencia literaria ? Quisiéramos equivocarnos ; pero el carácter de la protagonista nos parece por lo menos llevado á un punto de exageracion tal , que seria imposible hallar en el mundo un original siquiera que se le aproximase. Estas niñas románticas , cuya cabeza ha podido exaltar la lectura de las novelas , no reparan en clases ni en dinero ; éste podrá ser su yerro ; enamóranse de un hombre sin preguntarle quién es ; esta es su imprudencia : si sale pobre , verdad es , nada les arredra , y en las aras del amor sacrifican su porvenir : mas si sale rico , como ya están enamoradas , por esa sola circunstancia no se desenamorán. Por la misma razon , si tratan de escaparse y no tienen otro recurso , se arrojan por una ventana ; mas si tienen la puerta franca , aquel paso ya no es ni medio verosímil. Esta exageracion hace aparecer á Matilde loca las mas veces : quiere ser el don Quijote de las novelas. Pero acordémonos de que Cervantes para huir de la inverosimilitud que de la exageracion debia resultar , hizo loco realmente y enfermo á su héroe , y una enfermedad no es un carácter. Si la comedia pedia un carácter , era preciso no haber pasado los límites

de la verosimilitud, pues pasándolos, Matilde no resulta enamorada, sino maniática; por eso en varias ocasiones parece que ella misma se burla de sus desatinos: lo mismo hubiera sucedido con don Quijote si no nos hubiera dicho Cervantes desde el principio: *miren ustedes que está loco*. Peca además el plan por donde los mas del mismo poeta: ya en otra ocasion hemos dicho que estos planes en que varios personajes fingen una intriga para escarmiento de otro, son incompletos y conspiran contra la conviccion, que debe ser el resultado del arte.

En Moliere y en Moratin no se encuentra un solo plan de esta especie: el poeta cómico no debe hacer hipótesis; debe sorprender y retratar á la naturaleza tal cual es: esta comedia hubiera requerido una mujer realmente enamorada; y que realmente hubiera hecho una locura, como en el *Viejo y la niña* sucede; verdad es que entonces no hubiera podido ser dichoso el desenlace, y acaso habrá huido de esto el señor Gorostiza; éste era defecto del asunto, así como lo es tambien la aglomeracion en horas de tantas cosas distintas, importantes, y regularmente mas apartadas entre sí en el discurso de la vida. Si Matilde no se ha de casar mas de una vez con Eduardo, si esa vez que se ha casado no ha hecho realmente locura alguna, supuesto que Eduardo es rico, ¿de qué puede servirle el escarmiento y el ver lo que le hubiera sucedido si hubiera hecho lo que no ha hecho? A ella no, nos contestarán; á los demas que ven la comedia. Tampoco, responderémos; porque las que crean en novelas al pie de la letra, creerán al pie de la letra en la comedia, que es otra nueva novela para ellas: en la novela que aquel que se presentó incógnito se descubre ser luego hijo de algun señoron oculto, y en la comedia se descubre ser rico luego el pobre. Se enamorarán, pues, sin cuidado, seguras de que hácia el fin de su boda se ha de descubrir la riqueza del marido, así como creian que debian salir por la ventana por decirlo las novelas.

A pesar de estas observaciones, que no podemos menos de hacer, nos complacemos en repetir que es mayor la suma de las bellezas que la de los defectos de la comedia. El señor de Gorostiza ha adquirido un nuevo laurel, y nosotros quisiéramos que la obligacion de periodista se limitara á alabar: mucho nos daria que hacer aun en este caso esta composicion dramática.

En cuanto á la representacion, podemos asegurar que no nos

acordamos de haber visto en Madrid nada mejor desempeñado en este género.

Sepan los actores que ningun placer podemos tener mayor que el que nos proporcionan el dia en que solo elogios tenemos que escribir de ellos. Para el elogio corre nuestra pluma rápidamente; cuando se trata empero de vituperar, solo á fuerza de horas podemos dar concluido á la prensa el artículo mas conciso.

DON TIMOTEO, Ó EL LITERATO.

—

Genus irritabile vatium ha dicho un poeta latino. Esta espresion bastaria á probarnos que el amor propio ha sido en todos tiempos el primer amor de los literatos, si hubiésemos menester mas pruebas de esta incontestable verdad que la simple vista de los mas de esos hombres que viven entre nosotros de literatura. No queremos decir por esto que sea el amor propio defecto exclusivo de los que por su talento se distinguen: generalmente se puede asegurar que no hay nada mas temible en la sociedad que el trato de las personas que se sienten con alguna superioridad sobre sus semejantes. ¿Hay cosa mas insoportable que la conversacion y los dengues de la hermosa que lo es á sabiendas? Mírela usted á la cara tres veces seguidas; diríjale usted la palabra con aquella educacion, deferencia ó placer que dificilmente pueden dejar de tenerse hablando con una hermosa; ya le cree á usted su *don Amadeo*, ya le mira á usted como quien le perdona la vida. Ella sí, es amable, es un modelo de dulzura; pero su amabilidad es la afectada mansedumbre del leon, que hace sentir de vez en cuando el peso de sus garras; es pura compasion que nos dispensa.

Pasemos de la aristocracia de la belleza á la de la cuna. ¡Qué amable es el señor marqués, qué despreocupado, qué llano! Vedle con el sombrero en la mano, sobre todo para sus inferiores. Aquella llaneza, aquella deferencia, si ahondamos en su corazon, es una honra que cree dispensar, una limosna que cree hacer al plebeyo. Trate éste diariamente con él, y al fin de la jornada nos dará noticias de su amabilidad: ocasiones habrá en que algun manoplazo feudal le haga recordar con quien se las há

No hablémos de la aristocracia del dinero, porque si alguna hay falta de fundamento es esta: la que se funda en la riqueza, que

todos pueden tener; en el oro de que solemos ver henchidos los bolsillos de éste ó de aquel alternativamente, y no siempre de los hombres de mas mérito; en el dinero, que se adquiere muchas veces por medios ilícitos, y que la fortuna reparte á ciegas sobre sus favoritos de capricho.

Si algun orgullo hay, pues, disculpable, es el que se funda en la aristocracia del talento, y mas disculpable ciertamente donde es á toda luz mas fácil nacer hermosa, de noble cuna, ó adquirir riqueza, que lucir el talento que nace entre abrojos cuando nace; que solo acarrea sinsabores, y que se encuentra aisladamente encerrado en la cabeza de su dueño como en callejon sin salida. El estado de la literatura entre nosotros, y el heroismo que en cierto modo se necesita para dedicarse á las improductivas letras, es la causa que hace á muchos de nuestros literatos mas insoportables que los de cualquiera otro país: añádase á esto el poco saber de la generalidad, y de aqui se podrá inferir que entre nosotros el literato es una especie de oráculo que, poseedor único de su secreto y solo iniciado en sus misterios recónditos, emite su opinion, oscura con voz retumbante y hueca, subido en el trípode que la general ignorancia le fabrica. Charlatan por naturaleza, se rodea del aparato ostentoso de las apariencias, y es un cuerpo mas impenetrable que la célebre cuña de la milicia romana. Las bellas letras, en una palabra, el saber escribir es un oficio particular que solo profesan algunos, cuando debiera constituir una pequeñísima parte de la educacion general de todos.

Pero, si atendidas estas breves consideraciones, es el orgullo del talento disculpable, porque es el único modo que tiene el literato de cobrarse el premio de su afan, no por eso autoriza á nadie á ser en sociedad ridículo, y este es el extremo por donde peca don Timoteo.

No hace muchos dias que yo, que no me precio de gran literato, yo que de buena gana prescindiria de esta especie de apodo, si no fuese preciso que en sociedad tenga cada cual el suyo, y si pudiese tener otro mejor, me ví en la precision de consultar á algunos literatos con el objeto de reunir sus diversos votos y seber qué podrian valer unos opúsculos que me habian traído para que diese yo sobre ellos mi opinion. Esto era harto difícil en verdad, porque, si he de decir lo que siento, no tengo fljada mi opinion todavía acerca de ninguna cosa, y me siento medianamente incli-

nado á no fijarla jamás: tengo mis razones para creer que éste es el único camino del acierto en materias opinables: en mi entender todas las opiniones son peores; permítaseme esta manera de hablar antigramatical y antilógica.

Fuíme, pues, con mis manuscritos debajo del brazo (circunstancia que no le importará gran cosa al lector) deseoso de ver á un literato, y me pareció deber salir para esto de la atmósfera inferior donde pululan los poetas noveles y lampiños, y dirigirme á uno de esos literatazos abrumados de años y de laureles.

Acerté á dar con uno de los que tienen mas sentada su reputacion. Por supuesto que tuve que hacer una antesala digna de un pretendiente, porque una de las cosas que mejor se saben hacer aquí es esto de antesalas. Por fin tuve el placer de ser introducido en el oscuro santuario.

Cualquiera me hubiera hecho sentar; pero don Timoteo me recibió en pié, atendida sin duda la diferencia que hay entre el literato y el hombre. Figúrense ustedes un ser enteramente parecido á una persona; algo mas encorvado hácia el suelo que el género humano, merced sin duda al hábito de vivir inclinado sobre el bufete; mitad sillón, mitad hombre; entrecejo arrugado; la voz mas hueca y campanuda que la de las personas; las manos *mijt*, y *mijt*, como dicen los chuferos valencianos, de tinta y tabaco; gran autoridad en el decir; mesurado compás de frases; vista insultantemente curiosa, y que oculta á su interlocutor por una rendija que le dejan los párpados fruncidos y casi cerrados, que es manera de mirar sumamente importante y como de quien tiene graves cuidados; los anteojos encaramados á la frente; calva, hija de la fuerza del talento, y gran balumba de papeles revueltos y libros confundidos que bastáran á dar una muestra de lo coordinadas que podia tener en la cabeza sus ideas; una caja de rapé y una petaca: los demas vicios no se veian. Se me olvidaba decir que la ropa era adrede mal hecha, afectando desprecio de las cosas terrenas, y todo el conjunto no de los mas limpios, porque este era de los literatos rezagados del siglo pasado, que tanto mas profundos se imaginaban cuanto menos aseados se vestian. Llegué, le ví, y dije: Este es un sabio.

Saludé á don Timoteo y saqué mis manuscritos.

— ¡Hola! me dijo ahucando mucho la voz para pronunciar.

— Son de un amigo mio.

— ¿Sí? me respondió. ¡ Bueno! ¡ Muy bien! Y me echó una mirada de arriba abajo por ver si descubria en mi rostro que fuesen míos.

— ¡ Gracias! repuse, y empezó á hojearlos.

— « Memoria sobre las aplicaciones del vapor. »

— ¡ Ah! esto es acerca del vapor, ¿ eh? Aquí encuentro ya... Vea usted... aqui falta una coma: en esto soy muy delicado. No hallará usted en Cervantes usada la voz *memoria* en este sentido; el estilo es duro, y la frase es poco robusta... ¿ Qué quiere decir *presion* y...

— Sí; pero acerca del vapor... porque el asunto es saber si...

— Yo le diré á usted; en una oda que yo hice allá cuando muchacho, cuando uno andaba en esas cosas de literatura... dije... cosas buenas...

— Pero, ¿ qué tiene que ver?...

— ¡ Oh! ciertamente ¡ oh! Bien, me parece bien. Ya se vé; estas ciencias exactas son las que han destruido los placeres de la imaginacion: ya no hay poesía.

— ¿ Y qué falta hace la poesía cuando se trata de mover un barco, señor don Timoteo?

— ¡ Oh! cierto... pero la poesía... amigo... ¡ oh! aquellos tiempos se acabaron. Esto... ya se ve... estará bien, pero debe usted llevarlo á un físico, á uno de esos...

— Señor don Timoteo, un literato de la fama de usted tendrá siquiera ideas generales de todo, demasiado sabrá usted...

— Sin embargo... ahora estoy escribiendo un tratado completo con notas y comentarios, míos tambien, acerca de quién fue el primero que usó el asonante castellano.

— ¡ Hola! Debe usted darse prisa á averiguarlo: esto urge mucho á la felicidad de España y á las luces... Si usted llega á morir, nos quedamos á buenas noches en punto á asonantes... y...

— Sí... y tengo aquí una porcion de cosillas que me traen á leer; no puedo dar salida á los que... ¡ Me abruma á consultas!... ¡ Oh! estos muchachos del dia salen todos tan... ¡ Oh! ¿ Usted habrá leído mis poesías? Allí hay algunas cosillas...

— Sí; pero un sabio de la reputacion de don Timoteo habrá publicado además obras de fondo y...

— ¡ Oh! no se puede... no saben apreciar... ya sabe usted... á salir del dia... Solo la maldita aficion que uno tiene á estas cosas...

— Quisiera leer con todo lo que usted ha publicado : el género humano debe de estar agradecido á la ciencia de don Timoteo... Dícteme usted los títulos de sus obras. Quiero llevarme una apun-
tacion.

— ¡ Oh ! ¡ Oooh !

¿ Qué especie de animal es este, iba yo diciendo ya para mí, que no hace mas que lanzar monosílabos y hablar despacio, alargando los vocablos y pronunciando mas abiertas las *aes* y los *oes*?

Cogí sin embargo una pluma y un gran pliego de papel, presumiendo que se llenaria con los títulos de las luminosas obras que habria publicado durante su vida el célebre literato don Timoteo.

— Yo hice, empezó, una oda á la *continencia*... ya la conocerá usted... allí hay algunos versucillos.

— *Continencia*, dije yo repitiendo. Adelante.

— En los periódicos de entonces puse algunas anacreónticas; pero no con mi nombre.

— *Anacreónticas* ; siga usted ; vamos á lo gordo.

— Cuando los franceses escribí un folletito que no llegó á publicarse... ¡ como ellos mandaban !...

— *Folletito* que no llegó á publicarse.

— He hecho una oda al huracan, y una silva á Filis.

— *Huracan, Filis*.

— Y una comedia que medio traduje de cualquier modo ; pero como en aquel tiempo nadie sabia francés, pasó por mia : me dió mucha fama. Una novelita traduje tambien...

— ¿ Qué mas ?

— Ahí tengo un prólogo empezado para una obra que pienso escribir, en el cual trato de decir modestamente que no aspiro al título de sabio; que las largas convulsiones políticas que han conmovido á la Europa y á mí á un mismo tiempo, las intrigas de mis émulos, enemigos y envidiosos, y la larga carrera de infortunios y sinsabores en que me he visto envuelto y arrastrado juntamente con mi patria, han impedido que dedicara mis ocios al cultivo de las musas; que habiéndose luego el gobierno acordado y servidose de mi poca aptitud en circunstancias críticas, tuve que dar de mano á los estudios amenos que reclaman soledad y quietud de espíritu, como dice Ciceron ; y en fin, que en la retirada de Vitoria perdí mis papeles y manuscritos mas impor-

tantes ; y sigo por ese estilo...

— Cierto... Ese prólogo debe darle á usted extraordinaria importancia.

— Por lo demas, no he publicado otras cosas...

— Con que una oda y otra oda, dije yo recapitulando, y una silva, anacreónticas, una traduccion original, un folletillo que no llegó á publicarse, y un prólogo que se publicará...

— Eso es. Precisamente.

Al oír esto no estuvo en mí tener mas la risa, despedíme cuanto antes pude del sabio don Timoteo; y fuíme á soltar la carcajada al medio del arroyo á mi placer.

— ¡ Por vida de Apolo ! salí diciendo. ¿ Y es este don Timoteo ? ¿ Y cree que la sabiduría está reducida á hacer anacreónticas ? ¿ Y porque ha hecho una oda le llaman sabio ? ¡ Oh reputaciones fáciles ! ¡ Oh pueblo bondadoso !

¿ Para qué he de entretener á mis lectores con la poca diversidad que ofrece la enumeracion de las demas consultas que en aquella mañana pasé : apenas encontré uno de esos célebres literatos, que así pudiera dar su voto en poesía como en legislacion, en historia como en medicina, en ciencias exactas como en... Los literatos aquí no hacen mas que versos, y si algunas escepciones hay, y si existen entre ellos algunos de mérito verdadero que de él hayan dado pruebas positivas, no son escepciones suficientes para variar la regla general.

¿ Hasta cuándo, pues, esa necia adoracion á las reputaciones usurpadas ? Nuestro país ha caminado mas de prisa que esos literatos rezagados : recordamos sus nombres que hicieron ruido cuando, mas ignorantes, éramos los primeros á aplaudirlos ; y seguimos repitiendo siempre como papagayos : *don Timoteo es un sabio*. ¿ Hasta cuándo ? Presenten sus títulos á la gloria y los respetaremos y pondremos sus obras sobre nuestra cabeza. Y al paso que nadie se atreve á tocar á esos sagrados nombres que solo por antiguos tienen mérito, son juzgados los jóvenes que empiezan con toda la severidad que aquellos merecerian. El mas leve descuido corre de boca en boca ; una reminiscencia es llamada robo ; una imitacion plagio ; y un plagio verdadero intolerable desvergüenza. Esto en tierra donde hace siglos que otra cosa no han hecho sino traducir nuestros mas originales hombres de letras.

Pero volvamos á nuestro don Timoteo. Háblesele de algun jóven que haya dado alguna obra. No lo he leído... ¡Como no leo esas cosas! esclama. Hable usted de teatros á don Timoteo. — No voy al teatro; eso está perdido... porque quieren persuadirnos de que estaba mejor en su tiempo; nunca verá usted la cara del literato en el teatro. Nada conoce, nada lee nuevo; pero de todo juzga, de todo hace ascos.

Veamos á don Timoteo en el Prado; rodeado de una pequeña corte que á nadie conoce cuando va con él: vean ustedes como le oyen con la boca abierta; parece que le han sacado entre todos á paseo para que no se acabe entre sus investigaciones acerca de la rima que á nadie le importa. ¿Habló don Timoteo? ¡Qué algazara y qué aplausos! ¿Se sonrió don Timoteo? ¿Quién fué el dichoso que le hizo desplegar los labios? ¿Lo dijo don Timoteo, el sabio autor de una oda olvidada ó de un ignorado romance? Tuvo razon don Timeteo.

Haga usted una visita á don Timoteo, en buen hora; pero no espere usted que se la pague. Don Timoteo no visita á nadie. ¡Está tan ocupado! El estado de su salud no le permite usar de cumplimientos; en una palabra, no es para don Timoteo la buena crianza.

Veámosle en sociedad. ¡Qué aire de suficiencia, de autoridad, de supremacia! Nada le divierte á don Timoteo. ¡Todo es malo! Por supuesto que no baila don Timoteo, ni habla don Timoteo, ni rie don Timoteo, ni hace nada don Timoteo de lo que hacen las personas. Es un eslabon roto en la cadena de la sociedad.

¡Oh sabio don Timoteo! ¿Quién me diera á mí hacer una mala oda para echarme á dormir sobre el colchon de mis laureles; para hablar de mis afanes literarios, de mis persecuciones y de las intrigas y revueltas de los tiempos; para hacer ascos de la literatura; para recibir á las gentes sentado; para no devolver visitas; para vestir mal; para no tener que leer; para decir del alumno de las musas que mas haga: «es un mancebo de dotes muy recomendables, es mozo que promete;» para mirarle á la cara con aire de proteccion y darle alguna suave palmadita en la mejilla, como para comunicarle por medio del contacto mi saber; para pensar que el que hace versos, ó sabe dónde han de ponerse las comas, y cuál palabra se halla en Cervantes, y cuál

no, ha llegado al *summum* del saber humano ; para llorar sobre los adelantos de las ciencias útiles ; para tener orgullo y amor propio ; para hablar pedantesco y ahuecado ; para vivir en contradicción con los usos sociales ; para ser en fin ridículo en sociedad sin parecersele á nadie.

LA POLÉMICA LITERARIA.

... á Madrid la republica des lettres était celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris où ce visible acharnement les conduit, tous les insectes, les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feullistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache á la peau des malheureux gens de lettres, achevait de dechiqueter et de sucer le peu de substance qui leur restait.

Beaumarchais. Le Barbier de Seville. Act. premier.

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observacion de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso», esclaman, como si el toque del escritor consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignacion contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, «es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus qué entrañas!» ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter y tomó para ello toques de este y de aquel, formando su bello ideal de las calidades de todos? ¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don fulano! ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta. — Y no se

desgañite para decirle al público: — «Señores: que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme.» — ¡Tiempo perdido! — Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer. — Nada. — Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta. — ¡Ni por esas! — Púsole peluca, dicen, para desorientar; pero es él. — Que no se parece á don Cosme en nada. — No importa; es don Cosme; y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero á decir: «Ese soy yo». Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¿Quién sabe? Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con mas fé que esperanza, á santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las mas, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debia de hacer mas caso de mis oraciones la Santa, que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venia musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada

pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalvete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, como tenia que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invitéle á que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no queria abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

— ¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

— Qué ha de ser, señor Figaro, si no que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le habia leído impreso, cuando zas, ya me han contestado.

— ¡Oh! Son muy bien criados los periodistas, le dije: no saben lo que es dejar á un hombre sin contestacion.

— Sí señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo tambien quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

— Cierto: no se piensa en otra cosa en el dia sino en Portugal y en su artículo de usted.

— Ya se ve: y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco mas ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestion se dilucide, se entere el público de quién tiene razon, y quede yo encima, que es el objeto.

— ¿Y de qué habla el artículo?

— Le diré á usted: de nada: el hecho es que en la cuestion no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrian decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

— Sí... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de?..

— De tabacos, si señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que

está contra su uso. Con la vasta erudición que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario...

— ¡Ay, amigo, le interrumpí, y que poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia, lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

— ¿Y qué falta hace para aclarar la cuestión al público saber quién sea el autor del artículo?

— ¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinión de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

— Bueno: pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, si no que un periódico dice que mi artículo es malo.

— Calle usted. Somos felices.

— Yo pensaba dar razones, y probar...

— No señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

— Mucho; se pierde de vista.

— ¿Tendrá seis pies?

— Mas, mas; hágale usted mas favor... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestión de tabacos?

— ¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

— ¡Hombre!

— Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

— Sí señor: en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

— Bravo: añade usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

— Pero, señor, harémos reir al público...

— No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué mas tiene el adversario? ¿Tiene alguna berruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinión nula?...

— Algo, algo hay de eso.

— Pues bien: á él: la opinión, la berruga: duro en sus de-

fectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja?

— ¿Pero á dónde vamos á parar?

— A la tetilla izquierda, señor: usted no se desanime: ¿le coge usted en un plagio? El testo en los hocicos, el original y ande. ¿Sabe usted algun cuento? á contársele.

— ¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

— No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es una tal; y usted es mas: este es el modo.

— Pero, Señor Figaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

— ¿Y á usted que le importa ni á nadie tampoco? Déjele usted que viaje. Por fin luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público, y diciéndo que él sabrá apreciar la moderacion de usted en la cuestion presente; que se retira usted de la polémica, en primer lugar: porque ha probado suficientemente su opinion acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la berruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinion del adversario: y en segundo lugar porque habiendo usado el contrario de mala fé y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atencion á que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos si puede acerca del mayor número de suscripciones que reúne el periódico en que usted escribe, que es razon concluyente, y que le piquen á usted moscas.

— Señor Figaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme-reir del público... y á mí me da vergüenza...

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?... y... ¡voto va! Díjéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues amigo, voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las mas de las polémicas que he visto se han

decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mio: látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las mas de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mio, las mas son cuestiones de personas. — Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan solo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta. — Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: «Ahí va el cliente de Fígaro; ese es el del artículo,» — no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

LA FONDA NUEVA.

—

Preciso es confesar que no es nuestra patria el país donde viven los hombres para comer : gracias por el contrario si se come para vivir : verdad es que no es este el único punto en que manifestamos lo mal que nos queremos : no hay género de diversion que no nos falte : no hay especie de comodidad de que no carezcamos. «¿Qué país es este?» me decia hace un mes un extranjero que vino á estudiar nuestras costumbres. Es de advertir en obsequio de la verdad, que era francés el extranjero, y que el francés es el hombre del mundo que menos concibe el monotonó y sepulcral silencio de nuestra existencia española. — Grandes carreras de caballos habrá aquí, me decia desde el amanecer : no faltaremos. — Perdóneme usted, le respondia yo ; aquí no hay carreras. — ¿No gustan de correr los jóvenes de las primeras casas? ¿No corren aquí siquiera los caballos?... Ni siquiera los caballos. — Irémos á caza. — Aquí no se caza : no hay dónde, ni qué. — Irémos al paseo de coches. — No hay coches. — Bien : á una casa de campo á pasar el dia. — No hay casas de campo, no se pasa el dia. — Pero habrá juegos de mil suertes diferentes, como en toda Europa... habrá jardines públicos donde se baile ; mas en pequeño, pero habrá sus *tívolis*, sus *ranelagh*, sus *campos eliseos*... habrá algun juego para el público. — No hay nada para el público : el público no juega. — Es de ver la cara de los extranjeros cuando se les dice francamente que el público español, ó no siente la necesidad interior de divertirse, ó se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen) con sus propios pensamientos. Creia mi extranjero que yo queria abusar de su credulidad, y con rostro entre desconfiado y resignado, «paciencia, me decia por fin : nos contentaremos con ir á los bailes que den las casas del buen tono y las suarés...» — Paso, señor mio, le interrumpí yo : ¿con qué es bueno que le dije que no habia gallinas, y se me

viene pidiendo... En Madrid no hay bailes, no hay suarés. Cada uno habla ó reza, ó hace lo que quiere en su casa con cuatro amigos muy de confianza, y basta.

Nada mas cierto sin embargo que este tristísimo cuadro de nuestras costumbres. Un dia solo en la semana, y eso no todo el año, se divierten mis compatriotas: el lunes, y no necesito decir en qué: los demas dias examinemos cuál es el público recreo. Para el pueblo bajo el dia mas alegre del año redúcese su diversion á calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen pies), y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la ágría voz y del desigual pandero. Para los elegantes todas las corridas de caballos, las partidas de caza, las casas de campo, todo se encierra en dos ó tres tiendas de la calle de la Montera. Allí se pasa alegremente la mañana en contar las horas que faltan para irse á comer, si no hay sobre todo gordas noticias de Lisboa, ó si no dan en pasar muchos lindos talles de quien murmurar, y cuya opinion se pueda comprometer, en cuyos casos varia mucho la cuestion y nunca falta que hacer. — ¿Qué se hace por la tarde en Madrid? — Dormir la siesta. — ¿Y el que no duerme, qué hace? — Estar despierto; nada mas. Por la noche, es verdad, hay un poco de teatro, y tiene un elegante el desahogo inocente de venir á silbar un rato la mala voz del bufo caricato, ó á aplaudir la linda cara de la *altra prima donna*: pero ni se proporciona tampoco todos los dias, ni se divierte en esto si no un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres extranjeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias, como un cucurucho menor metido en un cucurucho mayor.

En cuanto á la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez mas, por arriba en la alta sociedad, en que hay de ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistando sus usos, esa solo de una manera se divierte. ¿Llegó un dia de dias? ¿Hubo boda? ¿Nació un niño? ¿Diéronle un empleo al amo de la casa? que en España ese es el grande alegron que hay que recibir. Solo de un modo se solemniza. Gran coche de alquiler, decentemente regateado; pero mas gran familia: seis personas coge el coche á lo mas. Pues entra papá, entra mamá, las dos hijas, dos

amigos íntimos convidados, una prima que se apareció allí casualmente, el cuñado, la doncella, un niño de dos años y el abuelo; la abuela no entra porque murió el mes anterior. Ciérrase la portezuela entonces con la misma dificultad que la tapa de un cofre apretado para un largo viaje, y á la fonda. La esperanza de la gran comida, á que se va aproximando el coche mal que bien, aquello de andar en alto, el rubor de las jóvenes que van sentadas sobre los convidados, y la ausencia sobre todo del diurno puchero, alborotan á nuestra gente en tal disposición, que desde media legua se conoce el coche que lleva á la fonda á una familia de enhorabuena.

Tres años seguidos he tenido ¡la desgracia de comer de fonda en Madrid, y en el día solo el deseo de observar las variaciones que en nuestras costumbres se verifican con mas rapidez de lo que algunos piensan, ó el deseo de pasar un rato con amigos, pueden obligarme á semejante despropósito. No hace mucho sin embargo que un conocido mio me quiso arrastrar fuera de mi casa á la hora de comer. — Vamos á comer á la fonda. — Gracias; mejor quiero no comer. — Comerémos bien; irémos á Geneys: es la mejor fonda. — Linda fonda: es preciso comer de seis ó siete duros para no comer mal. ¿Qué aliciente hay allí para ese precio? Las salas son bien feas: el adorno ninguno: ni una alfombra, ni un mueble elegante, ni un criado decente, ni un servicio de lujo, ni un espejo, ni una chimenea, ni una estufa en invierno, ni agua de nieve en verano, ni... ni Burdeos, ni Champagne... Porque no es Burdeos el Valdepeñas, por mas raíz de lirio que se le eche. — Irémos á los Dos Amigos. — Tendrémos que salirnos á la calle á comer, ó á la escalera, ó llevar una cerilla en el bolsillo para vernos las caras en la sala larga. — A cualquiera otra parte. Crea usted que hoy nos van á dar bien de comer. — ¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda adonde vayamos? Mire usted, nos darán en primer lugar mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos, y mozos puercos: sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros: nos darán luego una sopa que llaman de yerbas, y que no podria acertar á tener nombre mas alusivo: estofado de vaca á la italiana, que es cosa nueva: ternera mechada, que es cosa de todos los días: vino de la fuente: aceitunas magulladas: frito de sesos y manos de carnero, hechos aquellos

y estos á fuerza de pan: una polla que se dejaron otros ayer, y unos postres que nos dejaremos nosotros para mañana. — Y tambien nos llevarán poco dinero, que aquí se come barato. — Pero mucha paciencia, amigo mio, que aquí se aguanta mucho.

No hubo sin embargo remedio: mi amigo no daba cuartel, y estaba visto que tenia capricho de comer mal un dia. Fué preciso, pues, acompañarle, é íbamos á entrar en los Dos Amigos, cuando llamó nuestra atencion un gran letrero nuevo que en la misma calle de Alcalá y sobre las ruinas del antiguo figon de Perona dice: *Fonda del Comercio*. — ¿Fonda nueva? — Vamos á ver. En cuanto al local, no les da el naipe á los fondistas para escoger local: en cuanto al adorno, nos cogen acostumbrados á no pagarnos de apariencias: nosotros decimos: ¡como haya que comer, aunque sea en el suelo! Por consiguiente nada nuevo en este punto en la fonda nueva.

Chocónos sin embargo la diferencia de las caras de ahora, y que hace medio año se veian en aquella casa. Vimos elegantes, y diónos esto escelente idea. Realmente hubimos de confesar que la fonda nueva es la mejor; pero es preciso acordarnos de que la Fontana era tambien la mejor cuando se instaló: esta será pues otra Fontana dentro de un par de meses. La variedad que hoy en platos se encuentra cederá á la fuerza de las circunstancias; lo que nunca podrá perder será el servicio: la fonda nueva no reducirá nunca el número de sus mozos, porque es difícil reducir lo poco: se ha adoptado en ella el principio admitido en todas; un mozo para cada sala, y una sala para cada veinte mesas.

Por lo demas no deja de ofrecer un cuadro divertido para el observador oscuro el aspecto de una fonda. Si á su entrada hay ya una familia en los postres, ¿Qué efecto le hace al que entra frio y sereno el ruido y la algazara de aquella gente toda alborotada porque ha comido? ¡Qué miserable es el hombre! ¿De qué se rien tanto? ¿Han dicho alguna gracia? No señor; se rien de que han comido, y la parte física del hombre triunfa de la moral, de la sublime, que no debiera de estar tan alegre solo por haber comido. — Allí está la familia que trajo el coche... ¡Apartemos la vista y tapemos los oidos por no ver, por no oír!

Aquel jóven que entra venia á comer de medio duro; pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata: dejóse coger tambien por la negra honrilla, y solo por los testigos pide

de á duro. Si como son solo conocidos fuera una mujer, á quien quisiera conquistar, la que en otra mesa comiera, hubiera pedido de á doblon: á pocos amigos que encuentre, el infelíz se arruina. ¡Nécio rubor de no ser rico! ¡Mal entendida vergüenza de no ser calavera!

¿Y aquel otro? Aquel recorre todos los dias á una misma hora varias fondas: aparenta buscar á alguien: en efecto algo busca: ya lo encontró: allí hay conocidos suyos: á ellos derecho: primera frase suya: — ¡ Hombre! ¿ustedes por aquí? — Coma usted con nosotros, le responden todos — Escúsase al principio: pero si habia de comer solo... un amigo á quien esperaba no viene... Vaya, comeré con ustedes. Dice por fin, y se sienta. ¡ Cuán agenos estaban sus convidadores de creer que habian de comer con él! Él sin embargo sabia desde la víspera que habia de comer con ellos: les oyó convenir en la hora, y es hombre que come los mas dias de oidas, y algunos por haber oido.

¿Qué pareja es la que sin mirar á un lado ni á otro pide un cuarto al mozo y?... Pero es preciso marcharnos; mi amigo y yo hemos concluido de comer: cierta curiosidad nos lleva á pasar por delante de la puerta entornada donde ha entrado á comer sin testigos aquel oscuro matrimonio... sin duda... Una pequeña parada que hacemos alarma á los que no quieren ser oidos, y un portazo dado con todo el mal humor propio de un misántropo nos advierte nuestra indiscrecion y nuestra impertinencia. Paciencia, salgo diciendo: todo no se puede observar en este mundo: algo ha de quedar oscuro en un cuadro: sea esto lo que quede en negro en este artículo de costumbres de la Revista Española.

POESÍAS

de

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Es tan conocido el mérito del autor de esta nueva colección poética, son tan justamente apreciados en España y fuera de ella los varios ensayos didácticos y composiciones dramáticas que en anteriores tomos ha publicado, que no es mucho que entremos con respeto y miedo á juzgar al que puede juzgar á los demás. El justo criterio, el gusto depurado son las dotes que mas brillan en sus escritos; pero no contento el señor Martinez de la Rosa con haber indicado el camino que deben brillar los que á la gloria inmortal de poetas aspiren, nos quiere dar el ejemplo al lado de la admonición. Harta empresa es esa para un solo hombre. No presta el cielo al mismo tiempo la fria severidad del crítico y la ardiente imaginación del vate, y mal pudiera prestarlas sin contradecir sus propias leyes. Si alguna vez, pues, se ven ambas calidades reunidas puede reputarse fenómeno. Recorramos la lista de los primeros poetas; no hallaremos en esa á los grandes didácticos: preceptos será lo que en sus obras encontraremos, preceptos de inspiración; rara vez preceptistas. Homero, Virgilio, Anacreonte, Píndaro, Taso, Milton, etc., etc., se contentaron con la parte que les tocó; verdad es que les tocó lo mas, porque nunca harán los preceptos un poeta. Recorramos por otra parte las obras de los grandes maestros del arte. Aristóteles hubiera probado á entonar la trompa épica; en balde hubiera ensayado á observar sus mismas reglas. Longino, que tan bien entendió el sublime, no hubiera dado nunca con él. El severo Boileau quiso pulsar la lira, y Apolo la rompió en sus débiles manos; toda su oda á la toma de Namor puede darse por el peor concepto de su arte poética. La Harpe dió modelos, pero modelos de escuela. En una palabra,

la cabeza puede aventajarse en el hombre, pero es por lo regular á costa del corazón. Dos nombres colosales, que son los que mas acaso á la perfección en distintos géneros se han acercado, pudieran citarse como poderosas excepciones de nuestro aserto. Horacio y Voltaire. Esto sin embargo podría ser objeto de larga discusión en que no podemos entrar ahora; en ella aparecería tal vez que el Horacio del arte poética y de las sátiras no es el Horacio de las odas, que el Voltaire prosista es infinitamente superior al Voltaire autor cómico, trágico y épico.

En beneficio del señor don Francisco Martínez pueden solo resultar estas breves observaciones, á que la lectura grata de su libro da lugar. Nadie puede dudar del alto puesto que entre los preceptistas ocupa; y de su talento poético no seremos ciertamente nosotros los que dudemos. Y no decimos tampoco que el señor Martínez es poeta porque creamos que otros lo duden, sino porque en decirlo gozamos y en repetirlo, nosotros sobre todo, que juzgarémos al autor con sus mismas leyes, y que abundamos afortunadamente en sentadas opiniones suyas. Sentimiento, intención, es lo que buscamos en el poeta: sentimiento, intención, encontramos en el señor Martínez de la Rosa. «No remontemos, dice el autor en su prólogo, tan desacordadamente el concepto y la frase, que cueste trasudores el entendernos.» «No recuerdo un solo rasgo sublime, dice en otra parte, en cualquiera lengua que sea, que no esté espresado con sencillez.» Esta idea, adoptada por nuestro poeta y tan bien seguida en su Edipo; esta imitación de la griega sencillez es la que distingue sus obras poéticas de las demas de su época: la oscura ampulosidad es una montaña que abrumba nuestra poesía: nada mas necesario que el que se resuelvan los jóvenes en fin á segregar del fruto precioso el lujurioso pámpano que le ahoga. No es la palabra la sublime: séalo el pensamiento; parta derecho al corazón; apodérese de él, y la palabra lo será tambien. «Hágase la luz, dijo Dios, y fué la luz.» Nada hay escrito mas sublime; nada sin embargo menos ampuloso. Oigamos otra espresion grande y sencilla. Muere una mujer, y esclama su amiga: «¡ Con qué esta es la primera noche que vas á pasar en la tierra! » ¡ Qué apóstrofe hay mas enérgico! ¡ Qué formas sin embargo mas sencillas! Todas las palabras son sublimes cuando la pasión las emplea. Siguiendo estos principios, es difícil ser á veces mas poeta que el autor de esta colección. ¡ Hay

ternura en sus composiciones, sentimiento en sus versos, profundidad á veces! Dulce y melancólica filosofía. Bien quisiéramos citar algunos trozos de los que han señoreado en su lectura nuestro corazón. Pero el público se hará con estas poesías, y citar fragmentos fuera imponernos la difícil tarea de la elección. Respondémos que serán leídas con placer por los que abriguen sentimiento; con entusiasmo por los que recibieron del cielo la sensibilidad como primera condición de su existencia.

Una cosa confesarémos á nuestro pesar: uno de los géneros á que mas lugar ha dado en su tomo el señor Martínez de la Rosa ha sido un género desgastado ya; un género en que tanto y tan bueno se ha escrito que es harto difícil sobresalir en él. No es decir esto que sus composiciones ligeras no puedan competir con las de Anacreonte, con las de Gesner, con las de Melendez; pero la tendencia del siglo es otra: si las sociedades nacientes alimentan su imaginación con composiciones ligeras, las sociedades gastadas necesitan sensaciones mas fuertes. Acaso en esto lleve el poeta ventaja á la sociedad en que vive; acaso las causas de la decadencia de este género no hacen favor á los adelantos de la civilización; pero no por eso es menos cierto que buscamos mas bien en el día la importante y profunda inspiración de Lamartine, y hasta la desconsoladora filosofía de Byron que la ligera y fugitiva impresión de Anacreonte.

Los versificadores que solo hacer versos saben, mas no sentirlos, podrán tachar de poco robustos algunos del autor; nosotros, aunque conocemos la necesaria cooperación de la mas completa armonía posible en la poesía, pasamos ligeramente sobre ese reproche, y siempre darémos la preferencia en todo caso á las ideas.

Concluirémos dando el parabien al señor Martínez de la Rosa por su nueva publicación, y deseando que la juventud estudiosa saque tanto partido de su ejemplo como de las lecciones con que en obras anteriores ha sabido hacerse el órgano del buen gusto, y el honor de su patria, que colocará su nombre en la corta lista de los que en el día pueden retribuirla gloria sólida é imperecedera.

LAS CASAS NUEVAS.

La constancia es el recurso de los feos, dice la célebre Ninon de Lenclos en sus lindas cartas al marqués de Sevigne: las personas de mérito que saben que donde quiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada: los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazón, se adhieren al amor que una vez por acaso encontraron, como las ostras á las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

Estos son generalmente los que temerosos de perder el bien, que conocen no merecer, preconizan la constancia, la erigen en virtud, y hacen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesion de sensaciones tan vivas como diferentes.

Aquella máxima de coqueta, al parecer lijera, si no es siempre cierta, porque no á todos les es dado el poder ser inconstantes, es sin embargo profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar mas de una exacta aplicacion. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafísicas acerca del amor: tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazón, y pasemos como sobre áscuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenia yo la edad todavía de querer ni de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacia ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chocóme aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la constancia. El hombre efectivamente se contenta muchas veces con las cosas tales como las en-

cuentra, por no darse á buscar otras, como se figura acaso difícil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre á lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia á lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazón á las aficiones que pudieran llegar á dominarle, agregado esto á la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habian puesto á mi familia, lograron hacer de mí el sér mas veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver á las mismas gentes todos los dias, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia á donde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los dias, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes: esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se pueden soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellas! ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquellos? ¿Se intimó la amistad? ¡A Dios! como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted, todos son desaires, todas crudas y acedas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy como á la francesa, mañana á la inglesa, un dia ceno y otro meriendo; ni tengo horas fijas, ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses solo para hablar en francés una hora al dia; me trato con los operistas para hablar una vez á la semana en italiano: aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie; y sufro las impertinencias de un inglés, á quien trato, por darme á entender en el idioma en que decia Carlos V que hablaria á los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los dias, desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fui el *Duende satírico*, ora el *Pobrecito hablador*, ora el *Bachiller Munguía*, ora *Andrés ni por esas*, ora *Figaro*, ora... y qué sé yo los muchos nombres que quedarán aun que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos

los dias en una misma casa, la vista de un cuarto desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce la picadura del pez en el corazon del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro á mi casa, pongo en movimiento á mi familia, hágome la ilusion de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los mas recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: — «¡Qué hermosura! esclamo; esto es vivir con desahogo, esto es lujo y magnificencia.» Si es chica: «Gracias á Dios, me digo, que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; esta es á lo menos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre, tan reducido tambien y limitado.» Si es cuarto bajo: «No tiene escalera, digo, y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas.» Si es alto el piso: «¡Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilacion, y qué pureza de aires!» Si es caro: «¿Qué importa? lo primero es tener buena habitacion.» Si es barato: «Mejor; con eso emplearé en galas lo que habia de invertir en mi vivienda.

Nadie, pues, mas feliz que yo, porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar facilmente por la última persona que oyen, de esos caracteres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número de este mundo, que nacieron por consiguiente para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la mas firme columna de los fuertes.

Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes á mi hombre descontento ya con cuanto le rodea: ya que no lo puede mudar todo, quiere cuando menos mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque esta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el origen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es solo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos, que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, están reducidas á una ó dos enormes pie-

zas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son oscuras por lo general á causa de su mala reparticion y combinacion de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirijímonos, pues, á ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche á la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen mas balcones que ladrillos y mas pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la poblacion de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La poblacion que se va colocando sobre los límites que encerraron á nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó con razon que se sigue en todas el método antiguo de construccion: sala, gabinete, y alcoba pegada á cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio mas desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construccion á las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros paises lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse á desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrian sustituir vidrios de mejor calidad, de mas tamaño, y unidos sobre todo entre sí con sutiles listones de madera, que harian siempre mejor efecto á la vista y darian mas entrada á la luz? ¿No convendria desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas ventanas de hojas mas delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas sobre todo mas espaciosa, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frio el cuerpo y atufándonos con el pestífero carbon, y que son restos de los sahumadores orientales introducidos en nuestro pais por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canelones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeunte, además del agua que debia natural-

mente caerle de cielo, toda la que no debia caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes á los de Correos, pegados á la pared?

Los caseros mas que al interés público consultan el suyo propio: *aprovechemos terreno*; ese es su principio: *apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje*: cada habitacion es en el dia un baul en que están las personas empaquetadas de pie, y las cosas en la posicion que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco mas de hombre ó un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piececitas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborózase y: *¡Este cuarto es mio!* esclama.—Pero acabémosle de ver.—Nada, inútil; quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio.—De allí á media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenia mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa; á lo menos tal nos parece siempre á los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusion de óptica.—¿Qué tiene usted que mandarme?... —¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo?... —Sí señor.—Hay varios cuartos en la casa.—Están dados.—¿Cómo! si no están hechos... —Ahi verá usted.—¿Pero no habria?... —Un tercero queda.—Bueno; he dicho que quiero casa nueva.—No es tampoco de los mas altos, caballero: no tiene mas que noventa y tres escalones y un tramito.—Ya se ve que no es mucho: se baja uno á Madrid en un momento.; quiero casa nueva.—¿Pagará usted adelantado?—Hombre, ¿adelantado? A mí nadie me paga adelantado —Pues déjelo usted.—¿Ah! no, eso no; bien; pagaré ¿un mes?—Tres meses ó seis.—Pero hombre... —Dejarlo.—No; bien, bien; ¿cuánta renta? Es tercero y tiene pocas piezas y estrechas, y... —Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le pone en doce.—¿Diez reales! —Si no acomoda... —Sí señor, sí. ¡Cómo ha de ser! ¡Casa nueva! —Fiador.—¿Fiador? —Y abonado.—Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos: el marqués de... —¿Mar-

qués? no, no señor. — El coronel de... — ¿Militar? menos. — Un Mayordomo de semana. — ¿Tiene fuero? no señor. — Pero hombre, ¿adónde he de ir á buscar?... — Ha de tener casa abierta. — Pero si yo no me trato con taberneros, ni... — Pues dejarlo. — ¡Voto va!

No hubo mas remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza á todos los diablos. Venciéronse por fin las dificultades: ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padron, y cogió... ¿qué habia de coger por último? el cielo con las manos, lectores míos. Comenzó le mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcon, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y al llegar en el tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le habia estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por menos; fué preciso pagar los daños: el bufete entró como taco en escopeta, haciendo mas allá la pared á fuerza de rascarle el yeso con las esquinas: la cama del matrimonio tuvo que quedarse en la sala, porque fue imposible meterla en la alcova: el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichon, en vez de levantar la cabeza, con el techo que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia! Mi amigo tiene un suegro sumamente gordo: verdad es que es monstruoso; y es hombre que ha menester dos billetes en la diligencia para viajar: como á este no se le podia romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? no es decente. — ¿Meterlo por el balcon? no es para todos los dias. ¡Santo Dios! ¡que no se hagan las casas en el dia para los hombres gordos! En una palabra, desde ayer están los trastos dentro; mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, ó á perder carnes, ó á ganar casa.

REPRESENTACION

DE

LA FONDA, Ó LA PRISION DE ROCHESTER,

comedia en un acto ;

Y DE LAS ACEITUNAS,

ó una desgracia de Federico II. = id.

—

Era tiempo de peste en Cádiz, y daba su parte á la autoridad un sargento que estaba de faccion en Puerta de tierra, diciendo en los términos siguientes: «Sin novedad: hoy han salido por esta puerta veinte muertos con sus respectivos cadáveres. Sargento fulado.» — Eso mismo decimos hoy nosotros al público al darle parte de las dos funciones nuevas que acabamos de ver desaprobadas con tanta razon por el auditorio. «Sin novedad: se han representado en este teatro dos comedias con sus respectivas silbas:» que silbas y comedias son cosas ya tan inseparables como cadáver y muerto.

Pero vamos á la primera cosa que se representó en esta funesta noche. Casóse un labrador, y proponíase tener muchos hijos; tanto que le pareció venir allí de molde un libro de memorias, donde pudiera ir apuntando sus nombres, y no confundirse él, ni confundirlos jamás. Encuadernó, pues, su libro en blanco, é iba apuntando así: «Hijos del labrador Anton Antunez: el primer hijo, no fue hijo, sino hija.

Lo mismo decimos nosotros: comedias del 24: la primer comedia, no fue comedia, sino farsa. Júzguelo sino el lector. El caso ocurre en Lóndres en tiempo de no sé qué príncipe, que acaba de desterrar á su favorito el conde de Rochester, por ciertas sátiras que el señor conde se ha tomado la libertad de escribir en mala hora, en peor sazon y en aciago dia. El conde, que

es hombre taimado, así se cuida de cumplir su destierro como de adorar el zancarron de Mahoma. El príncipe le destierra; pero él no se dá por desterrado. Todo lo contrario; quédase el conde escondido; y ¿dónde les parece á ustedes que se esconde? ¿En alguna guardilla ó sótano, en algun... Nada de eso: escóndese en medio de una fonda pública que ha arrendado y beneficia en persona: ¿quién le ha de conocer allí? En las fondas de Lóndres no se conoce á nadie. Esto parece una paradoja; pero el hecho es que un constable encargado de prender al desterrado, y que lleva sobre sí todas sus señas, le ve, le habla, y no le conoce. Entretanto el príncipe, que está cansado de los pesados cargos del gobierno, ó que acaso ha encontrado alguna mosca en la sopa y anda torcido con su cocinero, coge la capa y el sombrero, y vase á comer á la fonda como si fuesen los dias de su mujer. ¿Y á qué fonda ha de ir el príncipe? A la misma que ha arrendado Rochester. El príncipe acaba de comer, y como habia de tomar café para despejarse la cabeza, se pone ha hacer versos, como chico que acaba su plana, porque el príncipe es poeta, por mas que parezca imposible. Acaba su composicion éste, que deberá ser alguna anacreóntica, y consulta á un muchacho de paja y cebada de la fonda, que hace tambien versos. En tanto Rochester soborna al ayuda de cámara del príncipe, el cual no hace versos, pero hace cuanto le mandan, que es mucho mejor. De allí á poco viene el constable y quiere prender al príncipe creyéndole Rochester. El príncipe, temblando que le lleven á la cárcel y le den azotes por haber hecho novillos de su oficio de gobernar, y haber traído la vida del hombre malo comiendo de figon en figon, imagina la idea de darle al constable un papel con su firma donde está el perdon del conde. Este, que anda á caza de descuidos por este estilo, atrapa el papel, y con esta supercheria queda perdonado. En celebridad se casa la muchacha de la fonda con el mancebo de los versos, porque ya hemos dicho que en esta farsa todos son poetas menos el autor. Casada la chica, perdonado el conde, se acaba la comedia y empieza la silba.

Seguia la apuntacion del labrador Anton Antunez, y decia: «El segundo hijo murió al nacer, por lo cual no fué hijo ni hija.» La segunda comedia, pues, fue todo mentira: ni fue cierta ni verosímil. Federico de Prusia acaba de ser derrotado por los rusos, gente descomunal ya desde aquellos tiempos; y se echa á

buscar solo y de incógnito casa de huéspedes por los pueblos de la comarca. Llega á uno donde mete mucho ruido un pleito sobre unas aceitunas (que por lo malas deben de ser de la fonda de Rochester arriba espresada). Un sargento prusiano dejó al partir para la guerra ocho años antes un barril de aceitunas en depósito á un vecino del pueblo , pero dejó tambien oculta en el barril una suma de dinero. El taimado depositario le vuelve á su regreso las aceitunas, mas no las monedas. En el momento en que acaba de llegar Federico, ha sentenciado el pleito en favor del infiel depositario un majadero; es decir, un alcalde del pueblo. El rey, que está desocupado, ya que no pudo ganar la batalla, se empeña en ganar el pleito : un muchacho que es muchacha, y á quien le sucede lo mismo que al hijo de Anton Antunez, porque le representa la señora Castillo vestida de hombre, da en conocer la falsedad del depositario al notar que las aceitunas son frescas, cosa imposible llevando ocho años de depósito, lo cual es una prueba convincente de que anduvo en las aceitunas la mano del gato, ó la del depositario, que gatos y depositarios se van allá. El rey, pues, hace justicia seca, entre polvo y polvo, porque Federico tomaba mucho tabaco; y castigado el vicio, y recompensada la virtud, y dicha la moraleja; de la cual se deduce que es muy peligroso cambiar las aceitunas cuando se trata de robar; y comenzada de nuevo la batalla, que suena en el teatro á vejigas reventadas, y descubierto el rey, y quedándose solo en majadero el que era antes majadero y alcalde todo junto, cae la cortina, lo que comunicamos al público para su satisfaccion. Aquí vuelve á empezar el estribillo de la silba con que rematan ahora todas las piezas.

¿Dónde hemos leído nosotros que poseia el teatro tantas comedias nuevas para la próxima temporada cómica? Por la cruz que tenemos á cuentas con este teatro, no lo creemos; porque recordamos cierto caso que queremos contar á nuestros lectores, ya que con tanta comezon de contar nos encontramos hoy. Reñian un andaluz y otro andaluz, el uno mas feo que el otro, y echábanse á la cara mil denuestos, cuando cansado ya el uno del mucho vocear, y del no decirse nada en limpio, empínase en las puntas de los pies, y dícele á su adversario: — Pero ¿qué habla usted ahí, compadre? si todo el mundo sabe que usted es hom-

bre de dos caras. A lo que repuso el menos feo, no bien lo hubo oído: — Amigo, siento mucho no poder decir á usted otro tanto. — ¿Y por qué? diga usted, preguntó el feo. — Porque si usted tuviera otra cara, repuso el chulo, no le veríamos nunca esa que trae hoy.

Si tuviera el teatro buenas comedias, ¿cómo le habíamos de ver nunca esos harapos de farsa que nos enseña?

VARIOS CARACTERES.

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicacion; cerrar el libro, y no poderse dar cuenta de lo que ha leído? En estos casos, que muy á menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atencion en una sola cosa, trato de fijarla en todas: sálgame á la calle, éntrome por los cafés, vóime á la Puerta del Sol, á Correos, el Museo de Pinturas, á todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos dias en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga á mis ojos color, y menos, color agradable. En estos dias llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y des-pego á cuanto veo se dibuja en mis lábios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que mas me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo á ningun amigo ni conocido que encuentro, porque esto seria hacer yo tambien un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que solo para divertirme á mí creo por entonces que representa el mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco á escuchar conversaciones de corrillos: es de advertir que cuando el tedio me abrumba con su peso, no puedo tener mas que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa á mi alrededor; á todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes dias no hay hermosas para mí, no hay feas, no hay amor, no hay odio.

Esta es la razon porque me fuera imposible hacer hoy un artí-

culo de costumbres medianamente coordinado : si ha menester plan , si necesita reflexion la cosa que hoy emprenda , inútil me es emprenderla ; conozco que no he de poder llevarla á cabo. — Acaso encontraria , investigando metafisicamente mi corazon , la causa que ha podido ponerme hoy en esta estraña disposicion de ánimo , pero este trabajo me cansaria , y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones , sino recibirlas. En estos dias es , sin embargo , cuando colocado detrás de mi lente , que es entonces para mí el vidrio de la linterna mágica , veo pasar el mundo todo delante de mis ojos , é imparcial , ageno de consideracion que á él me ligue , véole tal cual se presenta en cada fisonomía , en cada accion que observo indolentemente.

— ¿ Qué hace don Julian en ese café ? Todos los dias viene al dar las cuatro : el mozo no ha menester que le hablen una palabra : apenas se ha colocado aquel en su silla , ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma , paga , y se duerme. Esa es la principal ocupacion de don Julian. Tomar café una vez cada dia.

— ¿ Y qué hace en el café aquel viejo ? Treinta años ha que viene : todas las tardes juega su partida de agedríz : todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor : ni él hace mas en la vida , ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

— ¿ Quién es aquel que cruza por aquella esquina ? ¡ Bello muchacho ! Pero no ; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro. ¡ Ah ! es un jóven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido , prendido y ajustado : ni una mota , ni una arruga lleva el frac : la bota es un espejo : el guante blanco como la nieve : la corbata no hace un pliegue : el pelo rizado , mejor diremos pintado : en todos los conciertos , en todos los bailes , en el paseo , en la luneta , erguido siempre , bailando , coqueteando. ¿ Nunca se descompone , nunca se ensucia ? ¿ Qué secreto posee ? ¿ No le crece nunca la barba ? Jamás. Es solo de estrañar que vaya solo ; ó acaba de dejar algunas señoras , ó va á buscarlas. Las hablará de la ópera , del figurin , de lo mal que bailó el solo Gasparito ; esta es existencia del viejo verde : miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa : ¿ es una serpiente que se roza contra un árbol ? No ; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

—¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos, ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compás de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leído, hagan una acción digna de ser imitada? No; esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se rien (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

—¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo, los mismos guantes, el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo, el mismo pantalon, la misma postura de sombrero..... ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

—¿De qué habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz: allí acude todos los días á las ocho de la mañana; alarga una mano á la banasta de los periódicos: es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la Revista, mañana el Boletín.... Gran noticioso. Ese sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla: sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa ó en Badajoz; entiende muy bien la marcha de Nicolás, que así llama el con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros; pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oído: contraen la costumbre de suponerse espiados por las grandes cosas que creen decir: de resultas, si le encuentran á usted, le dirán al oído muy secretamente: — Buenos días: beso á usted la mano.

—¿Hay nada mas torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

—¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendrá á mí con los brazos abiertos, aunque me haya visto ayer; se enganchará de mí, me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis... Pero lléveme, aunque

sea el diablo, de una mujer amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada ó tierna, sí.... ¡Válgame Dios! y líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable: esa me volvería loco.

— Oigan ustedes á don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? Vengo de allí: hace estragos horrorosos.— ¿Ha llegado el tenor nuevo? — Sí, responde, le acabo de dar un abrazo: viene gordo, y su voz es un portento: le hice entrar en un portal y cantar un rato... por mí lo hizo. Es gran muchachon, rubio, alto, ¡extranjero! — Al otro dia se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco..... — ¿Está malo algun sugeto marcado? — Hoy está mejor, dice: se ha reido mucho conmigo: una hora he estado con él.— Luego se averigua que el que tanto se ha reido estaba ya enterrado.— ¿Quién es aquel botarate? — ¿Aquel? un mónstruo: aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben: hay una mujer hermosa, nada la dice; sin embargo afecta ir á la casa á horas de franqueza: la acompaña al Prado: en baile ó sarao donde está ella está él: siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella: cuando ella no le ve, finge mirarla con zelos de algun otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? siempre da el brazo á la hermosa. Ella en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para el no hay otro modo de serlo. ¡Que horrible carácter! ¡Qué triste buena fé la de su víctima que no lo conoce!

NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO,

ó

LOS VIAJEROS EN VITORIA.

¿Porqué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comision: en España parece que la toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de pasar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino? El hecho es, que desde Paris á Madrid no habia antes mas inconveniente que vencer que 365 leguas, las lanchas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero héte aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de Paris á Madrid, como si dijéramos estorbando, y héte que esclaman: — Pues que, ¿no hay mas que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá, cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hácia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amanecia en Vitoria y en Álava uno de los primeros dias del corriente, y amanecia poco mas ó menos como en los demas paises del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carrera de Francia la precipitada carrera de algun carruaje procedente de la vecina nacion. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto éste en su capa, y aquel en su capote, venian dentro. El primero hacia castillos en España, el segundo los hacia en el aire, porque venian

echando cuentas acerca del día y hora en que llegar debían á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vaca). Llegó el veloz carruaje á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la orden de detener á los ilusos viajeros. — ¡Ola! ¡eh! dijo la voz, nadie pase. — ¡Nadie pase! repitió el español. — ¿*Son ladrones*, dijo el francés? — No señor, repuso el español asomándose; *son de la aduana*. Pero ¿cuál fue su admiración cuando sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda quella bulla metía? Dudoso todavía el viajero, estendia la vista por el horizonte por ver si descubria alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro mas allá, y ciento mas, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo. — ¡Santo Dios! exclamó: ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traído usted al yermo ó á España? — Señor, dijo el cochero, si Álava está en España, en España debemos de estar. — Vaya, poca conversacion, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y de asombros; conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero. — ¡Con usted, padre! ¿y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aquí maldito si no tuvimos ocasion de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras. — Calle, dijo el padre, y mejor para su alma. En nombre del Padre, y del Hijo... — ¡Ay Dios mio! exclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creído en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran. — Y del Espíritu Santo, prosiguió el padre; apéense, y hablaremos. — Aquí empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Cárlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendia á todo esto el francés dél diálogo; pero bien presumia que podia ser negocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores, — cás-pita! dijo en su lengua, que no sé como lo dijo, ¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos están, y qué bien portados! Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés. — ¡Contrabando! clamó uno; contrabando, clamó otro; y contrabando fué repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hir-

viendo de una sarten puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta llama, y chilla, y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormía. quémanse los chicos, y la casa es un infierno: así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retaila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado.

— Mejor es ahorcarle, decia uno, y servia el español al francés de truchiman. — ¡Cómo ha de ser mejor! exclamaba el infeliz. — Conforme, reponia uno; veremos. — ¿Qué hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés?

Calmóse, en fin, la zalagarda; metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creia que soñaba, y que luchaba con una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caido en poder de osos, ó en el pais de los caballos, ó Houinhoins como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aquí y allí, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. ¡Ya se vé! era la intendencia. Dos monacillos hacian en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristan, que debia ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecia sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacian cruces como si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre mas reverendo que los demas, comenzó á interrogar á los recién llegados.

— ¿Quién es usted? le dijo al francés, y el francés callado, que no entendia. Pidiósele entonces el pasaporte.

— ¡Pues! francés, dijo el padre. ¿Quién ha dado este pasaporte?

— S. M. Luis Felipe, rey de los franceses.

— ¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese don Luis. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted, añadió entre dientes, si no habrá algun sacerdote en todo París

que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

— ¿A qué viene usted?

— A estudiar este hermoso país, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

— ¿A estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño.

— ¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues... *Recherches sur... al sur* ¿eh? este *Recherches* será algún autor de marina: algún herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué mas? ¡Ah! una partida de relojes; á ver... *London*... ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

— Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

— *De comiso*, dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstancia cogió un reloj, y metióselo en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegase mas pronto la del refectorio.

— Pero, señor, dijo el francés, yo no los traía para usted...

— Pues nosotros lo tomamos para nosotros.

— ¿Está prohibido en España saber la hora que es? preguntó el francés al español.

— Calle, dijo el padre, si no quiere que se le evorcice, y aquí le hechó la bendición por si acaso. Aturdido estaba el francés, y mas aturdido el español.

Habíanle entre tanto desvalijado á este dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con mas tres mil reales que en él traía.

— ¿Y usted, señor de acá? le preguntaron de allí á poco, ¿qué es? quién es?

— Soy español, y me llamo don Juan Fernandez.

— Para servir á Dios, dijo el padre.

— Y á S. M. la Reina nuestra Señora, añadió muy cumplido y satisfecho el español.

— *A la cárcel*, gritó una voz; *á la cárcel*, gritaron mil.

— Pero señor, ¿porqué?

— No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay mas Reina que el señor don Carlos V. que felizmente gobierna la monarquía sin oposicion ninguna?

— ¡ Ah ! yo no sabia...

— Pues sépalo, y confiéselo, y...

— Sé, y confieso, y... dijo el amedrantado dando diente con diente.

— ¿ Y qué pasaporte trae? También francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833, ¡ Qué de prisa han vivido estas gentes!

— ¿ Pues no es el año en que estamos? ¡ pesi á mi! dijo Fernandez, que estaba ya á punto de volverse loco.

— En Vitoria, dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa, estamos en el año 1.º de la Cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

— ¡ Santo Dios! en el año 1.º de la Cristiandad. ¿ Con qué todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? exclamó para sí el español. ¡ Pues vive Dios que esto va largo! — Aquí se acabó de convencer, así como el francés, de que se habia vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraiso.

— Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidieronse por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia porqué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocian á Luís Felipe, ni le reconocerian jamás, podria ocurrir que quisiera Luís Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Díjoles, pues, el que hacia cabeza sin tenerla:—Supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Álava, vayan en buena hora, y cárguenlo sobre su conciencia. El gobierno de esta gran nacion no quiere detener á nadie; pero les daremos pasaportes válidos.—Estendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:



AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD.

NOS Fray Pedro Gimenez Vaca. = Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernandez, de profesion católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

— Yo, además, que soy padre Intendente, habilitado por la Junta suprema de Vitoria, en nombre de S. M. el Emperador Carlos V, y el padre Administrador de correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre Capitan del resguardo, y el padre Gobierno, que está allí durmiendo en aquel rincon, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernandez, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal,—y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernandez las doce onzas, y no estrañó que en un país donde cada 1833 años no hacen mas que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre Prior, y del desgobernador Gobierno que dormia, llegó la mala de Francia, y en espurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nacion poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hácia Madrid se venian; no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habian muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contaron en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo:—Por allí *nadie pasa sin hablar al portero.*

LA PLANTA NUEVA,

ó el *faccioso*.

HISTORIA NATURAL.

Razon han tenido los que han atribuido al clima influencia directa en las acciones de los hombres; duros guerreros ha producido siempre el Norte, tiernos amadores el Mediodía, hombres crueles, fánaticos y holgazanes el Asia, héroes la Grecia, esclavos el África: seres alegres é imaginativos el risueño cielo de Francia, meditabundos aburridos el nebuloso Albion. Cada país tiene sus producciones particulares: hé aquí porque son famosos los melocotones de Aragon, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; país hay que da en un solo año dos ó tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y á un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar por otra parte esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cria sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimatan en los llanos como en los altos; que se trasplanta con facilidad, y que es tanto mas robusto y rozagante cuanto mas lejos esta de poblacion. Esto no es decir que no sea tambien en ocasiones planta doméstica: en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos, en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos: el hecho es que en todas partes se crien; solo el órden y el esmero perjudican mucho á la cria del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan: el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva, al irle á echar mano; se encierre y esconde, como la capuchina, á la luz

del sol, y se desparrama de noche: carcome y destruye como la ingrata yedra el árbol á que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge á los demas; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene mas dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cria, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo, ó se conocia poco, ó no se conocia por ese nombre: la verdad es que ni habla de ella Estrabon, ni Aristóteles, ni Dioscórides, ni Plinio el jóven, ni ningun geógrafo, filósofo ni naturalista, en fin, de algunos siglos de fecha.

En cuanto á su figura y organizacion; el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal; y así como la mona es en este el ser que mas se parece al hombre, así el faccioso en aquel es la produccion que mas se parece á la persona; en una palabra, es al hombre y á la planta lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy esperto, cualquiera lo confunde; pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas silba; pues cuando pasa entre facciosos habla: he aquí el origen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa tambien, á manera de ramas, dos piernas y dos brazos, uno á cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como púas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle, cualquiera diria que tiene ojos en la cara, pero seria grave error, distinguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazon.

Admirable es la naturaleza y sabia en todas sus cosas; el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demás seres, no estrañará cuanto de otras propiedades del faccioso maravillosas vamos á decir ¿Hay nada mas singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un hormiguero, la sociedad de los castores? ¿No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediacion de su macho, y que

arrancado éste, y viuda ella, dobla su alta cervíz, se marchita, y parece como pudiera una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el faccioso tenga inteligencia, solo porque se le vean hacer cosas que parezcan indicarlo; lo mas que se puede deducir es que es sabia, admirable, incomprendible la naturaleza.

Los facciosos, por ejemplo, sin embargo de su gusto por el despoblado, júntanse, como los lobos, en tropas, por instinto de conservacion, se agarran con todas sus ramas al perdido caminante ó al descarriado caballo; le chupan el jugo y absorven su sangre, que es su verdadero riego, como las demás plantas el rocío. Otra cosa mas particular: es planta enemiga nata de la correspondencia pública; donde quiera que aparece un correo, nacen en el acto de las mismas piedras facciosos por todas partes; rodéanle, enrédanle sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpentaria, y le ahogan; si no suelta la balija muere como Laomedonte, sin poderse rebullir, si ha lugar á soltarla, sálvase acaso. Diránme ahora, ¿para qué quieren la balija, si no saben leer? Ahí verán ustedes, respondo yo, si es incomprendible la naturaleza; toda la esplicacion que puedo dar es que se vuelven siempre á la balija como el heliotropo al sol.

Notan tambien graves naturalistas de peso y autoridad en la materia, que así como el feo pulpo gusta de agarrarse á la hermosa pierna de una mujer, y así como esas desagradables florecillas, llenas de púas y en forma de erizos que llamamos comunmente amores, suelen agarrarse á la ropa, así los facciosos, sobre todo los mas talludos y los vástagos principales, se agarran á las cajas de fondos de las administraciones; y plata que tiene roce con facciosos pierde toda su virtud, porque desaparece. ¡Rara afinidad química! Así que, en tiempos revueltos suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojó de facciosos, arrancados de su tierra natural, en algun pueblo, el cual dejan exhausto, desolado, y lleno de pavor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso á manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos, teniendo dinero, sin dejársele, bien así como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda sino desnuda y arañada.

Muchas de las cualidades de esta estrambótica planta pasamos en silencio, que pueden fácilmente de las ya dichas inferirse,

como son las de albergarse en tiempos pacíficos entre plantas mejores, como la zizaña entre los trigos, y pasar por buenas, y tomar sus jugos de donde aquellas los toman, y otras.

Planta es, pues, perjudicial, y aun perjudicialísima, el faccioso; pero también la naturaleza, sabia en esto como en todo, que al criar los venenos, crió de paso los antídotos, dispuso que se supiesen remedios especiales, á los cuales no hay mala de facciosos que resista. Gran vigilancia sobre todo, y donde quiera que se vea descollar uno tamaño como un corderillo, arrancarle: hacer ahumadas de polvora en los puntos de Castilla, que, como Roa y otros, los producen tan esquisitos, es providencia especial: no se ha probado quemarlos como los rastrojos, y aunque este remedio es mas bien contra brujas, podría no ser inoportuno, y aun tengo para mí que había de ser mas eficaz contra aquellos que contra estas. El promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes, abriéndoles los ojos para que vean á los facciosos claros como son y los distingan, sería el mejor antídoto; pero esto es mas largo y para mas adelante, y ya no sirve para lo pasado. Por lo demás, podemos concluir que ningun cuidado puede dar á un labrador bien intencionado la acumulacion del faccioso, pues es cosa muy esperimentada que en el último apuro la planta es también de invierno, como si dijéramos de cuelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de la tierra natal que le presta el jugo, pierde como todas las plantas su virtud; es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio que para proceder á él es necesario colgarlos uno á uno, y es operacion larga. Somos enemigos además de los arbitrios desesperados, y así en nuestro entender, de todos los medios contra facciosos parécenos el mejor el de la pólvora, y mas eficaz aun la aplicacion de luces que los agostan, y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados.

LA JUNTA DE CASTEL-O-BRANCO.

No hay cosa como una junta, si se trata de juntarse aquellos á quienes Dios crió. Podrán no hacer nada las gentes en una junta, podrán no tener nada que hacer tampoco; pero nada es mas necesario que una junta: así qué, lo mismo es nacer un partido, pónenle al momento en junta, como lo habian de poner en nodriza, y no bien abre los ojos á la luz se encuentra ya juntado, que no es poca ventaja. La junta, pues, es el precursor de un partido por lo regular, y esta clase de juntas andan siempre por esos caminos interceptando, ó interceptadas, cuando no estan fuera del reino tomando aires, ó tomando las de Villadiego, que de todo toman las juntas.

La que en el dia llama nuestra atencion es la de Castel-o-Branco. Empezaria á anochecer en Castel-o-Branco, y poníase por consiguiente oscuro el horizonte, cuando acertó á pasar por allí un español de estos sanos de los del siglo pasado, y que poco ó nada se curan del gobierno; de estos que dicen: A mí siempre me han de gobernar, tómelo por donde quiera. A qué iba el español á Castel-o-Branco, eso seria averiguacion para mas despacio. Basta saber que iba y que ya llegaba, cuando se halló detenido en medio de su camino por un portugués, que con voz descompuesta y cara de causa perdida:—Casteçao, le dijo, ¿es vasallo deu senhor emperante Cárlos V.? ¿Vien de Castella?—Entendíasele un poco mas al castellano de gallego que de achaque de gobiernos, y con voz reposada y tranquilo continente:—Yo no sé de quien soy vasallo, contestó, ni me urge saberlo, sino que voy á mis negocios: yo ni pongo rey, ni quito rey: quien anda el camino tenga cuidado...—Enfadábase ya el portugués, y era cosa temible. Conociólo el labriego, y antes de que echase la casa por la ventana, si bien allí no habia casa ni ventana:—No se enfade vuestra merced, señor portugués, le dijo, que yo

siempre seré vasallo de quien mande ; sabido es que yo y los míos nunca descomponemos partido. ¿Pero quién es mi rey en esta tierra? — Eu senhor Carlos V. — Vaya, sea en hora buena, contestó el castellano, porque yo por ahí atrás me dejaba reinando á mi señora la Reina... — ¡Casteçao! — No se enfade vuestra merced...—y de allí á poco entraban ya compadres por el pueblo el portugués de la mala cara y el español de las buenas palabras.

Pocos pasos habrían andado, cuando se esparció la noticia por todo Castel-o-Branco de como había llegado un vasallo de S. M. I. Es de advertir que como todos los días no tiene S. M. I. proporción de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes, decidióse lo que era natural y estaba en el orden de las cosas ; y fué, que así como un pueblo de vasallos suele solemnizar la entrada de un rey, así pareció justo que un pueblo de reyes solemnizase la entrada de un vasallo. Echáronse, pues, á vuelo las campanas: con este motivo hubo quien dijo ; *principio quieren las cosas*, y quien añadió : *que el reinar no quiere mas que empezar*. Digo, pues, que se echaron á vuelo las campanas, y el labriego se aturdió ; verdad es que el ruido no era para menos.

— ¿Qué fiesta es mañana? preguntaba el buen hombre.

— Festéjase la llegada de vuestra merced, señor casteçao.

— ¿Mi llegada? ¡Vea usted que diferencia! Allá en España nunca festejó nadie mis idas y mis venidas, y eso que siempre anduve de ceca en meca; ya veo que en este país se ocupan mas en cada uno...

En estos y otros propósitos entretenidos, llegaron á una casa que tenía una gran muestra, donde en letras muy gordas decía:

JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO

de todas las Españas con mas sus Indias.

No quisiera entrar el labrador ; pero hizole fuerza el portugués. Agachó, pues, la cabeza, y hallóse de escalon en escalon en una sala grande como un reino, si se tiene presente que allí los reinos son como salas.

Hallábase la tal sala alhajada á la espartana, porque estaba desnuda : en torno yacían los señores de la Junta sentados, pero

mal sentados; sea dicho en honor de la verdad. Luces habia pocas y mortecinas. Un mal espejo les servia para dos fines: para verse muchos siendo pocos, y consolar de esta manera el ánimo afligido, y para decirse de cuando en cuando unos á otros: «Mírese S. E. en ese espejo,» porque es de advertir, que se daban todos unos á otros dos cosas, á saber: las buenas noches y la excelencia.

Portero no habia; verdad es que tampoco habia puertas, por ser la casa de estas malas de lugar, que, ó no las tienen, ó las tienen que no cierran. Una mala mesa en medio, y un mal secretario, eran los muebles que componian todo el ajuar.

No sé dónde he leído yo que en cierta tierra de indios el congreso supremo de la tribu se reúne para deliberar en grandes cántaros de agua fresca, donde se sumergen desnudos sus individuos, dejando solo fuera del cántaro la cabeza para deliberar. No se puede negar que existe gran semejanza entre la Junta de Castel-o-Branco y el congreso de los cántaros, y que los carlistas que componen la una y los salvajes que forman el otro estan igualmente frescos.

Dominaba en el testero de la sala de Juntas el tesorero general del Pretendiente, don Matías Jarana; porque en tiempos de apuro el que tiene el dinero es el empleado principal; el cual sino era gran tesorero era gran canónigo. Dicho esto, me parece escusado detenernos mucho en describirle; estamos seguros de que el inteligente lector se lo habrá figurado ya tal como era. Oprimia á su lado el ministro de hacienda una mala banquetta, que gemia no tanto por el noble peso que sostenia, como por el mal estado en que se encontraba. Tambaleábase por consiguiente S. E. á cada momento: figurósele al labriego temblor el movimiento oscilante de S. E., pero está averiguado que era el mal asiento. Flaco, seco, y con cara de contradicción, hacia de notario de reinos don Jorge Ganzúa, que lo habia sido de Coria.

Veíase á otra parte de pié, y en actitud de huir á la primera órden, á un cabo del resguardo, partidario que fué del año 23. Representaba éste al ministro de la guerra, y llamábase Cuadrado, además de serlo.

Un dependiente del cabildo de Coria y dos personajes mas, en calidad de consejeros supremos de la Junta, hacian como que meditaban, por el buen parecer, en un rincon de la sala.

Indecible fué la alegría de la Junta suprema cuando el portugués hubo presentado á nuestro pobre labriego en calidad de vasallo de S. M. I.

—Esceletísimos señores, exclamó el señor tesorero en altas voces, reconozcamos en ese vasallo el dedo del Señor: ya ha llegado el dia del triunfo de S. M. I., y ha llegado al mismo tiempo un vasallo: todo ha llegado. Opino que en vista de esta novedad deliberémos.

— En cuanto á lo de deliberar, dijo entonces el señor notario, recuerdo al señor presidente que esto es una junta...

— No me acordaba, dijo entonces el presidente; nótese que esta es la primera junta de que tengo el honor de ser individuo.

— Se conoce, añadió el notario; y lo apuntó en el acta. — Hable, pues, si sabe y si tiene de que el esceletísimo señor ministro de hacienda. — Dispiértele usted, dijo entonces el presidente al portugués que hacia de ugier, dispiértele usted, pues parece que S. E. duerme.

Llegóse el portugués á S. E., que efectivamente dormia, y díjole en su lengua: — No haga caso S. E. de que está en junta, que es llegado el momento de hablar. — Soñaba á la sazón S. E. que se le venian encima todos los ejércitos de la Reina, y volviendo en sí de su pesadilla con dificultad:

— ¿Hablo yo? dijo; vamos á ver. Las mejoras, pues, aunque no nos toque el decirlo, las mejoras...

— Al órden, al órden, interrumpió el presidente: ¿qué es eso de mejoras?

— Soñaba que estábamos en España, contestó S. E. turbado. Perdone la Junta. Por consiguiente hable otro, que yo no estoy para el paso. Mi intermision por otra parte no urge. Mi ministerio...

— Esceletísimo señor, dijo el presidente, cierto; pero acaba de llegar...

— ¿Ha llegado la hacienda, ha llegado mi ministerio? preguntó azorado el señor Tallarin, buscando con los ojos por todas partes si llegaria á ver un peso duro...

— Todavía no; pero...

— ¡ Ah ! pues entonces, repuso el ministro, repito que no corro prisa; y volviéndose en la banqueta y hácia el portugués: avíseme usted, señor don Ambrosio de Castro y Pajarez, Almendru-

do, Oliveira y Caraballo de Alburquerque y Santaren, en cuanto llegue la hacienda. Dicho esto, volvió S. E. á anudar el roto hilo de su feliz ensueño, donde es fama que soñó que era efectivamente ministro.

— Yo hab... b. . blaré, dijo entonces uno de los consejeros supremos que era tartamudo, yo hablaré que he s.... s.... s.... ido por... pr... pr... pro... curador...

— Mejor será que no hable nadie, dijo entonces el notario al oído del presidente, si ha de hablar el señor...

— Di... di... dice bien el señor not... notario, dijo entonces el consejero sentándose, p.... p.... por.... porque no acabaríamos nunca.

— Pido la palabra, dijo el que estaba á su lado.

— ¿Quién diablos se la ha de dar á V. E., dijo entonces el presidente amoscado, si nadie la tiene?

— Recuerdo á S. E., dijo el notario, que en el orden del gobierno de S. M. I. no se puede pedir la palabra, y que es frase mal sonante: ó hablar de pronto, ó no hablar.

— Si el señor Cuadrado no está para hablar, dijo entonces el presidente, nos iremos á casa.

— Mas estoy para obrar que para hablar, contestó S. E.; pero fuerza será, pues no hay quien hable. Digo en primer lugar que yo no doy un paso mas adelante, sino se conviene en presentar mañana á la firma de S. M. I. un decreto... ¿Eh?

— Adelante.

— Bueno. Y declaro como fiel y obediente vasallo de S. M. I. el señor Carlos V, por quien derramaré desinteresadamente hasta la primera gota de mi sangre, que no sigo en el partido si S. M. I. no lo firma.

— Mal pudiera oponerse la Junta á tanta generosidad.

— Propongo, pues, continuó el escelentísimo señor cabo, ministro de la guerra, el siguiente decreto que traigo para la firma. « Yo, D. Carlos V, por la gracia del reverendísimo padre Vaca y del escelentísimo señor Cuadrado, emperador de etc. etc. (Aquí los reinos todos). Sin entrar en razones, quiero y mando que queden suprimidos los carabineros de costas y fronteras, y se reorganice el antiguo resguardo: quedando todos los fondos á disposición del escelentísimo señor Cuadrado. = Yo el Emperador. = Al ministro de la guerra Cuadrado. » — Y por el pronto será del

resguardo el señor vasallo que está presente, encargado por ahora, y hasta que haya mas, de obedecer las órdenes del gobierno.

—Alto, dijo al llegar aquí el señor canónigo presidente, que yo traigo tambien mi decreto, y dice así el borron *mutatis mutandis*.

(No hemos podido haber á las manos ninguna copia de este borron por mas esquisitas diligencias que hemos practicado; pero ya se deja inferir poco mas ó menos su tenor. ¡ Válgame Dios, y qué cosas se pierden en este mundo!)

Anotó el notario en el acta el segundo decreto, y pasó á proponer el siguiente que acababa de redactar como ministro de gracia y justicia. Dejando aparte la gracia y la justicia, decia así el borron :

«Artículo 1.º En atencion á la tranquilidad con que posee y gobierna S. M. I. el Sr. D. Carlos V estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren, se entusiasmarán espontáneamente, y se llenarán de sincera y voluntaria alegría, pena de la vida, en cuanto llegue á su noticia este decreto : debiendo durar el entusiasmo tres dias consecutivos sin intermision, desde las seis de la mañana en punto, en que empezará, hasta las diez de la noche por lo menos, en que podrá quedarse cada cual sereno.

Art 2.º No pudiendo concebir la Junta suprema de Castel-o-Branco el abuso de las luces introducido en estos reinos de algun tiempo á esta parte, suprime y da por nulas todas las iluminaciones encendidas y por encender, en atencion á que solo sirven para deslumbrar las mas veces á sus amados vasallos : y manda que no se solemnice ninguna victoria, aunque la llegara á lograr algun dia casualmente, con esa especie de regocijo, en que nadie se divierte sino los cosecheros de aceite.

Art. 3.º Quedan prohibidas como perjudiciales todas las mejoras hechas, debiendo considerarse nula cualquiera que se hiciere sin querer, pues queriendo no se hará.

Art. 4.º Convencida la Junta de que nada se saca de las escuelas, sino ruido y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del Sr. D. Carlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas : debiendo olvidar cada vecino en el término improrogable de tres dias, contados desde la fecha, lo poco ó mucho que supiese, sopena de tenerlo que olvidar donde menos le convenga.

Art. 5.º Siendo de algun modo necesario hacerse con vasallos para ser obedecido de alguién, la Junta suprema perdona é indulta á todos los españoles que hubiesen obedecido á la Reina Gobernadora; si bien reservándose, para cuando los tenga debajo, el derecho de castigarlos entonces uno á uno ó in solidum, como mejor le plazca.

Art. 6.º No siendo regular que el supremo gobierno se esponga al menor percance, tanto mas cuanto que hay en España, segun parece, españoles que se hacen matar por su señor Carlos V, sin meterse á averiguar si S. M. y sus adláteres pasan como ellos trabajos, y dan su cara al enemigo, ó si esperan descansadamente jugando á las bochas ó al gobierno, á que se lo den todo hecho á costa de su sangre, para agradecerse despues como es costumbre de caballeros pretendientes, es decir, á coces: la Junta suprema y el gobierno de S. M. I. permanecerán en Castel-o-Branco; tanto mas, cuanto que hay en Portugal muy buenos vinos y otras bagatelas precisas para la sustentacion de sus desinteresados individuos; y solo entrará en España, si entra, á recibir enhorabuenas y dar fajas y bastones á los principales facciosos y cabecillas, que para lograrlos pelean desinteresadamente por el Señor Carlos V, y bastonazos á los demás.»

¡ Viva! ¡ viva! exclamó al llegar aquí toda la Junta, y es fama que despertó entonces el ministro de hacienda, y aun hay quien añade que echó un cigarro, es á pasar del mal estado de su ministerio.

Temblaba á todo esto el buen labriego, pues ya habia caido él en la cuenta de que si todos aquellos señores habian de mandar; y no habia otro sino él por allí que obedeciese, era la partida mas que desigual. Calculando, pues, que un pueblo donde no habia mas que la justicia y él, él habia de ser forzosamente el ajusticiado, andaba buscando arbitrios para escaparse del poder de la Junta; la cual así pensaba en soltarle, como quien lo consideraba en aquellos momentos un cacho de la apetecida España, que la Providencia tiene guardada felizmente para mas altos fines.

Pero Dios, que no se olvida nunca de los suyos, aunque ellos se olviden de él, lo habia dispuesto de otro modo: no bien se habia leído el último renglon del decreto del notario, cuando se oyó en la calle un espantable ruido. — Estos son tiros, exclamó Cuadrado, que era el único que alguna vez los habia oido desde le-

jos. — ¡Tiros! dijo el presidente: ¿á qué estamos ganando una batalla sin saber una palabra?...

—No corremos ese riesgo', entró gritando el portugués: sálvense vuestras escelencias, sálvense: aquí quedo yo, que soy portugués y basto para cien casteços. — Os perdono, dijo entonces volviéndose á los que ya entraban, os perdono, casteços: daos, que no os quiero matar.

Pero ya en esto diez y nueve robustos contrabandistas habian entrado á dar sus diez y nueve votos en la Junta; y echándose cada uno un argumento á la cara: ¡Viva Isabel II! dijeron. Hacíase cruces el presidente, escondíase debajo de la banqueta el escelentísimo señor ministro de hacienda, tapaba el notario de reinos el acta, no salia el tartamudo de la p... inicial de perdon, y hacian los demas un acto de atricion con mas miedo del infierno, que amor de Dios. El labriego solo era el que bendecia su estrella, y quien echando mano de un cordel que para otros usos traía, dispuso á la Junta en forma de trailla; la cual en la misma y mas custodiada que tabaco en rama, por los diez y nueve votos de contrabando que habian levantado la sesion, se entró por los términos de España, á las voces del portugués; que casi desde Castel-o-Branco les gritaba todavía en mal castellano: «No tengan miedo vuestras escelencias, aunque los aforquen los casteços; que yo, en acabando de pelear aquí por S. M. don Miguel I, que es cosa pronta, he de pasar la raya; y ó me llevo allá al Emperador Carlos V, ó me traigo acá á Castilla.»

LAS CIRCUNSTANCIAS.

—

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la lescusa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo—todo en las circunstancias que, dice, le han traído á menos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos dias, cuando recibí una carta, que por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litteræ* á mis lectores. Decia así la carta:

«Señor Fígaro. —Muy señor mio : A usted señor Fígaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos : primero, quejarme de mi mala estrella, segundo, inquirir de su esperiencia, pues le imagino á usted por sus escritos hombre de esos que han vivido mas de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos, y una desgracia en el mundo que se asemeje á la desgracia mia. Soy un verdadero juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una ola al inesperto nadador que se arrojó incauto en la pérvida corriente del caudaloso rio.

Mi padre era inglés y rico, señor Fígaro, pero hallábase aislado en el mundo : era naturalmente metido en sí, y solo un amigo tenia : antojósele á este amigo entrometerse en una conspiracion; confió á mi padre varios papeles importantes; descubrióse la conspiracion, y ambos tuvieron que huir. Vínose mi padre á España, reducido á oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes ; vió una linda gaditana, prendóse de ella, casóse, y antes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiracion, que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Fígaro, á Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debia haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar mas causa de este trastrueque que las circunstan-

cias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde pequeño. Mi madre era mujer de rara penetracion y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo; y en darme toda la educacion que se podia dar entonces en España consumió el poco caudal que la dejara mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar, á que querian destinarme, estudié leyes en la universidad; pero puedo asegurar á usted que á pesar de eso hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Fígaro, despues de haber sido gran abogado, hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial; y el consejo de Castilla me hubiera recogido al fin de mis dias en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias, sin embargo, me lo impidieron. Habia un Napoleon en el mundo, y fué preciso que éste quisiera ser emperador, y emplear á sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese, ni buen abogado, ni mal ministro.

Yo tenia sentimientos generosos, mis compañeros tomaron la armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgia mas. ¿Qué remedio? Dejé como fray Gerundio los estudios y me metí á predicador; es decir, me hice militar en obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo, y las circunstancias me dejaron tuerto y capitán: sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servia. Yo, señor, Fígaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; menos servia, pues, para casado, ni nunca pensara en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que gozando por sus relaciones de familia de algun favor, hubiera adelantado mi carrera: otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme solo en el mundo, y en ocasion en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las Cortes de Cádiz, recogióme y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinacion de circunstancias; caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado: es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general segun mis servicios, que á otros fajaron haciéndoselos muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado: quitáronme las charreteras! envolviéronme en la comun desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo

no queria ir; allí hice la vida de presidiario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastara para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenia la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigian entonces las circunstancias para prosperar, no solo no me emplearon, sino que me cantaron el *Trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no habia nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano: hice artículos contra aquel gobierno; y como entonces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados, que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de aurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fuí á reunirme con los de la fé: dijéronme allí que las circunstancias no permitian admitir en las filas á un hombre que habia sido marido de la hija de un diputado de las Cortes de Cádiz, y no me ahorcaron por mucho favor.

No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde en calidad de liberal me colocaron en un depósito, con seis cuartos al dia. Vino por fin la amnistía, señor Figaro. ¡Eh! Gracias á una Reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento; mis luces son conocidas, soy útil..... Pero, ¡ay! señor Figaro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara á hacerme visible para el poder, acaso lograría: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ugieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar! — Cien memoriales he dado, otras tantas espaldas he visto.—Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan, me dicen los unos.—Espere usted, me responden los otros: hay tantos pretendientes en estas circunstancias. Pero, señor, replico yo, tambien es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

Esta es, señor Fígaro, mi posición: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre mas desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debia haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ageno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias. — De usted, señor Fígaro. — Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias.”

No puedo menos de contestar al señor Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio; si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias; en no saber que mientras haya hombres la verdadera circunstancia es intrigar; estar bien emparentado; lucir mas de lo que se tiene; mentir mas de lo que se sabe; calumniar al que no puede responder; abusar de la buena fé; escribir en favor, y no en contra del que manda; tener una opinion muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinion que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres; mirarlos de puertas á dentro como instrumentos, y tratarlos como amigos; cultivar la amistad de las bellas, como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes á fuera, y eso de las cosas que puedan servir.....

Pero, Santo Dios, gritará un rígido moralista. ¡Qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!! — Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmedar, ni á variar el corazon humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó tomándolas como vienen, sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son por consiguiente las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las mas veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

REPRESENTACION

de la comedia original en tres actos y en verso titulada UN TERCERO EN DISCORDIA, de don Manuel Breton de los Herreros,

Una comedia nueva del aplaudido autor de *A Madrid me vuelvo* y de la *Marcela* no podia menos de llamar la pública expectacion, y aun de prevenirla favorablemente.

En esta composicion dramática, como en la *Marcela*, se ha propuesto el poeta, no censurar un defecto ridiculo determinado; no ridiculizar un vicio feo ó una pasion denigrante; no un objeto moral circunscripto y de general aplicacion. Un cuadro bien representado, en que se reunen á formar el conjunto varios caracteres sacados de la sociedad, hábilmente colocados en contraste, parece haber sido la idea del autor.

En la *Marcela* es una mujer amable, cuya peligrosa amabilidad da esperanzas á tres amantes igualmente indignos de su alto cariño. En *Un tercero en discordia* es una jóven perseguida tambien por tres amadores: los caractéres nuevos que presenta esta composicion dramática son los de los dos amantes mas importunos de Luciana. El uno es un jóven, en demasia desconfiado del cariño y fidelidad de su amada; en una palabra, un hombre celoso: el segundo es un necio, por el contrario, harto confiado en el amor de una mujer que no le ha dicho siquiera que le ama, pero de cuyo cariño cree poder estar seguro; en una palabra un presuntuoso. *Un tercero en discordia* que ni es celoso, ni presuntuoso, sino un tipo de la perfeccion social, un amante que ama sin prisa, sin mal humor, nunca, que jamás confia en que es amado, que nunca exige nada, impasible, eterno, imágen del no movimiento y de la no accion, es el justo medio presentado en este carrusel amatorio. A los ojos de una mujer sentimental, exaltada, romántica, de pasiones vivas, pudiera no parecer don

Rodrigo el mas perfecto ni el mas amante ; pero á los ojos de una muchacha bastante fria, como el autor nos la pinta, bien educada, y de suyo sosegada, no hay duda que don Rodrigo debe de ser el amante preferido, el esposo. El padre de la niña es un buen hombre, que tiene mas de tonto que de otra cosa, de estos que hablan con las manos, que escriben la conversacion, conforme la van haciendo, en el pecho de su interlocutor, que le desabotonan el chaleco, y le quitan el lazo de la corbata, etc. Una ama de gobierno vieja, de estas que hacen oficios de todo en las casas, regañona y entrometida en los intereses de la familia, es el quinto y último personaje de la comedia.

De esta construccion del plan se infiere que el contraste que presentan el celoso y el confiado ha de dar lugar á escenas cómicas : así es; rasgos hay felicísimos que revelan el poeta dramático. El confiado, traduciendo todos los desaires y desprecios por disimulo ó enojo amoroso, es sumamente cómico y lindamente imaginado: el celoso, por el contrario, tratando de luchar inútilmente á cada paso con su indómita pasion, y exaltándose á la vista sola de un papel cualquiera, despues de haber jurado la enmienda, escita la risa de la buena comedia. Aquí notarémos la habilidad del poeta. El confiado no necesitaba ser correspondido; de esta manera era mas ridículo, y así lo ha hecho el autor; el celoso, por el contrario, no podia desarrollar su carácter sin haber recibido pruebas muy grandes de amor : así que, el autor ha hecho que Luciana le correspondiese en un principio. Verdad es que de aquí nace un gravísimo inconveniente ; á saber, que la misma Luciana, que tutea al celoso en el primer acto y le corresponde indudablemente, se halla ya en el tercero, es decir, en horas, tan convencida y fastidiada de la importunidad de su amante, que se echa, sin verter una lágrima siquiera, en brazos del justo medio don Rodrigo. Diríamos que este pudiera ser el inconveniente de la rigorosa unidad de tiempo, y diríamos que una mujer, que se dice enamorada de un hombre, no le deja por celoso (porque este es acaso el carácter que menos choca á la pasion), sino despues por lo menos de haber sufrido mucho y de haber llorado mas ; diríamos que generalmente se observa que los amores mas duraderos son aquellos en que uno de los dos amantes es extraordinariamente celoso, y añadiríamos que no es el destino de los amores arrebatados el acabarse pronto, sino el

acabarse mal. Pero el talento del autor ha previsto todas estas objeciones, y nos ha presentado desde luego una de esas muchachas que no sienten ni padecen; que entran en el mundo con un temperamento indiferente, y por consiguiente que se guian en su eleccion por su propia conveniencia, y nunca á ciegas; de esas que encuentra usted donde quiera, que empiezan á corresponder á un amante por hacer algo, por el gusto de tener amante, por cualquier cosa, y que al volver de una esquina le dejan plantado con todo su amor, y toman otro: mujeres, en fin, muy buenas, muy perfectas, muy impasibles. En este género, Luciana y Marcela son admirables, son dos modelos.

¿Nos permitirá el autor que no convengamos con él en una cosa? El calor, sin duda, de su imaginacion poética le lleva á formarse á veces una sociedad ideal, donde solo considera virtudes y vicios, perfecciones y defectos personificados, y situaciones posibles de efecto; esto le aparta de la pintura verdadera de la sociedad en que vivimos: queremos decir que tanto en la *Marcela* como en esta, los desenlaces no nos parecen naturales. Al fin, en *Marcela*, no hay otro inconveniente contra los usos sociales que el declarar en público á sus amantes lo que solo puede uno oír en particular; porque si una mujer tiene derecho á no corresponder á un hombre, no le tiene para ponerle en ridículo, solo porque la ama. En *Un tercero en discordia* es menos verosímil; porque al fin, si una mujer es tan imprudente que despiende en público á sus amantes, ¿qué pueden hacer estos con una señora sino respetarla? Pero Luciana encarga á su elegido, lo cual es poco delicado, que desengañe á los otros: don Rodrigo lo admite, aunque obligado, y los dos sufren. Esta última parte es la imposible, y en corazones bien puestos solo de una manera puede desenlazarse. Por otra parte, el señor Breton insiste en colocar siempre á las mujeres en una posicion en que no están en el dia en nuestra sociedad: no son ya las reinas del torneo, como en los siglos medios: nadie se sujeta á esos jurados, á esas competencias: mas; el hombre desama á la mujer, como la mujer al hombre, y en esto felizmente somos iguales. Todo hombre bien educado es deferente con las señoras; pero las señoras no estan por eso exentas de guardar consideraciones al sexo fuerte: la sociabilidad es recíproca. Mucho sentiríamos que no fuese el autor de nuestra opinion.

Acabaremos este rápido juicio con una observacion. En nada brilla mas el singular talento poético del señor Breton, que en la sencillez de sus planes; en todas sus comedias se conoce que hace estudio y gala de forjar un plan sumamente sencillo; poca ó ninguna accion, poco ó ningun artificio. Esto es solo concedido al talento, y al talento superior. Una comedia llena de incidentes que cualquiera inventa, es fácil de hacerla pasar á un público á quien siempre cautivan el interés y la curiosidad.

El señor Breton desprecia estos triviales recursos, y sostiene y lleva á puerto feliz entre la continua risa del auditorio, y de aplauso en aplauso, una comedia apoyada principalmente en la pintura de algunos caractéres cómicos, en la viveza y chiste del dialogo, en la pureza, fluidez y armonía de su fácil versificacion. En estas dotes no tiene rival, si bien puede tenerlos en cuanto á intencion, profundidad ó filosofía.

Alguna palabra exótica tildaríamos en *Un tercero en discordia*; pero ¿qué son esos pequeñísimos lunares en una comedia que ha sido muy reida, y que han coronado los aplausos del auditorio? Damos el parabien al señor Breton por este nuevo lauro adquirido, y nos le damos á nosotros mismos.

En los actores se ha notado un celo extraordinario; demasiado celo, si este puede ser demasiado alguna vez. El artificio del actor consiste en ocultar su celo y su esfuerzo, y dominar su habilidad hasta reducirla al punto de la verdad imitada. En el mundo no se observa nunca que cada uno quiera hablar, andar, reir y manotear para arrancar aplausos á los que van por la otra acera; todo esto se hace naturalmente, y el no haberlo hecho así es el defecto general que en toda la comedia hemos notado. ¿Podríamos decirle al actor encargado del papel del padre, sin que se ofendiese, que cuando uno de esos hombres significativos en su accion desabrocha á otro y le escribe en la ropa, lo hace por un efecto de distraccion, y por consiguiente lo hace como quien no hace nada, no se rie de su misma manía, no escribe en lo interior de la camisa, metiéndole todo el brazo en el cuerpo, sino solo en la solapa; no mira las prendas que aja, sino á los ojos de su interlocutor, porque si las mirara, las veria, le chocarian á él mismo y se avergonzaria? ¿A su interlocutor don Rodrigo le podríamos decir que cuando un fracaso de esos sucede, no se hacen extremos, sino que solo en la cara se da á entender, lo me-

nos que se puede, la mortificacion? ¿Llevará á mal que le advertamos que en la sociedad nunca se vuelve uno al público á decirle lo que piensa, porque en la sociedad no hay público; y que en la comedia, que es un remedo de las costumbres, no se debe declamar como en un melodrama lleno de exclamaciones y asombros, sino hablar naturalmente?

Al zeloso le diríamos que el deseo de marcar su papel le ha hecho confundir alguna vez los arrebatos de un amante desconfiado, con el furor de un marido celoso: un amante, sobre todo en los principios, aunque tenga muchos celos, moderará algo mas que un marido su genio, porque puede perder la posesion que no ha logrado aun, y que este tiene ya asegurada. No se produce con dominio, sino con reconcentracion; reconviene, vilipendia, injuria, si es preciso, pero nunca habla con los puños cerrados: las transiciones, sobre todo del furor al cariño, son mas marcadas. Nada mas tierno y sumiso que un amante celoso en sus lúcidos intervalos.

Hemos dicho ya que los actores no deben acordarse de que existe público: por tanto nos ha chocado extraordinariamente que la actriz, ama de gobierno, haya hecho cortesías al público al recibir aplausos. Buena es la política, pero á su tiempo.

Hemos notado en general que gritan demasiado algunos actores, sobre todo cuando creen que lo que dicen debe llamar la atencion. En otra ocasion hemos dicho ya que el querer dar valor á las frases suele quitárselo: en realidad es suponer que el público es sordo ó muy torpe: ambas cosas son desagradables. Dolorosísimo nos es haber de encontrar defectos; todo lo mas que podemos hacer es escribir nuestra crítica con decoro, y apoyándola siempre en razones; pero si la obligacion del actor es representar bien, la del crítico es juzgar bien é imparcialmente. En compensacion diremos con placer que hemos visto á la par aciertos, y que segregados los defectillos que hemos notado, esta comedia se ha representado mejor que otras; el barba sobre todo ha dado el color verdadero á su carácter, si se le perdona la exageracion; y los lunares de los demas actores no merecen que alarguemos este artículo con nuevas observaciones.

REPRESENTACION

DE LA MOGIGATA, comedia de don Leandro Fernandez Moratin.

Nada mas temible en las conmociones políticas que las reacciones: ellas hacen desandar á los partidos por lo comun mucho mas camino del que durante su progresivo movimiento anterior lograron avanzar. La literatura no es la que menos se ha resentido en nuestro país y en varias épocas recientes de esta lastimosa verdad. Un nombre solo de un hombre, envuelto en la ruina de su partido, suele bastar á proscribir una obra inocente; al paso que la suspicacia del vencedor, recelándose de su misma sombra, suele hallar en las frases mas indiferentes alusiones peligrosas capaces de comprometer su seguridad. He aquí la razon porque se ha escrito con mas libertad é independencia en épocas ciertamente mucho mas atrasadas que las que nosotros hemos alcanzado.

La mayor parte de las obras de nuestros autores que han corrido y corren en manos de todos constantemente, no hubieran visto jamás la luz pública si hubieran debido sujetarse por primera vez á la censura parcial y opresora con que un partido caviloso y débil ha tenido en nuestros tiempos cerradas las puertas del saber. Y decimos débil, porque sabido es que tanto mas tiránico es un partido, cuanto menos fuerza moral, cuantos menos recursos físicos tiene de que disponer. Desprovisto de fuerzas propias, va á buscarlas en las agenas conciencias, y teme la palabra. Solo un gobierno fuerte y apoyado en la pública opinion puede arrostrar la verdad, y aun buscarla: inseparable compañero de ella, no teme la espresion de las ideas, porque indaga las mejores y las mas sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.

El teatro es acaso el ramo que mas se ha resentido de estas funestas verdades: por ellas hemos visto interceptadas malamente comedias que respiran la mas pura moral, entre ellas *La Mogigata*. Al verla representar de nuevo en el dia, no sabemos si

sea mas de alabar la ilustrada providencia de un gobierno reparador que la ofrece de nuevo á la pública espectacion, que de admirar la crasa ignorancia que la envolvió por tantos años en la ruina de una causa momentáneamente caida. ¿Tan hipócrita es el partido que tiene por enseña el fanatismo, que se creyó atacado en *La Mogigata*? ; Tanto le ofende la fiel representacion de los extravíos humanos: tan ligada se halla con ellos su existencia!

La Mogigata era conocida, y sabida ya de memoria de todo el mundo: por lo tanto, si bien es indudable que tiene mérito suficiente para llamar al teatro numerosa concurrencia, eslo tambien para nosotros que ha debido á su larga prohibicion la mayor parte de la importancia que en esta ocasion se le ha dado: esto es tanto mas cierto, quanto que estamos acostumbrados á ver sin entrada otras composiciones del mismo Moratin escapadas de la comun prohibicion. Para hablarl literalmente de *La Mogigata*, necesitaríamos estar mas seguros de nuestras propias fuerzas: seríanos indispensable además dedicar á su exámen un artículo mas estenso de lo que las actuales circunstancias nos permiten; porque en el caso de que nos atreviésemos, como pudiéramos atrevernos tal vez, á hallar en ella lunares, de que no hay obra humana exenta, ¿qué de razones no necesitaríamos acumular para contrarestar la opinion pública tan exclusiva cuando llega á cobijar bajo su proteccion un nombre, una vez proclamado célebre. El mérito de Moratin, por otra parte, es tan generalmente reconocido, que creemos inútil insistir en esta ocasion en la ampliacion de sus bellezas: y con respecto á sus defectos, solo dirémos que la diferencia que existe entre los hombres de gran talento y la medianía, es que de aquellos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas, y de esta por el contrario, que puede alguna vez tener bellezas. Esto es todo lo que nos parece que se puede decir con respecto á Moratin en parangon con los que despues de él han escrito comedias del mismo género en nuestro país. Agréguese á esto una consideracion: en todos los países el primero que se ha elevado, el primer reformado, ha llevado y ha debido llevar la mejor parte de la reputacion, porque es preciso proceder siempre por comparacion: apenas hay en el mundo otra manera de racionar.

Por lo que hace á comparar á Moratin con Moliere, como han pretendido algunos hacerlo, bueno y justo es que se diga que

Moratin es el Moliere español: esto sin embargo, creemos, segun nuestras cortas luces, que *La Mogigata* no podrá sostener nunca la comparacion al lado del *Hipócrita* de Moliere, que es la comedia de éste con quien tiene mas relacion; si esceptuamos el desenlace, que es infinitamente superior en *La Mogigata*, porque pocas veces anduvo feliz Moliere en desenlaces. El mérito principal de Moratin parécenos estribar mas en la pintura local de las costumbres de su época, y en el manejo de los modismos de la lengua, que en la pintura del corazon humano; sin que por esto queramos decir que fuese ignorante de él Moratin: la gracia de Moliere es mas candorosamente cómica, y se trasluce menos al poeta; presenta las situaciones solas; y esto basta en él para hacer reir. Moratin ayuda á la situacion con una sátira mas decidida: no se contenta con esponer el cuadro ridiculo sencillamente á la vista del espectador: echa además en la balanza para inclinarla á su favor el peso de su propia opinion; sus gracias toman muchas veces gran parte de realce de su mordacidad. Sea hecho este paralelo de paso con el respeto debido á ambos ingenios peregrinos, y para decir que por las espuestas razones, Moliere es mas universal que Moratin, este es mas local; su fama por consiguiente mas perecedera é insegura.

REPRESENTACION

de EL SÍ DE LAS NIÑAS, comedia de don Leandro Fernandez de Moratin.

—

En el dia podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educacion que no podian menos de indignar á los hombres sensatos de fines del siglo pasado, y aun de principios de este. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religion mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habian llegado á establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta, de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados á no discurrir, á no sentir nuestros abuelos por sí mismos, no permitian discurrir ni sentir á sus hijos. La educacion escolástica de la universidad era la única que recibian los hombres: y si una niña salia del convento á los 20 años para dar su mano á aquel que le designaba el interés paternal, se decia que estaba bien criada: era bien criada si sacrificaba su porvenir al capricho ó á la razon de estado: si abrigaba un corazon franco y sensible; si por desgracia habia osado ver mas allá que su padre en el mundo, cerrábanse las puertas del convento para ella, y habia de elegir por fuerza el esposo divino que la repudiaba, ó que no la llamaba á sí por lo menos. Moratin quiso censurar este abuso, y asunto tan digno de él no podia menos de inspirarle una gran composicion. De estas breves reflexiones se puede inferir que *El sí de las niñas* no es una de aquellas comedias de carácter, destinada como el *Avaro* ó el *Hipócrita*, á presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y paises un espejo en que vea y reconozca su extravío ó su ridicula pasion; es una verdadera comedia de época, en una palabra, de circunstancias enteramente locales, destinada á servir de documento histórico ó de modelo literario. En nuestro entender es la obra maestra de Moratin, y la que mas títulos le granjea á la

inmortalidad. El plan está perfectamente concebido. Nada mas ingenioso y acertado que valerse para convencer al tío de la contraposición de su mismo sobrino. Así no fuera este teniente coronel, porque por mucha que fuese en aquel tiempo la sumisión de los inferiores en las familias, no parece natural que un teniente coronel fuese tratado como un chico de la escuela, ni recibiese las dos, ó las tres onzas para ser bueno. Acaso la diferencia de las costumbres haga mas chocante esta observación en nuestros dias, y nos inclinamos á creer esto, porque confesamos que solo con mucho miedo y desconfianza osamos encontrar defectos á un talento tan superior. El contraste entre el carácter maliciosamente ignorante de la vieja y el desprendido y juicioso don Diego es perfecto. Las situaciones sobre todo del tercer acto, tan bien preparado por los dos anteriores, que pudieran llamarse de exposición, porque toda la comedia está encerrada en el tercer acto, son asombrosas, y desaniman al escritor que empieza. Esta es la ocasión de hacer una observación esencial. Moratin ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental á un género en que sus antecesores solo habian querido presentar la ridiculez. No sabemos si es efecto del carácter de la época en que ha vivido Moratin, en que el sentimiento empezaba á apoderarse del teatro, ó si es un resultado de profundas y sabias meditaciones. Esta es una diferencia esencial que existe entre él y Moliere. Este habla siempre al entendimiento, y le convence presentándole el lado risible de las cosas. Moratin escoge ciertos personajes para cebar con ellos el ansia de reir del vulgo: pero parece dar otra importancia para sus espectadores mas delicados á las situaciones de sus héroes. Convince por una parte con el cuadro ridículo al entendimiento; mueve por otra el corazón, presentándole al mismo tiempo los resultados del extravío; parece que se complace con amargura en poner á la boca del precipicio á su protagonista, como en *El sí de las Niñas* y en el *Baron*; ó en hundirle en él cruelmente, como en el *Viejo y la Niña*, y en el *Café*. Un escritor romántico creeria encontrar en esta manera de escribir alguna relación con Victor Hugo, y su escuela, si nos permiten los clásicos esta que ellos llamarán blasfemia. En nuestro entender este es el punto mas alto á que puede llegar el maestro: en el mundo está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no

pueden existir una sin otra en el hombre; y nada por consigui-
 guiente es mas desgarrador ni de mas efecto que hacernos regar
 con llanto la misma impresion del placer. Esto es jugar con el
 corazon del espectador, es hacerse dueño de él completamente,
 es no dejarle defensa ni escape alguno. *El sí de las Niñas* ha sido
 oido con aplauso, con indecible entusiasmo, y no solo el bello
 sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de
 sentir; nosotros los hombres hemos llorado tambien, y hemos
 reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratin, que
 habian querido secar y marchitar la ignorancia y la opresion.
 ¿Es posible que se haya creido necesario conservar en esta co-
 media algunas mutilaciones meticulosas? ¡Oprobio á los mutila-
 dores de las comedias del hombre de talento! La indignacion del
 público ha recaido sobre ellos, y tanto en la *Mogigata*, como en
El sí de las Niñas, los espectadores han restablecido el texto por
 lo bajo: felizmente la memoria no se puede prohibir.

LOS TRES NO SON MAS QUE DOS,

Y EL QUE NO ES NADA VALE POR TRES.

Mascarada política.

Mil veces les habrá sucedido á mis lectores, y aun á los que no me leen, oír una campana y quedarles una prolongada vibración en los oídos despues de haber sonado; les habrá sucedido tambien viajando, durarles gran rato despues de apeados ya del carruaje, la sensacion del movimiento y traqueteo producida por muchas horas de camino. Hé aquí precisamente lo que á mí me ha sucedido y me sigue sucediendo todavía con el fantástico aparato y desigual clamor que en mis sentidos dejaron las pasadas máscaras. Voy por la calle y se me antojan aun caretas las caras, y disfraces los trajes y uniformes. Oigo hablar de cosas nuevas, y, acostumbrado á tanta cosa vieja y á tanta broma, se me figura aun que me siguen embromando. Pasará sin duda esta sensacion, y será preciso creer á todo el mundo; pero mientras pasa ó no pasa, mientras creo ó no creo, todo el trabajo de mi entendimiento limitado se reduce por ahora á ver de conocer al que me habla, que no es poco. Con tal rumor en los oídos, con tal prevencion en la vista, salia yo la última noche del pasado carnaval de Abrantes, donde habia codeado á la aristocracia, y del teatro, donde me habia codeado á mí la democracia. Llena la cabeza de estas dos ideas, que no podia amalgamar nunca, y que así se separaban al tocarse como se separan dos bolas de billar al chocar una con otra, se me antojó que entraba en un salon adornado por el órden antico-moderno; toda la parte alta gótica, góticas las paredes y ventanas; el mueblaje y adorno bajo del último gusto. Tres comparsas le llenaban, á lo que entonces me pareció. La menos numerosa era compuesta toda de viejos, ¡rara aprension! pero gordos y robustos; para hacer gente y engruesarse iban derramando su dinero con tanto sigilo, como si fuese mal adquirido y peor conservado; pero á cada moneda que daban,

¡cosa rara! perdian carnes y fuerzas. Toda esta comparsa andaba hácia atrás, mas como quien huye que como quien anda; para lo cual traian la cabeza y los pies vueltos del revés, que hacian rara figura. Andaban desbandados á causa de hallarse su jefe á diligencias propias; pero en cambio presumian serlo todos. Seguia á esta comparsa una porcion de pobres, rotos y mal parados, con una venda en los ojos como pintan á la fé, creyendo á piés juntillas cuanto aquellos les decian, y tomando varios diges de poco valor en cambio de sus servicios. De cuando en cuando dábanles los mágnates de la comparsa un palo, y unos respondían ¡viva! y otros respondian ¡gracias! Raros trajes se veian entre ellos, pero ninguno pasaba del siglo XVIII. Retazos de manteos, cruces y veneras, papel de Italia, espadines de Toledo; tal cual estrella en la frente, látigo en la mano, calzon, peluquin y hebillas. Color general blanco como la leche. Conversacion poca; chispa ninguna.

La segunda traia gefe, ó por mejor decir representante; gente nueva, y la mas, barbilampiña: flaca aun como muchacho que está creciendo: conociase á legua que no habian tenido tantas ocasiones de comer como los otros. No andaban, sino corrian: todo eran piernas. Bailaban todos á una, y hacian los mismos pasos: encogíanse los altos, empinábanse los bajos: todo su prurito era andar iguales: al menor desnivel habia gira y algazara. Pedian la palabra, y tomaban lo demás. Venian vestidos de telas de institucion, color de garantía: el disfraz era lo mejor que traian; si bien á muchos se los traslucian por debajo juboncillos de ambicion con tal cual cenefilla de empleo, y se conocia que no estaban hechos á usarlos, porque á los mas les venian anchos. Estos no repartian dinero, sino periódicos; dábanlos con audacia y á vengalo que venga: si alguno se perdia ó se interceptaba malamente, otro al puesto, como quien tenia el molde en casa. Por el contrario de los otros, á cada periódico que daban, ganaban carnes y razon. Las caretas eran discursos históricos de sucesion. Iban encendiendo las luces, que la primera comparsa apagaba siempre que podia; pero el salon estaba iluminado, de donde era fuerza inferir que se encendian mas de prisa que se apagaban. Seguia á estos una turba desigual hambrienta de felicidad: verdad es, que nunca la habian catado. Unos eran gordos, otros flacos: unos tenian tres piernas, otros una: uno tres ojos, otro

medio; quién era gigante, quién lilipuciano. *Se os igualará*, les iban diciendo los magnates, *nada mas fácil*, y lo creían sin mirarse despacio unos á otros, el tonto y el discreto, el tullido y el sano, el pobre y el rico. Estos creían en la felicidad de este mundo: los primeros en la del otro. Su conversacion buena, su chispa mucha, y mayor el ruido que metían. Color general negro.

Era el resto de la concurrencia la mayoría; pero se conservaba á cierta distancia del que parecia su gefe. Era el color de éste un atornasolado claro, que visto de distintos puntos lejanos parecia siempre un color diferente, pero en llegando á él, no se le podia llamar color. Este y los suyos no andaban, aunque lo parecia, porque marcaban el paso: conociendo que no habia para qué, unos no traían pies, y otros los traían de plomo. De medio cuerpo arriba venia vestido á la antigua española, de medio cuerpo abajo á la moderna francesa, y en él no era disfraz, sino su traje propio y natural. Ni era alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco; sutil como cuerpo glorioso, y máscara, en fin, racional, si las hubo nunca. No traía careta, sino que enseñaba una cara de risa que á todos queria dar contento. Era su comparsa gente pasiva y estacionaria, de esta que tiene y no quiere perder, que no tiene por qué moverse, miedosa, que teme perniquebrarse á cada paso, escarmentada ya y paralítica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida á todo, ó desreocupada, que se rie de los hombres y sus partidos. Estos no decían nada; ni aplaudían, ni censuraban; traían caretas de yeso, miraban á una comparsa, miraban á otra, y ora temblaban, y ora reían. En realidad no hacían cuenta con su gefe: éste era el que contaba con ellos; es decir, con su inercia.

En una palabra, parecían tres las comparsas, y no eran mas que dos. Cuando yo entré en el baile acababan de separarse; hasta entonces habian bailado mezclados, porque hasta entonces no habia faltado bastonero que los habia hecho bailar á todos á un mismo son.

Apenas tuve tiempo de reconocer lo que llevo descrito, cuando se dirigieron á mí varios de la primera comparsa.—¡Ah, Fígaro maldito! aquí está. „*¡Nadie pase sin hablar al portero!*” „*¡La planta nueva!*” ¿Sabes que nos has hecho mas daño que un cañon?—Mala entrada es esta, dije yo para mí.—Mira, prosiguieron, tú debes ser tonto. ¿Qué provecho has sacado de tus artícu-

los? — El gusto de escribir lo que pienso, y me sobra. — Eso por un lado, y por otro el que te ahorquemos, sí.... ¡desigual es el partido! — Ya me pondré á distancia respetable. — Vénte con nosotros. — Gracias. — Te irá mejor: no hallarás rivales, porque no escribimos; te daremos una prebenda. — Soy casado. — Te daremos un empleo en Correos y podrás interceptar las cartas. — No soy curioso. — Andarás por esas breñas. — No soy peregrino. — Dormirás al sereno. — Mas quiero dormir sereno. — Tendrás inquisicion y rey absoluto. — Lo agradezco, pero es tarde. — ¡Matarle! ¡Matarle!

— ¡Ea, dejad á Fígaro! dijeron los de la segunda comparsa, sacándome de entre ellos; éste es nuestro, enteramente nuestro. ¿No es verdad, Fígaro? — ¡De corazón! — ¡Bravo! Tú tambien eres igual. — Y sino soy igual, me es igual todo. — ¡Ya! Por eso te descuidas, y haces á veces artículos tan largos y tan pesados, y con tantas digresiones y atrevimiento: no teniendo respeto á nadie, fácil es hacer reir.... — No hay para que hablar mas, que ya me habeis conocido, dije yo apresurándome á interrumpir á los míos, que me iban tratando peor que los contrarios.

Mientras esto me pasaba en un rincon de la sala, andábanse embromando los principales personajes de las dos comparsas. Estas bromas pararán en veras, dije yo para mí, y acerquéme á oír. — Andad, decian unos, hipócritas; á nosotros no nos embromareis, porque os conocemos: ahora andais con careta del pretendiente, pero es mentira: vosotros existiais antes que él. Vosotros triunfasteis malamente en Villalar en nombre de otro Carlos V; desde entonces no dejó de crecer un punto vuestra audacia: vosotros fuisteis los que el año 14 engañasteis á un rey y perdisteis á un pueblo, vosotros los que el año 23.... — ¡Silencio! respondieron los otros; ¿qué nos echais en cara? Echaos la culpa á vosotros mismos; que dos veces fuisteis los amos, y dos veces.... — Sí, pero no tengais cuidado; á la tercera.... — Veremos. — Sí: vosotros lo que quereis es embaucar al pueblo con vuestros sortilegios, cubrirle los ojos y taparle la boca para beber su sangre que os engorda: el favoritismo, el absolutismo, el oscurantismo, el fanatismo, el egoismo.... esas son vuestras virtudes.... ese es el Carlos V que proclamais; y lo demás es farsa y mascarada. Quitaos esas caretas de ley de Felipe V, que ya os hemos conocido. — ¡Miren! contestaban los ofendidos; ¿y qué quereis vosotros?

¿Quereis hacer felices á los pueblos? Broma y mas broma. Igualdad, para tener todos derecho á todo, representaciones nacionales para ocupar un puesto en ellas, porque todos haceis oficio de leer y escribir, y pensais que hablando..... y los empleos, en fin, que por tantos años tuvimos nosotros, y las rentas que nos comemos y.... — Y bien, y bien; ¿y hay nada mas justo? Nosotros harémos el bien público, haciendo el nuestro, aun sin querer hacerlo... — ¡Caretas! ¡pretestos! — Pretesto, sí; pero mas noble que el vuestro. En nosotros tendrá la sucesion directa... — ¡Fuera, fuera la caretas! ¡Tambien os conocemos! — ¡Holgazanes! — ¡Ambiciosos!

Al llegar aquí la broma, exasperáronse unas y otras máscaras, y ¡oh! ¡qué noche de horror y de confusion! — ¡A ellos, á ellos! gritaron unos y otros desenvainando sus armas. Un paquete de *Boletines de Comercio* atrasados, lanzado por un brazo vigoroso y jóven, vino á estrellarse sobre un grupo de peluquines: seis cayeron del golpe. Diez y nueve *Siglos*, llenos de reconvenciones, se alzaron á una contra la pandilla blanca; y ¿quién les pudiera resistir? Tampoco se descuidaban los acometidos: volaban *Estrellas* por todas partes, pero andaban en el aire con los *Siglos* y los *Boletines* que iban; y caían desvaneciéndose como los fuegos fátuos del verano. Un discurso parlamentario encontraba en el aire una exhortacion carlista y arrollábala al punto. ¡Qué furor! Volaban *Tiempos* y *Cinifes*, lanzábanse *Ateneos* y *Minervas*; enemigo herido de ellos, enemigo dormido y fuera por consiguiente de combate. Hasta hubo quien sacó *Correos*, *Crónicas* y *Auroras*, armas prohibidas, porque suelen dispararse contra el mismo que las carga. ¿Quién diria el destrozo y la mortandad? ¿Y quién el fin de tanta sangrienta lucha, si el gefe de la inerte comparsa no se apareciese con una sonrisa en la boca y una *Revista* en la mano? Interpúsola el atornasolado como pudiera Mercurio su caduceo, y cedieron los combatientes al arma mas pesada. Todos quedaron aplanados. ¡Ay de aquel á quien le cayó encima una noticia diversa! ¡Ay del que tuvo que sufrir el peso de la crónica de provincias! ¡Miseró el que sintió sobre sí la cámara de los diputados! Quiso la buena suerte que esto cayese todo sobre la comparsa blanca, y nadie de ella pudo ya levantar cabeza. Roncaban unos, y otros se quejaban amargamente. En la comparsa nueva cayó un artículo de entrada, y ¡oh prodigio! como el ma-

ná, súpole á cada uno al manjar mas de su gusto ; á nadie empero levantó chichon ni cardenal.

— ¡Hola ! ¿quién es este ? ¿Es vuestro ? preguntaron los jóvenes á sus contrarios. — ¿Qué ha de ser nuestro ? ¡ay míseros ! contestaron los vencidos. — ¡Ah ! ¡ya ! repusieron los primeros. ¿Quién diablos te habia de conocer ? Vaya , pase , pase por nuestro ; mira , júzganos.

— ¿Yo juzgar ? dijo el mediador. No lo permita el cielo. Si fuera conciliar.....

— Mira que si no quieres ser nuestro juez , serás su reo. ¡Esos hipócritas !.....

— ¡ Oh ! no hipócritas precisamente , no. ... seductores.... dijo el mediador.

— ¡ Revolucionario ! gritaron los viejos.

— Revolucionarios , precisamente..... no... fautores de asonadas... interrumpió el justo medio.

— ¡ Fanáticos ! gritaron los jóvenes.

— No , fanáticos , no... ilusos , incautos...

— ¡ Ignorantes !

— ¡ Incrédulos !

— Señores , todos tienen ustedes razon ; la union , la cultura , un justo medio... ni uno ni otro... las dos cosas...

— ¡ Nosotros queremos todo nuevo !

— No , nuevo no , dijo el justo-medio.

— ¡ Nosotros todo viejo !

— No , viejo no , repuso el atornasolado.

— ¡ Nosotros lo negro !

— ¡ Nosotros lo blanco !

— Todo , bien , todo ; si se puede todo : está entendido ; daremos un blanco que tire á negro , y un negro que tire á blanco.

— ¿ Con que sí ?

— No digo que sí , precisamente ;... mas...

— ¿ Con que no ?

No digo que no , precisamente ;..... pero...—Eso , eso es ponerse en la razon , dijo á este punto levantándose pausadamente la mayoría hasta entonces inmóvil : nosotros estamos por ese señor de la antigua española y moderna francesa. No somos partido , pero somos los mas. Venga cualquiera cosa , llámenlo como quieran , y vamos viviendo. De cualquier modo hemos

vivido hasta ahora, de cualquier modo morirémos.

—La verdadera diversion, señores, si me atrevo á llamarlo así, dijo entonces animado con su inmensa fuerza el atornasolado de no conocido color, es tomar, permítaseme la frase, de los juegos venerandos antiguos lo preciso, modificándolo segun el humor de los que nan de divertirse. Y á propósito de esto diré para convencer á ustedes lo siguiente: *las necesidades y las reformas, las instituciones y garantías, así como la antigua monarquía de las ideas nuevas, la discordia, la hidra de las revoluciones, y la bondad de arriba abajo, y no de abajo arriba, la legitimidad, los molévolos seducidos, un campo de horror y dulce fraternidad, los sucesos retrógrados y las masas progresivas...*

—Otras cosas podría decir;... pero... ¡Cuán dulce es la paz, señores! Y por fin el talento es mio, mia la esperiencia, el tacto mio, y la nacion mia, porque no es de nadie; porque es pasiva: al que se oponga á mi justa conciliacion, añadió riéndose con la mas amable y cariñosa sonrisa, al que no quiera ser feliz, como yo entiendo la felicidad, harásele feliz, mal que le pese.

Un prolongado clamor de la multitud inmensa, tan callada toda la noche, pero un clamor, no de entusiasmo pasajero, sino tranquilo, sereno, como la voz del poder que no ha menester esforzarse para hacerse oir, aplaudió sordamente la alocucion ambilátera, que traducida al lenguaje intelígible, queria decir á unos: *ya es tarde*; y á otros: *es temprano todavía*.

Restablecida la paz y el silencio, desapareció á mis ojos el baile y ambos partidos con él: halléme en medio de Madrid repitiendo para mí: *Los tres no son mas que dos, y el que no es nada vale por tres*.

EL SIGLO EN BLANCO (1).

No se que profeta ha dicho que el gran talento no consiste precisamente en saber lo que se ha decir, sino en saber lo que se ha de callar: porque en esto de profetas no soy muy fuerte, segun la espresion de aquel que miraba detenidamente al Neptuno de la fuente del Prado, y añadia de buena fé enseñándosele á un amigo suyo: Aquí tiene usted á Jonás conforme salió del vientre de la ballena. — ¿Hombre, á Jonás? le replicó el amigo: si este es Neptuno... — O Neptuno, como usted quiera, replicó el *cicerone*, que en esto de profetas no soy muy fuerte. — El hecho es que la cosa se ha dicho, y haya sido padre de la iglesia, filósofo ó Dios del paganismo, no es menos cierta ni verosímil, ni mas digna tampoco de ser averiguada en tiempos en que dice cada cual sus cosas y las ajenas como y cuando puede.

Platon, que era hombre que sabia donde le apretaba el zapato, si bien no los gastaba, y que sabia asimismo cuanto tenia adelantado para hablar el que no ha hablado nada todavía, habia adoptado por sistema enseñar á sus discípulos á callar antes de pasar á enseñarles materias mas hondas, y en esa enseñanza invertia cinco años, lo cual prueba evidentemente dos cosas: primera, que Platon estaba, como nuestras universidades, por los estudios largos: segunda, que no es cosa tan fácil como parece enseñar á callar al hombre; el cual nació para hablar, segun han creído erroneamente algunos autores mal informados, dejándose deslumbrar sin duda por las apariencias de verosimilitud que le da á esta opinion el don de la palabra, que nos diferencia tan funestamente de los demás seres que crió de suyo callados y taciturnos la sábia naturaleza.

De cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una

(1) Antes de ayer apareció en esta corte el número 14 del periódico *El Siglo* con varios artículos en blanco, cuyos epigrafs eran: *De la amnistia; Política interior; Carta de don Miguel y don Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo; sobre Cortes, y Cancion á la muerte de don Joaquin de Pablo Chapalangarra*. Posteriormente hemos sabido que se ha suprimido la publicacion de este periódico.

idea aproximada con solo repasar por la memoria cuanto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años; esto es, en dos cursos completos de Platon que hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33 inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales nos sucedia precisamente lo mismo que en la cátedra de Platon; á saber, que solo hablaba el maestro, y eso para enseñar á callar á los demas, y perdónenos el filósofo griego la comparacion. Esto con respecto á dar una idea de lo mucho que se puede callar en cinco ó diez años; ahora bien, con respecto á lo que se puede callar en un solo dia, basta para formar una idea leer, si es posible, el *Siglo*, periódico que no se ofenderá si aseguramos de él, que trae cosas que no están escritas; periódico enteramente platónico, pero que no puede haber sacado tanto provecho como honra de su ciencia en el callar.

Confesemos sin embargo que lo que hay que leer es un artículo que no está escrito. Leer palabras y mas palabras lo hace cualquiera, y toda la dificultad, si puede cifrarse en alguna cosa, se cifra evidentemente en leer un papel blanco.

Un artículo en blanco es susceptible de las interpretaciones mas favorables: un artículo en blanco es un artículo en el sentido de todos los partidos: es cera blanda, á la cual puede darse á voluntad la forma mas adaptada al gusto de cada uno. Un artículo en blanco es además picante, porque escita la curiosidad hasta un punto difícil de pintar. ¿Qué dirá? ¿Qué no dirá? En un mundo como este de ilusion y fantasmagoría, donde no se goza sino en cuanto se espera, es indudable que el hacer esperar es hacer gozar. Las cosas una vez tocadas y poseidas pierden su mérito; desvanécese el prestigio, rómpese el velo con que nuestra imaginacion las embellecia, y esclama el hombre desengañado: *¿Es esto lo que anhelaba?* Este sistema de hacer gozar haciendo esperar, del cual pudiéramos citar en el dia algun sectario famoso, es evidente, y por él nunca podrá entrar en competencia con un artículo en blanco, un artículo en negro. Este ya sabemos lo que puede querer decir, aunque no sea mas que haciendo deducciones del color.

De esta facilidad con que puede leerse un artículo en blanco se deduce un principio que desgraciadamente ha sido fin para *El Siglo*: á saber, que se pueden comparar con las cosas escritas en tinta simpática y con esas pantallas elegantes que toman mas ó

menos color segun se acercan mas ó menos á la lumbre; leidos en un gabinete ministerial naturalmente resguardado de toda intemperie, y en que suele estar alto el termómetro, toman un coloreito subido que ofende la vista; y leidos al aire libre se revisten de una tinta suave que da gozo á la multitud. Pero siempre hacen fortuna, porque en el primer caso, y cuando dan con un lector amigo del silencio, suelen dar por el gusto al periodista, y en tal caso se da un privilegio esclusivo al autor de un artículo en blanco, para que puedan tambien quedar en blanco los números sucesivos.

Bien conocerá el lector, aun sin haber leído *El Siglo*, como probablemente no le habrá leído por aficionado que sea á leer, que no es mi intencion defender ni acriminar los artículos en blanco, ni mucho menos á los gobiernos, que temo á Dios gracias.

Es únicamente mi objeto apuntar unas cuantas ideas acerca de la teoría de los artículos en blanco, género nuevo en nuestro país, y para el cual debió decir Malherbe aquellos versos:

*Et rose, elle a vecu ce que vivent les roses
l'espace d'un matin.*

Quod scripsi scripsi, dijo un antiguo y famoso magistrado. He aquí otra de las ventajas de un artículo en blanco, y si hay quien culpe todavía de poco carácter á la *Revista*, desafiamos por esta vez al *Siglo* á que tenga mas que nosotros. No dirá por esta vez *quod scripsi scripsi*. En tiempo en que es tan de primera necesidad no contradecirse nunca, he aquí otra ventaja de los escritores en blanco. Ni se crea que es fácil tampoco sobresalir en este género: yo confieso en verdad que si es cierto aquello de que *principio quieren las cosas*, al ponerme á escribir un artículo en blanco, no sabia por donde empezar, y en cuanto á lo de prohibirlos, confieso que me habia de ver mas apurado todavía.

El Siglo es mas grande que los hombres: he aquí una verdad que ha echado por tierra el tiempo. Nosotros en realidad, al condolernos sinceramente de la suerte de nuestro colega, inferimos: ó es el siglo mas chico de lo que habíamos pensado, ó no es este siglo que alcanzamos el que habíamos menester.

Inferimos que no está bastante ilustrado el país para leer artículos en blanco, y que es mas acertado meter las cosas con cu-

chara, como lo entiende el *Boletín*: adoptamos el agüero que nos ofrece nuestro silencioso cofrade. A catorce Siglos nos ha dejado este periódico, es decir, en la edad media; confesemos francamente que no podemos pasar de aquí, y quedémonos en blanco enhorabuena. Muchos son efectivamente los puntos que ha dejado en blanco nuestro buen Siglo en punto á amnistía, en punto á política interior, en punto á honor y patriotismo, de no sé que hazaña, y en punto, en fin, á cortes; pero mas creemos que hubieran sido aun los puntos en blanco, si conforme era el 14 el siglo, hubiera sido el 19. Y por último, deducimos de todo lo dicho y de la muerte que alcanza á nuestro buen Siglo, á pesar de toda su ilustracion y grandeza, que el siglo es chico como son los hombres, y que en tiempos como estos los hombres prudentes no deben hablar, ni mucho menos callar.

VENTAJAS DE LAS COSAS A MEDIO HACER.

—

Suele decirse que nadie tiene mas edad que la que representa, y esta es una de las muchas mentiras que corren acreditadas y recibidas en el mundo con cierto agradable barníz de verdad, y que entran en el círculo de todo aquello que sin ser *vero*, es sin embargo *ben trovato*. Si una mentira pudiese probar algo, esta probaria una verdad; á saber, que no hay nada positivo, que no hay nada tal cual es, sino tal cual parece. Por el mismo estilo podria decirse que ciertos pueblos no envejecen, porque para envejecer es preciso vivir. He aquí la razon por que siempre que yo me paro á mirar con reflexion nuestra España (que Dios guarde, de sí misma sobre todo) suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: *¡Hombre, por usted no pasan dias!* Por nuestra patria efectivamente no pasan dias; bien es verdad que por ella no pasa nada: ella es por el contrario la que suele pasar por todo. Así es que despues de sus años mil, vésela de temporada en temporada aparecer jóven y rozagante, como quien empieza á vivir de nuevo. Si la hubiésemos de comparar con algo, la compararíamos con esas viejas verdes que unos dias se tiñen las canas y otros no; ó con esos seres que pasan el invierno entre dos piedras en una aparente muerte, y que necesitan todo el sol del mes de julio para empezar á rebullirse; ó con la comparsa del célebre Robinson, silbado años pasados en esta corte, que andaba dos pasos adelante y uno atrás; ó con la casta Penélope, que deshacia de noche la tela que tramaba por el dia; ó con los gatos, en fin, de los cuales se dice que tienen mil vidas; si bien con una notable diferencia: estos siempre caen de pies, y de la España no nos atreveríamos á decir claramente como cae siempre. En una palabra, se la puede comparar con todo, y exactamente con nada.

No es esto que queramos hablar mal de España: mala ocasion escogeríamos, sobre todo cuando está casualmente en el dia en que se tiñe las canas, en que se despereza y se rebulle, en que da el paso adelante, en que teje la tela, y en que se levanta renqueando

de la última caída. Dios nos libre de semejante intencion , como de un manifiesto; nuestro objeto es retratarla, y aun hacerla favor, si cabe. Es el mal que se escapa á la observacion como el agua á la presion : piensa usted cogerla por un lado, deslízase por otro : como esos calidescopios fantasmagóricos que á cada movimiento presentan una figura distinta á la vista divertida, así nuestra patria ofrece unas veces encima unos colores y otras veces otros.

El año 8, segun decia su gobierno, no podia ser feliz sino bajo la ilustrada dominacion del dispensador supremo de la dicha de los pueblos. Poco despues , toda su bienandanza debia consistir en manejarse por sí sola , rechazando la citada ilustrada dominacion. El año 14 era indudable que solo su legítimo rey y su legítima libertad la podian conducir á la dicha estable y duradera. A mitades del mismo año pendia su salvacion de su legítimo rey, pero sin auxilio ya de la tal libertad, ni maldita la ayuda de vecino. Hecha ya la casa , abajo los andamios. Hasta el año 19 inclusive, el órden y la paz, la gloria y la ventura solo podian apoyarse en la santa inquisicion. El año 20 ya se averiguó que aquella dicha de que habia gozado por tan santo medio no era la verdadera : la verdadera era la que iba á tener , fundada en la igualdad, y en la libertad : entonces se supo á ciencia cierta que iba á ser venturosa. El año 23 sin embargo se vió felizmente restituida á la felicidad verdadera ; entonces solo podia esperarla de aquellos mismos franceses, los únicos que el año de 8 podian hacerla feliz , y que el año 9 solo podian hacerla desgraciada. En aquel año 23, recibió, pues, su verdadera dicha del absolutismo, único gobierno capaz de llevar á un pueblo á su esplendor con mano fuerte : entonces abrió los ojos por cuarta vez , y vió palpablemente como habia de ser feliz. Y por fin , el año 34 abre los ojos por quinta vez, y se convence de una manera irrecusable, como siempre, de que su felicidad solo puede depender de la representacion nacional, y de que un gobierno absoluto no es la piedra filosofal. Escarmentada, como siempre, de sus pasados errores, ya no volverá á caer en el lazo que le tienden los malévolos y los ilusos, y todos esos bribonazos que andan siempre engañando y estraviando pueblos; en el año 34 se convence definitivamente de que la verdadera felicidad es la de ahora: todas las demas han sido felicidades de poco momento. Confesemos

que esta su convicción de ahora es la mas fuerte, aunque no sea mas que por haber estado ya otras veces convencida de lo mismo.

Hay quien cree que la felicidad es una de las muchas mentiras, *ben trovatas*, como llevamos dicho, para nuestro consuelo: ya nos guardaremos nosotros de creer esto: y si en ninguna parte la vemos mas que escrita, no será sin duda porque no exista, sino porque no se ha sabido dar con ella hasta al presente. Siempre resulta de lo dicho que por la España no pasan dias: nuestra patria siempre la misma; siempre jugando á la gallina ciega con su felicidad: empeñada en atraparla, por el estilo de aquel loco, maniático por atraparse con la mano izquierda el dedo pulgar de la misma mano que tenia cogido con la derecha; y siempre mas convencido la última vez que todas las anteriores.

Intrincado y oscuro laberinto le pareceria á cualquiera nuestra felicidad. Habrá quien diga que de no haber hecho nunca las cosas claras y terminantes le viene el mal de haberse de contradecir... Pero réstanos saber si es un mal el contradecirse; esto no está averiguado: decir siempre la verdad nos obligaria á decir siempre una misma cosa; esto sobre ser una pesadez insufrible nos conduciria á decirlo todo de una vez. ¿Y despues? No diriamos nada. Figúrese el lector que vacío en una larga existencia. Decimos por el contrario una cosa hoy y otra mañana. ¡Figurese el lector qué variedad! Hay tela cortada para toda la vida. Igual consecuencia sacamos respecto á hacer las cosas claras y terminantes. Nosotros estamos por las cosas oscuras: hablamos seriamente. En primer lugar nadie nos negará una inmensa ventaja que sobre las cosas claras llevan las oscuras; á saber, que estas se pueden aclarar. Hágalo usted todo de una vez; el dia 1.º del año por ejemplo. ¿Y los 364 restantes qué hace usted? Holgar. Dios nos libre: la ociosidad es madre de todos los vicios. Si este es de todos los males el peor, vale mas hacer mal y deshacer bien, que no hacer nada.

Para concluir, figurémonos por un momento que lo que vamos á hacer el año, 34, porque yo creo que vamos á hacer algo, lo hubiéramos hecho de primeras el año 9, ó el 14, ó el 20. ¿Qué haríamos el 34? ¿Ser felices? ¡Brava ocupacion! Hubiéramos vivido de entonces acá, hubiéramos envejecido en esa felicidad que vamos á atrapar precisamente ahora; en una palabra, hubieran pasado los dias y las cosas por nosotros, en vez de pasar

nosotros por los días y las cosas, y no estaríamos como estamos, en los principios. ¡Espantosa perspectiva! Mas sabios, por el contrario, nosotros dejamos siempre algo que hacer, algo oscuro que aclarar, para mañana. ¡Ay de aquel día en que no haya nada que hacer, en que no haya nada que aclarar!

HERNAN PEREZ DEL PULGAR,

EL DE LAS HAZAÑAS.

—

Bosquejo histórico, por don Francisco Martinez de la Rosa.

Entre los muchos y graves compromisos que rodean por todas partes al periodista, y al lado del riesgo de escribir, sin querer, lo que no piensa, ó de no pensar bastantemente lo que escribe; á la par del percance de ir mal espresadas ó de ser mal entendidas é interpretadas sus frases, de ser responsable de lo que otros escriben, y de verse esclavo de la libertad de sus conciudadanos, que él mismo acaso fundara y constituyera, pudiera campear como grande entre los mayores el compromiso de haber de criticar imparcial y concienzudamente la obra literaria de un ministro. No porque no pueda un ministro escribir una obra buena, sino precisamente por lo mismo que puede escribirla; el elogio que dirigido á un particular, aparece imparcial y generoso en la boca del crítico, encaminado á una excelencia toma para con la opinion pública casi siempre el sabor de lisonja y adulacion, por justo y merecido que en el fondo sea. Es preciso, pues, que el periodista tenga la grandeza de ánimo suficiente para arrostrar la tacha de adulador, cuando quiere su mala suerte que se reunan en un hombre solo el poder y el mérito. Esto felizmente no sucede todos los dias. Andarse desenterrando, por otra parte, defectos, ó muy leves ó imaginados, solo para granjearse opinion de fuerte y de arriscado, seria una pequeñez indigna de quien abrigase un corazon noble y generoso. Puestos nosotros en tan duro trance, tomamos el único partido que parece señalarnos nuestro carácter independiente; y nos limitamos á asegurar con franqueza que si pudiera pesarnos alguna vez de que el señor don Francisco Martinez de la Rosa ocupase el alto puesto en que le han colocado las esperanzas de los españoles, seria en esta ocasion en que quisiéramos tributar nuestra alabanza y respeto al hombre de letras con toda independendencia del hombre de estado.

Tiempo hacia ya que esperábamos algún fruto de la pluma del señor Martínez de la Rosa los que de esperar vivimos, y los que ya hemos tomado sabor á los partos de su buen ingenio. La obra que publica en el dia no es acaso la mas importante que de él podíamos esperar; es un simple bosquejo histórico de la vida de Hernan Perez del Pulgar, uno de los héroes con que se honra España, segun la misma espresion del autor; es empero en su género un apreciableísimo trabajo. Gran servicio hace á su patria indudablemente el hombre estudioso que desenterrando en las antiguas crónicas y leyendas los grandes hechos con que la ilustraron sus hijos, los ofrece como modelos á la generacion presente y á las venideras. Don Francisco Martínez de la Rosa, tan justamente aficionado á las cosas de Granada, no podia menos de investigar con diligencia los hechos de Pulgar, por su naturaleza enlazados con la historia de aquella ciudad. La claridad, el órden y gradacion de los hechos, la narracion sencilla, elegante, y no pocas veces florida, y aquellas reflexiones políticas ó morales que suelen nacer tan naturalmente á veces de la misma relacion de los hechos bajo la pluma del historiador, colocan este bosquejo histórico entre lo mejor que poseemos en este género. No luce en él la enérgica concision de Tácito, ni la profunda filosofía de Plutarco, pero puede rivalizar su estilo con lo mejor de nuestro siglo de oro. Tan cierta es esta proposicion, que al leer Hernan Perez del Pulgar, hemos creido mas de una vez tener entre manos un libro desenterrado de aquella época. No faltará quien tachará este cuidado, esta esmerada imitacion del lenguaje de Solís y de Mariana, como una estremada afectacion de purismo; no faltará quien llame á la obra entera un arcaísmo; no faltará quien crea, acaso con razon, que se descubre el artificio que en tan escrupuloso remedo ha debido emplear su autor; nosotros nos contentaremos con indicar que, á nuestro débil entender, las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; que pensar fijarlas en un punto dado á fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; que es imposible hablar en el dia el lenguaje de Cervantes, y que todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierte, solo podrá perjudicar á la marcha y al efecto general de la obra que se escriba.

De aquí nazca acaso que el señor Martínez, en quien por otros escritos conocemos una alma inclinada de suyo al entusiasmo y

una imaginacion poética, no se deja arrebatarse de un arranque solo de calor y patriotismo, él tan ardiente y patriótico, al describir los hechos grandiosos y hazañas singulares de su héroe: ni aquella misma Granada, de él tan querida y privilegiada, basta á inflamar su acompasado y monótono estilo anticuado. La traba que en su manera de escribir se habia impuesto, ha sido ocasion tal vez de que se halle en la obra este vicio. El bosquejo histórico parecerá en nuestra biblioteca moderna lo que Pompeya y Herculano en la Italia del dia.

Por lo demás échase bien de ver cuánta sea la erudicion del señor Martinez, al advertir que llenan dos terceras partes del tomo las notas y apéndices con que ha creído deber autorizar las increíbles hazañas de Pulgar.

En este punto fuerza es respetar la escrupulosa y esquisita erudicion de S. E. Nosotros no concluirémos este juicio crítico sin envidiársela, y sin darle el parabien por su bosquejo histórico, que alternará, en nuestro entender, dignamente con sus escritos anteriores. *Aut agere scribenda, aut legenda scribere*, decia un célebre romano: *ó hacer cosas dignas de ser escritas, ó escribir cosas dignas de ser leídas*. Ya que no podemos ser Hernando del Pulgar, quisiéramos ser su historiador.

REPRESENTACION

DE

UN NOVIO PARA LA NIÑA,

Ó LA CASA DE HUÉSPEDES:

Comedia nueva original, escrita en diversos metros.

—

Despues de largos años de asidio, por fin ha tomado una empresa posesion de los teatros de esta corte. No queremos decir con esto que el ayuntamiento, que primero los ha dirigido, no sacase de ellos el partido posible, ni que... nosotros nunca queremos decir mas de lo que decimos; antes si por algo pecamos es precisamente por no decir lo que queremos. En este particular nos bastará contar un caso, que alude á la circunstancia de haber tenido primero los teatros la municipalidad y de tenerlos despues una empresa particular, y le contaremos sin perjuicio del respeto que tenemos al Exmo. Ayuntamiento.

Habia en Barcelona, no podemos decir en qué época, un corregidor celoso del bien público, si los ha habido nunca: y debia haber al mismo tiempo que corregidor bailes de máscaras, porque se acercaba el carnaval. Sabido es que en Barcelona nunca han sido cosa mala las máscaras como en Madrid. Era el tal corregidor hombre sagaz, y habia notado en el año precedente, primero de su corregimiento, que el primer baile de máscaras no habia sido concurrido ni brillante. Llevado, pues, del deseo de que la cosa empezase bien, publicó en un bando la siguiente cláusula:

«Habiendo notado la autoridad en el año anterior que el primer baile que en la Lonja de esta ciudad se dió no fué brillante ni concurrido, y no habiendo podido averiguar la causa de esta

extrañeza, ha dispuesto que este año se empiece por el segundo baile.»

Hé aquí precisamente lo que encontramos nosotros aplicable al presente caso. Nada hubiera quedado que desear en materia de teatros, si se hubiera empezado hace muchos años por el segundo baile, es decir, por tener una empresa particular los teatros de esta corte.

Antes de ayer se dió principio á la nueva temporada cómica: es fuerza confesar que es grande el celo de la nueva empresa. Dejando aparte la compañía de ópera que nos tiene preparada, acerca de la cual guardaremos silencio hasta que la experiencia, confirmando nuestras buenas esperanzas, autorice nuestros elogios, diremos desde luego que empezar dando al público en el primer dia tres novedades dramáticas en solo dos teatros, es empezar con muy buenos auspicios.

El autor de la novedad del Príncipe ha callado en los anuncios su nombre, y nosotros no nos creemos con derecho á revelarle. Parécenos sin embargo modestia inútil y escusada diligencia, porque su fácil versificación y el género á que pertenece, y el sello que lleva delatan al autor aun á los menos inteligentes, á los menos versados y peritos en el arte, con solo que hayan oido otra produccion del mismo ingenio.

El título nos anunciaba un argumento nuevo, original, interesante. El amor mal entendido de una madre que establece una casa de huéspedes con el interesado objeto de hallar un novio para su hija, esponiéndola á los riesgos y humillaciones de tan falsa posicion, bien merecia una comedia, y una comedia buena sobre todo. D. Donato, hombre original, viejo y achacoso; pero rico y pagado, no de su persona precisamente, sino de su dinero, es uno de los huéspedes de D.^a Liboria y de los amantes de su hija Concha. Hombre intolerable, porque tiene dinero, que insulta, porque paga, y que reconvenido de grosero, responde: «Hago bien, tengo dinero.» Este rasgo maestro es la mejor definición que se puede hacer de su carácter. D. Fulgencio, fátuo, con sus puntas de caballero de industria, es otro huésped y otro amante; es la manía de éste la de rozarse con grandes, la de vender proteccion, la de comer en todas partes: en una palabra, el convidado de piedra. D. Manuel, pasante de abogado, pobre, pero honrado, á pesar de Cervantes que dice en cierta parte: Si

es que el pobre puede ser honrado, es el tercer huésped y pretendiente: éste es modesto, vive de dar lecciones, y tan corto de génio como de recursos metálicos, que lo uno suele ir en el mundo con el otro. Concha es una niña á quien el viejo rico fastidia, á quien el fatuo incomoda, y que solo del pasante se enamora. D.^a Liboria es una madre cariñosa, viuda, con pocos recursos, que llora la ausencia de un hijo, de quien no tiene noticia: busca novio para su niña, y en esto está dicho todo, y aun disculpado su carácter. El primer acto, es un acto por consiguiente de esposicion, en que harto tenia que hacer el poeta con presentar al público la galería de caractéres sobre que gira su obra, y en honor de la verdad no podemos menos de decir que estan esos caractéres pintados con pincel maestro. Este es el género de este autor, y es difícil en él aventajarle. En el segundo acto, la niña, hostigada por D.^a Liboria, se ve precisada á elegir, y anduviera mal su amor y el de D. Manuel si no llegara un nuevo huésped jóven, rico, que viene de América despues de largos años de espatriacion. Tiene su familia en Madrid; pero no dando con ella se ve precisado á tomar habitacion en una casa de huéspedes hasta encontrarla. Fácilmente conoce el que haya visto comedias, que el recién llegado D. Diego, es el hijo de doña Liboria: ha hecho fortuna en América, lo cual es de tradicion: sabedor del estado de su familia, él se encarga de despedir á los recién pretendientes: consíguelo en el tercer acto desengañando á D.^a Liboria acerca de la fatuidad de D. Fulgencio, de la loca pretension del viejo, y de los riesgos á que ha espuesto á su hija. El honrado y modesto D. Manuel es finalmente el premiado con la mano de Conchita, despues de haberse atrevido los dos enamorados á declararse su tierno pensamiento en unas endechas, harto mas poéticas de lo que la verosimilitud exigia.

Por este sucinto análisis habrá comprendido el lector el argumento y plan de la comedia. Con respecto al juicio crítico de ella, confesamos ingenuamente que cuando la amistad nos une con el autor de una comedia, tememos que este sentimiento nos ofusque, y así nos oculte los defectos, como nos abulte las bellezas. Solo dirémos, con respecto á *Un novio para la niña*, que tanto las bellezas como los defectos que pudiera encontrar en ella el crítico severo, son los mismos que en las mas obras de su autor se encuentran. ¿Ofenderíamos la amistad si aconsejáse-

mos al autor que meditase algun tanto mas sus planes? Este es generalmente el escollo de la abundancia de genio. El autor se deja llevar de su facilidad: en esta no le conocemos rival, así como tampoco en el chiste y la agudeza: sus descripciones, así de los bailes como de las casas de huéspedes, son un espejo fiel de las costumbres: su diálogo está lleno de gracias y de viveza. Su versificación es un modelo; pero donde se prueba cuanto puede el ingenio es en una circunstancia notable: tres comedias consecutivas nos ha dado este poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes, repitiéndose á sí mismo. Una jóven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caracteres forman el argumento de todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña*, ha hecho sin embargo con él tres dramas diferentes.

EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE,

LO QUE HA DE SER EL PERIODISTA.

Gran cosa dijo el primero que anunció este proverbio, hoy tan trillado. Si hay proverbios que envejecen y caducan, este toma por el contrario mas fuerza cada dia. Yo por mi parte confieso que á haber tenido la desgracia de nacer pagano, seria ese proverbio una de las cosas que mas me retraerian de adoptar la existencia de muchos dioses; porque soy de mio tan indómito é independiente, que me asustaria la idea de proponer yo, y de que dispusiesen de mis propósitos millares de dioses, ya que desdichadamente ha de ser hombre un periodista, y lo que es peor hombre débil y quebradizo. Ello no se puede negar que un periodista es un ser muy bien criado, si se atiende á que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar tambien de calidades de los mas de los seres existentes: ha menester, si ha de ser bueno y de dura, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y como de esas veces fofo y mal seguro; y agachar como él las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello, y caminar la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un dia en que Dios disponga lo que él no haya puesto. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo donde está la fiera, y el ladrar á los pobres; y ha de saber donde hace presa, y donde quiere Dios que hincue el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince para conocer en la cara del que ha de disponer, lo que él debe poner; el oido del javalí, para barruntar el run run de la asonada; se ha de hacer, como el topo, el

mortecino, mientras pasa la tormenta; ha de saber andar cuando va delante con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que mas espante que el ver andar al periodista; ha de saber como el cangrejo desandar lo andado, cuando lo ha andado de mas, y como de esas veces ha de irse sesgando por entre las matas á guisa de serpiente; ha de mudar camisa en tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia como la muger; ha de estar en continua atalaya como el ciervo, y dispuesto como la sanguijuela á recibir el tijeretazo del mismo á quien salva la vida; ha de ser como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantar de contralto mas que escriba con trabajo; y á todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal.

Con respecto al vegetal, parécese el periodista á las plantas en acabar con ellas un huracan sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente: como la caña ha de doblar la cervíz al viento, pero sin murmurar como ella; ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar como y cuando Dios disponga, y tomar la direccion que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en dias oscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar coger sus pistilos como la flor del azafran; ha de tomar color segun le den los rayos del sol; ha de hacer sobmra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que mas calienta, como el girasol, y es planta muerta si no; seméjase á las palmas en que mueren las compañeras empezando á morir una; así ha de servir para comer como para quemar, á guisa de piña; ha de oler á rosa para los altos, y á espliego para los bajos; ha de matar halagando como la hiedra.

Por lo que hace al mineral, parece el periodista á la piedra, en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo: ha de tener tantos colores como el jaspe, si ha de parecer bien á todos; ha de ser frio como el mármol debajo del pie del magnate; ha de ser dúctil como el oro: de plata no ha de tener ni aun el hablar en ella; ha de tener los pies de plomo; ha de servir como el bronce para inmortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha

de tener mas vetas que una mina , y mas virtudes que un agua termal. Y despues de tanto trabajo y de tantas calidades ha de saltar, por fin , como el acero en dando con cosa dura.

En una palabra, ha de ser el periodista un imposible : no ha de contar sobre todo jamás con el dia de mañana : ¡ dichoso el que puede contar con el de ayer ! No debe por consiguiente decir nunca como El Universal: *Este periódico sale todos los dias excepto los lunes*; sino decir: *De este periódico solo se sabe de cierto que no sale los lunes*. Porque el hombre pone y Dios dispone.

VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES.

Por D. José Quintana, tomo 3.^o — D. Alvaro de Luna, condestable de Castilla, y fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa y protector de los indios.

Triste es por cierto considerar que donde son tan pocas las obras que pueden llamar fundadamente la atención de los literatos, se atraviesen aun los acontecimientos y las circunstancias á estorbar ó retardar la publicacion de tal ó cual libro científico, luminoso ó bien escrito. La obra que anunciamos fué comenzada ha muchos años por el señor D. Mnauel José Quintana, poeta y literato bien conocido y apreciado entre nosotros, bajo un plan perfectamente concebido, y que llevado á cabo con la diligencia que el señor Quintana se prometia emplear en ella, hubiera dado gloria á su autor y lustre á su patria.

Desgraciadamente, los tristes acontecimientos y las revueltas políticas que vinieron poco despues de la publicacion de las cinco primeras vidas á conmover violentamente nuestra patria, y que envolvieron en su torbellino al autor, fueron causa de que se suspendiese este importante trabajo. Restituido á sus hogares, como él mismo dice en el prólogo de este su tercer tomo, lo primero á que atendió fué á revisar los estudios que en esta parte tenia hechos, y poner en órden los mas adelantados para su publicacion. Fruto de estas tareas continuas fueron las dos vidas de Vasco Nuñez de Balboa y de Francisco Pizarro, que se dieron á luz en el año de 30, y las dos que ahora publica de D. Alvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas.

No es esta ocasion de hablar ni del primer tomo, ni del segundo de esta obra, que ya en distintas ocasiones han sido juzgados y apreciados justamente por los periódicos y por el público. La diversidad de épocas, empero, en que se han publicado los tomos de las vidas célebres, han debido dar un carácter particular á cada uno, ora por la influencia que ejercen siempre en el escritor las circunstancias que le rodean, ora por el sello que las di-

versas edades del autor no han podido menos de imprimir á trabajos interrumpidos por muchos lustros. Nótase consiguientemente en las primeras vidas, para servirnos de una espresion del mismo poeta que analizamos, el *hervir vividor* de la juventud, el entusiasmo, el encanto, el color de heroismo con que suele complacerse la primera edad del hombre en revestir todos los objetos que se presentan á su vista. La materia de ellas contribuia tambien en verdad á prestar una tinta mas poética á aquellos hombres cuya historia, perdiéndose en la oscuridad de los tiempos remotos, se clasifica naturalmente entre las tradiciones fabulosas que presiden á la formacion de las sociedades. Por el contrario, conforme se acerca la historia á los tiempos modernos, la multiplicidad de datos que se acumulan en comprobacion ó contradiccion de los hechos, y la mayor importancia que naturalmente damos á los que por mas recientes se enlazan con los nuestros, ó han podido tener influencia en ellos, atan al historiador y tórnanle mas circunspecto, dejando á la par menos libertad á su imaginacion para campear libre y osadamente. Así que, en el primer tomo leemos continuamente al poeta. En el segundo, y aun mas en el tercero, leemos al historiador, si menos galano, mas filosófico. Vemos al hombre que ha pasado por el tamíz de las revoluciones, que ha sufrido, que ha aprendido á conocer á los hombres. El primer tomo descubre en todas sus páginas la espresion noble y generosa de una alma jóven y poética, que no vé mas allá de la esterioridad aparente en las acciones. El tercero respira la amargura del desengaño, la triste verdad de la esperiencia. Las dos vidas que encierra este tomo ofrecian á su cronista mas que medianas dificultades, que ni ha desconocido, ni le han arredrado. D. Alvaro de Luna, juguete de los caprichos de la fortuna, víctima de su propia elevacion, y escarmiento de favoritos, es uno de los hombres que mas celebridad han obtenido en nuestra patria; de esa celebridad empero estéril, hija de una existencia tan improductiva como ruidosa. Triste es reflexionar que entre los muchos hombres que han inmortalizado su nombre en las páginas de nuestra historia, es contado el número de los que han influido en su prosperidad. De aquí ha nacido sin duda que la nacion ha permanecido estancada, cuando sus hijos adelantaban su fama particularmente. Harto débiles para sobreponerse á su siglo y á su país, en vez de

prestarles su influencia, la han recibido de ellos: han sucumbido á las circunstancias que los han rodeado, casi siempre, en vez de dominarlas. Considerados políticamente nuestros grandes hombres, han sido bien pequeños. En este número no puede menos de colocarse el condestable; su paso, semejante al de la tempestad, fué ruidoso, sí, pero nada fecundo. La reflexion política que parece deducirse de la narracion de la vida del condestable, es aquella que cita el mismo autor del cronista Perez de Guzman, y en que nos asegura abundar gustosísimo: *La mi gruesa é material opinion es esta: que ni buenos temporales, ni salud son tan provechosos é necesarios al reino como justo é discreto Rey.*

Fray Bartolomé de las Casas, este hombre tan extraordinario, por las opiniones que osó, casi temerariamente, adoptar en unos tiempos en que creian sus compatriotas que el Hacedor supremo habia hecho á la raza india para uso particular de la Europa; y que no dudó en ver hombres donde solo veian siervos los demás; tan locamente encomiado por los estraños, como injustamente vilipendiado por los propios, es el objeto de la segunda parte del tercer tomo. La vida de fray Bartolomé pertenece mas bien á la humanidad entera que á la España sola. Las Casas no fué un hombre de un talento superior: fué sí un hombre extraordinario por su fanatismo filantrópico, digámoslo así. Este es el juicio que de la lectura de su vida resulta. Arrebatado en sus opiniones esclusivas, sí bien justas, su exaltacion inutilizó y malogró casi siempre la pureza de sus intenciones. No bastan estas empero para constituir grande al hombre: es preciso saberlas llevar á cabo y hacerlas triunfar. Dirásenos que la fortuna pudo influir en el mal éxito de los afanes de las Casas: esta es una vulgaridad que nunca entenderémos: el hombre superior hace la fortuna: conoedor de las circunstancias que se oponen al logro de sus planes, las esquivá ó las dirige, y las domina. El que sucumbe á ellas es el hombre vulgar; por mas que haya vencimientos mas gloriosos que la misma victoria, nunca será grande el guerrero constantemente vencido. Todo el mérito, pues, que á las Casas podemos conceder es el de haberse adelantado á su siglo en la manera de considerar á los indios, el de un teson á prueba de todo desaire, el de un celo ejemplar, y el de haber tenido alguna influencia, si bien indirectísima é imperceptible casi, en mejorar

la existencia de algunas tribus americanas. = El señor Quintana ha respondido victoriosamente en su prólogo á la acusacion que se le podia hacer de poco afecto al honor de su país, cuando adopta tan francamente los sentimientos y principios del protector de los indios. «¿Se negará uno, dice en su prólogo, á las impresiones que recibe y repelerá el fallo que dictan la humanidad y la justicia por no comprometer lo que se llama el honor de su país? Pero el honor de un país consiste en las acciones verdaderamente grandes, nobles y virtuosas de sus habitantes: no en dorar con justificaciones ó disculpas insuficientes las que ya por desgracia llevan en sí mismas el sello de inicuas é inhumanas.» Si la noble independencia del señor Quintana, con la cual nosotros simpatizamos, hubiera menester defensa, ¿qué podríamos añadir á tan enérgicos renglones? El escritor no es el hombre de una nacion: el filósofo pertenece á todos los paises: á sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios: la humanidad es y debe ser para él una gran familia.

El señor Quintana, al continuar las vidas de los españoles célebres, hace un servicio señalado á su patria, á la literatura. Su narracion clara y elegante, su estilo conciso y fluido, su lenguaje castizo y correcto, pueden presentarse en este género como modelos: y el criterio y la imparcialidad del historiador dan á su obra un lenguaje distinguido entre esta clase de libros. Es de desear que este Plutarco español continúe una obra que redundará tanto en honor de su pluma, como en gloria de nuestra patria.

REPRESENTACION

DE LA NIÑA EN CASA Y LA MADRE EN LA MÁSCARA :

Comedia original

DE D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Uno es el objeto del poeta cómico: la correccion del vicio que se propone por asunto de su obra. Los medios que pueden conducirle á su único fin son, en nuestro entender, diversos, porque no creemos en la exclusion de género alguno. Si la ironía ó la parodia de las situaciones de la vida y de las manías del hombre le presentan el cuadro de su error, y le conducen, avergonzándole de sí mismo, al convencimiento y la correccion, tambien la pintura fiel de las desgracias á que pueden arrastrarle sus vicios le llevan, moviendo su corazon, al mismo resultado. Moliere, jugando locamente con los extravíos, y presentándonos el lado ridículo de nuestras preocupaciones, puede haber corregido á los mas pundonorosos. Kotzebue, desarrollando á nuestra vista las circunstancias de las pasiones y arrancando lágrimas al corazon, puede haber corregido á los mas sensibles. Si Regnard puede haber hecho sonrojarse á un jugador, Ducange puede haberle hecho arrepentirse. Para esto basta con que el poeta (adapte el camino que quiera) presente siempre la verdad y no transija un punto con la inverosimilitud. Este principio general, que dicta la misma naturaleza, y que, sancionado por el simple sentido comun, mal puede ser recusado ni aun por el clásico mas rígido, parece haber sido reconocido hace ya tiempo por los poetas modernos; muchos de ellos le han llevado hasta un punto tal, que no han vacilado en adoptar á un tiempo ambos caminos: refundiendo en uno los dos géneros encontrados, dirigieron contra el vicio moral que se proponian corregir todos los recursos del arte. El primero que entre nosotros ha dado el ejemplo de esta novedad drámatica ha sido el mismo Moratin, en quien encon-

tramos esta diferencia esencial, si le comparamos con Moliere, como creemos haber dicho ya en otra ocasion. En *La comedia nueva* aquel poeta no se contenta con hacer ver á los espectadores cuán ridículo es un D. Eleuterio, sino que escarmienta crudamente á su protagonista, como desconfiando de que bastase el ridículo á corregirlo. En el *Viejo y la Niña* no se satisface con escarnecer la manía de un viejo que se cree capaz de hacer por fuerza la felicidad de una jóven: éste necesario cebarse además en la desdicha de esta víctima inocente. En el *Si de las Niñas*, al paso que libra á la publica diversion el error de una madre que profesa á su hija un amor mal entendido, mueve el corazon con los lamentos de D.^a Paquita, y se complace en ponerla á dos dedos del precipicio, por si, no bastando á las madres imprudentes la representacion de su ridiculez, han menester además que se les descorra el velo del funesto porvenir que preparan á sus hijas violentadas por su indiscreto cariño. Entre los dramáticos que han sucedido á Moratin, con mas ó menos fortuna, unos han seguido la escuela de Moliere, otros la de Moratin. En la comedia que da motivo á este artículo, ha probado el señor Martinez de la Rosa, como ya se traslucía en otras obras suyas, que no es la *vis cómica* del primero su mérito principal. Los escritos de este autor descubren en él, por lo general, un fondo de sensibilidad que debia hacerle adoptar este género, que de buena gana llamaríamos mixto, si nos creyésemos con derecho y autoridad para poner nombres á las cosas. Admitida esta observacion, ¿cuál era el vicio ó el extravío que se proponia combatir el poeta cómico en *La Niña en casa y la Madre en la máscara*? No era una pasion en general, uno de esos vicios que tienen un nombre y un carácter circunscrito, y que suelen ser el mejor asunto de la comedia. El objeto es convencer á las madres locas, á las viejas verdes, del riesgo á que esponen á sus hijas cuando descuidan su educacion por el torbellino del mundo, de que no bastan á hacerlas prescindir ni su edad ni su responsabilidad doméstica y social. Objeto era este profundamente moral. El refinamiento de la cultura y sociabilidad moderna no escluyen del mundo edad ni circunstancia alguna; pero si el mundo no arroja de sí á las madres, si no las encierra en sus casas, la moral y el interés de sus familias ponen ciertos cotos á su disipacion. Para lograr su fin y presentarnos el cuadro del escarmiento, ya que no habia adoptado de todo pun-

to el arma del ridículo, debía pintar á una niña inocente y candorosa, porque esta era la única á quien podia traer funestas consecuencias el abandono de su madre, y esas consecuencias del tal abandono debian ser tales que la misma madre se avergonzase de ellas y llorase lágrimas amargas de arrepentimiento. Esto es justamente lo que ha hecho el señor D. Francisco Martinez de la Rosa: de suerte que fuera injusticia negarle que su plan está bien concebido. Teodoro, jóven de perdidas costumbres, solicita á un tiempo á la madre y á la hija: esto tiene la doble ventaja de probar, que cuando una niña sin esperiencia se halla sola en el mundo, es mas fácil que haga una eleccion poco acertada, y de hacer ver á la madre que una vieja loca nunca puede ser sinceramente querida. Hasta aquí solo encontramos que admirar en *La niña en casa*. No nos sucede lo mismo con respecto á los personajes accesorios del tio y de D. Luis. El primero es uno de esos personajes que, sin estar precisamente de mas en el argumento, estan sin embargo poco enlazados con él: asi es, que en el tio no hay accion, no hay movimiento. De estos viejos, echados como un libro en una comedia para presentar el contraste, no con su carácter, sino con sus máximas, tiene Moratin algunos. Nosotros entendemos que la moral de una comedia no la ha de poner el autor en boca de este ó de aquel personaje: ha de resultar entera de la misma accion, y la ha de deducir forzosa é insensiblemente el espectador del propio desenlace. El tio no sirve en *La Niña en casa* sino para hacer la esposicion, que en este supuesto, resulta no ser muy ingeniosa ni muy nueva, y para el desenlace, que tambien en rigor pudiera haberse llevado á cabo sin él. Si es episdico el tio por no tener gran parte en la accion de la comedia, ¿qué diremos de D. Luis? De este sentimos, ño solo que está poco enlazado con el argumento, sino que está completamente de mas, y que perjudica para el desenlace sobre todo. Es inútil, porque nada hace sino precisamente lo que no debiera ni pudiera hacer nadie. Es inverosímil que este hombre, testigo de la passion de Inés, esté siempre dispuesto á tomarla por esposa. Con respecto al argumento, solo una observacion nos queda que hacer.

Es lástima por cierto que el señor Martinez de la Rosa, que maneja el amor y el sentimiento en toda la comedia con tal tino, que sorprende á la naturaleza y hace suyos los secretos de ella,

suponga á Inés, que nos pinta tan jóven, tan inesperta, tan apasionada, desimpresionada solo porque encuentra á su amante en su casa. Esto á sus ojos, no teniendo otros antecedentes de su carácter, no puede ser nunca mas que una falta suficientemente disculpada por el amor. Era preciso que para desengañarse, Inés tuviese pruebas de la bajeza de Teodoro, que supiese de él lo que sabe el tio, y que se le hiciese conocer su doble y baja conducta. Y aun en este caso, si podia renunciar á él, no por eso podria tolerar siquiera en el momento del desengaño la perspectiva de otro hombre y otra boda. Ese mismo escarmiento del hombre en quien mas habia confiado, debia llevarla á desconfiar doblemente de los otros que le hubiesen sido indiferentes. Esta es la naturaleza; por otra parte no era el objeto de la comedia casar á la niña sino corregir á la madre; de suerte que desde el momento en que esta se desengaña queda concluida la comedia: *qui ne sait se borner, ne sut jamais ecrire*, ha dicho un famoso crítico. Sin que queramos hacer una aplicacion exacta de este axioma al señor Martinez, confesamos que es sensible que se haya dejado llevar de la antigua tradicion de que han de acabar con boda todas las comedias.

La misma inculpacion pudiera hacerse con respecto á alguna escena harto prolongada: las pasiones tienen un límite, una expresion última, despues de la cual nada se puede éscribir que no sea para descender. Por ejemplo, despues de haberse arrojado Inés á los pies de su amante, despues de hacerle locamente dueño de su albedrío, ¿qué les quedaba que hacer? ¿qué les quedaba que decir? aquella escena pudiera haberse cortado allí en obsequio del mayor efecto. En el desenlace se olvida el poeta de que tiene esperando á la puerta á la madre, y prolonga igualmente demasiado la escena del descubrimiento del amante y del desmayo de Inés.

Sensible nos es haber de encontrar defectos; pero en primer lugar es sabido que el crítico no puede dejarse alucinar como el espectador por las impresiones fugitivas: su deber es escudriñar; su primera obligacion la imparcialidad. En segundo lugar, si en esto puede haber algun riesgo para el escritor, no será seguramente cuando recae en un hombre del talento y el buen juicio del señor Martinez. Solo se ofende de la crítica severa el que no es capaz de dejarla de merecer nunca. El talento superior la

desprecia cuando es injusta ó parcial, caso de que nos parece estar muy distantes; y sabe darle su valor, y aun apreciarle, cuando es sincera, noble y de buena fé.

Despues de esta breve indicacion de los lunares que, á nuestro modo de entender, oscurecen el mérito de *La Niña en casa*, y que apuntamos con harta desconfianza de nosotros mismos, entraremos con mas placer á encomiar lo mucho que en ella encontramos superior. El carácter de la madre es excelente y sostenido; el de Inés es delicado, tierno, profundo; está tocado con una maestría encantadora: el de Teodoro era el mas fácil de escribir, y sin embargo, nosotros nos contentáramos con que el actor encargado de él le hubiese representado con igual tino que el autor le ha escrito. Los medios de seducción empleados por el criado de Teodoro, y sobre todo, por la criada de Inés, son un modelo en su género. Del lenguaje nada diremos, porque el elogiarle como un mérito extraordinario en el señor Martinez, seria suponer que podia no haber sido excelente: esto seria hacer una ofensa á este poeta, uno de nuestros mejores hablistas, delante de quien hablarémos y escribirémos siempre, en este particular, con respeto y con envidia. La versificacion dificilmente pudiera ser mejor, y el diálogo, generalmente animado y cómico, está salpicado de chistes del mejor gusto. Presiden á él siempre la cultura y el conocimiento de la fina sociedad. En toda la comedia se descubre al filósofo, al poeta cómico, al conecedor del hombre, en fin, á quien pocos pueden igualar en ese tino con que se apodera del corazon y le conmueve con una palabra sola, á veces con un solo ¡ay! El público, al aplaudir esta comedia, no hace mas que tributar una justicia de que ya habia dada pruebas en otras ocasiones.

ESPAGNE POETIQUE.

Choix de poésies castillanes depuis Charles-Quint , jusqu' à nos jours , mises en vers français ; avec une dissertation comparee sur la langue et la versification espagnoles , une introduction en vers et des articles typographiques , historiques et litteraires. Por don Juan Maria Maury: Ouvrage orné de plusieurs portraits.

Hubo un tiempo feliz para nuestra patria , en que supo en armas , en política , en letras , dar la ley al mundo. Cuando es llegada para una nacion la hora de la gloria , parece que se complace el cielo en acumular lauros de todas especies sobre su generosa frente. Tocóle á la España esta época , y sublimóse á un grado de esplendor que ya difícilmente alcanzará ni ella ni pueblo alguno. En un mismo siglo espulsaba heróicamente de su profanado suelo los restos de la opresion dominadora que , por espacio de ocho largos siglos , la avasallara , y hacia ondear el estandarte de la cruz sobre las mezquitas de la media luna : estendia el poder de sus armas victoriosas por gran parte de la Europa : no contenta con tremolar el pabellon español en las tres partes del mundo conocido , vínole éste estrecho á su gloria , y lanzóse al vago inmenso del Océano , buscando mundos nuevos que conquistar. Roma , Méjico , Lepantó , inclinaron sucesivamente la cervíz humillada bajo su poderoso cetro : no le bastaba tampoco el dominio de la fuerza ; no le satisfacía que el sol no se pusiese nunca en sus dilatados términos ; era preciso que el ingenio español desplegase tambien su poderío , y concluyese la conquista de las armas. A la sombra de los ganados laureles nacieron y crecieron hombres que previnieron é inutilizaron para la patria los posibles rigores del olvido. Lope y Calderon no fueron efectivamente nuestras glorias menores. Si , cuando circunstancias de doloroso recuerdo hicieron degenerar despues á la España , quedaron sus grandes hechos consignados en la historia , para servir de eterna reconvencion á las degradadas generaciones posteriores , los escritos de nuestros grandes hombres per-

manecieron como blanco perpetuo de envidia para los que después de ellos habian de venir.

Olvidada luego la antigua influencia nuestra, levantadas otras naciones á ocupar el puesto privilegiado que vergonzosamente les cediamos en el rango de los pueblos, la literatura no podia menos de resentirse de nuestra decadencia política y militar: callaron los cisnes de España: una nacion vecina, de quien atinadamente dice el señor Maury: «*Le gout naçquit françois,*» creó una literatura nueva, que debia adolecer sin embargo de la influencia regularizadora, acompasada, filosófica del siglo en que aquella prosperaba. Millares de preceptistas creyeron leer en Horacio lo que nunca acaso habia pensado decir: Shakespeare y Lope fueron sacrificados en las aras de la nueva escuela, y el gusto se asentó sobre las ruinas del genio: el corto número de sus apasionados hubo de contentarse con admirarlos en silencio: nadie osó alabarlos sin rubor. Entronizada la nueva escuela, que nada debia en verdad á la España, ésta debia quedar borrada del mundo literario, y un célebre crítico pudo decir de ella impunemente: *un rimeur sans péril delà des Pyrenées etc.* y llamarla bárbara, sin que nadie se atreviese á sospechar que se podría volver por ella algun dia victoriosamente. Las épocas y los gustos se suceden sin embargo rápidamente, y el hombre debia volver á conocer que no habia nacido solo para un mundo de amarga y disecada realidad: escritores osados intentaron sacudir el yugo impuesto por los preceptistas: el mundo debia encontrar al fin, en política como en literatura, la libertad para que nació: la literatura española debia surgir desde este momento y aparecer mas radiante que nunca, como un inmenso fanal oscurecido largo tiempo por una espesa niebla. Los alemanes fueron los primeros que desenterraron nuestras bellezas, y Calderon vino á serles un objeto de culto. Habia falta sin embargo todavía de una obra que hiciese conocer á la nacion esclusiva, que los españoles son hombres tambien y poetas. Tan grande empresa debia arredrar al mas osado. No bastaba decir: «*aprendan ustedes á leer el castellano:*» esto hubiera sido acaso reproducir la Casandra de Troya, y era preciso decir: «*aprendan ustedes en francés á leer el castellano.*» D. Juan María Maury, nuestro compatriota, tomó sobre sí la arrojada empresa de convencer al sordo que se negaba á oír, y si es cierto que *in magnis audisse sat est*, la idea

sola del señor Maury constituye el mayor elogio de su obra.

Esta idea llevaba empero en sí misma un escollo inevitable: la índole de la lengua y de la poesía francesa, tan opuesta á la española, debia ser un obstáculo invencible. El intentar la perfeccion hubiera, pues, sido desatino: en acercarse á ella estaba la victoria; admitido este principio, creemos que la ha alcanzado muchas veces el señor Maury. El plan de su obra es el mas á propósito para el objeto que se propone: la coleccion de poesías escogidas hubiera sido incompleta sin una reseña histórica de nuestra literatura; este vacío ha tratado de llenar su introduccion. Convenimos con el *Monitor francés* que al analizar la España poética siente que el autor se haya dejado llevar de su inclinacion, y aun de tal cual parte de amor propio al escribirla en verso: amor propio disculpable en un español que ha podido desplegar tales fuerzas en el difícil empeño de poetizar en una lengua estraña. Este plan envuelve el inconveniente que abraza el punto mismo: una historia de literatura llena de fechas y nombres propios es argumento harto estéril para las musas: al quererlo tratar poéticamente le ha sido forzoso al autor embarazar su lectura con notas históricas, si bien importantes, prolijas, y á veces minuciosas. Una disculpa encontramos con todo á su introduccion poética. Acaso necesitaba el autor captarse la benevolencia de sus lectores creando en ellos hácia él una prevencion favorable de su suficiencia. Si tal fué su objeto, hále conseguido sobradamente. Las noticias biográficas de nuestros poetas era otro punto importante que no podia olvidarse en semejante trabajo.

Con respecto al desempeño de la obra en general, varios críticos franceses se apresuraron á admitir en la literatura francesa al señor Maury, que se habia adquirido indudablemente no pocos títulos á ocupar en ella un lugar distinguido.

«La espresion de D. Juan Maury, dijo un periódico francés haciendo el juicio de esta obra, siempre elegante, anuncia un estudio profundo de la lengua francesa.» Tacháronle otros de una concision harto incorrecta, de licencias inútiles, y de haber españolizado demasiado la poesía francesa. Esto, á nuestro entender, sobre ser lo mas atrevido que ha podido hacer, nos parece un bien hecho á la lengua francesa, harto poco libre y desembarazada; y esta verdad la han confirmado escritores mo-

ernos de aquel país, que despues del señor Maury han roto las antiguas cadenas de la sintáxis francesa. Despues de haber leído *Notre Dame de Paris*, obra que ha hecho indudablemente una revolucion en la lengua del Sena, la inculpacion hecha á Maury cae por sí sola.

Mas fundado nos parece el reproche que se le ha hecho de poca fidelidad al texto que traduce; abrevia y suprime á veces con notable perjuicio del original: ejemplo de esto puede ser la égloga de Garcilaso, *Salicio y Nemoroso*; otras amplifica, desliendo un pensamiento enérgico en mas versos franceses de los necesarios. Puédele obligar á lo primero el miedo de verter al francés ideas propiamente españolas, cuya osada energía no consiente la índole de la poesía francesa, y en el segundo, la precision de rimar y redondear los pensamientos en una poesía que apenas admite *les enjambements*. Hay en cambio traducciones bellísimas, y en algunas creemos que ha mejorado el original. Ejemplo de las primeras puede ser la fábula de *El caballo y la ardilla* de Iriarte. Lo mismo puede decirse de la oda *A las estrellas* de Melendez, de la *Rosa de Rioja*, etc.

Interminable empeño seria el de presentar en un artículo de periódico, acaso ya demasiado largo, los muchos trozos que pueden servir de modelo á traductores, y en que ha sabido vencer el señor Maury la inmensa dificultad que le oponian la diversidad de índoles de las lenguas, de poesías, de giros, de locuciones, etc. Contentémonos con que haya dado una idea ventajosa, si á veces incompleta, de nuestros poetas á los extranjeros, y reconozcamos francamente en honor de Maury que los mas de los defectos no son culpa del autor, y que las mas de las bellezas son propias suyas.

Garcilaso, Santa Teresa, Luís de Leon, Herrera, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, los Argensolas, Quevedo, Rioja, Villegas, Luzan, Cadalso, Iriarte, Melendez, Iglesias, Noroña, Cienfuegos, Moratin, Quintana y Arriaza son los poetas que el autor ha puesto á contribucion para formar esta coleccion escogida: no ha olvidado por eso que poseemos una inmensa riqueza literaria de autores desconocidos, en nuestros romanceros sobre todo: al coger de ellos los mejores y mas afamados, ha creído deber dar una idea de este género puramente español, en que se hallan consignados los hechos principales de nuestra his-

toria, y que es el verdadero depósito de la tradicion fabulosa é histórica de nuestros tiempos primitivos.

Alguna reconvencion pudiera hacerse al señor Maury acerca de la eleccion de algunas piezas; pero es difícil desnudarse de toda prevencion y parcialidad amistosa, sobre todo cuando ha de hablarse de poetas contemporáneos: desde la dedicatoria se observa una predileccion, que no llamaremos precisamente injusta, hácia las poesías del señor Arriaza; pero con la cual no convenimos del todo, sin que esto sea negar el sello de picante originalidad y de estro poético que casi siempre caracterizan á este escritor.

Generalmente hallamos mejor traducido el género heróico y el de las fábulas. Quevedo, por ejemplo, era intraducible, y el señor Maury en una sola composicion jocosa que de él escoge, lo ha probado. No habiéndole traducido él victoriosamente, creemos que puede cualquiera renunciar á este empeño. Rioja, Quintana, y los romances, son los que han encontrado mas simpatías en la índole de la lengua francesa; la tendencia filosófica de los primeros, y el vigor varonil y sabor anticuado de los segundos, pueden haber contribuido á esto.

Mucho sentimos no poder citar largamente los elogios que diversos periódicos franceses tributaron á la *España Poética* á la sazón de su publicacion.

«Si D. Juan Maury, dijo uno de ellos, es español de nacimiento, diríasele francés por el talento con que escribe la lengua de Racine, ora en prosa, ora en verso, y cosmopolita por lo bien que sabe apreciar todas las lenguas de Europa.» Nosotros dirémos mas. D. Juan Maury ha sabido hacerse con dos patrias: ha conquistado con su *España Poética* su naturalizacion en la literatura francesa; no sabemos cual le debe mas, si esta que ha enriquecido con una noticia que no podia sin vergüenza ignorar, ó la española, cuyo mérito ha sabido hacer valer entre los extranjeros.

Sabemos que el señor Maury piensa en introducir y poner en venta en su patria esta obra impresa en Paris, que solo conocen hasta al presente los mas afectos á la literatura: deseamos ardentemente que la aprobacion de nuestros compatriotas confirme nuestro débil juicio, y dé realce al voto que en su favor han emitido los diarios extranjeros. Entre tanto no podemos menos,

como españoles, de felicitar al señor Maury por su importante trabajo y su acertado desempeño en general. Y la literatura española que habia tenido un intérprete para los italianos en Conti, y para los ingleses en la *Antología española* de Mr. Wiffen y en el informe de lord Holland sobre Lope de Vega, debe igual servicio con respecto á los franceces al señor Maury. Seria, pues, imperdonable ingratitud en nosotros criticar con mas rigorosa severidad una obra á quien tanto debemos por todos respetos los literatos celosos de la gloria de las letras españolas.

REPRESENTACION

DE

LA CONJURACION DE VENECIA,

AÑO 1310 :

drama histórico en cinco actos y en prosa, de

Don Francisco Martinez de la Rosa.

No necesitamos remontarnos al origen del teatro para combatir la vana preocupacion de los preceptistas que han querido reducir á tragedia , propiamente llamada asi , y á la comedia de costumbres ó de carácter el arte dramático. La razon natural puede guiarnos mejor. Con respecto á la comedia , sea en buen hora el espejo de la vida , la fiel representacion de los estravíos, de los vicios ridículos del hombre. Pero con respecto á todo lo que no es comedia , examinemos un momento cual puede ser el objeto del teatro. En todos los pueblos conocidos debe este su origen al orgullo nacional, que podríamos llamar el amor propio de los pueblos. La vida de sus antiguos héroes , y el recuerdo de sus hazañas , fué en Grecia el primer objeto del teatro. En un pueblo constituido como el griego, que se suponía hijo de dioses y semidioses, los primeros dramas debieron participar de esa grandeza y sublimidad á que debían su origen. No eran los hombres, ni sus pasiones, ni los sucesos hijos de ellas , los representados: eran acciones sobrenaturales las que formaban el argumento; y el cielo y la fatalidad eran su máquina principal. ¿ Qué mucho , pues , que los preceptistas , que de aquellos modelos deducian las reglas , fijasen para este género, no pudiendo concebir otro , la precisa condicion de que no hablasen en la tragedia sino héroes y príncipes casi divinos , y de que hablasen en aquel lenguaje que solo á ellos podia convenir? Entiéndese esto

fácilmente. Pero, cuando destruidas las antiguas creencias, no se pudo ver en los reyes sino hombres entronizados, y no dioses caídos, no se comprende como pudo subsistir la tragedia heroica aristotélica. Para los pueblos modernos no concebimos esa tragedia, verdadera adulación literaria del poder. Por otra parte, ¿son por ventura los reyes y los príncipes los únicos capaces de pasiones? No solo es este un error, sino que limitando á tan corto círculo el dominio de la representación teatral, frústrase su objeto principal. Los hombres no se afectan generalmente sino por simpatías: mal puede, pues aprovechar el ejemplo y el escarmiento de la representación el espectador que no puede suponerse nunca en las mismas circunstancias que el héroe de una tragedia. Estas verdades, generalmente sentidas, sino confesadas, debieron dar lugar á un género nuevo para los preceptistas rutineros; pero que es en realidad el único género que está en la naturaleza. La historia debió ser la mina beneficiable para los poetas, y debió nacer forzosamente el drama histórico. Nuestros poetas, que no sufrieron mas inspiraciones que las de su genio independiente, no hicieron mas que dos clases de dramas: ó comedias de costumbres y carácter, como el *Embustero* de Alarcon, y el *Desden* de Lope y Moreto, ó dramas históricos, como el *Rico hombre* y el *García*. A este género, fiel representación de la vida, en que se hallan mezclados como en el mundo reyes y vasallos, grandes y pequeños, intereses públicos y privados, pertenece la *Conjuracion de Venecia*. Todo lo mas á que está obligado el poeta es á hacer hablar á cada uno, segun su esfera, el lenguaje que le es propio, y resultará indudablemente doble efecto de esta natural variedad; tanto mas, cuanto que el lenguaje del corazon es el mismo en las clases todas, y que las pasiones igualan á los hombres que su posicion aparta y diversifica.

Venecia, ese fenómeno en política, esa escepcion rarísima entre los gobiernos, esa ciudad prodigiosa hasta en su existencia y construcción, que esclavizó por tantos años los mares, y que fué la primera esclava de sí misma, presenta un campo de larga y fecunda recolección para el historiador y el poeta. El imperio del terrorismo, por tantos años triunfante contra todas las leyes de la naturaleza, ofrece argumentos repetidos de singular efecto teatral, y el autor al escoger la célebre conjuración

de 1310, no hace sino dar una prueba del tino que le distingue. El gobierno aristocrático de Venecia, reducido á un corto número de familias patricias, debia dar lugar á conjuraciones continuas: el pueblo oprimido no podia menos de aspirar á reconquistar sus derechos usurpados; y el recelo y la desconfianza, inseparables compañeros de la injusticia y la tiranía, debian hacer cruel al poder. De aquí el atroz sistema inquisitorial, que ahogaba en el patíbulo, segun la espresion del señor Martinez, las mismas quejas. Razones de alta política impelieron al embajador de Génova á proteger aquella famosa conspiracion. Abrese la escena en su casa, donde se reunen los principales conjurados á convenir en los medios de derribar la tiranía oligárquica de Venecia, durante su famoso carnaval: la libertad y confusion de esta temporada de alegría y festividad parecen prestarse á las ocultas maquinaciones de los conjurados. El primer acto, pues, no es mas que la esposicion del drama, y en él se deja traslucir ya que ha de ser el protagonista el jóven Rugiero, huérfano, de padres y patria desconocidos, pero veneciano por posicion y afecto. En el segundo acto, aparece el panteon de la familia Morosini, á cuya cabeza se hallan dos hermanos, Pedro primer presidente del tribunal de los diez, y Juan, senador. Pedro conversa con sus espías acerca de una conjuracion que sabe tramarse contra la república, y Rugiero es uno de los conjurados acechados. Un rumor extraño interrumpe su conversacion; ocúltase, y sobreviene la jóven Laura, hija del senador Morosini: casada en secreto con Rugiero, viene á esperarle al panteon, donde le vé sigilosamente por tercera vez: en esta escena, Rugiero confia parte de la conjuracion á su amada; uno de los espías apaga la lámpara que los ilumina, y en medio de la oscuridad se apoderan los satélites del tribunal del jóven conjurado, cayendo privada de sentido la infeliz esposa. Laura se halla trasladada á su habitacion á principios del tercer acto sin saber por qué medio: dudosa de la suerte de su esposo, determina confiar el fatal secreto de su boda á Morosini en una escena llena de sentimiento y de interés: el cariñoso padre, despues de perdonar su extravío, le promete emplear su favor en salvar á Rugiero, proyecto que pone por obra con su implacable hermano, del cual solo consigue esta atroz respuesta:— *Dime solo una cosa, pregunta Juan Morosini, ¿vive Rugiero?— Vive.— ¡Gracias á*

Dios!—¡Pero no lo digas á tu hija!—¿Porqué?—Por que tendria que llorarle dos veces.

La plaza de San Márcos, centro de la pública diversion del carnaval, es el lugar de la escena del cuarto acto. Véanse varios conjurados disfrazados y repartidos entre la multitud, que esperan el momento de las doce. Nada mas ingenioso, ni mas dramático, que un acto entero transcurrido en la descripcion de la algazara del carnaval, cuando espera el espectador entre angustias mortales ver estallar de un momento á otro la revolucion y la muerte entre la misma alegría indolente y confiada de un pueblo enloquecido. Suenan las doce, y al grito de *Venecia y libertad*, grito que encontró grandes simpatías en nuestro público, estalla la conjuracion, lucen los aceros, y suceden gritos de muerte á los cantos de regocijo. La república ha tomado sin embargo medidas preventivas: Rugiero preso, no ha podido acudir con sus tropas, y triunfa el gobierno. *¡Al tribunal, al tribunal los que escapen con vida!* clama ferozmente el presidente Morosini, triunfante en la plaza de San Marcos, y tendidos ya á sus pies, muertos ó heridos, varios conjurados.

El tribunal de los diez, juzgando á los reos, se presenta en el quinto acto. Tómanse declaraciones; Laura es interrogada; pero su razon está perturbada, y solo pregunta por su esposo; Rugiero es juzgado; y en su interrogatorio reconoce en él el presidente Morosini, que ha de condenarle, á su hijo. Privado de sentido á tan atroz reconocimiento, retírasele del tribunal: es condenado Rugiero: en el momento de ir al patíbulo, Laura se arroja á su encuentro. *¡Ya estás aquí!* esclama: frenética alegría se pinta en su semblante; sepáranla sin embargo de su esposo, y la infeliz: *¿Donde te llevan?* esclama. De allí á un momento ve la desdichada el patíbulo: entonces sabe que es de su esposo. *¡Jesus mil veces!* grita despavorida, cae exánime, y baja el talon á ocultar tan espantoso desenlace.

El plan está superiormente concebido; el interés no decae un solo punto, y se sostiene en todos los actos por medios sencillos, verosímiles, indispensables, insistimos en llamarlos indispensables, porque esta es la perfeccion del arte. No basta que los sucesos hayan podido suceder de tal modo; es forzoso, para que el espectador no se distraiga un momento del peligro, que no hayan podido suceder de otro modo, sentadas las primeras condi-

ciones del argumento. La esposicion hecha por medio del embajador de Génova, que dicta una nota á su gobierno, es nueva é ingeniosa, de puro natural. Una conjuracion contra la tiranía creará siempre en el teatro el mayor interés, por lo mismo que es difícil prever su éxito, y que este se desea feliz. Supone el mayor conocimiento dramático el hacer declarar á Rugiero su conjuracion cuando es oido de sus enemigos y en los brazos de su amada: quisiera uno hacerle callar: es terrible arrojar una escena de amor entre sepulcros: un diálogo de vida en un sitio de muerte, y complicar la mas tierna pasion con los riesgos de una conjuracion; es sublime lanzar la prision entre dos amantes felices que se ven solos por tercera vez. ¿Por qué ha prolongado tanto el señor Martinez la escena de Laura y Rugiero? ¿Por qué pueden hablar una hora sintiendo tanto? El poeta que hace decir á una muger: «¡Cómo quemán tus lágrimas, Rugiero! Deja, déjame: ya las enjugaré con mi mano,» debiera conocer todo el valor de una escena corta, cuando reina en ella la pasion. Bella es la escena de Laura y su padre, y mas bella seria á nuestros ojos si no adoleciera del mismo empeño de desleir demasiado las ideas tiernas. El sentimiento es una flor delicada: manosearla es marchitarla. Tambien nos parece que podria suprimirse el monólogo del padre al fin del tercer acto, ó al menos cortarse: ni le creemos necesario ni del mayor efecto.

Donde reconocemos el mayor mérito de la composicion es en la disposicion y contraste singulares del acto cuarto y del final del drama: acaso por esa misma razon no ha sido lo mas aplaudido: el terror hace enmudecer: las manos no pueden reunirse y golpear cuando han de acudir á los ojos. Por otra parte, ¿quién se acuerda en aquellos momentos de que es una comedia, de que todo es un artificio del poeta y los actores? Las escenas del interrogatorio son de aquellas que por tener bulto parecen satisfacer mas al público y llevarse la palma. Sin embargo, el crítico no puede mirarlas bajo este punto de vista. Siempre que un poeta represente en la escena á el opresor y á el oprimido, este interesará fácilmente: el mayor número del público le forman desgraciados, porque, ¿quién puede jactarse de no serlo? Simpatizan con el infeliz, y cualquier respuesta enérgica de un reo inocente á un juez duro será aplaudida en el teatro; no es esta la principal habilidad del señor Martinez; el elogiarle lo

que cualquiera puede hacer seria elogiarle torpemente. Su mérito está en ese conocimiento del corazón humano con que prepara los efectos, con que se introduce furtivamente en el pecho del espectador, con que le lleva de sentimiento delicado en sentimiento delicado á enmudecer y llorar. Hay sin embargo pasajes que no se esperan y sorprenden en el interrogatorio de Maffei y Rugiero. Nada mas sublime que esas respuestas. *¿Y porqué nombraste á esos, y no á otros?—Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres.—De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo. Y aquel:—Concededme esa gracia y os perdono, de Rugiero.*

En la respuesta de Juan Morosini.—*Estoy pensando que no tienes hijos..... y que no vas á comprenderme; y en la de Rugiero:—De cierto es mi padre, cuando no logro ni al morir el consuelo de verle, se reconoce al punto al poeta sensible que ha bebido en el cáliz de la desgracia, y que concluía una elegía:*

*Yo aquí no tengo para ornar tu tumba
ni una flor que enviarte; que las flores
no nacen entre el hielo, y si naciesen
solo al tocarlas yo se marchitaran.*

No acabaremos este juicio sin hacer una reflexion ventajosísima para el autor: esta es la primera vez que vemos en España á un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiracion de las musas. *¿Y en qué circunstancias? Un Estatuto Real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneracion de España, y un drama lleno de mérito; y esto lo hemos visto todo en una semana: no sabemos si aun fuera de España se ha repetido esta circunstancia particular.*

LAS PALABRAS.

No sé quien ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡ grande picardía por cierto! nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por mas que digan: un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto á lo demas, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffon y Valmont de Vaumare, me dijese que animal, por animal que sea, habla y escucha. Hé aquí precisamente la razon de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista: y hé aquí precisamente la de su inferioridad, segun pienso yo, que tengo mas de natural que de naturalista. Presente V. á un leon devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al leon), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva, que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el mas lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar, y apártese usted algun tanto, no sea que si lo entiende, le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérsele á usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no espera á oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razon. La hembra no engaña al macho, y vice-versa; porque como no hablan se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razon: á la simple vista huye el segundo del primero, y este es el orden, el único orden posible. Déseles el uso de la palabra: en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa: necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar: necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demás,

á quienes creen que importan: el leon mas fuerte subirá á un árbol y convencerá á la mas débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrío, sino para obedecerle á él: y no será lo peor que el leon lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira*, á otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Creerán la vanidad y el amor propio: el noble bruto que dormia tranquilamente las veinte y cuatro horas del dia, se desvelará ante la fantasma de una distincion; y al hermano á quien solo mataba para comer, matarále despues por una cinta blanca ó encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambicion; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia: querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo; ¡vive Dios!: estos se dejarán degollar porque los mande uno solo, aficion que nunca he podido entender; aquellos querrán mandar á uno solo, lo cual no me parece gran triunfo: aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente: allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna: allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusion! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusion, los animales como no tienen el uso de la razon ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices: no pueden engañar ni ser engañados: no creen ni son creidos.

El hombre por el contrario: el hombre habla y escucha: el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la muger, cree en la opinion, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree.—Dígale usted que tiene talento.—*¡Cierto!* esclama en su interior.—Dígale usted que es el primer ser del universo.—*Seguro*, contesta.—Dígale usted que le quiere.—*Gracias*, responde de buena—fé. ¿Quiere usted llevarle á la muerte? trueque usted la palabra, y dígame: *te llevo á la gloria*: irá.—¿Quiere us-

ted mandarle? dígame usted sencillamente: *Yo debo mandarte.*—*Es indudable, contestará.*

Hé aquí todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. “*El hambre, ó lobos, decidles, se ha acabado; ahogado el monstruo para siempre...—Mentira, gritarán los lobos... al redil, al redil; el hambre se quita con cordero ..—La hidra de la discordia, ó ciudadanos, dice por el contrario un periódico á los hombres, yace derribada con mano fuerte: el orden de hoy mas, será la base del edificio social, ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte: el iris de paz (que no significa paz) luce despues de la tormenta (que no se ha acabado): de hoy mas la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomun... etc. etc. ¿Ha dicho usted hidra de la discordia, justicia, procomun, horizonte, iris y legalidad? Ved en seguida á los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones.—¡ Maravilloso don de la palabra! ¡ Facil felicidad! Despues de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con solo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los dias, como echaba Enéas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.*

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... palabras todo, ruido, confusion; positivo, nada. ¡ Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

REPRESENTACION

DE NUMANCIA,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

Hé aquí una de las cosas esceptuadas en el *reglamento para la censura de periódicos*, y de que se puede hablar, si se quiere, por supuesto. Ni un solo artículo en que se prohiba hablar de Numancia. No se puede hablar de otras cosas, es verdad; pero todo no se ha de hablar en un día. Por hoy, que es lo que mas urge, ¿quién le impide á V. estarse hablando de Numancia hasta que se pueda hablar de otra cosa? Tanto mas ventilada quedará la cuestion. Dado siempre el supuesto de que no ha de haber *borrones*, *pena de dos mil reales*; las cosas limpias: el periódico ha de ser impenitente y pertinaz; sin enmienda como carlista ó pasaporte. Un artículo de periódico ha de salir bien de primera vez, que al fin no es ningun *reglamento de milicia*. Dado tambien el supuesto de que no se deje usted *nada en blanco*, pena de los dichos dos mil reales. No, sino andarse dando á leer al público papelitos en blanco. ¡Sabe nadie lo que se puede aprender en un papel blanco! ¡Dado el supuesto además de que ha de poder usted ser *elector*, porque al fin gran talento tendrá el que no ha sabido hacerse una rentita de seis mil reales!

Abundando en todos estos supuestos, dirémos que el teatro estaba casi lleno en su representacion. Parécenos que en decir esto no hay peligro. Igualmente llena estaba la tragedia de alusiones patrióticas. Mucho nos gusta á los españoles la libertad, en las comedias sobre todo. Innumerables fueron los aplausos: tan completa la ilusion, y tantas las repeticiones de *libertad*, que se olvidaba uno de que estaba en una tragedia. Casi parecia verdad. ¡Tanta es la magia del teatro!—Otra cosa que tampoco esceptúa el reglamento, es el señor Luna: de este se puede hablar, en cuanto á actor, atendido que el señor Luna ni es cosa

de religion, ni prerogativa del trono, ni Estatuto Real, ni su representacion es fundamental, ni tiene fundamento alguno, ni perturba tranquilidad, ni infringe ley, ni de obedece á autoridad legítima, ni se disfraza con alusiones, sino con muy malos tragos antiguos; ni es licencioso y contrario á costumbre alguna, buena, ni mala; ni es libelo, ni infamatorio, ni le eoge por ningun lado ningun ni de cuantos nies en el reglamento se incluyen; ni menos es soberano, ni gobierno extranjero. Y á nosotros, si nos atañe, por el contrario, no dejar este punto de nuestro papel en blanco, sopena de la consabida de los dos mil reales á la primera, del duplo á la segunda, y de dar al traste la tercera, que va la vencida. Decimos esto, porque no nos ha gustado el señor Luna: triste cosa es, pero no lo podemos remediar. Hay, sí, en él, celo y buena intencion; pero esto, todos sabemos ahora mas que nunca, que no basta siempre. Su declamacion en este papel es enfática y poco natural; sus transiciones son duras, mas duras y crueles que una censura. Sensible nos es haberle de decir nuestra opinion; empero tal es nuestro deber, y en eso no somos mas que los intérpretes del público mismo.

Por lo demás, la tragedia, que literariamente hablando no es de mérito sobresaliente, ha hecho el efecto que debia hacer una composicion, como ella, eminentemente patriótica. Cada cual se fué á su casa con la triste conviccion de que, en política como en tragedia, lo que mas le cuesta á un pueblo es conquistar su libertad. Es de esperar que tenga mejor fin la nuestra, por esta vez, que la de Numancia. A bien que de nosotros depende.

La decoracion última nos pareció muy regular, incluso los comparsas y aquellas descabelladas doncellas, que chillaban á lo lejos, huyendo de los feroces romanos, y que parecian periódicos perseguidos por algun reglamento.

El telon al caer se detuvo á la mitad del camino á tomar un ligero descanso; no parecia sino que caminaba por la senda de los progresos, segun lo despacio que iba, y los tropiezos que encontraba. Tardó mas en bajar, que han tardado las patrias libertades en levantarse.

JARDINES PÚBLICOS.

—

Hé aquí una clase de establecimientos planteados varias veces en nuestro país á imitacion de los extranjeros, y que sin embargo rara vez han prosperado. Los filósofos, moralistas, observadores, pudieran muy bien deducir estrañas consecuencias acerca de un pueblo que parece huir de toda pública diversion. ¿Tan grave y ensimismado es el carácter de este pueblo, que se avergüence de abandonarse al regocijo cara á cara consigo mismo? Bien pudiera ser. ¿Nos sería lícito, á propósito de esto, hacer una observacion singular, que acaso podrá no ser cierta, si bien no faltará quien la halle *ben trovata*? Parece que en los climas ardientes de Mediodía el hombre vive todo dentro de sí: su imaginacion fogosa, emanacion del astro que le abrasa, le circunscribe á un estrecho círculo de goces y placeres mas profundos y mas sentidos, sus pasiones mas vehementes le hacen menos social: el italiano, sibarita, necesita aislarse con una careta en medio de la general alegría; al andaluz enamorado bástanle, no un libro y un amigo, como decia Rioja, sino unos ojos hermosos en que reflejar los suyos, y una guitarra que tañer; el árabe impetuoso es feliz arrebatando por el desierto el ídolo de su alma á las ancas de su corcel; el voluptuoso asiático para distraerse se encierra en el haren. Los placeres grandes se ofenden de la publicidad, se deslien; parece que ante esta hay que repartir con los espectadores la sensacion que se disfruta. Nótese la índole de los bailes nacionales. En el Norte de Europa, y en los climas templados, se hallarán los bailes generales casi. Acerquémonos al Mediodía; verémos aminorarse el número de los danzantes en cada baile. La mayor parte de los nuestros no han menester sino una ó dos parejas: no bailan para los demás, bailan uno para otro. Bajo este punto de vista, el teatro es apenas una pública diversion, supuesto que cada espectador de por sí no está en comunicacion con el resto del público, sino con el escenario. Cada uno puede individualmente figurarse que para él, y para él solo se representa.

Otra causa puede contribuir, si esa no fuese bastante, á la dificultad que encuentran en prosperar entre nosotros semejantes establecimientos. La manía del buen tono ha invadido todas las clases de la sociedad: apenas tenemos una clase media, numerosa y resignada con su verdadera posición; si hay en España clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz, etc.; aquí no hay mas que clase alta y clase baja: aquella, aristocrática hasta en sus diversiones, parece huir de toda ocasión de rozarse con cierta gente: una señora tiene su jardín público, su sociedad, su todo, en su cajón de madera, tirado de dos brutos normandos, y no hay miedo que si se toma la molestia de hollar el suelo con sus delicados pies algunos minutos, vaya á confundirse en el Prado con la multitud que costea la fuente de Apolo: al pié de su carruaje tiene una calle suya, estrecha, peculiar, aristocrática. La clase media, compuesta de empleados ó proletarios decentes, sacada de su quicio y lanzada en medio de la aristocrática por la confusión de clases, á la merced de un frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX, se cree en la clase alta, precisamente como aquel que se creyese en una habitación, solo porque metiese en ella la cabeza por una alta ventana á fuerza de elevarse en puntillas. Pero esta, mas afectada todavía, no hará cosa que deje de hacer la aristocracia que se propone por modelo. En la clase baja, nuestras costumbres, por mucho que hayan variado, estan todavía muy distantes de los jardines públicos. Para esta es todavía monadas exóticas y extranjeras, lo que es ya para aquella comun y demasiado poco extranjero. Hé aquí la razón por que hay público para la ópera y para los toros, y no para los jardines públicos.

Por otra parte, demasiado poco despreocupados aun, en realidad, nos da cierta vergüenza inexplicable de comer, de reir, de vivir en público: parece que se descompone y pierde su prestigio el que baila en un jardín al aire libre, á la vista de todos. No nos persuadimos de que basta indagar y conocer las causas de esta verdad para desvanecer sus efectos. Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter. ¿Qué tiene este de particular en un país, en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos en que se creía que el hombre vivía para ha-

cer penitencia! ¡Qué despues de tantos años de gobierno inquisitorial! Despues de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos á cada momento; sin embargo, lo serémos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían en un dia, desgraciadamente, ni con un decreto; y mas desgraciadamente aun, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres, é identificada con ellas.

No era nuestro propósito ahondar tanto en materia tan delicada: volvamos, pues, al objeto de nuestro artículo. El establecimiento de los dos jardines públicos que acaban de abrirse en Madrid, indica de todos modos la tendencia enteramente nueva que comenzamos á tomar. El jardin de las Delicias, abierto ha mas de un mes en el paseo de Recoletos, presenta por su situacion topográfica un punto de recreo lleno de amenidad; es pequeño, pero bonito: un segundo jardin mas elevado, con un estanque y dos grutas á propósito para comer, y una huerta en el piso tercero, si nos es permitido decirlo así, forman un establecimiento muy digno del público de Madrid. Para nada consideramos mas útil este jardin que para almorzar en las mañanas deliciosas de la estacion en que estamos, respirando el suave ambiente embalsamado por las flores, y distrayendo la vista por la bonita perspectiva que presenta, sobre todo, desde la gruta mas alta; y para pasear en él las noches de verano.

El jardin de Apolo, sito en el extremo de la calle de Fuencarral, no goza de una posicion tan ventajosa; pero una vez allí el curioso reconoce en él un verdadero establecimiento de recreo y diversion. Domina á todo Madrid, y su espaciosidad, el esmero con que se ven ordenados sus árboles nacientes, los muchos bosquetes enramados, llenos por todas partes de mesas rústicas para beber, y que parecen nichos de verdura ó verdaderos gabinetes de Flora; sus estrechas calles y el misterio que promete el laberinto de su espesura, hacen deplorar la larga distancia del centro de Madrid á que se halla colocado el jardin, que será verdaderamente delicioso en creciendo sus árboles y dando mayor espesura y frondosidad.

En nuestro entender, cada uno de estos jardines merece una

concurrancia sostenida ; las reflexiones con que hemos encabezado este artículo deben probar á sus respectivos empresarios, que si hay algun medio de hacer prosperar sus establecimientos en Madrid, es recurrir á todos los alicientes imaginables, á todas las mejoras posibles. De esta manera nos lisonjamos de que el público tomará aficion á los jardines públicos , que tanta influencia pueden tener en la mayor civilizacion y sociabilidad del país, y cuya conservacion y multiplicidad exige incontestablemente una capital culta como la nuestra.

REPRESENTACION

DE

TANTO VALES CUANTO TIENES.

comedia originál en tres actos y en verso,

de don Angel Saavedra.

Humilde y cabizbajo presentaba un ingenio novel á un gran poeta, mas gran desvergonzado aun que poeta, un manuscrito suyo, y pedíale su parecer. Llegó el maestro á un trozo mas oscuro que otros.—¿Qué ha querido Vd. decir aquí? le preguntó con sorna de hombre satisfecho de sí mismo.— Señor, respondió el novel, ahí quise decir tal cosa. A lo cual repuso el desvergonzado:—Pues si tal cosa quiso Vd. decir, ¿porqué no la dijo Vd?

Si el señor Saavedra, autor conocido, que apreciamos, y en quien reconocemos dotes muy aventajadas, quiso hacer una comedia suya, ¿por qué no huyó al emprender su obra de toda coincidencia con comedias anteriores? Tanto mas sensible es esto, cuanto que habia encontrado un argumento enteramente nuevo; y procuraremos probar esta que parece paradoja.

Creemos que el señor Saavedra tenia fuerzas mas que suficientes para crear en el teatro un argumento original: estamos muy seguros de que ni ha imitado, ni tratado de imitar; y así juzgamos que el no haber desentrañado bastante la idea feliz que concibió, ha sido causa de que su obra tenga puntos de contacto con otras de otros ingenios. Verdad es que ha cumplido con la máxima latina *non nova, sed novè*; sí, habiéndose apartado desde un principio de la senda trillada, se ha visto enredado en un argumento tambien trillado, halo presentado á lo me-

nos con novedad. Para los que creen que en el siglo XIX todo está dicho en literatura, no le quedaba otra corona que alcanzar al señor Saavedra. Falta ahora considerar si aquel principio es absolutamente cierto. Las pasiones son las mismas en todos tiempos, es verdad, y los vicios y los extravíos; buscar, pues, caracteres nuevos fuera ardua empresa. Un avaro siempre apagará de dos luces una: un usurero siempre será cruel: un enamorado siempre será sublime en la tragedia, ridículo en la comedia; pero las preocupaciones sociales varían, porque siguen la marcha de los siglos, y cada siglo tiene sus preocupaciones, como cada hombre su cara, según ya creemos haber dicho en otra ocasión. Un supersticioso, un fanático por religión podía ser un carácter cómico hace un siglo: en el día apenas hay público que encierre modelos suficientes para encontrar el efecto. *Tanto vales cuanto tienes* no debía ser una comedia de carácter: lo era de costumbres. Ahora bien, en el siglo XIX, siglo harto matemático y positivo, siglo del vapor; siglo en que los caminos de hierro pesan sobre la imaginación, como un apagador sobre una luz, en que Anacreonte, con su barba bañada de perfumes, Petrarca con sus eternos suspiros, y aun Melendez con todas sus palomas, harían un triste papel, al lado, no de un Rotschild, ó un Aguado, pero aun de un mediano mecánico que supiese añadir un resorte á cien resortes anteriores; en un siglo en que se avergüenza uno de no haber inventado algun utensilio de hierro, en que no se puede hacer alarde de una pasión caballeresca, ó de una vida poética y contemplativa, sin ser señalado como un ser de otra especie por cien dedos especuladores; en un siglo para el cual el amor es un negocio, como otro cualquiera, de conveniencia y acomodo; en un siglo en que no se puede amar sin hacer reír; en que la ciencia está reducida á periódicos, la guerra á protocolos, el valor á disciplina, el talento á manufacturas, la literatura á declamaciones políticas, el teatro á decoraciones y *fioriture*, no se nos diga que no hay argumentos nuevos para comedias. Moliere no podía haber agotado estos asuntos. Un filarmónico ocupado todo el día en casar armonías y en combinar puntos; un diplomático redactando notas ambiguas; un periodista haciendo párrafos y colocando frases; un mecánico moviendo ruedas, son seres tan ridículos por lo menos como un poeta apareando consonantes que tiren de

una idea, cual un juego de caballos de un carruaje. En este siglo, pues, *Tanto vales cuanto tienes* prometia una inmensa originalidad. Que el hombre es interesado, ciertamente ya estaba dicho: añadir que cuando tiene dinero todos le hacen buena cara, y cuando es pobre todos le llaman pícaro, era verdad sabida en tiempo de Homero, porque está grabada en el corazón del hombre, animal perfecto, por otra parte; es verdad, en una palabra, que tiene olvidada todo rico, y que todo pobre tiene presente. Pero manifestar lo ridículo de un ser racional y poético, como el hombre; de un ser espiritual, que se empeña en despojarse á sí mismo de su imaginación para limitar el círculo de sus gozes; que se vuelve máquina él mismo á fuerza de hacer máquinas, y que no sabe dejar de creer en una divinidad, en un cielo, en una vida de gloria y de idealismo, sino para creer en lo que toca; de un ser siempre estremado que no puede abarcar en uno la imaginación y la habilidad; que ha de ser todo fanático en el siglo XIV, ó todo despreocupado, árido y desnudo en el siglo XIX; de unos hombres que, como los israelitas, no saben dejar de creer en un Dios, de que son hechura, sino para creer en un becerro de oro, hechura suya; eso es lo que no está dicho, ni está hecho; eso es lo que nos atrevimos á esperar de *Tanto vales cuanto tienes*; y eso, en fin, lo que queda por hacer, si es que hay un ingenio que se salve de la irrupción de las artes y del martilleo de las fábricas.

Si el señor Saavedra habia asido una idea tan feliz, si queria hacer una comedia enteramente original, que á nada anterior se pareciese, ¿porqué no lo ha hecho, teniendo sobre todo un talento distinguido para llevarlo á cabo?

Dirásenos ahora que hay cierta injusticia en juzgar á un autor, no por lo que ha hecho, sino por lo que uno cree que debia haber hecho. Esto es verdad hasta cierto punto.

El célebre ideólogo Destut-Tracy remitió en una ocasión á un príncipe aleman una obra suya consultándole sobre su desempeño. Respondióle el príncipe con un largo cartapacio, en que á fuer de decirle lo que él hubiera dicho en tales y tales casos, y lo que en tales y tales otros hubiera dejado de decir, desbaratabale la obra, no perdonando en ella cosa que Destut-Tracy hubiese imaginado.—Decid al príncipe, respondió Destut-Tracy al que traía el mensaje, que en ese caso no hubiera hecho yo mi obra, sino la suya.

Esto podría respondernos el señor Saavedra: juzguemos, pues, su obra tal cual es suya, y no tal cual nosotros la hemos imaginado, quién sabe si equivocadamente.

Doña Rufina, viuda de un marqués, que solo le dejó al morir una hija de ella de nupcias anteriores y su vanidad, vive en Sevilla míseramente. Tiene un hermano, cuya cualidad principal es un uniforme de comisario ordenador, y un primo militar, jugador y petardista. En Indias existe un hermano suyo, riquísimo, merced á cuyos envíos pecuniarios suele reponer de cuando en cuando el mal estado de sus intereses. La hija es obsequiada por el hijo de un mercader rico. Al principiar la comedia se recibe una carta en que el indiano avisa como debe llegar en breve, y que piensa repartir con sus hermanos sus cuantiosos caudales. Con este motivo doña Rufina despide afrentosamente al novio de la niña, cuyo origen plebeyo no conviene ya á su futura posicion social, y la familia toda sobre la promesa de la carta, se arroja en brazos del usurero D. Simon, que al ciento por ciento les presta un poco de dinero. De allí á poco llega el indiano D. Blas, y encuentra á la familia ocupada en preparar su recibimiento. Prodígansese las finezas y los mas escrupulosos obsequios; pero don Blas parece haberse arruinado, gracias á ciertos piratas berberiscos: esta peripecia fatal atrae sobre la casa los insultos del usurero, y sobre el adulado indiano la execracion y los ultrajes, rota ya la máscara del interés. Solo la niña procede generosa con el desgraciado. Sin embargo, D. Blas tenia asegurados sus caudales, y precisamente uno de los comerciantes de Cádiz, á quien arruina el reintegro de los bienes robados por los piratas, es el padre del amante de la hija de doña Rufina. Este viene á zanjar cuentas; al conocerse en la casa la fortuna renaciente, quieren comenzar de nuevo las adulaciones, pero ya es tarde. D. Blas indignado rompe con su hermana, con el comisario y con el primo militar, dota á la niña virtuosa, casándola con su amante, y da fin la comedia.

Si bien es cierto el principio sobre que gira esta composicion dramática, tambien es evidente que la educacion hace disimular en la sociedad, generalmente, el interés que á todos domina mas ó menos, y que esas transiciones que por cambios de fortuna se advierten en el trato, pocas veces son tan bruscas, que puedan, sin faltar á la verosimilitud, encerrarse en una comedia arregla-

da á las unidades. Por esto era necesario que el autor escogiese una familia de mala educacion: doña Rufina, muger sumamente ordinaria, no puede ocultar sus sentimientos: esta ordinariez, mirada de esta manera, no solo es muy disculpable, sino que viene á ser un mérito. El nudo es ingenioso; no necesita don Blas fingir su ruina, supuesto que es verdadera la noticia de su robo; y que es muy verosímil que ignorase la familia que estaban sus bienes asegurados. Este es el mérito principal de la comedia, pues produce un desenlace natural: igualmente ingenioso es el haber hecho al amante de la hija víctima del reintegro del indiano. El carácter del usurero está bien pintado; pero siendo episódico, ni merece tanta importancia como se le da, ni habria inconveniente para la comedia en reducir la escena larguísima en que hace el principal papel. Alguna languidez hemos creido notar en toda la comedia, que pudiera descargarse ventajosísimamente. No es natural que la niña, que tan generosamente se portó con su tio, sea menos generosa con su madre, y la vea salir de la casa del modo que la arroja su hermano, sin interceder por ella eficazmente. El argumento tiene el inconveniente de preverse su fin desde el principio; pero esto es mas culpa del asunto que del autor. Para dar fin á nuestras observaciones, quisiéramos que el poeta eliminase algunas frases demasiado mal sonantes en el teatro, aun suponiéndolas naturales en boca de doña Rufina: y hubiéramos deseado que, aun dominados por el interés, sus interlocutores fuesen menos despreciables. Las debilidades humanas interesan; pero seres friamente malos, corrompidos y sin ninguna especie de sentimiento ni moralidad, solo pueden producir tedio ú horror.

El lenguaje es castizo y puro: la versificacion generalmente buena, y aun tiene trozos de mucho mérito: hay gracias en el diálogo, que es bastante animado, y pinceladas verdaderamente cómicas en diversas ocasiones: citarémos en este género con placer el contraste que presenta la llegada del indiano, solo, y mal vestido, con los halagos de su hambrienta familia.

CARTA DE FÍGARO

Á UN BACHILLER SU CORRESPONSAL.

—

Yo no sé si se acordarán todos los suscritores de nuestro decano periódico, de aquel Fígaro condenado á provocar su sonrisa eternamente, tenga él ó no humor de divertirse á sí ó á los demás. Pero si puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado mas de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir de medicinas á Madrid; al menos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos, durante tan largo silencio. Este ha sido un aficionado á nuestro papel, encerrado, segun nos dice, en uno de los mas recónditos rincones de esta monarquía, á trozos regenerada, á trozos oprimida todavía por el oscurantismo, alimaña tan de moda de algun tiempo á esta parte en periódicos y alocuciones. Firmase el *bachiller*, y dirige al señor Fígaro exclusivamente su carta, reducida á un sin fin de preguntas acerca de las circunstancias; á las cuales contestaríamos privadamente, á no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha á que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar á sus manos la respuesta, y siendo por otra parte demasiado atentos para dejar á nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que á todo el mundo oyen y á ninguno contestan, nos decidimos á insertar en nuestro gaceta estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal, se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga á contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalan,

cuyo caso contarémos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta, cantidad que, si bien no era para pérdida, debia considerarse como tal por la dificultad de hacer la remesa á tanta distancia ó de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en vista de esto el aprovechado clérigo catalan. «Muy señor mio: con respecto á la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de esta á buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de Vd. su afectísimo capellan el cura de ..»

Ahora bien; hé aquí nuestra contestacion al incógnito correspondal. Mucho me huelgo, señor bachiller de ese pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobre manera la falta que nota de escritos míos en la *Revista*; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos en primer lugar no han de ser artículos de decreto que se fragüen á un dos por tres y á salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego ó de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca ó mucha reputacion que perder. Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si á esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar á que lo tome primero el gobierno con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de mas prisa y trascendencia.

Además, aunque los partes oficiales, y los relatos de las sesiones, en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan por consiguiente las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced á esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la Milicia urbana, ó tomando providencias contra algun motin.

Por lo demás, aquí, segun usanza antigua, todo va como

Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina á pasos agigantados hácia el fin para que aquel Señor la crió: que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores Próceres, que es manto azul rastrero, según las venerandas leyes del siglo XIV, esceptado el terciopelo, que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos según las necesidades del día; verdad igualmente aplicable al calzon de casimir, media de seda, hebilla y tahalí; de que nada dicen Pedro Lopez de Ayala, ni Zurita, ni el Centon; pero que constituyen, con la gola altibaja y demás, este nuevo anticomoderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro, y su enaguilla de glace. Dicen que cuesta mucho; pero mas ha costado llegar á ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas, podrá formar una idea aproximada, y por ende verá que es bonito; y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales del procerazgo, ha de ser curioso al ver á esos señores, vestidos y hablando, todo á un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced como todas las vísperas de alboroto, que según parece va á ser el pan nuestro de cada día, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el orden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos á la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aquí no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aquí nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino una enfermedad reinante y sospechosa; tanto que esas malditas sospechas han llevado á muchos al cementerio, en fuerza sin duda de lo cavilosos. Pero si dicen á vuesa merced que mueren tantas y cuantas gentes al día, no lo crea: al día no muere nadie, porque si así fuese habria parte sanitario, si es que no le dan por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia, si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, y así que, nadie lo sabe.

Tres cosas sin embargo van mejor todos los días sin que se eche de ver, la libertad, la salud y la guerra de Vizcaya. ¡ Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de D. Carlos? Por acá todos convenimos en que está en Londres, Francia y en Elizondo á un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir á Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles, y de métodos curativos. Volviendo á D. Carlos, dicen que el gobierno sabe de fijo donde pára; pero, vaya usted á preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limon, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos á pedir de boca, basura en las calles á todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah! se me olvidaba: el discurso de la corona ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestacion; á lo menos hasta ahora nadie se la ha dado. Se asegura sin embargo que la están pensando á toda prisa.

Díceme que viene vuesa merced á Madrid. Si está pronto á presentar sus cuentas á Dios, venga cuanto antes. Si viene á pretender ó ha tenido empleo y ha sido emigrado en tiempo de la Constitucion, no hay para qué. Si es carlista, puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas y muchos encontrará en buenos destinos, que le favorezcan; preguntaráme tal vez sino los quitan; ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene á oír las discusiones estamentales, en buen hora, por lo que respecta al estamento de Procuradores; pues en el de Próceres han encaramado al público en un camaranchon estrecho y *cortilargucho*, segun dice la *Pata de Cabra*, como si no quisieran ser oídos. Se está allí tan mal como en el teatro de la Cruz ó en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un ángulo del techo á los taquígrafos, de tal suerte que parecen telas de araña.

Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo á que contestar; si así fuese, en otra carta irá, pues á la hora que es, ando de prisa por tener que formar una lista de los señores procuradores que no han llegado

aun , y otra de los cordones sanitarios inútiles que hay en España , que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues , rogando , señor bachiller , que los facciosos de las gavillas que hace un año se están destruyendo todos los dias completamente , no intercepten por esas *veredas* esta carta , y que la administracion de correos, tan bien montada en este país, no la incomunique para diligencias propias ó no se la mande por América , así como recibimos , por qué sé yo donde , la correspondencia de Francia , merced á las victorias no interrumpidas que nos tienen espedita la carretera principal.

De vuesa merced , señor bachiller , atento servidor.

P. D. No se le importe á vuesa merced un bledo de las venidas de don Carlos á este país, pues que la cuádruple alianza está contratada para su conduccion fuera de la península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el testo y verá como nada hay tratado; además de que mal pudiera la cuádruple alianza sacarle de la península, si él no viviera.

SEGUNDA Y ÚLTIMA CARTA DE FÍGARO

AL BACHILLER SU CORRESPONSAL DESCONOCIDO.

—

¿Querrá creer vuesa merced, señor bachiller, que han encontrado malicia en la primera carta que le escribí, y cuya publicidad de ninguna manera he podido evitar en esta corte? De todo tiene la culpa el empeño que manifiesta de no tener nombre conocido, ni domicilio sabido, precisamente en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres. ¿No repara vuesa merced como una cosa se llama *regeneracion*, otra *reformas*, otra *estamentos*; aquella de mas allá *libertad*, esotra *representacion nacional*? qué mas? Cosa hay que se llama *seguridad individual*, y *ley*, y...

¿Qué le costaba á vuesa merced ponerse un nombre, y mas que vuesa merced no sea nada en sustancia tampoco? Así evitaríamos el que se anduviese todo el mundo leyendo lo que le escribo, y murmurando de ello de corrillo en corrillo, ni mas ni menos que si yo dijera todo lo que hay que decir, ó todo cuanto en el caso me ocurre.

Pero en esta carta, que será la última, yo le juro á vuesa merced por la racional libertad de que gozamos (es todo un juramento), que quiero que me hagan ministro, si me consiento á mí mismo la mas leve chanza sobre cosa de gobierno, ó que por lo menos lo parezca. No sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohibame el escribir mas á mis amigos, que será arrancarme el alma, solo porque él reciba sueldo del gobierno é instrucciones, y yo del gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro; y préndanme bonitamente, y quédense con el *porqué* por allá y .. No señor: si vuesa merced quiere divertirse con mis cartas dígame quién es, y le escribiré en sesion secreta; todo lo mas que puede suceder es que abran la carta; pero entonces ya, señor bachiller, que la prohiban. Esta, pues, sobre ser la última, no encerrará reflexion ni broma alguna, tanto por las razones dichas, cuanto porque Dios sabe, y si no, lo sé yo, que no tengo

para gracias el humor: en punto sobre todo á gobierno, haré la del loco con el podenco. «Quita allá, que es gobierno.» Hechos no mas en adelante; y si á los hechos lisa y llanamente contados les encuentran malicia, no estará en mí, sino en los hechos ó en el que los leyere; entonces malicia encontrarian hasta en una fusion cordial del Estamento y del ministerio.

Corren voces de que un ministro va á hacer dimision; pero no lo crea vuesa merced: esas son bromas: lo mismo estan diciendo hace dos meses de otro, y pasa un dia, y pasa otro dia, y en resumidas cuentas no pasan dias por él.

En el estamento de Próceres ya sabrá vuesa merced que la contestacion al discurso del trono fué cosa muy bien escrita; fué un modelo de lenguaje y de elegancia castellana; es uno de los trozos mas correctos que posee la lengua.

De la de Procuradores nada tengo que contar á vuesa merced, sino es que en este momento no es oportuno que use el hombre el don de la palabra con que le distinguió su divina Majestad de los demás animales. Lo que urge por ahora es que cada uno calle lo que sepa, si es que no lo quiere decir en un tomo voluminoso, que entonces, como nadie lo ha de leer, debe el hombre ser libre; pero decirlo todas las mañanas en un periódico, eso no. El don de la palabra es como todas las cosas; repetido diariamente cansa.

Los jurados no son para este momento: no hay cosa peor que jurar, y si es en vano peor que peor. En eso va de acuerdo el partido ministerial con el padre Ripalda. Se ha convenido por ahora en que los españoles somos muy brutos para decir lo que pensamos; y mas para que nos juzguen en regla.

Sabrá vuesa merced como se ha determinado que la legislación nuestra no es absurda.

¿Querrá vuesa merced creer que se ha lucido la Cataluña? Los señores Procuradores por aquella provincia se han plantado con 29. Llegaban á Martorell el 28, habiendo salido de Barcelona el 22, que es caminar; al llegar allí supieron lo del cólera, por mas que aquí no se lo contamos á nadie, y oficiaron diciendo que eso no era regular: efectivamente, es mas fácil que vaya la nacion toda á Martorell, que no que venga todo Martorell á la nacion. ¡El uno, figúrese vuesa merced, que ya iba de aquí escamado de lo de Ballecas! Eso de representar ha de ser donde á uno le coja, porque andarse de ceca en meca para dar representaciones na-

cionales, eso fuera ser procurador de la legua. Si la patria tiene urgencia que se la pase; mas vale un mal procurador de Cataluña que cuatro buenas patrias. Un procurador catalan, á imitacion de García del Castañar, no dará por todas las grandezas de la corte ni un dedo de Martorell.

Ya sabe vuesa merced como estaban presos dos individuos sobre lo de aquella grandísima conspiracion que dicen que ha habido; como no les han encontrado delito, los han desterrado, uno á Badajoz, y otro á Zaragoza; parece que han representado, pero sus representaciones son como las de Cataluña, que nadie las oye.

Segun los estados sanitarios que ahora nos da la *Gaceta Médica*, resulta que sin haber habido cólera en Madrid, como ya dije á vuesa merced, han muerto de él unas 4000 personas y pico, sin que se pueda saber cuál es el pico. Por ahí verá vuesa merced si la enfermedad es traidora.

Ha de saber vuesa merced que en Madrid son los cordones sanitarios y las medidas de aislamiento la cosa mas mala del mundo: por eso no se han usado. Pero á catorce leguas de Madrid no hay cosa mejor. Así es que en Segovia se separa al enfermo de su familia: se lleva á ésta á una barraca, se tapián las casas y las calles, se queman las ropas, ¡qué sé yo! ¡Hay enfermedad mas rara y mas variable! Parece un periódico ¡Aquí epidémica! ¡Allá contagiosa! ¡Válgame Dios!

¡Mire vuesa merced el telegrafito y el consulito de Bayona y las cartas de Londres! Ahora salimos con que es don Carlos el que está en Navarra. Créase vuesa merced despues de cónsules, y de telégrafos, y de cartas de Londres.

¡Ah! ¿Sabe vuesa merced quién es ministerial?... *La Abeja*. Aquella Abeja... En una palabra, la Abeja.

¿Sabe vuesa merced quién es el periódico de la oposicion? *La Revista*. Ello nos cuesta un ojo de la cara. El gobierno, de resultas, ha recogido cuantas suscripciones y auxilios prestaba; hasta ha habido persona que ha devuelto su ejemplar particular sin leerle, que ha sido lástima. Desde entonces parece que ha tenido mano de santo, porque la suscripcion sube que es un contento. ¡Cómo ha de ser! Ya sabe vuesa merced que somos buenos cristianos. Así es que lo llevamos con bastante resignacion.

Perdone vuesa merced, porque he oido llamar á mi puerta. Acaso vengán á prenderme ó á llevarme á Zaragoza. Así como

así no debo de estar muy cuerdo. Por lo tanto, señor bachiller, felicidades, y póngase un nombre. Cuando la misma *Revista* se ha puesto el suyo, bien podrá conocer que no es tiempo ya de andarse con anónimos y secretitos.

P. D. ¿Ha leído vuesa merced el *Pobrecito hablador*? Yo le publicaba en tiempo de Calomarde y de Zea: ahora, como ya tenemos libertad racional, probablemente no se podría publicar.

MODAS.

Deseamos con impaciencia que la absoluta desaparicion del cólera vuelva á traer al seno de esta capital las elegantes que el miedo nos ha robado, y que la animacion de una época mas feliz haga renacer la apagada coquetería de las bellas que permanecen todavía casi aisladas en medio de esta gran poblacion. Vacíos casi los teatros, desiertos los paseos, suspendidas las sociedades, ¿adónde iríamos á buscar la moda?—Solo podemos hacer algunas indicaciones generales acerca de los caprichos, mas ó menos fundados, de esa diosa del mundo, que así avasalla los trages y peinados como los gustos y opiniones.—Es de moda, por ejemplo, en la ópera la señora Campos; así es que apenas hay noche que no se la aplauda. No es menos de moda el sorbete de arroz, ni menos insípido tampoco.—Está decididamente en boga reirse todos los dias de los gestos espantables del señor Género, quejarse del gobierno, y asombrarse de la inaccion de los Estamentos. Estas tres modas durarán probablemente mas que el talle largo.

Hacen furor los oficios de próceres y procuradores imposibilitados: es por cierto cosa furibunda. Al cabo de algun tiempo sucederá con estas imposibilidades de asistir, lo que sucedia el invierno pasado con los capotes forrados de encarnado, que no habia barbero sin capote: á este paso dentro de poco no habrá representante sin imposibilidad. Es de esperar, sin embargo, que esta moda de poco gusto y de menos patria se proscriba, como se proscribió para siempre el escote exagerado de las mugeres, al cual se parece demasiado en presentar desnudas cosas que deben siempre estar tapadas.—Empiezan á estilarse mucho los artículos de oposicion: se asegura que hacen bien á todos los cuerpos. Algunos se ven, sin embargo, que hacen tan mala cara al Estamento, como los ferronieres de metal á las señoras, que las desfiguran todas y hacen traicion á su hermosura; en este caso estan los de hechura llamada á lo sesion secreta. Lo mas raro es, que, segun parece, esos artículos salen fabricados del mismo Estamento, no porque sea la mejor fábrica, sino por estar allí

las primeras materias y la mano de obra. Esa moda no nos gusta: se semeja un tanto cuanto á la falda corta en no ser la mas decorosa.

Los artículos ministeriales, que algunos pseudo-elegantes quieren introducir, no se acreditan. Son como peines altos, que solo sirven para que se vea venir desde léjos á quien los usa, y para dar una elevacion ridícula á la persona. Hay, sin embargo, un regular surtido al uso de los pretendientes, en la fábrica-colmena de la Abeja, imprenta de don Tomás Jordan. Aunque es moda nueva, se venden baratos, sin duda porque la gente de gusto no los gasta. Es moda anti-nacional como los sombreros de señora: así es, que por mas flores que se les pongan, no se saben llevar, con paciencia, se entiende. Estas dos modas últimas, exageradas, como algunos las llevan, no nos parecen del caso; los ministeriales no hacen buena figura, y los de oposicion pueden llegar á hacerla mucho peor. Con cierta medida todo es bueno.

Se siguen estilando las sesiones cortas, muy cortas, como si dijéramos, á media pierna: en esto se dan la mano con los vestidos de maja: así es que se suelen dejar lo mejor en descubierto.

En punto á calzado, solo podemos decir que lo mas comun es andarse con pies de plomo. — Con respecto á talle, la gran moda es estar muy oprimido, tan estrecho que apenas se pueda respirar: por ahora á lo menos este es el uso; podrá pasar pronto, si no nos ahogamos antes. — En punto á muebles, los hay nuevos todos los dias; pero allá se van con los antiguos. Por lo que hace á adornos de mesa, sabido es que en España no somos fuertes; bien que falta lo principal, que es qué comer.

De colores, en fin, estamos poco mas ó menos como estábamos; si bien el blanco y negro son los fundamentales, aquel mas caido, éste mas subido, lo mas comun especialmente en personas de calidad, son los colores indecisos, tornasolados, participes de negro y blanco, como gris ó entre dos luces; en una palabra, colores que apenas son colores; es de esperar que pronto se habrán de admitir, sin embargo, de grado ó por fuerza, colores mas fuertes y decididos, puros y sin mezcla alguna. En el ínterin chocan tanto estos últimos, que hay personas nerviosas, que, solo al considerar que habrá que entrar en ellos, padecen y ofician, y guardan la cama.

LA GRAN VERDAD DESCUBIERTA.

—

Dirán que los grandes trastornos políticos no sirven para nada. ¡Mentira! ¡atroz mentira! Del choque de las cosas y de las opiniones nace la verdad. De dos dias de discusion nace un principio nuevo y luminoso. ¿Saben ustedes lo que se ha descubierto en España, en Madrid, ahora, hace poco, hace dos dias no mas? Se ha descubierto, se ha decidido, se ha determinado que, *la ley protege y asegura la libertad individual*. Cosa recóndita, de nadie sabida, ni nunca sospechada. Han sido precisos todos los sucesos de la Granja, la caida de tres ministerios, una amnistía, la vuelta de todos los emigrados, la rebelion de un mal aconsejado príncipe, una cuádruple alianza, una guerra en Vizcaya, una jura, una proclamacion, un Estatuto, unas leyes fundamentales resucitadas en trage de Próceres, una representacion nacional, dos Estamentos, dos discusiones, una correccion ministerial, un empate y la reserva de un voto importante, que no hacia falta, para sacar del fondo del arca política la gran verdad de que la ley protege y asegura la libertad individual. Pero ahora ya lo sabemos. *Girolamo, lo sappiamo*, responderá alguno. *Sappete uf!!!!* Ahora es, y no antes, cuando verdaderamente lo sabemos, y ya nunca se nos olvidará.

¡Que nos quiten esa ventaja! A un dos por tres descubrió Copérnico que la tierra es la que gira; en un abrir y cerrar de ojos descubrió Gassendi la gravedad de los cuerpos: Newton halló su prisma en un mal vidrio: Linneo encontró los sexos de las plantas entre rama y rama. Pero han sido necesarios siglos de opresion y una correccion ministerial para descubrir que la ley protege y asegura algo. Hé aquí la diferencia que hay de las verdades físicas á las verdades políticas: aquellas suelen encontrarse detrás de una mata: estas están siglos enteros agazapadas detrás de una correccion ministerial. Ábrase la discusion, discútase el punto, pronúnciese la modificacion ministerial, *et voilà la verité*, que salta como un chorro, y salpica á los circunstantes. ¡Uff!!!! «*La ley*

protege y asegura la libertad individual.» Luego que esto esté escrito y sancionado, ya quisiera yo saber quién es el que no anda derecho. ¿Qué ladrón vuelve á robar, qué asesino mata, qué faccion vuelve á levantar cabeza, y qué carlista, en fin, no se apea de su destino? La discusion, la discusion; hé aquí el secreto. *La ley protege*, es decir, que la ley no es cosa mala, como se habia creido hasta ahora; la ley por último, hé aquí la gran verdad escondida. Loor á la revolucion, loor á las discusiones largas y peliagudas, loor á las correcciones ministeriales, y loor en fin para siempre, y mas loor á la gran verdad descubierta.

EL MINISTERIAL.

¿Qué mé importa á mí que Locke esprima su esquisito ingenio para defender que no hay ideas innatas, ni que sea la divisa de su escuela: *Nihil est in intellectu quod priùs non fuerit in sensu?* Nada. Locke pudiera muy bien ser un visionario, y en ese caso ni sería el primero, ni el último. En efecto, no debia andar Locke muy derecho: ¡figúrese el lector que siempre ha sido autor prohibido en nuestra patria!... Y no se me diga que ha sido mal mirado, como cosa revolucionaria, porque, sea dicho entre nosotros, ni fué nunca Locke emigrado, ni tuvo parte en la Constitucion del año 12, ni empleo el año 20, ni fué nunca periodista, ni tampoco urbano. Ni menos fué perseguido por liberal; porque en sus tiempos no se sabia lo que era haber en España ministros liberales. Sin embargo, por mas que él no escribiese de ideas para España, en lo cual anduvo acertado, y por mas que se le hubiese dado un bledo de que todos los padres censores de la Merced y de la Vitoria condenasen al fuego sus peregrinos silogismos, bien empleado le estuvo. Yo quisiera ver al señor Locke en Madrid en el dia, y entonces veríamos si seguia sosteniendo, que porque un hombre sea ciego y sordo desde que nació, no ha de tener por eso ideas de cosa alguna que á esos sentidos ataña y pertenezca. Es cosa probada, que el que no ve ni oye claro á cierta edad, ni ha visto nunca, ni verá. Pues bien, hombres conozco yo en Madrid de cierta edad, y no uno ni dos, sino lo menos cinco, que así ven y oyen claro como yo vuelo. Hábleles Vd., sin embargo, de ideas; no solo las tienen, sino que ¡ojalá no las tuvieran! Y de que estas ideas son innatas, así me queda la menor duda, como pienso en ser nunca ministerial; porque si no nacen precisamente con el hombre, nacen con el empleo, y sabido se está que el hombre, en tanto es hombre, en cuanto tiene empleo.

Podria haber algo de confusion en lo que llevo dicho, porque los ideólogos mas famosos, los Condillac y Destut-Tracy hablan solo del hombre, de ese animal privilegiado de la creacion, y yo me ciño á hablar del ministerial, ese ser privilegiado de la gobernation. Saber ahora lo que vá de ministerial á hombre, es cues-

tion para mas despacio, sobre todo, cuando creo ser el primer naturalista que se ocupa de este ente, en ninguna zoología clasificado. Los antiguos por supuesto no le conocieron; así es que ninguno de sus autores le mienta para nada entre las curiosidades del mundo antiguo, ni se ha descubierto ninguno en las escavaciones de Herculano, ni Colon encontró uno solo entre todos los indios que descubrió; y entre los modernos, ni Buffon le echó de ver entre los racionales, ni Valmont de Vaumare le reconoce; ni entre las plantas le coloca Jussieu, Tournefort, ni de Candolle, ni entre los fósiles le clasifica Cuvier; ni el Baron de Humbolt, en sus largos viajes, hace la cita mas pequeña que pueda á su existencia referirse. Pues decir que no existe, sin embargo, seria negar la fé, y vive Dios que mejor quiero pasar que la fé y el ministerialismo sean cosas para renegadas que para negadas, por mas que pueda haber en el mundo mas de un ministerial completamente negado.

El ministerial podrá no ser hombre; pero se le parece mucho, por defuera sobre todo: la misma fachada, el exterior mismo. Por supuesto, no es planta, porque no se cria ni se coge; mas bien perteneceria al reino mineral, lo uno por que el ministerialismo tiene algo de mina, y lo otro porque se forma y crece por superposicion de capas: lo que son las diversas capas superpuestas en el reino mineral, son los empleos aglomerados en él: á fuerza de capas medra un mineral; á fuerza de empleos crece un ministerial, pero en rigor tampoco pertenece á este reino. Con respecto al reino animal, somos harto urbanos, sea dicho con terror suyo, para colocar al ministerial en él. En realidad, el ministerial mas tiene de artefacto que de otra cosa. No se cria sino que se hace, se confecciona. La primera materia, la masa, es un hombre. Coja Vd. un hombre (si es Vd. ministro, se entiende, porque sino no sale nada): sonríasele Vd. un rato, y le verá Vd. ir tomando forma, como el pintor ve salir del lienzo la figura con una sola pincelada. Déle Vd. un toque de esperanzas, derecho al corazon, un ligero barníz de nombramiento, y un color pronunciado de empleo, y lo ve Vd. irse doblando en la mano como una hoja sensitiva, encorvar la espalda, hacer atrás un pié, inclinar la frente, reir á todo lo que diga: y ya tiene Vd. hecho un ministerial. Por aquí se ve que la confeccion del ministerial tiene mucho de sublime, como lo entiende Longino. Dios dijo: *Fiat lux, et lux fac-*

ta fuit. Se sonrió un ministro y quedó hecho un ministerial. Dios hizo al hombre á su semejanza, por mas que diga Voltaire que fué al revés; así tambien un ministro hace un ministerial á imitacion suya. Una vez hecho, le sucede lo que al famoso escultor griego que se enamoró de su hechura, ó lo que al Supremo Hacedor, de quien dice la Biblia á cada creacion concluida: *Et vidit Deus quot erat bonum.* Hizo el ministro su ministerial, y viólo que era bueno.

Aquí entra el confesar que soy un sí es no es materialista, sino tanto que no pueda pasar entre las gentes del dia, lo bastante para haber muerto emparedado en la difunta, que murió de hecho ha catorce años, y que mató no ha mucho de derecho el ministerio de Gracia y Justicia, que fué matarla muerta. Dígolo, porque soy de los que opinan, en los ratos que estoy de opinar algo sobre algo, con muchos fisiólogos y con Gal, sobre todo, que el alma se adapta á la forma del cuerpo, y que la materia en forma de hombre da ideas y pasiones, así como da naranjas en forma de naranjo.—La materia, que en forma solo de procurador producía un discurso racional, unas ideas intérpretes de su provincia, se seca, se adultera en forma ministerial: y aquí entran las ideas innatas, esto es, las que nacen con el empleo, que son las que yo sostengo, mal que les pase á los ideólogos. Aquí es donde empieza el ministerial á participar de todos los reinos de la naturaleza. Es mona por una parte de suyo imitadora; vive de remedo. Mira al amo de hito en hito: ¿hace este un gesto? miradle reproducido como en un espejo en la fisonomía del ministerial. ¿Se levanta el amo? la mona al punto monta á caballo. ¿Se sienta el amo? abajo la mona.—Es papagayo por otra parte; palabra soltada por el que le enseña, palabra repetida. Sucédele así lo que á aquel loro de quien cuenta Joui, que habiendo escapado con vida de una batalla naval, á que se halló casualmente, quedó para toda su vida repitiendo lleno de terror el cañoneo que habia oido ¡pum! ¡pum! ¡pum! sin nunca salir de esto. El ministerial no sabe mas que este cañoneo. *La España no está madura.—No es oportuno.—Pido la palabra en contra.—No se crea que al tomar la palabra lo hago para impugnar la peticion, sino solo sí para hacer algunas observaciones etc. etc.* Y todo ¿porqué? Porque le suena siempre en los oidos el cañoneo del año 23. No vé mas que el Zurriago, no oye mas que á Angulema.

Es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones francamente: abeja en el chupar: réptil en el serpentear: mimbre en lo flexible: aire en el colarse: agua en seguir la corriente: espino en el agarrarse á todo: aguja imantada en girar siempre hácia su norte: girasol en mirar al que alumbra: muy buen cristiano en no votar: y seméjase, en fin, por lo mismo al camello en poder pasar largos dias de abstinencia; así es que en la votacion mas decidida álzase el ministerial y esclama: *Me abstengo*: pero, como aquel animal, sin perjuicio de desquitarse de la larga abstinencia á la primera ocasion.

El ministerial anda á paso de reforma; es decir, que mas parece que se columpia, sin moverse de un sitio, que no que anda.

Es por último el ministerial de suyo tímido y miedoso. Su coco es el urbano: no se sabe porqué le ha tomado miedo; pero que se le tiene es evidente: semejante á aquel loco célebre que veia siempre la mosca en sus narices, tiene de continuo entre ceja y ceja la anarquía: y así la anda buscando por todas partes, como busca Guzman en la Pata de Cabra las fantasmas por entre las rendijas de las sillas.—El ministerial, para concluir, es ser que dará chasco á cualquiera, ni mas ni menos que su amo. Todas las esperanzas anteriores, sus antecedentes todos se estrellan al llegar al sillón; á cuyo propósito quiero contar un cuento á mis lectores.

Era año de calamidad para un pueblo de Castilla, cuyo nombre callaré; reunióse el ayuntamiento, y decidió recurrir á otro pueblo inmediato, en el cual se veneraba el cuerpo de un santo muy milagroso, segun las mas acordes tradiciones, en peticion de la sagrada reliquia y de algunas semillas de granos para la nueva cosecha. Hízose el pedido, que fué al punto mismo otorgado. Al año siguiente pasaba el alcalde del pueblo sano por el afligido: es de advertir, que contra todas las esperanzas, si bien la cosecha era abundante, el cielo, que oculta siempre al hombre débil sus altos fines, no habia querido terminar la plaga, sin duda porqué al pueblo no le debia de convenir.—¿Cómo ha ido por ésta? le preguntaba el uno al otro alcalde.—Amigo, le respondió el preguntado, con espresion doliente y afligido, la semilla asombrosa... pero... no quisiera decírselo á Vd.—¡ Hombre! ¿qué?—Nada: la semilla, como digo, asombrosa, pero el santo salió flojillo.

Los ministeriales efectivamente, amigo lector, no quisiera decirlo, pero salieron tambien flojillos.

SEGUNDA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACÁ Á UN LIBERAL DE ALLÁ.

Sin duda será cosa que te asombre, querido Silva Carballo d'Alburquerque, recibir mi segunda carta antes que la primera. Ya se vé, acostumbrados ahí en Portugal á proceder lógicamente y empezar siempre por el principio, me tratarás de loco, si es que no me tratas de ministerial. Pero te has de hacer varios cargos. En primer lugar, no en todas partes hay las mismas costumbres. En España solemos empezar por lo último, dejándonos lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado, es pedir peras al olmo, ó, lo que es lo mismo, libertad á un ministerio; es buscar cotufas en al gollo; mas claro, por si no entiendes este refran, es buscar una sentencia de muerte en causa carlista.

Ni yo veo la necesidad de empezar siempre por el principio: sobre ser esto cosa que á cualquiera le ocurriría, y aquí no somos cualquiera, el empezar por lo último tiene la singular ventaja, que á tí no te habrá ocurrido, de aparecer las cosas acabadas desde luego. Las naciones se manejan como los sonetos; los cuales si han de ser buenos, no hay poeta mediano que no los empiece por el último verso. Agrega á esto que de hacer las cosas mal, resulta otro beneficio, cual es el de poderlas enmendar, y así lo que no vá en el libro va en la fé de erratas. A cuyo propósito viene de perilla el recordarte el cuento de nuestro don Bartolomé, acerca del mal pintor que queria blanquear, y luego pintar su casa, y á quien un inteligente aconsejaba que mejor le estaria para su gloria pintarla primero y despues blanquearla.—En segundo lugar has de saber que mi primera carta fué malamente interceptada: y no es decir que te la enviase yo por Vizcaya, lo cual hubiera sido grave error geográfico, sino por el conducto de este malhadado periódico, que perdone la censura. Pero es de

advertir, amigo, que un periódico es en el día en punto á interceptaciones una verdadera Vizcaya. Es mas fácil casi llevar un pliego al general en gefe, aun que no se sepa donde pára, que hacer llegar al público un mal artículo. Verdad es que, si hemos de hablar claro, es mas fácil saber donde está el público que donde está Rodil: ya ves que no te lo pondero poco. Cada periódico dice que lo tiene en su casa; pero en realidad el público es como la libertad, que todos dan en decir que la tenemos, y ninguno la vé.

Interceptada, pues, mi primera carta, ¿qué otro recurso me queda que escribirte la segunda? Si yo no fuera tan escrupuloso, bien pudiera llamar segunda á la primera; pero yo, amigo, como Boileau, *J' appelle un chat un chat et Rolet un fripon*.

Y así me dejáran, como llamaria otras muchas cosas por su nombre: que á creerme autorizado como el ministerio de lo Interior á mudar los nombres á las cosas, ya puedes imaginarte que no seria por mis cartas por donde empezaria.

Vamos á otra cosa; ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay país mas raro? ¿Como podeis vivir sin facciosos? ¿De qué hablais pues? ¿á quién perseguis? ¿de que llenais vuestra gaceta? ¿Vivís sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habia dicho que era Portugal, pero no tanto,

Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro don Pedro, muy dolorosa, mas por aficion que le tenia, que por creer que os fuese necesario. Sin ir mas léjos, aquí no hemos tenido don Pedro, y nos hemos pasado sin él: verdad es que tambien nos pasamos sin otras cosas. ¿Es posible que en Portugal nadie tiene miedo á los liberales? ¡Lo que va de un clima á otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierra de Tarento son ponzoñosas, y en paises mas frios no; por acá los liberales son tremendos; así es que les tenemos, no diré un miedo cervical, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo, ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial: los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aquí, y los que no necesitan comer para vivir. Los demás llevan siempre la anarquía en el bolsillo. En Portugal, por el contrario, los temibles eran los miguelistas; aquí no: aquí los carlistas son como si dijéramos de casa... pero baste en este punto.

Por las gacetas, dices, conoces que lo de Vizcaya va bien

yo lo creo: un señor procurador bien informado ha dicho no ha mucho en el Estamento que el año pasado tenia la faccion unos dos mil hombres, y que en el dia cuenta veinte mil; me parece, pues, que no puede ir mejor; la faccion parece deuda del Estado segun crece.

Preguntarásme de dineros: en eso sí que estamos bien: ya sabes, por la mucha filosofía que has estudiado, que no es mas rico aquel que tiene mas dinero, sino aquel que tiene menos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿que nacion mas rica que la nuestra? Aquí nadie desea mas de lo que tenemos: ¡mira tú si nos contentamos con poco! En realidad no falta casi nada, porque no falta mas que dinero; pero esto se compondrá, Dios y un empréstito mediantes.

Por las discusiones del Estamento te enterarias de como la España no está bastante civilizada, en una palabra, bastante madura para instituciones mas anchas. Pero si no está madura para eso, lo está en cambio para otras cosas. Para pagar lo que se ha comido y lo que no se ha comido; para reconocer sus deudas y las ajenas está en toda su sazón: se desgaja del árbol. En punto á deudas está al nivel de las naciones mas cultas. Efectivamente, si es señal de madurez en la fruta el estar caida, convengamos en que nuestra patria está mas que madura: está pasada.

Con respecto á caminos no hay otra novedad, si es que eso se puede llamar novedad, que el seguir los mas de ellos interceptados, incluso el de las reformas. A bien que siempre nos queda espedito el del cielo, que es el gran camino, y por el cual caminamos á pasos agigantados con toda la paciencia de buenos cristianos: los demás en realidad mas son veredas, que caminos.

A propósito de veredas, ya sabrás que han nombrado á Mina para la guerra de Vizcaya. Mina hará una carrera rápida con este gobierno. Un año ha tardado no mas en ser empleado. Otro año mas, y sabe Dios adónde llegará.

El Estamento de Próceres tuvo antes de ayer una sesión: es probable que tenga otras.—Sabrás como ya se emplean por todas partes los hombres de talento. No se dá un solo destino que no sea al mérito.

La Milicia Urbana ya se ha reunido, no solo una vez, sino que creo que ha sido hasta dos. Se dice que si dará ó no dará un poquito de servicio las tardes de los dias de fiesta en el tea-

tro. Con esto ya verás que paso lleva Zumalacarregui.

El cólera sigue haciendo en algunas provincias mas estragos que un reglamento de censura.

Mucho me alegro de que en Portugal seais tan libres y tan felices. Aquí es enteramente lo mismo.

Hasta otra, querido Silva. = *El liberal de acá.*

PRIMERA CONTESTACION

DE UN LIBERAL DE ALLÁ Á UN LIBERAL DE ACÁ.

Dices, querido liberal castecao, que me asombrará el recibir tu segunda carta antes que la primera. Te equivocaste, amigo, como es estrella vuestra en todas ocasiones: á mí en hablándoseme de ese país no me asombra nada. Hubiérame antes parecido cosa rara haber recibido tus cartas por su orden. Ya por acá sabemos que en punto á *cartas* no jugais muy limpio.

Pero en fin, he recibido la segunda: á propósito de lo cual te diré que vengan ellas, y vengan cómo y cuando puedan, que yo luego las ordenaré, como Dios me diere á entender. á semejanza de aquel que no sabiendo mas de ortografía que muchos gobernantes de gobierno, enviaba juntos en la posdata gran número de comas y signos de puntuacion, añadiendo á su corresposal: *por lo que hace á los puntos y las comas*, ahí van todos juntos para que Vd se entretenga en ponerlos en su lugar, que yo ando de prisa.

Nótase en toda tu carta cierto mal sabor de ironía, capaz de dar vahídos al mas duro de cabeza, si se les diese á ciertas cabezas duras algo de algo. Por el rey don Sebastian te juro que no entiendo por qué os quejais tanto los liberales castecaos, ¿Teneis vosotros vencedores y vencidos? Claro está que no; porque aunque los facciosos en algunas partes hasta ahora han podido mas, se les debia contar lo que de dos que habian reñido decia un chusco, al preguntarle quién de los dos habia podido mas.— *Claro está*, respondió, *que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima.*

Ellos han podido mas, porque en realidad siempre os tienen encima.

Insisto por otra parte en que no hay vencedores ni vencidos,

como dice vuestro ministerio ; para convencerse de lo cual basta echar una ojeada á los puestos respectivos que ocupaban el año 32 Calomarde y los suyos , y á los que ocupan en el dia sus sucesores : esas mudanzas no han sido haber vencedor ni vencido , sino finura de Calomarde , que ha renunciado generosamente su sillón á los que mandan en el dia.

Convengamos en que es un gran consuelo para uno que lo pasa mal , decirle al oído : lo pasa V. mal , pero hágase Vd. cargo de que no hay vencedores ni vencidos. En no habiendo vencedores ni vencidos , que te roben al volver de una esquina , que te salga una lupia en medio de la frente , ó una joroba en medio de las espaldas , nada te debe importar : porqué sin esos vencedores y vencidos no hay felicidad posible en la tierra , como lo hallarás escrito en todos los filósofos. Ahora con vencedores y vencidos marchas por tu camino como un coche con sus ruedas. Despachaos , pues , los liberales castejaos á vencer á alguien , y si los carlistas no se dejan vencer , venceos por el pronto á vosotros mismos , que ese será el vencimiento que esos señores querrán dar á entender como necesario para que todo entre en caja , sobre ser esa clase de victoria la mas agradable á los ojos de Dios.

Y aunque no tuvierais en cada desgracia que os sucede el gran consuelo de reflexionar que no hay vencedores ni vencidos , no veo yo la causa de tanta afliccion. Que está el pretendiente en Vizcaya... y bien : ¿ y qué es el pretendiente ? Segun una feliz expresion de un diputado francés , traducida y arreglada para vosotros por un amigo tuyo y mio , nada : un faccioso mas.

Que se na aumentado la faccion ; que tenía dos mil hombres el año pasado , y que este tiene veinte mil , como me dices en tu segunda carta. Pero ¿ qué es eso , amigo mio ? Bien contado , nada : diez y ocho mil facciosos mas.

Que os dió gran dolor lo de Carondelet : ¡ ó almas apocadas ! ¿ Y qué es eso bien mirado ? Nada : una sorpresa mas.

¡ Ay amigo , las cosas son como se quieren ver ! Filosofemos un momento. Quiero suponer que volviéramos al año 32 , que es todo lo peor que os podria suceder. ¿ Y bien ? á los ojos de la poesía ¿ qué seria esto ? Nada : diez años mas de despotismo : y que te ahorcasen á tí , por ejemplo. ¿ Y qué sería esto comparado con la inmensidad del universo ? Nada : un ahorcado mas en el mundo.

Que no teneis dinero... ¿qué es eso? Nada; una miseria mas. Que no teniendo un cuarto, habeis reconocido todo lo anterior. ¿Y qué es eso? Nada: una deuda mas. Que teneis que recurrir á un empréstito. ¿Y qué es eso? ¡ó ánimas mezquinas! Nada: un empréstito mas. Que hay cólera, en fin, en varias provincias... ¿Y qué es eso últimamente? Una calamidad mas.

Ya vés que tomadas las cosas de esa manera, maldito si hay por qué afligirse. A propósito de afligirse, ¿qué hay del ministerio del Interior? Despues de haber mudado los nombres á las cosas, supongo que habrá hecho mil otras reformas de primera importancia. Escríbeme largo en ese punto, si hay de qué.

¿Cómo va de Milicia Urbana? Ya inspirará confianza á todo el mundo; ya estará toda organizada y armada; dóilo por supuesto.

Háceme reir por último en tu carta lo que del miedo que á los liberales se tiene por ahí, me dices. En cuanto á eso, y en cuanto á los muchos que han andado de cárcel en cárcel, y de destierro en destierro por conspiradores, así como á los que andan sin colocacion todavía por anarquistas, concluiré esta mi misiva con recordarte el lema que un escribano ladino encontró en un pesado mamotreto, revolviendo el archivo de la chancillería de Valladolid. Decia así: «*Causa formada á las monjas del convento de Santa Clara de esta ciudad, por volar, y otros escesos.*»

Así me parece á mí que son los escesos de esos pobres liberales de Castilla, como los vuelos de las madres: con lo cual quedo á tus órdenes, esperando noticias de esa nacion privilegiada, la cual se me figura que andando siglos podrá llegar algun dia á remontarse á la altura de Portugal.

Ou senhor don Sebastian Carvalho d' Alburquerque.

LA CUESTION TRANSPARENTE.

No ha dos dias que un señor orador apellidó en el Estamento de procuradores á la cuestion de los empleos cuestion transparente, porque detrás de ella, por mas que se quiera evitar, siempre se ven las personas. Nosotros pensamos lo mismo. Hay espresiones felices que nunca quedarán, en nuestro entender, bastante grabadas en la memoria. Cuánto sea el valor de estas espresiones dichas en tiempo y lugar, no necesitamos inculcárselo al lector. Felices son por lo bien ocurridas: felices por el propósito; y felices, en fin, porque hacen fortuna. Estas espresiones, de tal suerte dispuestas y colocadas, suelen ser el cachetero de las discusiones, la última mano, la razon, en fin, sin réplica ni respuesta. Despues que un orador ha dicho en clara y distinta voz que el pretendiente es un faccioso mas, ya quisiera yo saber qué se le contesta. Cuando un orador suelta el *mal aconsejado* el *inoportuno*, el *cimiento* y la *rama podrida*, ya quisiera yo que me dijeran hasta qué punto puede llevarse la cuestion en cuestion; y si hay oradores, si hay epitetos y adjetivos, si hay espresiones felices, hay cuestiones que no lo son menos. Una cuestion, cuando es una simple cuestion, es una cuestion y nada mas. Pero hay cuestiones de cuestiones. Las hay espesas y de suyo oscuras y enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve: puédesse escribir encima de ellas *non plus ultra*; nada hay mas allá: entre éstas pudiera muy bien clasificarse la de los *derechos sociales*. ¿Qué se ve al través de esta cuestion? Nada ciertamente: algun *visto*, algun *verémos*, ó por mejor decir algun *no verémos*. La de la *libertad de imprenta*. Hé aquí otra cuestion, oscura, negra como boca de lobo. Encima de ella ya se distinguen algunas prohibiciones, tal cual destierro; pero al trasluz ¿qué se ve detrás? Absolutamente nada: como dice Guzman en la *Pata de Cabra*, solo se ve que no se ve nada. Lo de la Milicia Urbana: hé aquí una señora cuestion; esta es mas tupida que una manta. ¿Qué se ve detrás? Es todo lo mas, si confusamente se divisa por encima un reglamento

que se las puede apostar en enmiendas y fé de erratas al mismo diccionario geográfico. Es todo lo mas, si en la superficie se distinguen algunos miles de hombres sin fusiles, y multitud de fusiles sin hombres. Pero al trasluz nada. Semejante al retablo de maese Pedro, las pocas figuras que hay, todas estan delante. Detras ni aun Ginesillo de Parapilla y Pasamonte, que las mueve, se distingue.

Estas cuestiones, pues, oscuras y tupidas, no valen nada. Las grandes cuestiones son las *transparentes*. La de los empleos, por ejemplo: hé aquí una cuestion de pura gasa. Aquí es donde se ve claro: detras de ella, no se necesita lente para echar de ver los empleos, y no tamaños como avellanas; el mas pequeño aparece á guisa de prodigio microscópico, mas grande que nuestra misma libertad; y en punto á tamaños no hay mas que ponderar; pues aun se ve mas, porque detras del empleo se ve á lo léjos (un poco mas en pequeño, es verdad) al hombre: pero se ve. ¡Qué no se divisa detras de ciertos empleos! y no á ojos vistas precisamente, sino aun á cierra ojos. Se ven los empleados; verdad es que apenas se ven los de los tres; pero, en fin, se ve; en una palabra, se ve, que se ve algo; se ve que se verá mas; y se verá, digámoslo de una vez, lo que siempre se ha visto: los compromisos, los amigos, los parientes... es el gran punto de vista: todo se ve. ¡Fatalidad de las cosas humanas! En las otras cuestiones anheláramos la transparencia. Y en esta en que se ve, nos hallamos precisados á esclamar: ¡*Ojalá no se viera!*

¿ENTRE QUE GENTES ESTAMOS?

Hémos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos.—Por otra parte no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, solo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos dias que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mio de colegio, me puso en la obligacion de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observacion sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oír diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nuestros sentidos; mi amigo no pudo menos de abrirme el camino, que el hábito tenían cerrado á mi observacion.

Necesitábamos hacer varias visitas: ¡un carruaje! dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será mas ligero: no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman *bombéses decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo seria el maldecido, no se necesitaba saber mas. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas despues ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los dias y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debian de sacar en los dias de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendria. Que las ruedas habian rodado hasta entonces, no se podia dudar; que rodarian siempre y que no harian rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestion: que el caballo habia vivido hasta aquel punto no era dudoso;

que viviria dos minutos mas, eso era precisamente lo que no se podia menos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierta ruido desapacible de los muelles y del eje le hacia sonar á hierro como si dentro llevara medio Rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servia, y entre la vida del caballo y la suya no se podia atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellon: Por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creido cualquiera que eran gemelos, y que no solo habian nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, á él y tomé las riendas, despues de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fué á subir á la trasera: sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar; ¿mas cuál fué mi admiracion, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecia un espíritu desprendiéndose de la tierra? ¿Y qué dirán ustedes que era? que el birlocho venia sin barriguera, y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit*.

Esto no es conmigo, exclamé; bajamos del birlocho, y á pié nos fuimos á quejar, y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondia, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho: espúsele el caso, y pedíle mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí.—¿Qué tiene Vd. que pedirle á ese birlocho y á esa jaca sobre todo? me dijo echándome á la cara una interjeccion espresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Despues de semejante entrada nada quedaba que hablar—Véale Vd. despacio, le contesté sin embargo.—Pues no hay otro, siguió diciendo, y volviéndome la espalda: ¡A París por gangas! añadió.—Diga Vd. señor grosero, le repuse, ya en el col-

mo de la cólera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que tambien se han de aguantar sus malos modos? ¿Vd. se pone aquí para servir, ó para mandar al público? Pudiera Vd. tener mas respeto y crianza para los que son mas que él.—Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país.—Nadie es mas que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire Vd. con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ¡ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno!—Y al decir esto, salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra; y llegaronse á oír cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos transeuntes, y como el calesero hablaba en majo y respondía en desvergonzado, y fumaba y escupia por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razon al calesero, y le aplaudia y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, solo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se habia reunido.

¿Entre qué gentes estamos? me dijo el extranjero asombrado. ¡Qué modos tan raros se usan en este país!—Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la inculpacion, y seguimos nuestro camino. El dia habia empezado mal, y yo soy supersticioso con estos dias que empiezan mal, acaban peor.

Tenia mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle á una oficina de policia: ¡Aquí verá Vd., le dije, otra amabilidad y otra finura! La puerta estaba abierta, y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos:—¡Eh! ¡hombre! ¡adónde va Vd.! fuera.—Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, sin embargo esperamos el turno.—Vamos, adentro: ¿qué hacen ustedes ahí parados? dijo de allí á un rato, para dar á entender que ya podíamos entrar: entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debian contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y á una indicacion mia para que nos despachasen, en atencion á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los nego-

cios.—Tenga Vd. paciencia, respondió uno, que aquí no estamos para servir á Vd.—A ver, añadió dentro de un rato, venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró.—¿Y Vd. quién es?—Un amigo del señor.—¿Y el señor? algún francés de estos que vienen á sacarnos los cuartos.—Tenga Vd. la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla.—Ya le he dicho á Vd. que no sea insolente sino quiere Vd. ir á la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veía dispuesto á hacer un disparate.—Amigo, aquí no hay mas remedio que tener paciencia.—¿Y qué nos han de hacer?—Mucho y malo.—Será injusto.—¡Buena cuenta! Logré por fin contenerle.—Pues ahora no se le despacha á Vd.: vuelva Vd. mañana.—¿Volver?—Vuelva Vd., y calle Vd.—Vaya Vd. con Dios.

Yo no me atrevía á mirar á la cara á mi amigo.—¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan... ¿Es algún príncipe?—Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nación: como está empleado, se cree dispensado de tener crianza...

—Aquí tiene todo el mundo esos mismos modales según voy viendo.—¡Oh! no, es casualidad. *C'est drôle*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo: ¿Entre que gentes estamos?

Mi amigo quería hacerse un pantalon, y le llevé en casa de mi sastre. Esta era mas negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas ó tres, mas bien mas que menos, cada vez que me vé; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos; y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba á los dos alternativamente; mi sastre se reía; yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres, ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en darnoslo encendido el mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes.—Era por la mañana: la fatiga y el calor nos habian dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes.—¡Sorbetes por la mañana! dijo un mo-

zo con voz brutal y gesto de burla. ¡Qué si quieres!— ¡Bravo! dije para mí. ¿No presumia yo qué el día había empezado bien? — Pues traiga Vd. dos vasos pequeños de limon... Vaya, ¡ hombre! anímese Vd.; tómelos Vd. grandes, nos dijo entonces el mozo con singular franqueza; sí tiene Vd. cara de sed.—Y Vd. tiene cara de morir de un silletazo, repuse yo ya incomodado: sirva Vd. con respeto; calle, y no se chancee con las personas que no conoce, y que estan muy léjos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de mas allá, y se hombreaba con todos: todos eran unos. ¿Entre qué gentes estamos? repetia yo con admiracion. *¡C'est drôle!* repetia el francés. — ¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusion de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito día nos sucedieron? Recapítule el lector cuantos de estos le suceden al día y le están sucediendo siempre, y estos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable Vd. con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversacion. Vaya Vd. á comer á una fonda, y cuente Vd. con el mozo que ha de servirle como pudiera Vd. contar con un comensal. Él le bordará á Vd. la comida con chanzas groseras; él le hará á Vd. preguntas fraternales y amistosas;...él... Vaya Vd. á una tienda á pedir algo.— ¿Tiene Vd. tal cosa?—No señor; aquí no hay.—Y sabe Vd. donde la encontraria?— ¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela Vd. Aquí no hay.— ¿Se puede ver al señor de tal? dice Vd. en una oficina.—Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan *no*: ¿ha entrado Vd.? como si hubiera entrado un perro.— ¿Va Vd. á ver un establecimiento público?—Vea Vd. qué caras, que voz, que espresiones, qué respuestas, qué grosería.— Sea Vd. grande de España; lleve Vd. un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se lo vuelva apagado. ¿Tiene Vd. criados? Haga Vd. cuenta que mantiene unos cuantos amigos, ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de Vd., hablan cuando

habla Vd., y hablan ellos. . ¡ Señor! ¡ señor! ¿ Entre qué gentes estamos? ¿ Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡ Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

Mi francés habia hecho todas estas observaciones, pero no habia hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías: así que, al concluirse el dia, amigo, me dijo, yo he viajado mucho: ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de hombres; este es el país adonde yo me vendria á vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país mas dispuesto á recibir...

—Alto ahí, señor observador de un dia, dije á mi extranjero interrumpiéndole: adivino la idea de Vd., las observaciones que ha hecho Vd. hoy son ciertas: la observacion general empero que de ellas deduce Vd. es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que solo se podrian esplicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el país menos dispuesto á lo que Vd. cree, por mas que le parezcan á Vd. todos unos. No confunda Vd. la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad, las cuales son no obstante diferentes: esa franqueza, esa aparente confusion y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar...—¡ Oh! sí, sí, entiendo.—; *C'est drôle!* ; *C'est drôle!* remi francés.

— Ahí verá Vd., repetia yo, entre qué gentes estamos.

DOS LIBERALES ,

ó

LO QUE ES ENTENDERSE.

PRIMER ARTÍCULO.

Entre las personas que me hacen demasiado favor, sin duda, en ocuparse en los articulejos que he solido dar á luz durante mi corta existencia periodística, algunos hay que me dirigen diariamente amistosas reconvenciones sobre lo perezoso que se ha hecho mi pluma de algun tiempo á esta parte. Esto es lo que llamaria yo de buena gana no saber de la misa la media, si no temiese ofender á los que con su aprecio me honran y distinguen: no entraré en aclaraciones acerca del particular, porque acaso no me bastára el querer satisfacerlas: solo les diré, que llamarme perezoso equivale á reconvenir á un cojo de ambas piernas, porque no ande. Si esto no basta, ya no sé qué decir: ¡ojalá no sobre! Les podré añadir, que por una rara combinacion de circunstancias, que mis lectores no entenderán, y que yo entiendo demasiado, nunca escribo yo mas artículos que cuando ellos no ven ninguno; de suerte que en vez de decir *Figaro no ha escrito este mes*, fuera mas arrimado á la verdad decir el mes en que no hubiesen visto un solo *Figaro* al pié de un artículo: ¡Cuánto habrá escrito *Figaro* este mes! Parece la cosa digna de explicacion; pero, amigo lector, como de esas cosas suceden que no se esplican, y como de esas cosas se esplicarian que no se entenderian.

Sentadas estas bases, basta por toda satisfaccion saber que tengo un criado montañés, que á fuer de quererme, se toma conmigo raras libertades: lo mismo es ver que he escrito como cosa de un cuarto de hora, que es todo lo mas que él me permite, porque blasona de cuidarse mucho de mi bienestar, éntrase

en mi cuarto gruñendo entre dientes, como criado viejo: tiende la vista descortesmente sobre mi papel, y mirándole solo con un ojo, á causa de no tener otro: ¡Hola! dice: ¡oposicioncita! ¿Eh? ¡Basta, señor, basta! y unas veces, derribando el tintero sobre el escrito, llénamelo de borrones; y otras, que son las mas, asiendo de un apagador, encájalo por montera sobre el candelero y apaga la luz. Yo no sé con quien diablos ha servido el tal montañés; pero él jura que esto me conviene; verdad es que me conoce, y sabe que si no me fuera á la mano estaria escribiendo todavía, porque, como él dice, la materia no es corta, y la intencion no es buena. El montañés tiene ascendiente sobre mí, sin que yo lo pueda remediar; por consiguiente, no hay echarle de casa: conténtome, pues, con decir, cada vez que me corta el hilo de mis eternos discursos,

*Dios le dé salud,
Dios le dé salud,
á aquel montañés
que apagó la luz.*

Cantaba yo por lo bajo este refran (porque por lo alto no me atrevo á cantar) esta mañana misma, contemplando con las lágrimas en los ojos y á oscuras el estrago que habia hecho en mi bufete la última visita de mi montañés, cuando vuelve éste á entrar con el correo en la mano: es de advertir que yo llamo correo á toda carta que recibo, por la simple razon de que, segun está en el dia el servicio de correos, resulta ser igual enviar una carta por la valija pública, ó llevarla uno mismo; entro pues con mi correo de Madrid, y entre algunas apuntaciones que me envian mis corresponsales, las cuales así me guardaré yo de publicarlas, como se guardará el censor de permitir las, encuéntrome con dos cartas evidentemente de liberales, puesto que cada uno trae su hoja de servicios al márgen: ambos de buena fé, amantes ambos del bien de su país. Y como se reduzcan ellas á darme cuatro consejos que tengo bien merecidos por los muchos desmanes que he cometido en punto á escribir, y por los que pienso seguir cometiendo en cuanto pueda, trasladarélas al curioso lector, si es que ha quedado lector curioso en España despues de todo lo que se ha leído en la larga fecha que

llevamos de completa libertad intelectual (sea dicho con licencia de Dios y de la conciencia).

Dice el uno.—Señor Fígaro : gracias á Dios, impertérrito escritor, que ha dado Vd. algun descanso á su pluma : no le negaré á Vd. que sus artículos me han solido hacer reir alguna vez; pero siempre tuve en medio de eso deseos vehementes de dar á Vd. un consejo. Yo, señor Fígaro, soy liberal desde chiquito, así como hay otros chiquitos desde liberales; anduve en lo del año 12, asunto de grandes controversias; que salvé, pues, la patria de la dependencia francesa, no hay para qué decirlo, que vino el rey, todo el mundo lo sabe; ¡ojalá nadie lo supiera! y que fuí luego á Melilla, eso lo sé yo, y basta. Vino el año 20 y vine yo; es decir, que vinimos todos. Cómo se manejó aquello, pues la cosa fué sonada, ya habrá llegado á oídos de Vd. porque le tengo por liberal de esta nueva cria. Fué el caso no habernos entendido, que á entendernos otro gallo nos cantára; pero ¿qué quiere Vd.? la inteligencia no fué el don de que anduvo mas pródigo el Ser Supremo: en cambio nos dió memoria de firme, para nuestra desdicha, y voluntad, la cual podemos tener todo lo mala posible. ¡Tal es el hombre! Pero si nosotros no nos entendimos, parece que nos entendió Angulema, y aun nos tradujo y nos refundió de tal suerte, que quedamos peor parados que comedia antigua en manos de poeta moderno. ¿Y quien tuvo la culpa? La libertad de imprenta. Claro está. Y sino, lo probaré. Las naciones del Norte vieron que la chispa eléctrica corria demasiado, suscitaron aquí el partido descontento, y alzáronse las guerrillas. Ya ve Vd. que esto es claro, ¡la libertad de imprenta!

Dieron dinero y auxilios, y la faccion creció. Verdad es que la faccion no sabia leer. Pero sino hubiera sido por la libertad de imprenta la faccion no hubiera crecido.

Acaloráronse los ánimos, y de puro no saber leer, ni escribir, no nos pusimos de acuerdo. ¡Ya ve Vd. ! La libertad de imprenta.

Entró Angulema, y ¿quién le dió sus bayonetas? La libertad de imprenta.

Hubo desgraciadamente defeccion, torpeza ó mala fé en nuestro ejército, y á Cádiz con la maleta. ¡La libertad de imprenta!

Acabóse todo, publicóse el gran manifiesto impreso. ¡La libertad de imprenta! y buenas noches.

Aquí entró la emigracion, y de la emigracion el escarmiento. Ya ve Vd., pues, si unido de esta suerte á esta causa, puedo yo no ser liberal de veras.

Hoy es, y esta es la primera vez que hemos venido los emigrados, sin venir ningun año particular. Nacimos el año 12. Nos fuimos con el 14, volvimos con el 20, y escapamos con el 23. Ahora nos hemos venido sin fecha: como ratones arrojados de la despensa por el gato, hemos ido asomando el hocico poco á poco, los mas atrevidos antes, los mas desconfiados despues, hasta que hemos visto que el campo es nuestro.

No comprendiendo nosotros mismos nuestra venida, á cada paso creemos ver de nuevo el gato.

Ahora bien, nuestro gato es la anarquía, porqué el otro que habia en la casa se escaldó para siempre. ¿Y le parece á Vd. justo, señor Fígaro, que yo y otros como yo, que hemos tenido la gloria y la fortuna de dos fechas en contra y de dos emigraciones, que hemos vuelto, y que á causa de nuestros antecedentes y de nuestros talentos (perdone Vd. el galicismo, que me lo traje de Francia) nos hemos encontrado al frente de las cosas con muy buenos destinos, vayamos á incurrir en los mismos tropiezos de antes? No señor: hemos hecho *amande honorable*. El andar de prisa los jóvenes, solo tendrá por resultado atropellarnos á los viejos: por consiguiente, queremos orden. Bien comprendo que querrán andar de prisa aquellos emigrados que no han encontrado destinos, porqué, andando ellos los toparán. Lo mismo digo de los liberales que quedaron por aquí, y de los de la nueva cria. Estos al fin pueden decir: *Hos ego versículos feci, tulit alter honores*. Si no tienen otra cosa todavía, por fuerza han de tener prisa. Pero nosotros, señor Fígaro, los que hemos llegado á mesa puesta...

Nosotros no tenemos mas norte que lo pasado: nosotros vemos la anarquía, exista ó no: nosotros nos hemos enmendado: volvamos de nuestros errores y evitaremos á toda costa la libertad de imprenta y toda clase de libertad; la república nos acecha, el gorro nos amenaza, la guillotina nos amaga, y nuestro libro consultor es el año 23, y sobre todo el 92.

He dicho todo esto porque deseando el bien para mi patria, y que evitemos los escollos pasados, creo que debemos ir poco á poco y unirnos cordialmente los que tenemos los destinos, y los

que no los tienen. Entendámonos por fin de esta manera. Ya ve Vd. que soy hombre que me pongo en todo: me he puesto en mi destino, y ahora me pongo en la razón.

— Por lo tanto, los artículos de Vd. que tienden á una oposicion directa, los artículos de Vd., que quieren poner en ridículo nuestra lentitud, solo pueden dar armas á nuestros enemigos. Aquí no hay mas divisa que Isabel II. Y en cuanto á escribir, escribir nuestros mismos defectos para que los corriamos, es disparate, porque no por eso los hemos de corregir: debe alabarse todo lo que hagamos, siquiera para no dar que reir á nuestra costa á los carlistas; y le advierto caritativamente, que si persiste en el camino de esa oposicion que ha manifestado, haremos correr la voz de que todos los que hacen esa oposicion nos quieren precipitar de nuevo y quieren reproducir el año 23; hasta diremos que están vendidos á don Carlos, y no faltará quien lo crea, pues aquí para todo hay creyentes, y lo que aquí no se cree, ya es preciso que sea increíble.

Con lo cual queda de Vd. su afectísimo liberal escarmentado, y con competente destino, etc.

La siguiente carta del otro liberal, para el siguiente número.

DOS LIBERALES,

ó

LO QUE ES ENTENDERSE.

—

SECUNDO ARTÍCULO.

Al sentar la pluma en el papel para este segundo artículo, que en nuestro número 122 del jueves dejamos prometido, mal pudiera dejar de recordar cierto lance ocurrido no ha muchos años á un buen cómico francés. Habia empezado su carrera dramática con no muy buenos auspicios; y esto en tales términos, que nunca le dejaba el público llegar al fin de la representacion. Escarmentado el hombre de estudiar papeles en balde, y deseoso de mudar públicos, tomó la rara resolucion de no dar en cada parte mas de una representacion, y de no estudiar nunca mas que el primer acto del papel que á su cargo tomaba. Transcurrió así algun tiempo felizmente; pero hubo de llegar un dia á un pueblo, donde fuese por casualidad, fuese por alguna causa en él sobrenatural, no solo no le silbó el público desde los primeros versos, como le solia acontecer, sino que descendieron los aplausos sobre él, como el maná sobre los israelitas. Pero bajó el telon acabado el primer acto, y nuestro cómico, no habiendo estudiado el segundo, se vió precisado á salir y decir: « Señores, no hallándome acostumbrado á la acogida benévola que este ilustrado público acaba de hacerme, me veo en la triste precision de anunciar el segundo acto para mañana, á causa de no haberlo estudiado » Con lo cual recibió la acostumbrada silba, entonces por haberlo hecho bien.

Los que hayan leído el principio de mi anterior artículo habrán comprendido ya el cuentecillo; á los que no, les diré francamente que al ver, por fin, impreso un artículo mio en el *Observador* del jueves, cosa á que no estaba ya acostumbrado, me hallé en

el mismo, mismísimo caso que el cómico silbado. No presumiendo que habia de imprimirse nunca ni aun la primera parte de mi artículo, quedéme *in pectore* con la segunda.

Hé aquí la causa de su detencion en publicarse; supuesto, sin embargo, que me he visto tan agradablemente sorprendido, vuelvo á hojear mi correo, encuentro la continuacion, y tal cual es allá sale la siguiente carta del otro liberal, si no lo han mis lectores por enojo.

«Yo, señor Figaro, con permiso del gobierno, soy liberal de padre á hijo, porqué en mi casa este fué mal de familia. Mala herencia me dejaron; pero sobre no haber otra, quien lo hereda no lo hurta. A saber yo hurtar otro gallo me cantará, y no tendria necesidad de ser hoy en el dia liberal, que antes pudiera ser lo que me diese la gana; y así podria irme á Francia con el dinero y la maldicion del público, como tomar á mi cargo un buen destino de donde pudiera seguir haciendo de las mias, que el dinero llama dinero.

El hecho es que no hay nada de esto, y que en mi casa no hay mas que dos cosas: mi opinion liberal, con la cual me doy á todos los diablos, y una silla en la cual me siento.

Yo fuí de los primeros que tomaron las armas contra los franceses en tiempo de la independendencia; á un mismo tiempo casi acabó la guerra y la Constitucion. Entonces no estrañé yo que no me diese premio el recien llegado; pero llegó el año 20, y por mas que peroré en todos los cafés de Madrid, por mas patriotismo que lucí en listas públicas y motines, no pude ser nunca mas que empleado en loterías. Yo fuí Miliciano Nacional, yo pedí regencia... yo .. qué sé yo lo que hice. Pero mi suerte era trabajar siempre para otros. En la guerra de la independendencia trabajé, como todos, para S. M.; y dejemos este cuento, que es cuento de cuentos. En la Constitucion trabajé para que se hiciesen ministros unos cuantos, y para que se hiciesen ricos otros pocos. Esta es la suerte de los que vamos de buena fé. Hasta en mi empleo de loterías, al cabo, ¿qué hacia? Trabajar porqué les cayese é otros.—El año 23 se fué á Cádiz la patria, y yo me fuí con ella. Llegué roto y descalzo: hice prodigios en el Trocadero: la cosa se puso de pésima data, y cada pedazo de la patria tomó por donde pudo. Pedazo hubo que no paró hasta América. Solo yo, sin patria, que se me habia ido entre las manos, y sin empleo,

que se encargó un realista de regentar en Madrid durante mi ausencia: sin dinero, porque yo no habia hecho mas que motines, mientras que otros habian hecho pacotilla; volvíme á Madrid, donde me pasé en la cárcel muy buenos meses por haber sido liberal.—Los diez años, no hablemos de ellos. ¡Ojalá hubiera sido emigrado! Con solo este deseo se podrá formar idea de mi situacion.

Ocurre lo de la Granja, y viendo un resquicio por donde salvarla patria, hágame *cristiano* de aquellos primeros que en secreto casi se armaron en Madrid. A poco el ministro famoso que no queria innovaciones peligrosas, debió encontrar malo que hiciéramos la innovacion de ser *cristianos*, y salimos desterrados yo y otros pocos.

Vuelvo del destierro á fuerza de empeños, y amanece el dia 27 de octubre. Los realistas amenazan á Madrid. Lleno de patriotismo salgo á salvar la patria en peligro, desarmo cuantos puedo, á riesgo de mi vida; pero pasa el peligro, ceden los rebeldes, y una autoridad á quien presento mis trofeos me prende porque la patria no necesita de mis servicios, y porque ando armado sin autorizacion. Hé aquí lo que es la suerte de los hombres. Si los realistas aprietan mas, soy un héroe aquel dia: cedieron pronto, y fui un desobediente, un perturbador. Si ellos hubieran vencido, me hubieran ahorcado. Mi partido fué mas generoso, se contentó con prenderme.

Salgo, por fin, de la cárcel, y mi entusiasmo siempre en pié. Al fin los liberales, digo para mi, hemos de ser premiados algun dia. Me presento á alistarme en las filas de la Urbana, y me dicen que habiendo perdido mis pocos bienes el año 23, no ofrezco garantías. ¡Qué bien hicieron los realistas en dejarnos sin camisa! Si nos dejan algo hubiéramos podido armarnos contra ellos.—En el ínterin nace el Estatuto y las leyes fundamentales. Me presento á reclamar mi destino; pero, amigo, las leyes fundamentales no dicen nada de loterías: llévese el diablo las invenciones modernas. Por mas que he registrado crónicas y partidas, nada he encontrado: me he convencido, pues, de que las loterías es una innovacion. Mi empleo, pues, nada tiene que ver con la monarquía: no apoyándose mi reclamacion en las leyes fundamentales, es considerada como sin fundamento.

Ampliase entre tanto la Milicia, y al fin entro en ella. Me ofrez-

co á la patria para lo de Vizcaya, creyendo hacer falta. ¡ Error! Nadie hace falta allí. Aprendo el ejercicio, y como no nos reunimos, ¿ querrá Vd. creer, señor Fígaro, que todavía no conozco la cara de mis compañeros?

Pero no importa; ocurren no sé qué conspiraciones, y préndenme como anarquista. Se indaga, se busca; lo único que se ha descubierto es que yo he estado en la cárcel. El peligro, pues, no era para la patria, sino para mí.

Este es mi estado, señor Fígaro. Con todo sigo siendo liberal: así es, que no me llega la camisa al cuerpo.

En atención á estos datos, suplico á Vd. que se sirva no dejar dormir su pluma en ese camino de la oposicion, en que ha marchado con tanta gloria, en la inteligencia de que si Vd. afloja, yo y los míos harémos correr por todas partes la voz de que se ha vendido Vd. al ministerio.

Esto no marcha, y solo una oposicion sostenida puede salvarnos. A ellos, pues, señor Fígaro, y dóblelos Vd. á sátiras si quiere conservar el aprecio de su seguro servidor.

El liberal progresivo y sin destino.»

Esas son las dos cartas: las dos son liberales; las dos de hombres de buena fé, que solo desean el bien de la patria. = Si escribo en liberal, dirán unos que estoy vendido á D. Carlos. Si escribo en ministerial, dirán otros que estoy vendido al ministerio. ¡ Si al menos se supiese quién paga mejor!

¡ Gracias á Dios, por fin, que ya estamos de acuerdo; gracias á Dios que nos entendemos!!!

LA VIDA DE MADRID.

— — —

Muchas cosas me admiran en este mundo: esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas; solo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquellas no hay cosa que valga algo, para estas no hay cosa que valga nada. Colocada la mia á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiracion, y estoy tanto mas distante de ellas, cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un dia de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditacion, me paro á considerar el destino del mundo; cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para que, ni adonde; cuando veo nacer á todos para morir, y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino, á juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le vé el fin á este cuadro halagüeño, que segun todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda mas que una sola cosa á la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro mas que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen sin embargo á esta vida tan mala. Esto último bastaria á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento; porque solo un Dios

y un Dios Todopoderoso podia hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera que la tomemos por tipo: en las naciones civilizadas, en los países incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto, me inclino á ereer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala mas alta ó mas baja; pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conversacion. Lord Wellington hablará de los wighs, el indio nómade hablará de las panteras; pero iguales penas le acarrearán á aquel el concluir con los primeros, que á éste el dar caza á las segundas. La civilizacion le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado artesón, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, preciso es cerrar enteramente el entendimiento á toda reflexion para desearla.

El jóven que voy á tomar por tipo general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo mas doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame dias pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay mas que dos modos de pasear, ó solo ú acompañado. La conversacion de los jóvenes mas suele pecar de indiscreta que de reservada: así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme que especie de vida hacia yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: á lo primero le contesté: «Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los demás lo que no creo. ¡ Como solo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oír.» A lo segundo de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere.

¿ Y Vd. ? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid? Yo, me repuso,

soy muchacho de muy regular fortuna ; por consiguiente no escribo. Es decir..... escribo..... ayer escribí una esquila á Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalon de *patincour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás le contaré á Vd.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugo; dias hay que á las diez ya estoy en pié. Tomo té, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el país. Si á esas horas ha parecido ya algun periódico, me lo entra mi criado, despues de haberlo hojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leído ya: todos me suenan á lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edicion del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdria decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la Carrera de San Gerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe y de la Montera; encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada, y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el dia? el capote de barragan: á casa de la marquesa hasta las dos: á casa de la condesa hasta las tres: á tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversacion; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra adonde voy: esta es toda la conversacion de Madrid.

¿Está el dia regular? A la calle de la Montera. A ver á La Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, segun. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el dia? A caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pié. A comer á Genieys, ó al Comercio: alguna vez en mi casa; las mas fuera de ella.

¿Acabé de comer? A Sólito. Allí dos horas, dos cigarros y dos

amigos. Se hace una segunda edicion de la conversacion de la calle de la Montera. ¡ Oh ! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado , otro poco se ha... Pero en fin , en un país donde no se hace nada , sea lícito al menos hablar.

— ¿ Qué se dá en el teatro ? dice uno.

— Aquí , 1.º, sinfonía : 2.º, pieza del célebre Scribe : 3.º, sinfonía : 4.º, pieza nueva del fecundo Scribe : 5.º, sinfonía : 6.º, baile nacional : 7.º, la comedia nueva en dos actos, traducida tambien del ingenioso Scribe : 8.º, sinfonía : 9.º.....

— Basta, basta ; ¡ Santo Dios !

— Pero , chico , ¿ qué lees ahí ? Si ese es el Diario de ayer.

— Hombre , parece el de todos los dias.

— Si , aquí es *Guillermo* hoy.

— ¿ *Guillermo* ? ¡ Oh , si fuera ayer ! ¿ Y allá ?

— Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

— A mí me toca el turno aquí. ¿ Sabe Vd. lo que es tocar el turno ?

— Sí , sí , respondo á mi compañero de paseo ; á mí tambien me suele tocar el turno.

— Pues bien : subo al palco un rato. Acabado el teatro , si no es noche de sociedad , al café otra vez á disputar un poco de tiempo al sueño. Luego á ninguna parte. Si es noche de sociedad , á vestirme : gran tualaeta. A casa de E..... Bonita sociedad ; muy bonita. Ello sí , las mismas de la sociedad de la víspera , y del lunes , y de... y las mismas de las visitas de la mañana , del Prado y del teatro , y... pero lo bueno , nunca se cansa uno de verlo.

— ¿ Y qué hace Vd. en la sociedad ?

— Nada ; entro en la sala ; paso al gabinete ; vuelvo á la sala ; entro al ecarté ; vuelvo á entrar en la sala ; vuelvo á salir al gabinete ; vuelvo á entrar en el ecarté...

— ¿ Y luego ?

— Luego á casa , y ¡ buenas noches !

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Despues de leerla y de releerla , figurándome que no he ofendido á nadie , y que á nadie retrato en ella , é inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningun desafío , aunque necios conozco yo para todo , trasládola á la consideracion de los que tienen apego á la vida.

BAILES DE MÁSCARAS.

BILLETES POR EMBARGO.

—

Desgraciadamente para la empresa de teatros, que no se cansa de hacer en obsequio del público todos los sacrificios que están al alcance de una especulación que con tantas dificultades tiene que luchar, el tiempo no ha favorecido la entrada del segundo. Solo á esta causa podemos achacar la poca concurrencia; si es que no se quiere seguir la opinion de los que aseguran que no es Madrid pueblo que pueda resistir tres meses de carnaval. Acaso han empezado los bailes demasiado pronto, si bien nosotros tenemos entendido que para embromarse y engañarse los hombres unos á otros, todos los meses son buenos. Sea de esto lo que quiefa, el hecho es que el teatro del Príncipe ha presentado, sobre todo en este segundo baile, en que se han procurado corregir los leves defectos notados en el primero, un aspecto de lujo y de hermosura poco comun en bailes de esta especie; y es de esperar que el sentido comun venza por fin la resistencia que ideas ridículas de intempestiva aristocracia parecen oponer todavía entre nosotros á la igualdad y publicidad que reina en esta diversion, aun en tiempos en que dicen que la libertad tiene sus alas protectoras sobre todas las clases indistintamente.

Solo una cosa encontramos notable y digna de ser al público referida en estos bailes del teatro hasta ahora: cosa que contaremos; pero como es conocido el cuidado que siempre en nuestros artículos ponemos de huir de toda inculpacion de personalidad, y como por repetidas órdenes, instrucciones censoriales y reglamentos, todavía vigentes, no le es permitido á la libertad de imprenta decir todo lo que piensa, la contaremos sencillamente, y sin darle color, con la natural malignidad que suelen encontrar en nuestros escritos los benévolos lectores. Al referir un hecho, sucedido en Madrid, en estos tiempos y á vista de todo el que lo haya querido ver, no podemos hacernos culpables de nada: si la

cosa hace reir por sí, no estará la malicia en nosotros, sino en la cosa.

Sabido es, y ojalá no lo fuera, que el excelentísimo ayuntamiento tiene en cada teatro de esta ilustrada capital de esta regenerada patria, un palco, palco que por mas señas vale por dos: localidad que en la contrata del gobierno con el empresario de teatros ha sido conservada para el uso de los señores capitulares.

Llegada sin embargo la época de los bailes de máscaras, parece que el señor corregidor de esta muy heróica villa pasó al empresario un bando, ó sea instruccion, relativa á varias medidas de policia interior de estas funciones, en la cual no dejó de tocarse la grave cuestion de si los señores capitulares, cuyo número parece montar á sesenta y cinco, deberian ó no tener entrada á las funciones. Pareció indudable que tenian derecho á su palco, pero no tan indudable que lo tuviesen igualmente á entrar en el salon y disfrutar en él y en las demás localidades dispuestas *ad hoc* por el empresario, á fuerza de dinero suyo. El empresario creyó cumplir con lo que la justicia exigia dando pase á los señores setenta y cinco para su palco; pero no satisfaciendo esto á dichos señores setenta y cinco, parece que se recrecieron disturbios y reyertas de graves consecuencias para la república. Nuestro corregidor, cuya ilustracion seria difícil poner en duda, ofició al empresario para que se diesen á los setenta y cinco señores otros tantos billetes, es decir, setenta y cinco. Pero montando setenta y cinco billetes, á razon de 25 reales por cada uno, á la cantidad de 1885 reales de vellon, desfalco notable en la entrada de cada noche, y pudiendo estos billetes ser luego regalados y no servir ni aun para su uso primitivo, dado caso que este fuese de justicia, el empresario no solo se negó á darlos, sino que elevó la cuestion al señor gobernador civil, y con ánimo, segun creemos de seguirlo elevando en todo caso hasta la última potencia posible, y de no ceder de su derecho sino á la fuerza.

En tan apuradas circunstancias, yendo y viniendo dias, llegábase el dia del baile, y en el ínterin que se decidia si los señores setenta y cinco capitulares, por representar la villa de Madrid, la cual ha cedido en una contrata particular los teatros á una empresa, deben disfrutar ó no gratis de todas las funciones que en el tal local puede dar la empresa, incluso alumbrado, alfombra, mesas de juego, ambigú y demás; en el ínterin, repetimos, que

esto se decidia, se presentó en el despacho de los billetes el alguacil mayor, con su correspondiente escribano y demás alguaciles menores, y embargó dichos setenta y cinco billetes, para dichos setenta y cinco capitulares, previa la competente protesta del despachador de ceder á la fuerza, y el competente recibo del competente escribano. Ignoramos cuáles puedan ser las decisiones ulteriores que sobre esta cuestion, que pudiéramos llamar de los setenta y cinco, recaigan, ni es esto de nuestra incumbencia, ni nos adelantaremos á dar nuestro voto en el particular, si bien nadie ha dicho que no le podamos tener como cada vecino de esta villa, á quien representan los setenta y cinco capitulares.

Solo si contaremos un caso, que nada tiene que ver con lo que llevamos contado, y al referir el cual protestamos contra toda alusion. Es capítulo aparte: táchesenos, si se quiere, de confundir unas materias con otras; en un periódico no pueden venir las materias muy separadas aunque uno quiera; pero no se nos tache de malignos, que esta fuera inculpacion á la cual no podríamos resistir.

El caso era que en un pueblo solia salir en un dia señalado todos los años una procesion, no sabemos á que propósito, la cual tenia de costumbre inmemorial designada la carrera que debia seguir. Ocurrió un año, antes del tiempo de la procesion, tapiar é incomunicar cierta calleja, por la cual solia pasar aquella; y convertida ya la calleja en callejon sin salida, fué preciso variar la carrera que la solemnidad ambulante llevaba. Alborotóse empero el pueblo, y sobre todo los vecinos de la calleja, que querian disfrutar del paso de la Virgen; y tanta fué la grito y la zalagarda, que fué indispensable la intervencion del alcalde, el cual, oidas las partes, que fué cosa rara, decretó: « *En atencion á lo que se me ha dicho por una y otra parte, y á pesar de estar hecha la calleja callejon sin salida, mando y ordeno que se guarden los usos y costumbres, y que vaya la procesion por la calleja.* »

LA CALAMIDAD EUROPEA (1).

Muchas y grandes han sido las calamidades con que la Providencia en sus secretos fines quiso afligir en distintas épocas al hombre. Ya desde un principio pudo conocer el mas lego la desgracia que presidia á la creacion de este mísero globo. El que vió en los primeros tiempos que fué preciso arrancar al hombre de su propia costilla la muger, ó habia de tener poco olfato, ó debia ya decir para su capote (permítaseme el anacronismo) que habia de venir presto abajo nuestra felicidad. Así fué; habló una serpiente; la muger dió oídos al primer advenedizo, fragilidad que desgraciadamente se ha transmitido de siglo en siglo; cortóse la manzana del árbol del bien y del mal, que por lo visto solo tenia el mal para nosotros, hincóle el diente el crédulo esposo, y vino abajo á renglon seguido todo el edificio del primaverál paraíso. Primera calamidad, y no la mas floja. Hémos aquí ya habitando la tierra, merced á la picia del primer hombre: nace el segundo mortal, y segunda picia: lo primero que hace es matar al tercero: hé aquí una raza maldecida, y la segunda calamidad. Con tan galanos principios no debió de ser difícil augurar los fines. El primer homicidio no debia de ser el último. Endurécese el hombre en el mal, sucédele un vicio á otro, un crimen abona el anterior, y pónese la cosa tan de mala data, que cansado y arrepentido el Hacedor, llúevele encima al hombre, y pónelo perdido. ¡Día de agua! Ni sirven ramas, ni valen altos montes. Se abren las cataratas del cielo, derrámase el líquido abundante, ahógase todo bicho, y hé aquí la tercera calamidad.

Vuelve el hombre á poblar, y ya de aquí en adelante imposible fuera poner orden en las calamidades. No bien sale del reciente escarmiento, lánzase de nuevo al crimen: olvida su Dios y su re-

(1) Todo el mundo recuerda la espulsion del señor Burgos del Estamento de ilustres Próceres. Aquel acto, legal ó ilegal, y el párrafo del artículo citado mas abajo, y publicado en los periódicos de la época por el destituido, son datos mas que suficientes para la inteligencia de este escrito, que entonces no vió la luz por circunstancias independientes de la voluntad del autor.

ligion ; de nada ha servido el diluvio ; el Criador lo conoce , y vista la ineficacia del agua , aquí prueba con Sodoma y Gomorra la virtud del fuego : igual resultado. Allá convierte en sal al curioso. Acá confunde en Babel las lenguas insolentes , y vuélvese la torre una cazuela de un teatro de Madrid : tiempo perdido. Desde entonces todos hablan y ninguno se entiende ; pero no por eso se ha mejorado nuestra condicion. Caiga agua , baje fuego , venga sal , lluevan lenguas sobre nosotros ; el hombre insolente todo lo aprovecha. Inventa barcos , y anda sobre el agua ; recoge la lumbre : y caliéntase á ella ; toma la sal , y échala en el puchero ; aprende las lenguas , y corre á enseñarlas por el equitativo estipendio de treinta reales al mes...

¿Quién tendria desde entonces el vano proyecto de seguir en su curso las calamidades del hombre? Poco antes de llegar á la tierra de promision , adora al becerro de oro , figura simbólica del siglo XIX , que habia de adorar el oro , aunque fuese en un becerro ; en Jericó hace añicos todos los cántaros de la provincia ; en Egipto adora la cebolla , ídolo por cierto de muy mal tono ; en el Indostan tributa honores al sol y al fuego ; en la India , occidental , que tenia mas de occidental que de India , adora la luna entera ; mas económico en Asia , adora media luna no mas ; en África reverencia á los bichos ponzoñosos ; en Europa rinde culto á sus grandes ladrones y asesinos , y erige altares á sus tiranos ; aquí se hunde la Atlántida , preparando á navegantes con su hundimiento descubrimientos fatales ; ábrense volcanes por todas partes , vomitando lumbre sobre él ; las tempestades aquí , la peste allí , la guerra de nacion en nacion , las preocupaciones doquiera , la mujer en todas partes ; todo es error y desgracia , todo crimen y confusion el mundo ; todo es , en fin , calamidades.

Dejemos , pues , á un lado las del mundo para ocuparnos solo de las de Europa.

Nace apenas la sociedad europea , y surgiendo de ella Elena , lánzase aquella , contra el Asia , en mil frágiles barquillos á llevar á las playas troyanas el hierro y la destruccion. *Nótese que la primera calamidad europea emanó de la importancia dada á la fidelidad de una mujer.*

El adulterio , el asesinato y el incesto reciben á su vuelta á los vencedores argivos. Cien repúblicas en seguida , ansiosas de libertad , se aherrojan mutuamente , y un ejército de persas viene

hasta Maraton á sembrar el luto en la sociedad europea. *Nótese que la segunda calamidad es una intervencion extranjera.*

Dos bandoleros famosos, Remo y Rómulo, echan los cimientos de la ciudad universal, que con las armas en la mano avasalla despues y esclaviza á la Europa entera. *Nótese que el principio de la tercera calamidad fueron dos ladrones públicos.*

El Norte vomita sobre el Mediodía hordas innumerables de vándalos y godos, que mudan á sangre y fuego la faz de la malhadada Europa. *Nótese que la cuarta calamidad vino á Europa del Norte.*

El hijo de Dios habia descendido ya á morir en la tierra por los hombres; una religion nueva alzaba sus bienhechoras cruces por todas partes; mas de cien hijos espúreos, saliendo del rio principal, como sangrías de licor ponzoñoso, inundan el mundo de sectas parciales: los hijos de un innovador atrevido se arrojan de Asia á Europa con el alfange en la una mano y el Koran en la otra: numerosas cruzadas se levantan por la religion, y encienden la guerra general: nuevas sectas derraman luego la sangre alemana, y poco despues la inglesa y la francesa. La reaccion, sangrienta, como la accion, establece tribunales horribles, y cada pueblo, durante siglos enteros, aquí por la guerra civil, allí por la conquista de otro hemisferio, es una ara inmensa cubierta de mártires; los hombres son mitad víctimas, mitad sacrificadores. *Obsérvase que la quinta calamidad le vino al hombre de la preocupacion religiosa, de la supersticion, del fanatismo.*

Sobre la sangre humeante de los *autos de fé* nace la política, y con ella el sonado equilibrio de los reinos: guerras de sucesion, guerras de familia suceden á las guerras religiosas; pueblos enteros perecen víctimas de guerras personales de sus reyes, y de etiquetas palaciegas. *Adviértase que la sexta calamidad le vino á la Europa de la importancia dada al apellido de sus pretendidos dueños absolutos.*

Vencedores éstos, contemplan como instrumentos á sus súbditos; pero cansados al fin los pueblos, caen en la cuenta de sus derechos, y un grito unánime de libertad resuena en el universo. La Europa le acoge, y responde á él; se abre una lucha sangrienta de principios; una revolucion espantosa traspasa todos los limites posibles; un coloso nace de ella á detenerla; ven-

cido empero el coloso, la libertad vuelve á desplegar sus alas: desde entonces los hombres siguen vertiendo anchos rios de sangre para reconquistar de la rutina el derecho mas sencillo y claro de todos: su propia voluntad. *Nótese que la séptima calamidad nos viene de haber conferido nuestros poderes sin restriccion, sin prenda, sin garantia; de haber dejado prescribir un derecho.*

Hemos llegado á la octava calamidad europea. ¿Pues cuál otra horrible calamidad nos amenaza? ¿Otro cólera? Si el hombre nació para morir, la peste es una muerte cualquiera. Mayor es la calamidad que nos amaga: mas terrible la prueba á que nos sujeta la Providencia. ¿Algun reglamento? Eso seria una gota mas en el mar. ¿Algun empréstito? El deber es calamidad solo para quien ha de pagar, ó para quien presta. ¿Otra invasion de rusos? Mas todavia. ¿Qué seria una invasion de rusos? algunos años de despotismo. Para pueblos tan acostumbrados, para pueblos donde haya un quien pelee por él, nada. Es volver la tortilla. No faltaria quien la comiera.

La gran calamidad europea, la calamidad de las calamidades, he aquí como la hallamos consignada en un comunicado que en un periódico leemos.

«Que conmigo se haga una injusticia (nos dice un personaje, un tanto cuanto atropellado en las formas), puede ser un triunfo para mis enemigos; pero en el caso presente, la violencia usada hácia mí es un desastre para todos, es una brecha abierta en el corazon de nuestras instituciones, es una calamidad nacional; ¿y quién sabe sino podrá hacerse una calamidad europea? Los trastornos que podrian resultar de tan evidente violacion de los principios conservadores de nuestro régimen, podrian ir mas allá de los Pirineos.»

Hé aquí bien clara la gran calamidad, que entre tanto que lo es para la Europa, lo es indudablemente para el que escribe. La cosa en verdad no es insignificante como muchos creen; bien pudiera ser trascendental; pero lo que ni nosotros habíamos presumido, ni nuestros lectores tampoco, es que esto podria trastornar el mundo. Curiosos por demás de lo que nos podria acontecer, hemos recorrido, como ha visto el lector, la historia del mundo y de sus calamidades. Hemos temblado por nosotros y por la Europa. ¿Obrará este accidente como el robo de Elena? ¿Será Troya nuestra patria? ¿Tendrá los resultados del levanta-

miento de Remo y Rómulo? ¿Será la voz del destituido el grito de Lutero? ¿Impererá á los mares como el *quos ego* de Virgilio? ¿Será su desgracia, justa ó injusta, legal ó ilegalmente llevada á cabo, el Waterloo de nuestra pequeña libertad? ¿Qué parte del mundo se hundirá? ¿Obrará como un diluvio, como un castigo del cielo, ó como una calamidad puramente humana?

¡ Ah ! ¡ plegue al cielo apartar de nosotros tan terribles infortunios! ¡ *Lejos, pobre España, lejos de nosotros el profeta y la profecía !!!* (1)

(1) Poco despues desapareció efectivamente el profeta, y la profecía todavía no ha parecido.

TERCERA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACÁ Á UN LIBERAL DE ALLÁ.

— Dos cartas he recibido tuyas, querido Silva, la una en letra de molde por el conducto de esta estafeta pública, y secreta la otra en que nos haces á los liberales de acá estupendos cargos. No tiene la primera contestacion, ó al menos á mí no me ocurre, lo cual es lo mismo, puesto que he de ser yo quien la ha de dar. Tiénele sí la segunda, y larga; tanto que pudiera ocupar con ella mas pliegos que ocupó la memoria de marina presentada en las Cortes, mas tiempo que dura una faccion, y mas terreno que el que reconoce cuándo y cómo quiere Zumalacarregui, sin darte por eso mas fruto ni mas sustancia que el que pueden dar de sí todas esas cosas juntas.

¿Me preguntas si es gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representacion de los trabajos y pasion de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algun quejoso: hay por otra parte muchos que estan representando á cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida mas de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son ó no son representaciones? Cada español por otra parte representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está á dos dedos de representar el cuadro del hambre... Todo es, pues, pura representacion; venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos ó no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle á un borracho si bebe vino. Desengáñate de un vez, y acaba de creer á pies juntillas, no solo que vivimos bajo un régimen representativo, aun que te engañen las apariencias, sino que todo esto

no es mas que una pura representacion , á la cual , para ser de todo punto igual á una del teatro , no le faltan mas que los silbidos , los cuales , si se ha de creer en corazonadas y en síntomas y señales anteriores , no deben andar muy léjos ni de hacerse esperar mucho , segun la mareta sorda que se empieza ya á sentir.

Añades que no somos libres. Menos entiendo yo esto que lo otro. Gozamos de la mas ámplia libertad posible ; y en esto te juro que hemos llegado á tal altura de tolerancia y despreocupacion , que ninguna nacion culta ni inculta rayó jamás tan alto. Y voy á darte la prueba. Suponte por un momento , aunque te pese hasta el figurártelo , que eres Español. No te aflijas , que esto no es mas que una suposicion. Que eres español , y que dices para tu capote , por ejemplo : «*Yo quiero ser carlista.*» Enhorabuena : coges tu fusil y tu canana , y ancha Castilla ; nadie te lo estorba ; que te cansas de la faccion y que te vas á tu casa ; nadie te dice una palabra , con tal que tantas cuantas veces lo hagas , uses de la fórmula de decir que te acoges á algun indulto de los últimos que hayan salido , ó de los primeros que vayan á salir. Ya ves tú que esto no cuesta trabajo. Que te levantas un dia de mal humor , y que conspiras como carlista , ó que te defiendes en tu cuartel á balazos ó con cualquiera otro medio inocente : vas á Filipinas y ves tierras , y siempre aprendes geografía.

Verdad es , que si como te habia de dar por conspirador en favor de los diez años , te da por conspirar en favor de los tres , hay una diferencia , y que entonces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan , sino que te vienen á prender á tu misma casa , que es gran comodidad ; pero , amigo , no se cogen truchas á bragas enjutas , y algo le ha de costar á uno ser liberal. Y luego que eso te sucederá si eres tonto , porque nadie te manda ser liberal ; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade á eso que libertad completa no la hay en el mundo , que eso es un disparate. Así es , que cuando yo digo que somos libres , no quiero decir por eso que podemos ser liberales á banderas desplegadas y salir diciendo por las calles *viva la libertad* , ú otros despropósitos de esta especie ; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino , lo cual tampoco seria justo , porque yo no creo que

porque los haya empleado éste ó aquel dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡Pobrecillos! Nada de eso: quiero decir, que podemos gritar en dias solemnes ¡*Viva el Estatuto!*, y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar á todo siempre y cuando nos de la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieras imprimir una esquela de convite, mas, una esquela de muerte; mas todavía, una tarjeta con todo tu nombre y tu apellido, bien especificado: nadie te lo estorba. Ahí verás cuán equivocados vivís, y cuán peligroso es creerse de los informes que da cualquiera. Que eres poeta, y que llega un dia de S. M. y haces una oda: allí puedes alabar todo lo que pasa, y puedes decir que todo va bien en buenos ó malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y tambien puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido comun, y nadie se mete contigo. Que quieras publicar un periódico, nada mas fácil. Vas, y ¿qué haces? Lo primero reunes seis mil reales de renta, que esto en España todos nacen con ello; y si no lo encuentras á la vuelta de una esquina. Lo segundo, entregas treinta mil reales en depósito: que no los tienes; tambien los encuentras al momento. Aquí todo el mundo te convida con una talega á primera vista. Y estos veinte mil reales son sagrados, como todos los depósitos, como lo de Gremios etc. etc. El dia de mañana, ó al otro, por ejemplo, te los vuelven. Pides luego tu licencia, que te la niegan, ó que no tienes las cualidades necesarias... no publicas tu periódico. Y está muy bien, porque si no eres empleado de nombramiento real, ó no eres mayorazgo de seis mil reales de renta, ó no eres abogado del colegio, que es lo que hay que ser en España, ¿qué has de publicar en tu periódico sino tonterías y oscurantismo? Pero que eres apto, no por tus luces ó tu patriotismo, sino por tus reales ó tus pedimentos del colegio (de otra parte no), y que te dan tu licencia; te ponen tu censor correspondiente, que te deja decir todo, por supuesto, y llévete suscripcion encima; porque eso sí, el país es amigo de leer, y es una viña para especulaciones, sobre todo literarias.

Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto á España, y cree no solo que vivimos bajo un régimen representativo,

sino que somos libres mas que ninguna nacion del mundo; y que tenemos amplia libertad de imprenta.

Una vez convencido de estas tres bases fundamentales, trataré de convencerte de esas otras menudísimas dudas que abrigas acerca de la prosperidad de la España, que no le va en zaga en nada á Portugal. = *El liberal de acá.*

P. D. La cuádrupla alianza sigue produciendo saludables efectos.

LO QUE NO SE PUEDE DECIR, NO SE DEBE DECIR.

—

Hay verdades de verdades, y á imitacion del *diplomático* de Scribe, podríamos clasificarlas con mucha razon en dos: la verdad que no es verdad, y..... Dejando á un lado las muchas de esa especie que en todos los ángulos del mundo pasan convencionalmente por lo que no son, vamos á la verdad verdadera, que es indudablemente la contenida en el epigrafe de este capítulo.

Una cosa aborrezco, pero de ganas, á saber: esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposicion; á quienes ningun gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el dia; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno, sobre todo desde que se ha convencido con ellos en que Calomarde era el peor de todos; esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta, que todos sean milicianos urbanos..... Vaya Vd. á saber lo que quieren esos hombres. ¿No es un horror?

Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso; y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar á los que le gobiernan? ¿No es esto la débil y mezquina criatura pidiendo cuenta á su Criador?

La ley, señor, la ley. Clara está y terminante: impresa y todo: no es decir que se la dan á uno de tapadillo. Ese es mi norte. Córame Zumalacarregui, si se me vé jamás separarme un ápice de la ley.

Quiero hacer un artículo, por ejemplo: no quiero que me lo prohiban, aunque no sea mas que por no hacer dos en vez de uno. ¿Y qué hace Vd.? me dirán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que trasluzcan, ¿qué hace Vd. para que no se lo prohiban?

¡Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada: lo que debe ha-

cer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo, para que me sirva de eterno recuerdo: «Lo que no se puede decir, no se debe decir.» Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura: no me pongo á criticarlo: ¡nada de eso! no me compete. Sea reglamento ó no sea reglamento, cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo, que es mas. Y continuo:

Artículo 12. No permitirán los censores que se inseren en los periódicos:

Primero: artículos en que viertan máximas ó doctrinas que conspiran á destruir ó alterar la religion, el respeto á los derechos y prerogativas del trono, el Estatuto Real, y demás leyes fundamentales de la monarquía.

Esto dice la ley. Ahora bien: doy el caso que me ocurra una idea que conspira á destruir la religion. La callo, no la escribo, me la como. Este es el modo.

No digo nada del respeto á los derechos y prerogativas del trono, el Estatuto, etc., etc. ¿Si les parecerá á esos hombres de oposicion que no me ocurre nada sobre esto? Pues se equivocan; ni como he de impedir yo que me ocurran los mayores disparates del mundo. Ya se vé que me ocurriria entrar en el exámen de ese respeto, y que me ocurriria investigar los fundamentos de todas las cosas mas fundamentales. Pero me llamo aparte, y digo para mí: ¿No está clara la ley? Pues punto en boca. Es verdad que me ocurrió, pero la ley no condena ocurrencia alguna. Ahora, en cuanto á escribirlo, ¿no fuera una necesidad? No pasaria. Callo, pues; no lo pongo, y no me lo prohiben. Hé aquí el medio sencillo, sencillísimo. Los escritores, por otra parte, debemos dar el ejemplo de la sumision. O es ley ó no es ley. ¡Mal haya los descontentadizos! ¡Mal haya esa funesta oposicion! ¿No es buena manía la de oponerse á todo, la de querer escribirlo todo?

Que no pasan las *sátiras é invectivas* contra la autoridad; pues no se ponen tales sátiras ni invectivas. Que las prohiben, aunque se *disfracen con alusiones ó alegorías*. Pues no se disfrazan. Así como así, ¡no parece sino que es cosa fácil inventar las tales alusiones y alegorías!

Los *escritos injuriosos* estan en el mismo caso, aun cuando

vayan con *anagramas* ó en otra cualquiera forma, siempre que los censores se convenzan de que se alude á personas determinadas.

En buen hora, voy á escribir ya; pero llego á este párrafo y no escribo. Que no es injurioso, que no es libelo, que no pongo anagrama. No importa: puede convencerse el censor de que se alude, aunque no se aluda. ¿Como haré, pues, que el censor no se convenza? Gran trabajo: no escribo nada; mejor para mí; mejor para él; mejor para el gobierno: que encuentre alusiones en lo que no escribo. Hé aquí, hé aquí el sistema. Hé aquí la gran dificultad por tierra. Desengañémonos: nada mas fácil que obedecer. Pues entonces ¿en qué se fundan las quejas? ¡Miserables que somos!

Los *escritos licenciosos*, por ejemplo. ¿Y qué son escritos licenciosos? ¿Y qué son costumbres? Discurro, y á mi primera resolución: nada escribo: mas fácil es no escribir nada, que ir á averiguarlo.

Buenas ganas se me pasan de injuriar á *algunos soberanos y gobiernos extranjeros*. ¿Pero no lo prohíbe la ley? Pues chiton.

Hecho mi exámen de la ley, voy á ver mi artículo: con el reglamento de censura á la vista, con la intencion que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examino mi papel: no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad. Pero en cambio he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema: buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna, y concluiré siempre diciendo:

Lo que no se puede decir, no se debe decir.

REVISTA DEL AÑO 1834.

—

No sé por qué capricho extraordinario, y en oposicion con mis hábitos antiguos, el 31 de este diciembre que espira hubo de asaltarme el sueño mucho mas pronto de lo que acostumbra: no diré si fué porque leí ese dia mas artículos de periódico de los que puede resistir mi débil naturaleza, ó si fuí á alguna representacion nueva, de esas en que el autor y los actores hacen todo lo que pueden, y en que suele uno no poder con lo que hacen. Lo único que puedo asegurar, juzgando por los resultados, es que recinado en una poltrona moderna me entregué á Morfeo con la misma seguridad y descuido que un juez en la audiencia, ó que una autoridad no responsable en dias de calamidad. No sé el tiempo que habria transcurrido desde el momento que hice tan completa abnegacion de mí mismo, cuando se me antojó ver un anciano venerable, que por su reloj de arena y su luz hube de reconocer por el tiempo: envuelto en una nube, como pudiera un majo en su capa, porque es sabido que esta clase de visiones siempre aparecen entre nubes, parecia indicarme con el dedo dos puertas, una enfrente de la otra, en la una de las cuales se leia *pasado*, y en la otra *futuro*. Parecióme entonces que salia de su seno un ser mas jóven que él en verdad; pero semejante á aquellos hombres, que todos conocemos, en quienes la decrepitud y la muerte ha seguido muy de cerca á su nacimiento. En su frente se leia en letras negras 1834. Seguíanle, y fueron pasados ante mis ojos deslumbrados, doce mancebos, en cada uno de los cuales se veian sobre sus diversos atributos el nombre de un mes. Al pasar cada uno de ellos ante el primer venerable personaje, que iba á acabar con su existencia, hacíanle profundo acatamiento, lo cual me recordó á los hombres que siempre están mas comedidos con quien peor los trata. Figuróseme que le daban cuenta exacta de su corta y efímera vida, y el anciano iba reasumiendo los datos en un gran libro lleno de borrones y de enmiendas. Segun las mentiras que

en ese libro se aciertan de lejos á divisar, dije para mí, debe de ser el libro de la *historia*. Así era efectivamente.

Pasados en revista los doce mancebos, y oidas sus revelaciones, á tiempo que iba á poner el último el pié en el lintel de una de las dos puertas, fué preciso escuchar la relacion que, en descargo sin duda de su conciencia, hizo al tiempo el segundo personaje, y de la cual, si mal no me acuerdo, hube de recoger los siguientes fragmentos:

«Al nacer, comenzó el buen viejo, que se veia morir, despues de tan corta vida, encontré al mundo poco mas ó menos como mis predecesores: reyes por todas partes mandando pueblos, pueblos por todas partes dejándose mandar por reyes. Engaños y falsedades, donde quiera, charlatanismo en todas partes, crédulos é ignorantes siempre erigiendo el edificio de su poder.....

Encontré á España empezando á despertar de un sueño como el de Endimion, aparte la diferencia del número de los años. En política un manifiesto, barrera entre el despotismo y la libertad, existia oponiendo diques á todas las corrientes; yo le desbaraté, y la corriente de la libertad, sin verse espedita aun, halló rendijas y aberturas por donde penetrar é ir poco á poco fertilizando los campos. En mis primeros momentos de vida, en tiempo de máscaras por mas señas, llamé al poder á un hombre todo esperanzas, de estos de quienes se dice simplemente que prometen; pero no me estaba reservado ver en mi corta vida realizadas las promesas, y dudo que las vean mis sucesores cumplidas. Durante mi tiempo ha nacido un mónstruo, el *miedo á la anarquía*; mónstruo, como el terror pánico; él ha perseguido á mis hijos predilectos; él ha alargado la vida á los hijos de mis diez antepasados...

Sin embargo, una representacion nacional ha venido á sentarse en los escaños públicos de dos estamentos, que he venerado, y en cuya naturaleza antico-moderna no he hecho alto. Lo he tomado como me lo han dado. La posteridad no dirá que no he sido filósofo: todo lo contrario; he tomado las cosas conforme han venido: he visto abolido el voto de Santiago, pequeño paso, y como éste otros tan menudos que ni los recuerdo. Grande, nada he visto sino la paciencia. He visto celebrarse un gran tratado diplomático; no he visto sus resultados.

Encontré á mi advenimiento algunos facciosos: al morir me hallo en el apuro del que muere muy rico, en este particular; no sé los que dejo.

He mirado estrellarse en las provincias reputaciones antiguas, como la espuma del mar en las rocas.

Una calamidad tan espantosa como esa ha hecho y hará por mucho tiempo memorable mi existencia: un azote del cielo ha devastado el suelo. El cólera-morbo se ha llevado lo que ha perdonado la guerra civil.

En punto á ciencias no he visto nada: en literatura, he visto una ó dos producciones nuevas; he visto dos dramas históricos, de que no sé si hablarán tanto como yo mis sucesores.

En artes tampoco he visto gran cosa. El año 34 será célebre por sus calamidades; nadie empero le verá jamás en el libro de los adelantos humanos para España: es de temer que no sea yo el último á quien se haga ese reproche.

Al dejar mi corto reinado, déjolo peor que lo encontré, y ojalá que el remedio estuviera tan cerca como mi fin. Debo advertir que he vivido amordazado, y que muero todavía sin voz. Por esto me fuera imposible decir cuanto he visto; pero solo declararé que me hubiera estado mejor haber nacido ciego.

Mi fin se acerca por momentos. ¡Ojalá que mis sucesores puedan dar mejor cuenta de sus dias, ojalá que no vean tantos como yo perdidos ó manchados!”

Al decir estas últimas palabras, abriéronse de repente entrambas puertas con nunca oido estrépito. El tiempo estendió su hoz destructora sobre las trece cabezas, y se hundieron rápidamente en el interior del *pasado*, que volvió á cerrarse en el mismo instante. La puerta de lo *futuro* se abrió entonces... un velo denso me impidió ver su interior distintamente... en aquel punto doce terribles campanadas me indicaron las doce de la noche; desperté, y aun ví dos cosas entre sueños: un enorme letrero en la puerta de lo *futuro*, que empezaba á desaparecer á mis ojos despiertos, el cual decia: año 1835. La cosa segunda que ví fué que al hacer este sueño no habia hecho mas que un plagio impudente á un escritor de mas mérito que yo. Dí las gracias á Jony, me acabé de despertar, y me preparé á ver en el próximo y naciente 1835 una segunda edicion de los errores de 1834. Ojalá que la esperiencia desmienta mi funesto pronóstico.

LA SOCIEDAD.

Es cosa generalmente reconocida que el hombre es *animal social*, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme á la opinion de los escritores mal humorados que han querido probar que el hombre habla por una aberración, que su verdadera posicion es la de los cuatros pies, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Hánse apoyado para fundar semejante opinion en que la sociedad le roba parte de su libertad, sino toda: pero tanto valdria decir que el frio no es cosa natural, porque incomoda. Lo mas que concederémos á los abogados de la vida salvaje es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor; eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad: razon por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas ñvestigaciones para buscar esta. A nuestro modo de ver no hay nada mas fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Solo los bienes son ilusion.

Ahora bien; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus esfuerzos á los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea: que busque á su hermano (que así se llaman los hombres unos á otros por burla sin duda) para pedirle su auxilio; de

aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mútuo de servicios recíprocos. Grave error: es todo lo contrario: nadie concurre á la reunion para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella: es un fondo comun donde acuden todos á sacar, y donde nadie deja, sino cuando solo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mútuo de perjuicios recíprocos. Y él gran lazo que la sostiene es por una incomprendible contradiccion aquello mismo que pareceria destinado á disolverla; es decir, el egoismo. Descubierta ya el estrecho vínculo que nos reúne unos á otros en sociedad, escusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos á otros: segunda, que es franca, sincera, y movida por sentimientos generosos; y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer á nosotros mismos mas que á los otros.

Averiguar ahora si la cosa pudiera haberse arreglado de otro modo, si el gran poder de la creacion estaba en que no nos necesitásemos, y si quien ponía por base de todo el egoismo, podia haberle sustituido el desprendimiento, ni es cuestion para nosotros, ni de estos tiempos, ni de estos países.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino á cierto tiempo; en un principio todos somos generosos aun, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía; pero á cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa: entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última. Entonces no hay nada menos divertido que una diversion; y si pasada cierta edad se ven hombres buenos todavía, esto está sin duda dispuesto así para que ni la ventaja cortísima nos quede de tener una regla fija á que atenernos, y con el fin de que puedan llevarse chasco hasta los mas experimentados.

Pero como no basta estar convencidos de las cosas para convencer de ellas á los demás, inútilmente hacia yo las anteriores reflexiones á un primo mio que queria entrar en el mundo hace tiempo, jóven, vivaracho, inesperto, y por consiguiente alegre. Criado en el colegio, y versado en los autores clásicos, traía al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y comedias se encuentran. Buscaba un Pilades; toda amante le parecia

una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el dia que la necesitase. Desengañarle era una crueldad. ¿Porqué no habia de ser feliz mi primo unos dias como lo hemos sido todos? Pero además hubiera sido imposible. Limitéme, pues, á tomar sobre mí el cuidado de introducirle en el mundo, dejando á los demás el de desengañarle de él.

Despues de haber presidido al cúmulo de pequeñeces indispen-
sables, al lado de las cuales nada es un corazon recto, una alma noble, ni aun una buena figura; es decir, despues de haberse proporcionado unos cuantos fraques y cadenas, pantalones colan y mi-colan, reloj, sortijas, y media docena de onzas siempre en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad, introdújelo por fin en las casas de mejor tono. Un poco de presuncion, un personal escele-
lente, suficiente atolondramiento para no quedarse nunca sin conversacion, un modo de bailar semejante al de una persona que anda sin gana, un bonito frac, seis apuestas de á onza en el *ecarté* y todo el desprecio posible de las mugeres, hablando con los hom-
bres, le granjearon el afecto y la amistad verdadera de todo el mundo. Es inútil decir que quedó contento de su introduccion. «Es encantadora, me dijo, la sociedad. ¡Qué alegría! ¡Qué generosidad! ¡Ya tengo amigos, ya tengo amante!!!» A los quince dias conocia á todo Madrid: á los veinte no hacia caso ya de su antiguo consejero: alguna vez llegó á mis oidos que afeaba mi filosofia y mis descabelladas ideas, como las llamaba: *preciso es que sea muy malo mi primo (decia) para pensar tan mal de los demás: á lo cual solia yo responder para mí: preciso es que sean muy malos los demás, para haberme obligado á pensar tan mal de ellos.*

Cuatro años habian pasado desde la introduccion de mi primo en la sociedad: habíale perdido ya de vista, porque yo hago con el mundo lo que se hace con las pieles en verano; voy de cuando en cuando, para que no entre el olvido en mis relaciones, como se sacan aquellas tal cual vez al aire para que no se albergue en sus pelos la polilla. Habia, sí, sabido mil aventuras tuyas de estas que, por una contradicción inesplicable, honran mientras solo las sabe todo el mundo en confianza, y que desacreditan cuando las llega á saber alguien de oficio: pero nada mas. Ocurrióme en esto noches pasadas ir á matar á una casa la polilla de mi relacion; y á pocos pasos encontréme con mi primo.

Parecióme no tener todo el buen humor que en otros tiempos le habia visto; no sé si me buscó él á mí, si le busqué yo á él; solo sé que á pocos minutos paseábamos el salon de bracero, y alimentando el siguiente diálogo:

— ¿Tú en el mundo? me dijo.

— Sí, de cuando en cuando vengo: cuando veo que se amortigua mi odio, cuando me siento inclinado á pensar bien, cuando empiezo á echarle menos, me presento una vez, y me curo para otra temporada. Pero ¿tú no bailas?

— Es ridículo: ¿quién va á bailar en un baile?

— Sí por cierto.... ¡si fuera en otra parte!.... Pero observo desde que falto á esta casa multitud de caras nuevas... que no conozco...

— Es decir, que faltas á todas las casas de Madrid.... porque las caras son las mismas; las casas son las diferentes; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

— Así es, respondí, que falto á todas. Quisiera por lo tanto que me instruyeses... ¿Quién es por ejemplo esa jóven?... linda por cierto .. Baila muy bien... parece muy amable...

— Es la baroncita viuda de...*** Es una señora que á fuerza de ser hermosa y amable, á fuerza de gusto en el vestir ha llegado á ser aborrecida de todas las demás mujeres. Como su trato es harto fácil, y no abriga mas malicia que la que cabe en veinte y dos años, todos los jóvenes que la ven se creen con derecho á ser correspondidos; y como al llegar á ella se estrellan desgraciadamente los mas de sus cálculos en su virtud (porqué aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad, los otros por venganza le dan otro nombre peor. Unos y otros hablan infamias de ella; debe por consiguiente á su mérito y á su virtud el haber perdido la reputacion. ¿Qué quieres? ¡esa es la sociedad!!!

— ¿Y aquella de aquel aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se la acerca? Parece que teme que la vean los pies segun se baja el vestido á cada momento.

— Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos á todo galan. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones que ha tenido en menos de un año: nadie las sabe sino yo: es casada; pero como brilla poco su lujo, como no es una hermosura de primer orden, como no se pone en evidencia, nadie

habla mal de ella. Pasa por la mujer mas virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias, y esta la realidad. ¿Qué quieres? ¡en la sociedad siempre triunfa la hipocresía!!! Mira, apartémonos: quiero evitar el encuentro de ese que se dirige hácia nosotros: me encuentra en la calle y nunca me saluda; pero en sociedad es otra cosa: como es tan desairado estar de pié, sin hablar con nadie, aquí me habla siempre. Soy su amigo para estos recursos, para los momentos de fastidio: tambien en el Prado se me suele agregar cuando no ha encontrado ningun amigo mas íntimo. Esa es la sociedad.

— Pero observo que huyendo de él nos hemos venido al *ecarté*. ¿Quién es aquel que juega á la derecha?

— ¿Quién ha de ser? Un amigo mio íntimo, cuando yo jugaba. Ya se ve; ¡perdía con tan buena fé! Desde que no juego no me hace caso. ¡Ay! este viene á hablarnos.

Efectivamente, llegósenos un jóven con aire marcial y muy amistoso. ¿Cómo le tratan á Vd.?... le preguntó mi primo.

— Pícaramente; diez onzas he perdido. ¿Y á Vd.?

— Peor todavía; á Dios.

Ni siquiera nos contestó el perdidoso.—Hombre, sino has jugado le dije á mi primo, cómo dices?...

— Amigo, ¿qué quieres? Conocí que me venia á preguntar si tenia suelto. En su vida ha tenido diez onzas; la sociedad es para él una especulacion: lo que no gana lo pide...

Pero ¿y qué inconveniente habia en prestarle? Tú que eres tan generoso...

— Sí, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y sobre todo, ese que nos ha hablado...

— ¡Ah! es cierto; recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separabais.

— Es verdad; y yo le queria; me lo encontré á mi entrada en el mundo; teníamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inesperto de mí! Pero de allí á poco puso los ojos en mi bella, me perdió en su opinion, y nos hizo reñir: él no logró nada; pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

— ¿Es posible?

— Esa es la sociedad : era mi amigo íntimo. Desde entonces no tengo mas amigos íntimos , que estos pesos duros que traigo en el bolsillo : son los únicos que no venden ; al revés , compran.

— ¿ Y tampoco has tenido mas amores ?

— ¡ Oh ! eso sí : de eso he tardado mas en desengañarme. Quise á una que me queria sin duda por vanidad , porque á poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo , y me dijo que no podia arrostrar el ridículo ; luego quise frenéticamente á una casada : esa sí , creí que me queria solo por mí ; pero hubo hablillas , que promovió precisamente aquella fea que ves allí , que como no puede tener amores , se complace en desbaratar los agenos ; hubieron de llegar á oídos del marido , que empezó á darla mala vida : entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro , y que debia concluirse el amor ; su tranquilidad era lo primero. Es decir , que amaba mas á su comodidad que á mí. Esa es la sociedad.

— ¿ Y no has pensado nunca en casarte ?

— Muchas veces ; pero á fuerza de conocer maridos , tambien me he desengañado.

— Observo que no llegas á hablar á las mujeres.

— ¿ Hablar á las mujeres en Madrid ? Como en general no se sabe hablar de nada , sino de intrigas amorosas , como no se habla de artes , de ciencias , de cosas útiles , como ni de política se entiende , no se puede uno dirigir ni sonreír tres veces á una mujer ; no se puede ir dos veces á su casa sin que digan : *fulano hace el amor á mengana*. Esta espresion pasa á sospecha , y dicen con una frase por cierto bien poco delicada : *¿ si estará metido con fulana ?* Al dia siguiente esta sospecha es ya una realidad , un compromiso. Luego hay mujeres , que porque han tenido una desgracia ó flaqueza , que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad , estan siempre acechando la ocasion de encontrar cómplices ó imitadoras que las disculpen , las cuales ahogan la vergüenza en la murmuracion. Si hablas á una bonita , la pierdes ; si das conversacion á una fea , quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro , quieres un empleo. En una palabra , en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente , ni con buen fin , ni aun sin fin.

Al llegar aquí no pude menos de recordar á mi primo sus expresiones de hácia cuatro años: *Es encantadora la sociedad: ¡qué alegría! ¡qué generosidad! ¡ya tengo amigos, ya tengo amante!!!*

Un apretón de manos me convenció de que me habia entendido. ¿Qué quieres? me añadió de allí á un rato; nadie quiere creer sino en la esperiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaria bien si nos buscáramos los de una edad; pero nuestro amor propio nos pierde: á los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen: como es natural le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luego á los que vienen detrás. Esa es la sociedad; una reunion de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima á un tiempo! ¡pícaros, necios, inocentes!!! Mas dichoso aun, si hay escepciones, el que puede ser escepcion!!!



UN PERIÓDICO NUEVO.

*Noble Espagne , où la littérature est
reduite á la liberté du monologue de Fi-
garo.*

F. Soulié. La librairie á Paris. Livre
des Cent-et-un.

¿Porqué no pone Vd. un periódico suyo? ¿Cuando sale Fígaro? ¡Es idea peregrina! Ya he visto en los demás periódicos la publicacion del permiso para el periódico nuevo. ¿Saldrá por fin en febrero , en marzo? ¿Cuándo? ¿Nos hará Vd. reir , por supuesto?

Hé aquí las preguntas que por todas partes se me dirigen, que me cercan , me estrechan , me comprometen , y á las cuales me veo mas apurado para responder , que se ven hace tres dias.... Iba á hacer una mala comparacion ; y si me la habia de suprimir algun amigo de estos que miran de continuo por mi tranquilidad , suprimómela yo.

¿Porqué no he de publicar un periódico tambien? he dicho efectivamente para mí. En todos los países cultos y despreocupados, la literatura entera , con todos sus ramos y sus diferentes géneros , ha venido á clasificarse , á encerrarse modestamente en las columnas de los periódicos. No se publican ya infolios corpulentos de tiempo en tiempo. La moda del dia prescribe los libros cortos , si han de ser libros. Y si hemos de hablar en razon , si solo se ha de escribir la verdad , si no se ha de decir sino lo que de cierto se sabe , convengamos en que todo está dicho en un papel de cigarro. Los adelantos materiales han ahogado de un siglo á esta parte las disertaciones metafísicas , las divagaciones científicas ; y la razon , como se clama por todas partes , ha conquistado el terreno de la imaginacion , si es que hay razon en el mundo que no sea imaginaria. Los hechos han desterrado las ideas. Los periódicos , los libros. La prisa , la rapidez , diré mejor , es el alma de nuestra existencia , lo que no se hace de pri-

sa en el siglo XIX, no se hace de ninguna manera; razón por la cual es muy de sospechar que no hagamos nunca nada en España. Las diligencias y el vapor han reunido á los hombres de todas las distancias: desde que el espacio ha desaparecido en el tiempo, ha desaparecido el terreno. ¿Qué significaría, pues, un autor formando á pié firme un libro detenido él solo en medio de la corriente que todo lo arrebatara? ¿Quién se detendría á escucharle? En el día es preciso hablar y correr á un tiempo, y de aquí la necesidad de hablar de corrido, que todos desgraciadamente no poseen. Un libro es, pues, á un periódico, lo que un carromato á una diligencia. El libro lleva las ideas á las estremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan á pequeñas jornadas como éste lleva la gente á las provincias. Así solo puede esplicarse la armonía, la indispensable relación que existe entre la ilustración del siglo y la escasez de los libros nuevos. De otra suerte sería preciso inferir que la civilización mata las artes y las letras. Y decimos las artes, porque aquella misma rapidez de existencia ha lanzado sobre el terreno de la pintura la litografía, y ha levantado al lado de las antiguas moles de arquitectura gótica de los tiempos lentos, las modernas construcciones de las ratoneras que por casas habitamos en el día.

Convencidos de que el periódico es una secuela indispensable, sino un síntoma, de la vida moderna, esperarían tal vez aquí nuestros lectores una historia de esta invención; una seria disertación sobre los primeros periódicos, y acerca de si debieron ó no su primer nombre á una moneda veneciana que limitaba su precio. Nada de eso. Solo diremos que los primeros periódicos fueron *gacetas*: no nos admirémos, pues, si fieles á su origen, si reconociendo su principio, los periódicos han conservado la afición á mentir, que los distingue de las demás publicaciones desde los tiempos mas remotos; en lo cual no han hecho nunca mas que administrar una herencia. Es su mayorazgo; respetamos éste como los demás, pues que estamos á esta altura todavía.

Inapreciables son las ventajas de los periódicos: habiendo periódicos, en primer lugar, no es necesario estudiar, porque á la larga, ¿qué cosa hay que no enseñe un periódico? Sabe usted por un periódico la hora á que empieza el teatro, y algunas

veces la función que se representa, es decir, siempre que la función que se representa es la misma que se anuncia, esto, al fin, sucede algunas veces. Por los periódicos sabe usted de día en día lo que sucede en Navarra, cuando sucede algo: verdad es que esto no es todos los días; pero para eso muchas veces sabe usted también lo que no sucede: no se sabe ciertamente la pérdida del enemigo, pero esa siempre debe ser mucha, y en cambio se sabe que llegó la noche, porque la noche llega siempre; no es como la libertad, ni como las cosas buenas, que no llegan nunca; y se sabe que los caballos de los facciosos corren más que los nuestros, puesto que siempre deben aquellos su salvación á su velocidad. Así se supiera dónde diantre los van á buscar. Esta investigación sería de grande utilidad para mejorar nuestras crias. Por un periódico sabe usted que hay Cortes reunidas para elevar sobre el *cimiento* el edificio de nuestra libertad. Por ellos se sabe que hay dos estamentos, es decir, además del de procuradores, otro de próceres. Por los periódicos sabe usted, *mutatis mutandis*, es decir, quitando unas cosas y poniendo otras, lo que hablan los oradores, y sabe usted, como por ejemplo ahora cuando una discusión es tal discusión, y cuando es meramente *conversación*, para repetir la frase feliz de un orador.

¿A quién debe aquel orador de café, que perora sobre la intervención extranjera, sus vastos conocimientos acerca de las intenciones de Luis Felipe, sino á los periódicos? ¿Dónde habría aprendido aquella columna de la Puerta del Sol, que hace la oposición de corrillo en corrillo, lo que es un tory y un whig y un reformista, y lo que puede una alianza, sobre todo si es cuádrupla, y una *resistencia*, sobre todo si es una? ¿Dónde aprendería, siendo español, lo que es un progreso? ¿En qué libro encontraría lo que quiere decir un *ministro responsable*, y una *ley fundamental*, y una *representación nacional*, y una *fantasma*? ¿En qué universidad podría aprender la sutil distinción que existe entre las *fantasmas que matan y las que no matan*? Distinción por cierto sumamente importante para nosotros pobres mortales, que somos los que hemos de morir.

Convengamos, pues, en que el periódico es el grande archivo de los conocimientos humanos, y que si hay algun medio en este siglo de ser ignorante, es no leer un periódico.

Estas y otros muchas reflexiones, las cuales no espongo todas, por ser siempre mucho mas lo que callo que lo que digo, me movieron á ser periodista; pero no como quiera periodista atendido á sueldos y voluntades ajenas, sino periodista por mí y ante mí.

Dicho y hecho, concibamos el plan. El periódico se titulará *Figaro*, un nombre propio; esto no significa nada, y á nada compromete, ni á *observar*, ni á *revistar*, ni á ser *eco* de *nadie*, ni á *chapar flores* ni á *compilar*, ni á maldita de Dios la cosa. Encierra solo un tanto de malicia, y eso bien sé yo que no me costará trabajo. Con solo contar nuestras cosas lisa y llanamente, ellas llevan ya la bastante sal y pimienta. Hé aquí una de las ventajas de los que se dedican á graciosos en nuestro país: en sabiendo decir lo que pasa, cualquiera tiene gracia, cualquiera hará reir. Sea esto dicho sin ofender á nadie.

El periódico tratará...de todo. ¿Qué menos? pero como no ha de ser ni tan grande como nuestra paciencia, ni tan corto como nuestra esperanza, y como han de saber mis artículos, no pondremos las reales órdenes. Por otra parte, no gusto de afligir á nadie; por consiguiente no se pondrán los reales nombramientos: menosgusto de estar siempre diciendo una misma cosa; por lo tanto fuera los partes oficiales. Estoy decidido á no gastar palabras en balde; mi periódico ha de ser todo sustancia; así, cada sesion de Cortes vendrá en dos líneas; algunos dias en menos; como de esas veces no ocupará nada.

Artículos de *politica*. Los habrá. Éstos, en no entendiéndolos nadie, estamos al cabo de la calle. Y eso no es difícil, sobre todo quien no los ha de entender es el censor. Oposicion: eso por supuesto. A mí, cuando escribo, me gusta siempre tener razon.

De *Hacienda*. Largamente, pero siempre en broma; para nosotros será un juego esto; no nos faltará á quien imitar. Los asuntos de cuentas solo son serios para quien paga, pero para quien cobra...

De *Guerra*. Tambien daremos artículos, y en abundancia: buscaremos primero quien lo entienda y quien sepa hablar de la materia; por lo demás saldremos del paso, sino bien, mal: nunca serán los artículos tan pesados como el asunto.

De *Interior*. Hasta los codos. Desentrañaremos esto: y tanto queremos hablar de esta materia, que no nos detendremos en

enumerar lo que se ha hecho; solo hablaremos de lo que falta por hacer.

De *Estado*. Aquí nos entenderemos sobre el *statu quo* y sobre el Estatuto, y nos quedaremos entendidos; ni moveremos pié ni pata.

De *Marina*. Esto es mas delicado. ¿Ha de ser Fígaro el único que hable de eso? No me gusta ahogarme en poca agua.

De *Gracia y Justicia*. He dicho muchas veces que no soy ministerial: haré por lo tanto justicia seca. ¡Ojalá que me dejen tambien hacer gracias!

De *literatura*. En cuanto se publique un libro bueno le analizaremos; por consiguiente, no seremos pesados en esta seccion.

De *teatro español*. No diremos nada mientras no haya nada que decir. Felizmente va largo.

De *actores*. Aquí seremos malos de buena fé; seremos actores hablando de actores.

De *música*. Buscarémos un literato que sepa música, ó un músico que sepa escribir: entre tanto, Fígaro se compondrá como se han compuesto hasta el dia los demás periódicos. Felizmente pillaremos al público acostumbrado; y él y nosotros estamos iguales.

Modas. En esta seccion hablaremos de empréstitos, de intrigas, de favor..... en una palabra, lo que corre..... á la *derniere* siempre.

De *costumbres*. Por supuesto, malas: lo que hay: escribiremos como otros viven sobre el país. Fígaro hablará bajo este título, de paciencia, de tinieblas, de mala intencion, de atraso, de pereza, de apatía, de egoismo. En una palabra, de nuestras costumbres.

Anuncios. Queriendo hacer lo mas corta posible esta parte del periódico, solo anunciará las funciones buenas, los libros regulares, las reformas, los adelantos, los descubrimientos. Ni se pondrán las pérdidas, ni menos todo lo que se vende entre nosotros. Esto seria no acabar nunca.

Hé aquí el periódico de Fígaro. Ya está concebida la idea. Sin embargo, no es eso todo. Es preciso pedir licencia; pero para pedir licencia es preciso poder presentar fianzas. Si yo las tuviera no seria yo el que me pusiera á escribir tonterías para divertir

á otros, ó tener empleo con sueldo... Pero si tuviera empleo, y jefe, y horas fijas, y once y expedientes, y la cesantía al ojo, no tendría yo humor de escribir periódicos... ó ser catedrático... pero si fuera catedrático sabría algo, y entonces no serviría para periodista...

Está decidido que no sirvo para pedir licencia. Otro al canto; un testaférreo; un sueldo al testaférreo; seguridades contra seguridades, fianza, depósito, licencia, en fin. Hé aquí ya á Figaro con licencia: no esa licencia, tan temida, esa licencia fantasma, esa licencia que nos ha de volver al despotismo; esa licencia que está detrás de todo, acechando siempre el instante, y el ministro, y el... No, sino licencia de imprimirse á sí mismo.

Ya no falta mas que imprenta. Corro á una...—Aquí es imposible: no hay letra.—Corro á otra: aquí, le diré á Vd. francamente, no hay prensas.—A otra: aquí no queremos periódicos; hay que trabajar de noche. Dios ha hecho la noche para dormir.—Sí, pero no el impresor, contesto furioso.—¿Qué quiere Vd.? Luego es trabajo en que no se gana: como no hay cajistas en España, piden un sentido, se hacen valer; el público no quiere pagar caro, el oficial no quiere trabajar barato.—¿Con qué es imposible imprimir un periódico?—Poco menos, señor; y si acaso se lo imprimen á Vd., será caro y mal. Pondrán unas letras por otras.—Eso ¡par diez! no será imprimir mi periódico, sino otro del cajista.—Pues eso, señor, sucederá; en habiendo un dia de formación no tendrá Vd. cajistas; y si Vd. se enfada algun dia por una errata, le dejarán plantado, y si no se enfada tambien.

¿Es posible? ¿Con qué no hay Figaro? ¡Oh! ¡Habrá Figaro, habrá Figaro! Vencerémos las dificultades... ¡Ah! se me olvidaba. ¡Papel! A una fábrica, á otra, á otra... Este es chico, este caro, este es grande, este moreno, este con demasiada cola...—Mire Vd., como Vd. le quiere, no lo hay, me dicen por fin. Es preciso mandarlo hacer.—Pues lo mando hacer: para dentro de ocho dias.—Señor, la fábrica está á sesenta leguas; hay que hacer los moldes, y luego el papel, y luego secarlo, y si llueve... y luego traerlo... y el ordinario echa quince dias ó veinte... Y...—¿Y no hay quién le eche á Vd. á los infiernos?... grito desesperado. ¡País de obstáculos!

Es preciso resignarse, esperar... Al fin lo habrá todo... dema-

siado va á haber luego... esta es la idea que me detiene, por fin, que cuando haya editor, redactores, impresor, cajistas, papel... entonces tambien habrá censor... Eso sí, eso siempre lo hay..... ni hay que mandarle hacer, ni hay que esperar...—Aquí acabo de perder la cabeza, enciérrome en mi casa, ¡voto va! Pues ha de haber *Fígaro*, si señor, por lo mismo ha de haber *Fígaro*, y ha de hablar de todo, absolutamente de todo.

Diciendo esto llego á mi casa, me siento á mi bufete para tomar disposiciones.—¿Qué hace Vd.? le digo á mi escribiente, de mal humor.—Señor, me responde, estoy traduciendo, como me ha mandado Vd., este monólogo de su tocayo de Vd. en el *marriage, de Figaro* de Beaumarchais, para que sirva de epígrafe á la coleccion de sus artículos que va Vd. á publicar.—¿A ver como dice?

«Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se estiende hasta á la imprenta; y con tal que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca á algo, puedo imprimirlo todo libremente, prévia la inspeccion y revision de dos ó tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad anuncio un periódico...

—Basta, exclamó al llegar aquí mi escribiente, basta; eso se ha escrito para mí; cópielo Vd. aquí al pié de este artículo: ponga Vd. la fecha en que eso se escribió...—1784.—Bien. Ahora la fecha de hoy.—22 de enero de 1835.—Y debajo.—*Figaro*.

LA POLICÍA.

Así como hay en el mundo hombres buenos, también hay cosas buenas: no citarémos nombres propios en la primera clase, por no ofender á la mayoría; pero en la segunda preciso será citar si queremos que nos crean. Cosa buena por ejemplo es la prévia censura, y para algunos no solo buena, sino excelente. Que manda Vd. y que manda Vd. mal, dos cosas que pueden ir juntas. ¿Pues no es cosa buena y rebuena que nadie pueda decirle á Vd. una palabra? Que mande Vd., y que no mande Vd. mal, pero que es Vd. hombre de calma; y como habia Vd. de mandar algo bueno, no manda Vd. nada, ni bueno, ni malo. Pues ¿no es un placer verdaderamente que si hay algun escritorzuelo atrevido que sale á decir *esto no marcha*, salga por otra parte el censor que Vd. le pone y le escriba en letra gorda y desigual al pié del folleto «*esto no puede correr?*» Vaya si es cosa buena. Que es Vd. un sugeto de luces por otra parte, amigo del gobierno, y que tiene Vd. poco sueldo, ó no tiene Vd. ninguno, como suele suceder. Vaya si es cosa buena que le dén á Vd. veinte mil reales de sueldo, ú opcion á los primeros que vaquen, solo por poner *esto no puede correr*, que al cabo es decir una verdad como un templo. Cosa buena es y muy buena. Replica—ránnos los que viven de disputar que la tal prévia censura no es igualmente buena para el que escribió el artículo que no puede correr, ni para el país que de él pudiera sacar provecho; pero en primer lugar, que al sentar nosotros la proposicion de que hay cosas buenas, no hemos dicho para quien, y en segundo añadiremos que ese es el destino de las cosas de este mundo, en las cuales no hay una sola buena para todos. Países hay donde se cree que la perfeccion consiste en que las cosas sean buenas para los mas; pero también hay países donde se cree en brujas, y no por eso son las brujas mas verdaderas. Dejemos por consiguiente este punto, que entra en el número de los muchos que

no son oportunos todavía para nosotros , y convengamos únicamente en que hay cosas buenas.

Sabido esto, pocas hay que se puedan comparar con la policía. Por de pronto, su origen está en la naturaleza; la policía se debe al miedo, y el miedo es cosa tan natural, que poco ó mucho, no hay quien no tenga alguno; y esto sin contar con los que tienen demasiado, que son los mas. Todos tenemos miedo: los cobardes á todo: los valientes á parecer cobardes: en una palabra, el que mas hace es el que mas lo disimula, y esto no lo digo yo precisamente; antes que yo lo ha dicho Ercilla, en dos versos, por mas señas, que si bien pudieran ser mejores, difícilmente podrian ser mas ciertos.

*El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente,*

Preclaro es, pues, el origen de la policía. No nos remontaremos á las edades remotas para encontrar apoyos en favor de la policía. Trabajo inútil fuera, pues ya nos lo dan hecho: un orador ha dicho que en todos los países la ha habido *con este ó aquel nombre*, y es punto sabido y muy sabido que la habia en Roma y en el consulado de Ciceron: no se sabe si con este ó con aquel nombre, no precisamente con su subdelegado al frente y sus celadores al pié; pero ello es que la habia, y si la habia en Roma es cosa buena: si á esto se añade que la hay en Portugal, y que el pueblo da á sus individuos el nombre de *Morcegos*, ya no hay mas que saber.

Venecia ha sido el estado que ha llevado á mas alto grado de esplendor la policía: pues ¿qué otra cosa era el famoso tribunal pesquisidor de aquella república? A ella se debia la hermosa libertad que se gozaba en la reina del Adriático, y que con colores tan halagüeños nos ha presentado un literato moderno en la escena, y un célebre novelista en su *Bravo*. La inquisicion no era tampoco otra cosa que una policía religiosa; y si era buena la inquisicion, no hay para qué disputarlo. Aquí se prueba lo que ha dicho el orador citado, de que siempre ha existido en todos los países *con este ó aquel nombre*.

Otra prueba de que es cosa buena la policía es su existencia, no solo en Roma y en Portugal, sino tambien en Austria; y so-

bre todo, en la parte de Italia sujeta á aquel imperio, donde es delito á los ojos de la policía haber á las manos un papel francés. Así son los italianos tan felices, así se hacen lenguas del emperador de Austria. Oígame otro ejemplo. Ahí está la Polonia, que debe su actual felicidad ¡vaya si es feliz! á la policía rusa. Que la policía es, pues, una institucion liberal, se deduce claramente de su existencia en Austria y en Polonia; y si nos venimos mas acá, veremos que en Francia la instaló Bonaparte, uno de los amigos mas acérrimos de la libertad; y tanto, que él tomó para sí toda la que pudo coger á los pueblos que sujetó; y á España, por fin, la trajo el célebre conquistador del Trocadero el año 23, y fué lo que nos dió en cambio y permuta de la Constitucion que se llevó; prueba de que él creia que valia tanto por lo menos la policía como la Constitucion.

Pues luego, si ha hecho bienes al país, no hay para qué ponerlo en cuestion.

A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin; y como ha dicho muy bien otro orador, á la policía se debió sin duda alguna aquella inocente treta por la cual se sonsacó de Gibraltar á un célebre patriota para acá a lo en territorio español, con toda nobleza y valentía. Pero ¿á qué mas ejemplos? de cuantos liberales han muerto judicialmente asesinados en los diez años, acaso no habrá habido uno que no haya tenido algo que agradecer á esa brillante institucion. Ahora bien, continuador el año 33, y heredero universal, como se ha pretendido, de los diez años, mal pudiera rehusar herencia tan legítima: así hemos visto á nuestra policía recientemente hacer prodigios en punto á conspiraciones.

La policía se divide en política y en urbana. Y es cosa tan buena una como otra. Por la primera, supongamos que sabe Vd. que se habla en un café, en una casa, ó que no se habla, pero que tiene Vd. un enemigo; ¿quién no tiene un enemigo? Va Vd. á la policía y con contar el caso, y con añadir que en la casa tienen pacto con *Isabelinos*, y que detrás del *vira de ordenanza* está tapada la anarquía, hace Vd. prender á su enemigo. ¿Pues no es cosa escelente? Luego, para cualquier carrera se necesita saber algo, suponiendo que no haya favor ó parentesco; para médico, por ejemplo, alargar la enfermedad; para abogado, embrollar el asunto; para militar ir á Vizcaya... para cura, lo-

dos sabemos ya lo que se necesita saber, y por ese estilo; pero para ser de policía basta con no ser sordo. ¡Y es tan fácil no ser sordo! Ahora, si fuera preciso hacerse el sordo, ya era otra cosa: era preciso saber entonces casi tanto como para ser ministro.

Por otra parte decía un ilustre amigo nuestro, que la España se había dividido siempre en dos clases: gentes que prenden á gentes que son prendidas: admitida esta distincion, no se necesita preguntar si es cosa buena la policía.

Acerca de los premios destinados á la delacion, y para cuyos gastos será sin duda gran parte de los millones del presupuesto, esto es indispensable: primero, porque uno no ha de delatar de balde, y segundo, porque no se cogen truchas, etc., refran que pudiéramos convertir en *no se cogen anarquistas*, etc. En una palabra, ó se ha de prender, ó no se ha de prender: si se ha de prender, es preciso que haya quien delate; y si ha de haber delatores, estos han de comer, porque tripas llevan piés. Por consiguiente, no solo es cosa buena la policía, sino tambien los ocho millones.

En los Estados Unidos y en Inglaterra no hay esta policía política, pero sabido es en primer lugar el desórden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinion que le dé la gana: por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos, y nosotros leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones, como ha dicho muy bien otro orador, debemos aprender algo en él, y no seguir las mismas huellas de los países demasiado libres, porque vendríamos á parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre, y la prosperidad le hace orgulloso por mas que digan.

La otra policía es urbana. Esta es todavía mas cosa buena que la otra. Entre las ventajas que produce nos contentarémolos con los pasaportes, con los cuales va Vd. adonde quiere y adonde le dejan. Paga Vd. su peseta, y ya sabe Vd. que tiene pasaporte. Suponga Vd. que á imitacion de Inglaterra no hubiera pasaportes. En verdad que no se concibe como se puede ir de una parte á otra sin pasaporte: si fuera sin caminos, sin canales, sin carruages, sin posadas, ¡vaya! ¡pero sin pasaportes! Por el mismo consiguiente saca Vd. su carta de seguridad, y ya está Vd. seguro, de haber gastado dos reales; pero en cambio hay otro

que desde que Vd. los tiene de menos los tiene de mas. De modo, que para éste, sobre todo, la carta de seguridad es cosa buena, tan buena por el pronto como dos reales. Hay cosas mejores, es verdad, pero siempre es cosa buena.

Probada, pues, hasta la evidencia la bondad de la policía, ¿cómo pudiéramos no agregarnos al voto de los 50 señores procuradores que han perdido la última votacion? Poco vale por cierto nuestra opinion; no somos desgraciadamente ni procuradores ni inviolables, pero en cambio tendremos policía por lo menos: pagaremos en compañía de nuestros compatriotas ocho millones para que nos averigüen nuestras conversaciones, nuestros pensamientos, nuestros... y si algun dia la policía nos prende, como es probable, por anarquistas, exclamarémos con justo entusiasmo: ¡Buena cárcel nos mamamos! ¡Pero buen dinero nos cuesta!

POR AHORA.

En nuestro último artículo, en que defendíamos la policía, dejamos ligeramente apuntado que hay *cosas buenas* en el mundo; y probamos hasta la evidencia, como solemos, que una de ellas es la policía. Como no nos pasa por la imaginación que uno solo de nuestros lectores se haya resistido á nuestras razones, tratamos de probar hoy otra verdad mas indisputable todavía, á saber: que sentado el principio de que hay cosas buenas, hay *palabras* que parecen *cosas*, es decir, que hay *palabras buenas*.

A primera vista parece que buenas deben ser todas las palabras, puesto que sirven todas para hablar, ó sea para gastar conversacion, que es el fin que parecemos proponernos; esto es un error sin embargo, y error grave. Palabras hay malas, profundamente malas por sí mismas, y sin necesidad de accesorios, que forman por sí solas oracion y sentido, por mas que suelen ellas no tener sentido comun. Palabras que valen mas que un discurso, y que dan que discurrir; cuando uno oye por ejemplo la palabra *conspiracion*, cree estar viendo un drama entero, y aunque no sea nada en realidad. Cuando uno oye la palabra *libertad*, sola ella, solita, cree uno estar oyendo una larga comedia. Cuando uno oye la palabra *imprensa*, ¿no cree ver detrás la censura, el imposible vencido, la cuadratura del círculo, la gran quisicosa? ¿No hay quién ve en ella el abismo, la anarquía, aquel qué sé yo, que nadie sabe esplicar ni comprender? Cada una de estas palabras son verdaderas linternas mágicas: el mundo todo pasa al través de ellas. Una vez encendidas todo se vé dentro.

Estas palabras que encierran por sí solas una significacion entera y determinada son malas generalmente: las buenas son aquellas que no dicen nada por sí, como por ejemplo: *prosperidad*, *ilustracion*, *justicia*, *regeneracion*, *siglo*, *luces*, *responsabilidad*, *marchar*, *progreso*, *reforma*, etc. etc. Estas no tienen

un sentido fijo y decisivo: hay quien las entiende de un modo, hay quien las entiende de otro, hay, por fin, quien no las entiende de ninguno. Estas son buenas, porque blandas como cera, adáptanse á todas las figuras; estas son, en fin, el alimento de toda conversacion. Con ellas no hay discurso que no se pueda sostener, no hay cosa que no se pueda probar, no hay pueblo á quien no se pueda convencer. Estas son las palabras que parecen cosas.

Ahora bien, cuando dos de estas palabras insignificantes y maleables se llegan á encontrar en el camino una de otra, únense al momento y se combinan por una rara afinidad filológica, y entonces no toman por eso mayor sentido: todo lo contrario, juntas suelen querer decir menos todavía que separadas: entonces estas palabras buenas suelen convertirse en lo que vulgarmente llamamos *buenas palabras*.

Hé aquí las reflexiones que teníamos presentes al sentar en el papel el titulillo de este artículo. Nadie nos negará que la palabra *por ahora*, *por* quiere decir poco cuando va sola: pues de la palabra *ahora*, no decimos nada. Hé aquí, pues, dos palabras excelentes, combínense como se combinen. Júntese el *por* con el *que*, y resultará el *porque*. Siempre se ha dicho que el *porque* de las cosas es inaveriguable; *por* consiguiente no quiere decir nada. Póngase el *ahora* en *oracion*, y digamos, por ejemplo: ¿*Qué hay ahora?* ¿*Qué se hace ahora?* Nada. Ambas son, pues, palabras nulas, y buenas *por* consiguiente. Combínense *ahora* juntas y digamos: *por ahora*, y se verá el efecto peregrino de la suma de todas las nulidades.

Pocas palabras hay tan buenas, tan útiles en el dia, tan en boga; pocas palabras buenas, que puedan tan fácilmente convertirse en *buenas palabras*. ¿A qué nos contesta Vd. con el *por ahora*? Es la espada de Alejandro, que corta todo nudo gordiano; es la panacea universal que templá todos los dolores. Buena jornada habíamos echado si no pudiéramos contestar á todo: *por ahora*.

¿Cuánto no suaviza esta frase toda mala contestacion? Por mejor decir, no hay con ella mala contestacion posible, y todo aquel que sepa lo que es una repulsa seca, sabrá apreciar cuánto valen las buenas palabras. Son el vino que se mezcla con el agua para quitarle su crudeza. Ejemplo. *No*, quiere decir que

no. Pero si en vez de decir *no*, dice Vd. *por ahora no*, aunque Vd. quiera decir lo mismo, si habla Vd. sobre todo con un tonto, como suele suceder, ha dicho Vd. una gran cosa. ¿Y qué cuesta decir dos palabras mas?

Convencidos hombres muy ilustrados de esta verdad, ¿como pudieran no usarlas continuamente?

Lluevan sobre ellos en buena hora demandas y peticiones; renuévese la tabla de los derechos; clamen por todas partes tribuna y periódicos por la libertad de imprenta; no le responderán á Vd. con un *no* seco, sino que *por ahora no conviene*. Pida Vd. mas garantías; abogue usted por una verdadera seguridad individual; porque tal ó cual estado es absurdo. *Lo vemos*, responderán, y lo que es mas *con dolor*; empero *por ahora* no es oportuno. Para que un pueblo esté bien gobernado, para que sea feliz, es preciso que se difunda la *ilustracion*; para que un pueblo sea libre, es preciso que sepa mucho... y esté bastantemente ilustrado... véase sino *Grecia y Roma*; aquellos eran pueblos libres... ¡pero lo que se sabia allí! ¡que pueblos tan ilustrados! ¿Qué tiene que ver la España del siglo XIX con la *Grecia de Licurgo* y la *Roma de Numa*?

Venga usted á decirme que el sistema judicial no es gran cosa. Que cada uno multa como le da la gana, y juzga como le parece. Pero eso es *por ahora* no mas. Deje Vd. que llegue aquel dia raro, aquel dia particular, que ha de ser el decisivo; el dia, en fin, de la oportunidad, el dia que nos convenga pasarlo bien, que ese dia será otra cosa.

Que hay confusion de poderes, de palabras y de cosas; que no nos entendemos; que es una verdadera Babel; que no andamos un solo paso; pero eso es *por ahora*. Todavía no conviene que nos entendamos. Es preciso buscar el momento oportuno. Pues qué, ¿no hay mas que entenderse cualquier dia del año, cualquier año del siglo?

¿Y quién es el encargado, preguntarán ustedes, de conocer el momento? ¿quién es ese sabio sagaz y penetrante que ha de conocer cuándo nos conviene ser iguales, ser libres, poder hablar, ser, en una palabra, felices? ¿dónde está la línea divisoria entre la inoportunidad y la inoportunidad? ¿quién es el ilustrado encargado de medir nuestra ilustracion?

Por ahora, amigo lector, no se columbra todavía á ese sabio,

responderémos, ni nosotros hemos hecho ánimo de responder *por ahora* á todas las preguntas, ni nos dejarán responder tampoco *por ahora*, aunque quisiéramos. Limitémonos *por ahora* á probar que como hay cosas buenas entre nosotros, hay palabras que parecen cosas, y *palabras buenas* que nos dan por *buenas palabras*. Que las voces *por ahora*, son las primeras de ese género, y si bien se mira, bastante hemos dicho *por ahora*.

LITERATURA.

Poesias de don Juan Bautista Alonso.

Los hombres son raros en verdad. De cuatro veces tres no se entienden unos á otros, y de tres cuatro no se entienden á sí mismos. Diria uno oyendo ese prolongado clamor que pide libertad de imprenta diariamente: «Este es el país de la imprenta; de los libros... de los periódicos...» Solemne chasco se llevaría quien tales consecuencias dedujese. Es preciso entendernos: ese clamor de libertad de imprenta, tan continuo, tan incesante, tan justo, puede tener dos principios: puede considerarse como un derecho meramente político reclamado por un pueblo víctima, que hace el último esfuerzo para romper la cadena; y puede mirarse tambien como un órgano meramente literario, exigido por un pueblo ansioso de ilustracion. En el primer caso la imprenta es el baluarte de la libertad civil; en el segundo el paladion de los conocimientos humanos. Desgraciadamente, si se contempla despacio el cuadro de nuestra ilustracion científica, literaria y artística, esta ansia de libertad de imprenta no se puede achacar á la cooperacion de ambos principios reunidos, cooperacion que seria la perfeccion; no. Es preciso contentarse con reconocerle la primera causa por origen; y esto pinta bastante nuestra situacion. Pedimos libertad de imprenta, no para lucirnos, sino para quejarnos; como anda buscando la voz para gritar el que abrumado por una horrible y miedosa pesadilla, tiene embargada el habla por el sueño. Busquemos en España desgraciados y oprimidos, ¿pero literatos?

A estas tristes reflexiones da lugar cada publicacion original que levanta la cabeza de cuando en cuando, mostrándose como á hurtadillas, entre nosotros. Es la voz que resuena en el desierto: ni un eco hay que responda, ni un oido que la albergue, ni un pueblo que la escuche. Montes de arena, hoy aquí, mañana allí, y un huracan violento. Nada mas.

Si bien luce algun ingenio todavía de cuando en cuando, nuestra literatura sin embargo no es mas que un gran brasero apagado, entre cuyas cenizas brilla aun pálida y oscilante tal cual chispa rezagada. Nuestro siglo de oro ha pasado ya, y nuestro siglo XIX no ha llegado todavía.

En poesía estamos aun á la altura de los arroyuelos murmuradores, de la tórtola triste, de la palomita de Filis, de Batilo y Menalcas, de las delicias de la vida pastoril, del caramillo y del recental, de la leche y de la miel, y otras fantasmagorías por este estilo. En nuestra poesía á lo menos no se hallará malicia: todo es pura inocencia. Ningun rumbo nuevo, ningun resorte no usado. Convengamos en que el poeta del año 35, encenagado en esta sociedad envejecida, amalgama de oropeles y de costumbres perdidas; presa él mismo de pasioncillas endebles, saliendo de la fonda ó del villar, de la ópera ó del sarao, y á la vuelta de esto empeñado en oír desde su bufete el cefirillo suave que juega enamorado y malicioso por entre las hebras de oro ó de ébano de Filis, y pintando á la Gesner la deliciosa vida del otero (invadido por los facciosos), es un ser ridículamente hipócrita, ó furiosamente atrasado. ¿Qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe, ni el que las lee?

Empero no quisiéramos que se interpretara en mal del libro que analizamos esta série de reflexiones generales, que tienden solo á probar, no el atraso particular de tal ó cual poeta, sino el general atraso de nuestra poesía. Mal pudiéramos por otra parte acriminar á nadie de seguir demasiado estrictamente el camino mas trillado; no todos tienen espíritu suficiente para sacudir las cadenas de la rutina; ni la antigua escuela que nos abrumba aun por todas partes con su acompasada monotonía nos permite otra cosa. Antes de inventar nos es forzoso olvidar, y esta es una doble tarea de que no son todos capaces; acaso cuando le ocurre á cada cual olvidar, es tarde ya para él. Todo va despacio entre nosotros; ¿por qué ha de ir de prisa solo la poesía?

Colocándonos, pues, en la época á que corresponden estas poesías, examinemos el libro en venta, no ya comparando á nuestro autor con lord Byron ó Lamartine, puesto que su género es tan distinto que dificilmente se le pudieran hallar puntos de contacto.

El tomo del señor Alonso se compone de *odas*, segun la antigua clasificacion, y bajo este rótulo se encierran verdaderos *dis-*

ursos, mas ó menos filosóficos, elegíacos ó pindáricos, en que el poeta desarrolla buena porcion de dotes aventajadísimas: consta el volúmen además de romances, de sonetos, de letrillas, anacreónticas y canciones.

La coleccion del señor Alonso comienza con una oda titulada: *Que la instrucción es la mejor y la mas durable de las riquezas*. Sin convenir de ninguna manera en este principio, encontramos en la tal composicion buen juicio, y esa misma instruccion que el autor llama riqueza, y que nosotros menos poetas sin duda, llamaremos solo instruccion á secas.

La oda elegíaca que sigue está salpicada de poesía por todas partes: es á la muerte de una jóven hermosa recién casada. Imágenes atrevidas, símiles felicísimos, sentimiento alguna vez. Después de haber dicho que

*Cintia á su Delio mira
y entre sus brazos sonriendo espira,*

añade el poeta Alonso:

*Así en oscuro templo
donde el silencio sepulcral domina,
la agonizante lámpara vislumbra
sus moribundos trémulos reflejos,
mientras su luz se ahuyenta
en desiguales partes soñolienta;*

*Y al consumir oculta
entre las sombras de la negra noche,
último resto del fulgor dudoso,
el tibio gérmen de su triste vida,
fugaz vigor adquiere
y súbita creciendo alumbra y muere.*

Quitensele á esas estrofas algun adjetivo inútil, y cierta oscuridad que resulta de la violenta colocacion del tercer verso de la segunda, y es un rasgo de primer orden.

Como imitacion de San Juan de la Cruz, la oda á la profesion religiosa de la señorita madrileña tiene todo el mérito de hallarse bien tomado el tono de esta clase de composiciones: hay unción, hay aquel dialecto figurado y simbólico que han usado todos los poetas de ese género.

Dice el poeta á la muerte de una niña:

*Impune hiere el bárbaro asesino,
y tranquilo se goza en sangre humana
retiñendo el puñal de muerte lleno;
y asesinando vive
alumbrándole el sol, que alumbra al bueno.*

Esta estrofa parece de Cienfuegos; su mismo atrevimiento, su novedad, su amargura misma.

Parécenos sin embargo que el género filosófico no es el sol de Austerlitz para el señor de Alonso: le comparáramos de buena gana en esta circunstancia con Melendez, de quien las odas y los discursos, salvo alguna escepcion como la de *las artes y las estrellas*, no son lo que le da inmortalidad.

El género del señor Alonso es el género mismo de Melendez, el bucólico; tiene composiciones enteras dignas de Batilo; sabe revestirse perfectamente del candor pastoril, de aquel dialecto jugueton, de aquel tono que huele á tomillo, segun la feliz expresion de un académico, que tambien hay académicos felices en ocurrencias.

*Irémos á la fuente
y allí la sed fogosa apagarémos
en su fresca corriente,
y el bien que nos debemos
sin miedo y sin testigo gozarémos.*

*¿A qué envidiar cortadas
las frutas en los cestos cortesanos,
si aquí penden colgadas
en árboles galanos
que desde el suelo alcanzarán las manos?*

Hé aquí al poeta en su terreno. Cuando se entrega á su verdadera inspiracion, nada huelga en él, nada le falta. Ya no hay aquella dureza, aquella confusion de epitetos superabundantes, aquella especie de oscuridad, aquella afectada profundidad, aquel lujo pampanoso de poesia y de ruido que se advierte en sus primeras composiciones. Las dos estrofas citadas son un modelo;

es difícil hacer nada mas acabado que la segunda, felicísima imitación de Virgilio.

¿Cómo no citar aquí, cual la reina del tomo, la composición *A la vida feliz*, desempeñada en primorosas quintillas? Es de lo mejor que hay escrito en castellano, y en cualquiera lengua. ¡Qué sencillez tan elocuente! ¡qué giros tan castizos, tan elegantes! ¡qué verdad, qué pureza, qué encanto singular! Júzguela el lector por sí mismo, y una vez leído ese lindo rasgo de poesía, le aconsejamos que en lugar de pasar á leer ninguna otra composición, la vuelva á leer segunda vez, y no salga de ella jamás.

Como modelo de facilidad en la versificación, *Las quejas del moro* es romance inimitable; y en punto á romances, aunque son buenos el retrato de Rosana, el del cumpleaños de la señora doña María de los Dolores Armijo de Cambronero, el de Anfriso á Dalmiro, campea sobre todos el de *El consejo*. Es todo un romance y todo un consejo. ¡Qué pura intención! ¡qué verdad! ¡qué noble indignación contra el seductor Fabio! ¡qué interés tan noble por la inocente Elisa! ¡cómo corre la pluma en él! ¡cómo se desahoga la vena del poeta!

Fácilmente conocerá el lector que ya puestos á citar, citaríamos de buen talante infinitas bellezas mas por ese mismo estilo que brillan en la colección; con tanto mas placer, cuanto que, amigos del poeta, quisiéramos no vernos obligados á poner al lado del elogio conquistado la merecida crítica. Pero conocemos demasiado al señor Alonso y sus severos principios de virtud, para ofenderle con una parcialidad indigna del escritor público. Al notar los defectos de su obra, como lo hemos hecho, repetiremos su axioma: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*.

En resúmen, el señor de Alonso tiene en general el mérito de ser original, y en estos tiempos no es poco. No se puede comparar con Rioja, con Herrera, con Garcilaso; no es precisamente Melendez, ni Cienfuegos; no es Quintana; no es.., es un poeta *sui generis*; el señor Alonso es Alonso. Es superior, como hemos dicho, en el género bucólico. Su versificación es en general buena, casi siempre armoniosa. No es muy correcto, y esto no porque le creemos incapaz de corrección: pero ha hecho mal en no pulirse mas, como él mismo dice en su prólogo, por falta de *humor y de paciencia*. Hubiera podido espurgar algun tanto sus

poesías, suprimir alguna composición, y acortar muchas. Poeta franco y libre, suelta la rienda á su inspiracion y escribe demasiado. El talento no ha de servir para saberlo y decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir de lo que se sabe. Esa superabundancia de vena suele dañar al efecto, desliendo demasiado ideas que, ligeramente apuntadas, resaltarían doble: porque en las artes de imaginacion suele querer decir de mas lo que se dice de menos. Manifiesta instruccion y filosofía, sino abusara á veces de la primera, y sino afectase demasiado la segunda. Conoce su lengua, y aun creemos que pueda deber al cultivo de la poesía esas disposiciones oratorias que hemos oido elogiar en él aplicadas al foro.

Damos el parabien al señor Alonso por los laureles que acumula sobre su cabeza con la publicacion de sus poesías, y nos le damos á nosotros mismos por haber tenido esta ocasion de hacer pública justicia al mérito del señor Alonso.

CARTA DE FÍGARO

Á SU ANTIGUO CORRESPONSAL.

—

Ya se vé que te escribo poco, amigo mío; pero ¿qué quieres? me he propuesto no escribirte sino cuando suceda por acá alguna cosa buena, cuando haya alguna buena noticia, ó cuando las novedades que ocurran sean tan grandes que valgan la pena de escribir sobre ellas cuatro párrafos de sustancia y de gusto. Cosa buena no ocurre, ni viene buena noticia de ninguna parte; y por lo que hace á novedades, todas las de por acá son viejas. A mí se me figura siempre que he visto ya en otra parte todas nuestras novedades; y debe de consistir en que las unas son plagios, las otras imitaciones, y las demás repeticiones de nosotros mismos. Siempre vamos por el mismo camino, y lo que es peor, al mismo paraje. Hay sin embargo quien asegura que esta vez no vamos por ningun camino, ni á ninguna parte; si esto fuese cierto, ya sería el caso muy diferente.

Me preguntas ¿qué era eso que andabamos buscando aquí y que no se encontraba? Por esas señas apenas sé lo que me quieres decir. Todo... Me he figurado, al fin, si me querrias hablar del ministerio. Pero si era eso, ¿á qué tanto misterio? Ya no estamos en tiempo de Calomarde; ahora se puede hablar claro y sin rodeos todo lo que se piensa, cuando se piensa. Aquí se habla mal de muchos ministros, y se los nombra y todo: á nadie han preso todavía por eso, lo cual es muy de alabar, y prueba por lo menos que no se quieren cometer injusticias.

En punto á ministerio te diré que es cierto que hemos andado buscando ministros. Tú sabes el cuento de Diógenes y la linterna. Poco mas ó menos se ha hecho aquí buscando un hombre. Parece que no es nada el ser ministro. Pues es algo. Antes, ¡vaya! Pero ahora con esto de que el ministro ha de saber hablar, y se ha de vestir limpio, y qué sé yo cuántas cosas... sucede que no se atreven á quitar un ministro, porque, amigo, ¿dónde van por

otro? Hombres para ministros no nacen todos los días; y si *nacieran* como decía muy bien el señor presidente del consejo de ministros en una lindísima elegía,

Solo al tocarlos yo se marchitaran;

porque esa es la suerte de todas las cosas de nuestro país. Pero por fin el hombre ya parece que se ha encontrado, y está provisto el ministerio de la Guerra.

Hace un año, poco más, decía el gobierno (que entonces era Cea) que para acabar con don Carlos no se necesitaban *liberales ni innovaciones*. Pasó el tiempo, y fué preciso echar mano de *liberales y de innovaciones*, lo menos que se pudo, es verdad; pero al fin fué preciso. Que tuvimos ya nuestro poco de liberales, y nuestro poquito de innovación; siguieron los que entraron con el mismo cantar: *Nosotros lo acabaremos*, dijeron; *pero ni hace falta Mina, ni...* Pues hizo falta *Mina*, hizo falta *Valdés...* y hará falta todo.

Pues un espejo de lo que ha sucedido en Guerra, ha sido *Gracia y Justicia*. De renuncia en renuncia vinimos á parar en fin al señor Dehesa. Yo no le conocía, ni tú tampoco; pero eso no prueba nada. Me dirás á eso que tú no has dicho que pruebe algo: entonces estamos de acuerdo. En Interior ha sido otra cosa; allí no costó nada el hacer la mudanza, si se exceptua lo que costó decidirse á ella, y han puesto al señor Medrano. Con respecto á sus doctrinas, bien conocidas son; no hay sino coger los periódicos y echarse á adivinar en las sesiones que dan los taquígrafos lo que deben haber dicho los oradores, y por ahí te pones al corriente en un momento.

Lo que es la Hacienda sigue lo mismo, y el Estado *in statu quo*. La Marina sin novedad, que por cierto es lástima. La cuádruple alianza parece que tiene olvidada su cláusula de sacar al Pretendiente del territorio de la Península. A eso dirán que ya han cumplido, y que lo han sacado otra vez... No es para todos los días andar como pala de horno, sacando y metiendo á S. A. en la Península. Que se salga él si quiere, y si no que lo deje; lo demás no es tener maldita la formalidad.

Los presupuestos van en boga. El Conservatorio de música no ha podido sacar un maravedí á la nación. Primero se contentó con 600,000 reales, luego ya pidió 400,000, después subió has-

ta 80,000. Pero nada. Sin embargo, á él se le dán dos cominos de todo eso. Anoche se cantó allí la *Norma*, y se asegura que siguen cantando. Siempre se ha dicho que el *español cuando canta, ó rabia ó no tiene blanca*. Mira tú lo que es: yo era de opinion de que le hubieran votado alguna friolera.

Ya vamos mudando los nombres á las cosas. En verdad que hasta ahora no estamos mas que en las calles; pero por alguna parte se ha de empezar. Ya los mudaremos todos, si Dios quiere.

Los teatros siguen abiertos la cuaresma; eso sí las comedias con este régimen, ó lo que sea, pelechan. Y á propósito de comedias, te diré que aquellos veinte y ocho carlistas que se habian cogido en la costa Cantábrica han resultado ser veinte y siete. Parece que habia sido un yerro de cuenta.

La fusion sigue en boga por todas partes: dentro de poco conseguirán que se junten el agua y el aceite. Pero ¡qué químicos, amigo, qué químicos! Así nos refundiéramos como nos fundimos.

A propósito, tambien se me olvidaba la gran novedad, la verdadera novedad del dia. *La Revista y el Mensajero* se han fundido, es decir, se han casado. Si ha sido casamiento por amor ó por interés no te lo diré; pero yo creo que se querian; ya sabes que hace tiempo que se conocian; donde se han visto, y donde se han tratado, nadie lo sabe, porque al fin los padres siempre han andado por distinto lado, pero los chicos son el diablo: ello es que de la noche á la mañana nos hemos encontrado hecha la boda. La novia ha llevado casa puesta, coche y buen dote; y el novio, sobre un capital decente muy buenas dotes. Él es un poco brusco y exigente; nada de transigir: hombre al fin: ella, que si fué coqueta, que si no fué coqueta. Pero es lo que ha dicho el Mensajero: *lo que no es en mi año, no es en mi daño*. Por otra parte, vaya Vd. á buscar una mujer que no sea coqueta, y que no haya hecho cara á... ¡Delirios! ó no casarse, ó apechugar con ellas como son.

La boda fué ayer, y hoy podemos decir con Desmahis:

*La jeune épouse de la veille
Tout á la fois pâle et vermeille
Avait encor l'air étonné;
Et tout ensemble heureuse et sage,*

*Laissait lire sur son visage
Le plaisir qu'elle avait donné.*

Yo creo que harán buen menaje , porque al fin , pienso como Voltaire :

*Point de milieu; l'hymen et ses liens
Son les plus grands ou des maux ou des biens.*

Y mas creo que no tendrá que reproducir nunca la Revista la queja aquella de la señora que se querellaba de su marido ante los tribunales , diciendo: *Mi marido es gran músico, buen escribano, singular contador, salvo que no multiplica.*

Con esto , y con añadirte que en Navarra no hay novedad , y que se acabará probablemente la sesion sin presentarse la ley de ayuntamientos , y sin lograr una buena ley de imprenta , ya me parece que te digo bastante. Si á esto añades que estas semanas pasadas nos han robado en Madrid hasta por las calles , ; tantos ladrones ha habido! no te queda mas que saber.—Tuyo.

EL HOMBRE-GLOBO.

La física ha clasificado los cuerpos, según el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de ebullición. Es ley general de los cuerpos la gravedad, ó la atracción que ejerce sobre ellos el centro común; es natural que esta atracción se ejerza más fuertemente en los que reúnen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que estos por consiguiente tengan más gravedad específica, y ocupen el puesto más inmediato al centro. Así es, que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un río; un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en continuo movimiento para obedecer á la ley que le obliga á buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y se gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física, lo uno porque dudo si tengo la bastante para mí; y lo otro porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella más que yo; no hago más que sentar una base de donde partir.

Igual clasificación á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probemos.

Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Solo el contacto de la tierra puede sostener su vida; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raíz*, el *hombre-patata*: arrancado el terrón que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la

ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensacion, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordinariamente; empuja casi hácia ábajo el suelo que le sostiene; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán Vds. á la legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio peso le abrumba, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, agena de él, le conmueve, produce un son confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes, que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él tambien tiene su alma particular; es su grado de calórico; pero tan poca cosa, que no desprende luz; es un fuego fátuo entre otros fuegos fátuos; sirve para confundirle y estraviarle mas; el *hombre-sólido*, por lo tanto en religion, en política, en todo no ve mas que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá: falta dentro el combustible. *El hombre-sólido* cubre la faz de la tierra; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene á los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habria tiranos; y como aquellos son eternos, estos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdria llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcan. Ni mas ni menos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empollon; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace, yo creo que al nacer no hace mas que variar de forma); del café donde le pusieron á servir sorbetes; del callejon donde limpia botas; del buque donde carga las velas ó les toma rizados; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina

donde adereza manjares, de la esquina donde carga baules; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre á los demás instrumentos.

El *hombre-líquido* fluye, corre, varía de posición; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolución él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni se hace al correr daño ó provecho, así el *hombre-líquido* al moverse no es mas que un instrumento menos imperfecto, que subleva instrumentos mas ignorantes; pero lleno ya de pretenciones, mete ruido, desafía al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen á rodar; el agua murmura solo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así tambien, va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo; el golpe dado ya en el líquido encuentra resistencia, produce ondas, imprime movimiento. Hé aquí otra observacion. El golpe dado al pueblo simplemente es solo perjudicial para él: el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-líquido* tiene una alma menos compacta, y en ella mas grados de calórico, pero alma de imitacion; como todo líquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porcion toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán Vds. tambien al momento; su movimiento continuo le delata: pasa de un empleo á otro, va á ocupar los vacíos de las vacantes: hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la corte; pero por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se para y se encarcela; no le es dado correr mas. Hoy es arroyo, mañana rio caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer; rara vez sepa-

rarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve á caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-liquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formación de la tercera se necesita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

Hé aquí nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado á adquirir la competente dilatación, se alza por sí solo donde quiera que está, y se sobrepone á ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos; llega hasta la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculo para él, porque si pudiera haberlos, rompería, como el vapor, la caldera, y escaparía. Ponedle en una aldea; él vencerá la distancia y llegará á la capital; tirará el arado; pondrá un pié en el *hombre-sólido* otro en el *liquido* y una vez arriba: «Yo mando, esclamará, no obedezco.» Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* á primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapon de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay mas medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, mas natural que el que demos á esta especie el nombre de *hombre-globo*: solo así podemos hacerle perceptible á nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la dirección, emprendido y malogrado últimamente en París: todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente mas ligeros que otros; pero no todos se habrán parado á considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfección de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podia elevarse el *hombre-globo* entre nosotros, era sumamente limita-

a : los que mas se habian podido separar del suelo habian hecho consistir todo su esfuerzo en llegar á los escalones del trono; y si un *hombre-globo* llegaba á ser entonces ministro , habia hecho toda la ascension que se podia de él esperar : uno solo conocieron nuestros físicos mas experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las mas altas cornisas del coronamiento del real Palacio ; pero sea por falta de direccion una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas , una ráfaga violenta bastó para romper el globo , y el aire se lo llevó hasta caer todo agujereado á las orillas del Tiber , donde yace todavía mal parado : culpa acaso tambien de no haber hecho uso de para-caidas ; aunque , como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla , *para-caidas no hay como un globo roto*.

Pero cuando posteriormente se han visto en casi todos los países elevarse muchos á alturas desmesuradas , y mantenerse mas ó menos tiempo en ellas , no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se eleven verdaderamente , sino artibuyéndolo á desgracia del país mismo. Los Estados-Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuanto pudo , y manejando diestramente su válvula , descendió cómo y cuando le plugo ; de Francia hicieron mil su ascension , que estan todavía en la altura , haciendo la admiracion de los espectadores ; la Suecia mira uno en su pináculo todavía y si el mayor de todos fué á parar hasta Santa Elena , es preciso confesar que hay descensos gloriosos , como retiradas honrosas.

Ahora bien , observemos al *hombre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron á quererse henchir multitud de mongolfieras ; pero estábamos indudablemente al principio de la invencion , y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja , porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho , los otros quisieron sostener en tierra firme ; pero han ido poco á poco deshinchándose , y una ráfaga ha acabado con unos , otra con otros.

El año 20 quisieron repetir el experimento ; por lo visto no habian aprendido nada nuevo : no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del norte , que envolvió , pegó fuego á unos que cayeron miserablemente donde pudieron , y arrebató á otros á caer de golpe y porrazo en países remotos y extranjeros. Raro fué el que cayó suavemente. Pero adelanto positivo para la ciencia no hubo ninguno.

Hé aquí sin embargo á nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascension ; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Ícaros , tienen miedo hasta al gas que los ha de levantar : y en una palabra , nosotros no vemos que suban mas alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Veán ustedes sin embargo al *hombre-globo* con todos sus caracteres. ¡ Qué ruido antes ! ¡ *La ascension ! Va á subir. ¡ Ahora, ahora sí va á subir !* Gran fama , gran prestigio. Se les arma el globo , se les confía : ved cómo se hinchen. ¿ Quién dudará de su suficiencia ? Pero como casi todos nuestros globos mientras están abajo entre nosotros , asombra su grandeza , su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando , se les va viendo mas pequeños , á la altura apenas de Palacio , que no es grande altura , ya se les ve tamaños como avellanas , ya el *hombre-globo* no es nada : un poco de humo , una gran tela , pero vacía , y por supuesto , en llegando arriba , no hay direccion. ¡ Es posible que nadie descubra el modo de dar direccion á este globo !

Entre tanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire , un viento le lleva aquí , otro allá , descarga lastre... ¡ inútiles afanes ! al fin viene al suelo : solo observo que están ya mas duchos en el uso del para-caidas : todos caen blandamente , y no lejos : los que mas se apartan van á caer al Buen-Retiro.

Pero , señor , me dirán , ¿ y ha de ser siempre esto así ? No les basta á esos hombres de esperiencias ? ¿ Serán ellos los últimos que se desengañen de sí mismos ?

Hé ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada , creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos* ; pero si los hay , ¿ por qué no obedecen á las leyes de la naturaleza ? Si su gas tiene mas intensidad , ¿ cómo no se elevan por sí solos , cómo no se sobreponen á los otros ?

Esta investigacion me conduciria muy lejos. Mi objeto no ha sido mas que pintar el *hombre-globo* de nuestro país : un artículo de física no puede ser largo : si fuese de política seria otra cosa. Haré mi última deducccion. y concluiré : los Rozzos , que hasta ahora han hecho pinitos á nuestra vista , parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡ Otros al puesto , experimentos nuevos ! Si por el camino trillado nada se ha hecho , camino nuevo.

Esto la razon solo lo indica. Si hay un *hombre-globo* , que

salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar direccion; y como dice Quevedo, *ascender á rodar es desatino; y el que descende de la cumbre, ataja*: observe que puede sucederle lo que á los demás, que conforme se vaya elevando se vaya viendo mas pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejémos el *para-caidas*.

LA ALABANZA,

ó

Que me prohiban este.

Suponiendo que se escriba con principios, se puede escribir despues con varios fines. O se escribe para sí, ó se escribe para otros. Descifremos bien esto. Lo que se escribe en un libro de memorias se escribe evidentemente para sí. De modo que un *souvenir* es un mónico escrito. No diré precisamente que sea necio el decirse uno las cosas á sí mismo, porque al cabo, ¿donde habian de encontrar ciertos hombres un auditorio indulgente sino hablasen consigo mismos? Lo que diré es que yo nací con buena memoria. ¡Ojalá fuera mentira! Y tengo reparado que las cosas que una vez me interesan, tarde ó jamás se me olvidan; por lo tanto nunca las apunté; y las que no me interesaron siempre juzgué que no valian la pena de apuntarlas. Por otra parte, de diez cosas que en la vida suceden las nueve son malas, sin que esto sea decir que la otra sea enteramente buena. Razon de mas para no apuntar. ¡Cuánto mas filosófico y mas consolador seria sustituir al *souvenir* otro repertorio de anotaciones llamado *olvido*! *Cosas que debo olvidar*, pondria uno encima: figúrese el lector si el tal librico necesitaria hojas, y si podria uno estar ocioso un solo instante, una vez comprometido á llenar sus páginas de buena fe. Siempre he abundando en la idea de que se hacen generalmente las cosas al revés: el *souvenir* es una idea inversa; en este sentido nunca he escrito para mí.

Continuemos echando una ojeada sobre los que escriben para sí.

El que escribe un memorial escribe sin duda para sí. Generalmente nadie lee los memoriales, sino el que los escribe, que es el único á quien importan; la prueba de esto es que cuando el empleo se ha de dar, ya está dado antes de hacer el memorial; y cuando hay que hacer el memorial, es señal de que no hay

que contar con el empleo. Apelo á los señores que están colocados y á los que se han de colocar. Es, pues, mas necio escribir un memorial, que un *souvenir*. En este sentido tampoco he escrito nunca para mí.

El que escribe un informe, un consejo, un parecer, escribe para sí; la prueba es que generalmente siempre se pide el consejo despues de tomada la determinacion, y que cuando el informe no gusta se desecha.

El que escribe á una querida escribe para sí, por varias razones; por lo regular rara vez se encuentran dos amantes en igual grado de pasion; por consiguiente el calor del uno es griego para el otro, y vice-versa. Además, desde el momento en que dejamos de querer á nuestra amada, dejamos de escribirla. Prueba de que no escribiamos para ella.

Los autores han dicho siempre en sus prólogos, y se lo han llegado á creer ellos mismos, que escriben para el público; no seria malo que se desengañasen de este error. Los no leídos y los silbados escriben evidentemente para sí: los aplaudidos y celebrados escriben por su interés, alguna vez por su gloria; pero siempre para sí.

¿Quién es, pues, me dirán, el que escribe para otro? Lo diré. En los paises en que se cree que es dañoso que el hombre diga al hombre lo que piensa, lo cual equivale á creer que el hombre no debe saber lo que sabe, y que las piernas no deben andar, en los paises donde hay censura, en esos paises es donde se escribe para otro, y ese otro es el censor. El escritor que, lleno ya un pliego de papel, lo lleva á casa de un censor, el cual le dice que no se puede escribir lo que él lleva ya escrito, no escribe ni siquiera para sí. No escribe mas que para el censor. Este es el único hombre en que yo disculparia que escribiese un libro de memorias, y hasta que escribiese un memorial. A mayores tonterías puede obligar una prohibicion.

Estoy muy lejos de querer decir que yo haya escrito nunca para otro, en este sentido; porque, aun que es verdad que he tenido relaciones con varios señores censores, por otra parte muy beneméritos, puedo asegurar, que en cuanto he escrito, nunca he puesto una sola palabra para ellos; no porque no crea que no son muy capaces de leer cualquier cosa, sino porque siempre acaban por establecerse entre el censor y el escritor eti-

quetillas fastidiosas y dimes y diretes de poca monta , y á decir verdad soy poco amigo de cumplimientos. Los de los censores me hacen el mismo efecto que le hacian al portugués los del casteçao. El cuento es harto sabido para repetirlo. Esto seria no escribir para nadie.

Bien determinado como estoy á no escribir jamás para el censor , he tratado siempre de no escribir sino la *verdad*; porque al fin , he dicho para mí , ¿qué censor habia de prohibir la *verdad* , y qué gobierno ilustrado , como el nuestro , no la habia de querer oír? Así es , que si en el relgamento de censura se prohíbe hablar contra la religion , contra las autoridades , contra los gobiernos y los soberanos extranjeros , y contra otra porcion de materias , es porque se á presumido , con mucha razon , que era imposible hablar mal de estas cosas diciendo verdad. Y para mentir mas vale no escribir. Todo esto es claro ; es mas que claro , casi es justo.

Lo que está permitido es alabar , sin que en eso haya límite ninguno , porque es probado que en la alabanza ni puede haber demasia , sobre todo para el alabado , ni puede dejar de haber verdad y justicia. Por esta razon yo me he propuesto alabar siempre todo , y á este principio debo la gran publicidad que se ha permitido á mis débiles escritos. Sistema que seguiré siempre ; y hoy mas que nunca seguiré , porque efectivamente no hay motivo para otra cosa.

Al decidirme á este plan tuve presente otra consideracion , por mejor decir , un principio de moral incontestable en todos los tiempos y países. El hombre no debe hacer cosa que no pueda confesar y publicar altamente. Es así que no puede decir ningun escritor que se le ha prohibido un artículo o por la censura , porque eso lo prohíbe la ley , y la ley no puede ser mala ; luego , ¿cómo habia yo de escribir artículos que se me pudieran prohibir? Ni los he escrito , ni los he de escribir ; ni lo dijera , si por algun evento los hubiera escrito , ni yo lo quiero decir , ni me dejaran tampoco , aunque yo quisiera. No hay medio. Por eso hago bien en no querer.

Persuadir ahora de las ventajas que me trae el no escribir para otro , y el alabar constantemente cuanto veo , paréceme un tanto inútil. Y tienen mis alabanzas lo que tienen pocas , y es , que no me han valido ningun empleo ; no porque yo no pudie-

ra servir para él, sino porque ellos que no lo dan, y yo que no lo recibo, hemos querido sin duda que mis alabanzas sean del todo independientes.

De esta independencia nace el desembarazo con que he alabado francamente en distintas ocasiones, ora el amor de familia con que se ha solido colocar á los deudos y amigos de los gobernantes, cosa que ha variado ya enteramente; ora la prudente lentitud con que se han entregado y se entregan las armas á nuestros amigos; ora la oportunidad é idea con que se vistió á los señores Próceres, y en momentos de aprieto, fundados en que mas da el *duro que el desnudo*; ora la perspicacia con que se han descubierto varias conspiraciones, y se ha salvado á la patria amenazada; ora la prevision con que se evitó que se interpretase mal la primera acometida del cólera; ora la precipitacion con que se ha llevado á su término la guerra civil; ora... pero ¿á qué mas? yo no he dejado cosa apenas que no haya alabado; y si algo me he dejado, por mi vida que me pesa, y téngolo de alabar hoy.

Por todo lo que llevo dicho hay pocas cosas que me incomoden tanto como el oír el continuo clamoreo de esas gentes quejumbrosas, á quienes todo cuanto se hace, ó parece mal, ó parece por lo menos poco. Aquí me irrito, y les respondo: ¿poco, eh? Vamos á ver: ¿cuántos meses llevamos?—¿De qué? me preguntan.—¿De qué? De qué.. de... Estatuto Real.—No llega á un año.—Y en poco menos de un año, aquí es la mia, se han reunido dos estamentos, se han mudado dos ministros de la guerra, se han visto tres ministros de lo interior; no se ha visto mas que un ministro de estado, pero se le ha oido mas que si hubieran sido tres. Se ha visto un ministro de hacienda, y la hacienda tambien, y como dice el refran, *hacienda, tu dueño te vea*; y sino se ha visto marina, eso poco importa, que nada dice de marina el refran. En menos de un año se ha abolido el voto de Santiago; ha habido tambien sus sesiones de Próceres alguna vez; y si en menos de un año se ha puesto la faccion sobrado pujante, tambien en menos de un año han penetrado los primeros talentos de España, que era preciso, por fin, hacer un esfuerzo. En menos de un año ¡qué de generales famosos no se han estrellado! ¡Qué de facciosos no se han perdonado! ¡Qué de gracias no se han dicho

por varios insignes oradores! ¡Cómo en menos de un año ha dicho el uno un chascarrillo, y cómo le han contestado con otro y con otros! ¡Qué de insultillos ocultos del procurador al ministro, y del ministro al procurador!

*Cien veces ciento
mil veces mil.*

¡Cuánta serenidad, pues, en menos de un año, para ocuparse en apuros de la patria hasta de los mas pequeños dimes y dietes! ¡Cuánta conversacion! Temístocles le decia á su general: ¡Pega, pero escucha! Cada uno de nuestros oradores es un Temístocles: con tal que le dejen hablar, él le dirá tambien á la guerra civil, al Pretendiente, á toda calamidad: *Pega, pero escucha.* ¿Qué mas cosas querrian ver esas gentes, qué mas sobre todo querrian oir en poco menos de un año?

No hay prevision, me decia uno dias pasados. — ¡No hay prevision! exclamé. Esto ya es mala fe. Y todo ¿por qué? Porque han sucedido cuatro lances desgraciados, que á pesar de haberse sabido no se pudieron prevenir. Pero esto ¿qué importa? A buen seguro que en cuanto acabó de suceder lo de Correos, bien se puso un centinela avanzada en medio de la Puerta del Sol, que antes no le habia; el cual se está allí las horas muertas, viendo si viene algo por la calle de Alcalá. ¡Que vuelvan ahora los del 18! ¿Y no hay prevision?

¡Maldicientes! Lo mismo que el entusiasmo. Mil veces he oido decir que han apagado el entusiasmo. ¿Y qué? Pongamos que sea sierto. ¿No se acaba de decidir ahora que se haga entusiasmo nuevo? ¿No se va á escribir á todos los señores gobernadores que fomenten el espíritu público y que hagan entusiasmo á toda prisa? ¿Y no lo harán por ventura? Y escelente y de mejor calidad. El año pasado no hacia falta el entusiasmo; como que la faccion era poca y el peligro ninguno, nos ibamos bandeando sin entusiasmo y sin espíritu público; y luego, que entonces estaba la anarquía cosida siempre á los autos del entusiasmo, y ahora ya no. Y el entusiasmo de ahora ha de ser un entusiasmo moderado, un entusiasmo frio y racional, un entusiasmo que mate facciosos, pero nada mas: entusiasmo, señor, de quita y pon, y entusiasmo, en una pala-

bra, sordo-mudo de nacimiento: entusiasmo que no cante, que no alborote el cotarro: que no se vuelva la casa un gallinero. Y este es el bueno, el verdadero entusiasmo. No sino volvamos á las canciones patrióticas. ¿Qué trajo la ruina del sistema? Unas veces dicen que fué la libertad de imprenta, otras que fue... No señor, hoy estamos de acuerdo en que fueron las canciones. ¿Y esto no será de alabar?

Yo alabaré siempre; yo defenderé: reniego de la oposicion. ¿Qué quiere decir la oposicion?

Hé aquí un artículo escrito para todos, menos para el censor. La ALABANZA, en una palabra: ¡QUE ME PROHIBAN ESTE!

UN REO DE MUERTE.

Cuando una incomprendible comezon de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de murmuracion, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece: pero como hay millares de personas pseudo-filantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro: á esa muchedumbre en continuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde á veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí á ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era mas consolador este que aquel: porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caida y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crimen entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad, puede uno esclamar al menos: *aquello es falso; es pura invencion; es un cuento forjado para divertirnos*; y en el mundo es todo lo contrario; la imaginacion mas acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirle; allí se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupacion es un rey,

cada hombre un tirano : y de su cadena no hay librarse ; cada individuo se constituye en eslabon de ella ; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros sin embargo , peor el uno que el otro , vino á desalojarme una farsa que lo ocupó todo. La política. ¿ Quién hubiera leído un ligero bosquejo de nuestras costumbres , torpe , y débilmente trazado acaso , cuando se estaban dibujando en el gran telon de la política escenas , sino mejores , de un interés ciertamente mas próximo y positivo ? Sonó el primer arcabuz de la faccion , y todos volvimos la cara á mirar de donde partia el tiro : en esta nueva representacion , semejante á la fantasmagórica de Mantilla , donde empieza por verse una bruja , de la cual nace otra y otras , hasta *multiplicarse al infinito* , vimos un faccioso primero , y luego vimos un *faccioso mas* , y en pos de él poblarse de facciosos el telon. Lanzado en mi nuevo terreno , esgrimí la pluma contra las balas , y revolviéndome á una parte y otra , di la cara á dos enemigos ; al faccioso de fuera , y al justo medio , á la parsimonia de dentro. ¡ Débiles esfuerzos ! El monstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que habia mal engendrado ; pero tras este debian venir hermanos menores , y uno de ellos , nuevo Júpiter , debia destronar á su padre. Nació la censura , y héme aquí poco menos que desalojado de mi última posicion. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento ; respétole y le obedezco ; hé aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano : á saber , que no altere el órden ; es bueno tener entendido que en política se llama *órden* á lo que existe , y que se llama *desórden* este mismo *órden* cuando le sucede otro *órden* distinto ; por consiguiente , es perturbador el que se presenta á luchar contra el órden existente con menos fuerzas que él ; el que se presenta con mas , pasa á *restaurador* , cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador* . Yo nunca alteraré el órden probablemente , porque nunca tendré la locura de creerme por mí solo mas fuerte que él : en este convencimiento , infinidad de artículos tengo solamente rotulados , cuyo desempeño conservo para mas adelante , porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona ; pero al paso que no los escribiré , porque estoy persuadido de que me los habian de prohibir (lo cual no es decir que

me los han prohibido , sino todo lo contrario , puesto que yo no los escribo) , tengo placer en hacer de paso esta advertencia , al refugiarme , de cuando en cuando , en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones mas avanzadas. Ahora bien , espero que despues de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle : digo esto , porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende mas veces de su asunto y de la predisposicion feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola , considérome débil , y escribo todavía con mas miedo que poco mérito , y no es ponderarlo poco , sin que esto tenga visos de efectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres , la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas , y la repeticion diaria de las escenas de nuestra sociedad , nos impide muchas veces pararnos solamente á considerarlas ; y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no debieran parecérnoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal ó cual manera , porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron ; no es una gran razon ; pero esta es la dificultad que hay para hacer reformas : hé aquí por qué las leyes dificilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres : hé aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan : hé aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto : volvamos á él : este hábito de la pena de muerte , reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inesplicable , supuesto que la sociedad al aplicarla no hace mas que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros , es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo , y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo á un trozo de poesía romántica.

*Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar.*

Ese grito , precedido por la lúgubre campanilla , tan inmediata

y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; este grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algun reo de muerte habrá hecho esta singular observacion; pero debe ser horrible á sus oidos el último grito que ha de oír de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leida y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religion se apodera de él como de una presa ya segura: la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales transcurren allí para él: gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad, sin embargo, se abre paso al través del corazon en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresion, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trata de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él; injusticia por cierto incomprendible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad al exigir valor y serenidad en el reo de muerte, con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y estraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan criticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educacion; cada cual obedece á sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educacion, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religion en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oidos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso

vuelve sinceramente su corazón á Dios, y este es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordecíó á la voz del deber y de la religion, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectacion de despreocupado en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religion acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor; y en esos reos, en quienes una opinion es la preocupacion dominante, se han visto las muertes mas serenas.

Llegada la hora fatal, entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salva en un compás monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é irreligiosas, que momentos antes componian juntamente con las preces de la religion el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salva se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de pies y manos sobre un animal, que sin duda por ser el mas útil y paciente, es el mas despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre. ¿Qué espera esa multitud? diría un extranjero que desconociese las costumbres. ¿Es un rey el que va á pasar; ese ser coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un dia solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosa esta nacion? Nada de eso. Ese pueblo de hombres va á ver morir á un hombre. ¿Dónde va?—¿Quién es?—¡Pobrecillo!—Merecido lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya.—¿Va sereno?—¡Qué entero va!

Hé aquí las preguntas y espresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situacion del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desórden: la otra mitad

es obra de la tropa que va á poner órden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignacion y de desprecio. No quiero entrar en la cuestion tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaria ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atreveria á rebatir ese? Pienso solo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un ser que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazon desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginacion, el reo ha llegado al patíbulo: en el dia no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo: esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los carneros de Casti, á quienes su amo proponia, no si debian morir, sino si debian morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena me pusieron delante que habia llegado el momento de la catástrofe: el que solo habia robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella: la sociedad tambien da ciento por uno: si habia hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré al reloj: las doce y diez minutos; el hombre vivia aun... De allí á un momento una lúgubre campana de San Millan, semejante el estruendo de las puertas de la eternidad que se abrian, resonó por la plazuela; el hombre no existia ya: todavía no eran las doce y once minutos. — «La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

UNA PRIMERA REPRESENTACION.

—

En los tiempos de Iriarte y de Moratin, de Comella y del abate Cladera, cuando divididas las pandillas literarias se asestaban de librería á librería, de corral á corral, las burlas y los epigramas, la primera representacion de una comedia (entonces todas eran comedias ó tragedias) era el mayor acontecimiento de la España. El buen pueblo madrileño, á cuyos oídos no habian llegado aun, ó de cuya memoria se habian borrado ya, las encontradas voces de *tiranía y libertad*, hacia entonces la vista gorda sobre el gobierno. S. M. cazaba en los bosques del Pardo, ó reventaba mulas en la trabajosa cuesta de la Granja; en la corte se intrigaba, poco mas ó menos como ahora, si bien con un tanto mas de hipocresía; los ministros colocaban á sus parientes y á los de sus amigos; esto ha variado completamente; la clase media iba á la oficina; entonces un empleo era cosa segura, una suerte hecha; y el honrado, el heróico pueblo iba á los toros á llamar *bribon* á boca llena á Pepe-hillo y Pedro Romero cuando el toro no se queria dejar matar á la primera. Entonces no habia mas guerra civil que los famosos bandos y parcialidades de *chorizos y polacos*. No se sospechaba siquiera que podia haber mas derecho que el de tirar varias cáscaras de melon á un *moreillero*, y el de acompañar la silla de manos de la Rita Luna, de vuelta á su casa desde el teatro, lloviendo dulces sobre ella. En aquellos tiempos de tiranía y de inquisicion habia sin embargo mas libertad; y no se nos tome esto en cuenta de paradojas; porque al fin se sabia por dónde podia venir la tempestad, y el que entonces la pagaba era por poco avisado. En respetando al rey, y á Dios, respeto que consistia mas bien en no acordarse de ambas majestades, que en otra cosa, podia usted vivir seguro sin carta de seguridad, y viajar sin pasaporte. Si usted queria escribir, imprimia y vendia cuanto á las mientes se le viniese, y ahí estan sino las obras de Saavedra, las del mismo Comella, las de Iriarte, las de Moratin, las poe-

sias de Quintana , que escritas en nuestros dias no podrian probablemente ver en muchos años la luz pública. Entonces no habia espías , ni menos policía : no le ahorcaban á usted hoy por liberal y mañana por carlista , ni al dia siguiente por ambas cosas : tampoco habia esta comezon que nos consume de ilustracion y prosperidad : el que tenia un sueldo se tenia por bastante ilustrado , y el que se divertia alegremente se creía todo lo próspero posible. Y esto pesado en la balanza de las compensaciones es algo sin duda

Habia otra ventaja , á saber que si no queria usted cavar la tierra , ni servir al rey en las armas , cosas ambas un si es no es incómodas ; si no queria usted quemarse las cejas sobre los libros de leyes ó de medicina ; si no tenia usted ramo ninguno de rentas donde meter la cabeza , ni hermana bonita , ni muger amable , ni madre que lo hubiese sido ; si no podia usted ser page de bolsa de algun ministro ó consejero , decia usted que tenia una estupenda vocacion ; vistiendo el tosco sayal tenia usted su vida asegurada , y dejando los estudios , como fray Gerundio , se metia usted á predicador. El oficio en el dia parece tambien haber perdido algunas de sus ventajas.

Por nuestros escritos conocerán nuestros lectores que no debimos nosotros alcanzar esos tiempos bienaventurados. Pero ¿ Quién no es hijo de alguien en el mundo ? ¿ Quién no ha tenido padres que se lo cuenten ?

Entonces en el teatro se escuchaban pocas silbas , y el ilustrado público , menos descontentadizo , era á la par mas indulgente. Lo que por aquellos tiempos podia ser una *primera representacion* lo ignoramos completamente ; y como no nos proponemos pintar las costumbres de nuestros padres , sino las nuestras , no nos aflige en verdad demasiado esta ignorancia.

En el dia una primera representacion es una cosa importantísima para el autor de.., ¿ de qué dirémos ? Es tal la confusion de los títulos y de las obras , que no sabemos cómo generalizar la proposicion. En primer lugar hay lo que se llama *comedia antigua* , bajo cuyo rótulo general se comprenden todas las obras dramáticas anteriores á Comella ; de capa y espada , de intriga , de gracioso , de figuron , etc. etc. , hay en segundo el drama , dicho melodrama , que fecha de nuestro interregno literario , traduccion de la *Porte Saint Martin* , como *El Valle del*

Torrente, *El Mudo de Arpenas*, etc. etc. : hay el drama sentimental y terrorífico, hermano mayor del anterior, igualmente traducción, como *La Huérfana de Bruselas*; hay después la comedia dicha clásica de Moliere y Moratin, con su versito asonantado ó su prosa casera; hay la tragedia clásica, ora traducción, ora original, con sus versos pomposos y su correspondiente hojarasca de metáforas y pensamientos sublimes de sangre real; hay la piececita de costumbres, sin costumbres, traducción de Scribe, insulsa á veces, graciosa á ratos, ingeniosa por aquí y por allí; hay el drama histórico, crónica puesta en verso, ó prosa poética, con sus trages de la época y sus decoraciones *ad hoc*, y al uso de todos los tiempos; hay, por fin, sino me dejo nada olvidado, el drama romántico, nuevo, original, cosa nunca hecha ni oída, cometa que parece por primera vez en el sistema literario con su cola y sus colas de sangre y de mortandad, el único verdadero descubrimiento escondido á todos los siglos y reservado solo á los Colones del siglo XIX. En una palabra, la naturaleza en las tablas, la luz, la verdad, la libertad en literatura, el derecho del hombre reconocido, la ley sin ley.

Hé aquí que el autor ha dado la última mano á lo que sea; ya lo ha censurado la censura decentemente; ya la empresa se ha convencido de que se puede representar, y de que acaso es cosa buena.

Entonces los periodistas, amigos del autor, saben por casualidad la próxima representación, y en todos los periódicos se lee entre las noticias de facciosos derrotados completamente, la cláusula que sigue:

«Se nos ha asegurado, ó sabemos (*el sabemos no se aventura todos los días*) que se va á poner en escena un drama nuevo en el teatro de... (por lo regular del Príncipe). Se nos ha dicho que es de un autor conocido ya *ventajosamente* por obras literarias de un mérito incontestable. Deben desempeñar los principales papeles nuestra célebre señora Rodriguez y el señor Latorre. La empresa no ha perdonado medio alguno para ponerla en escena con toda aquella brillantez que requiere su argumento; y tenemos *fundados motivos* (la amistad, nadie ha dicho que no sea un motivo, ni menos que no sea fundado) para asegurar que el éxito corresponderá á las esperanzas, y que por fin el

teatro español, etc. etc.» y así sucesivamente.

Luego que el público ha leído esto, es preciso ir al café del Príncipe: allí se dará razón de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de por qué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes, lo cual se dice al oído: el café del Príncipe, en fin, es el memorialista, el valenciano del teatro.

¿Ha visto usted eso del drama que trae la Revista?—¿Qué drama es ese?—No sé.—Sí, hombre, si es aquel que estaba componiendo...—¡Ah! sí. ¡Hombre, debe ser bueno!—Preciso.—¿Cómo se titula?—¡FULANO!—¿A secas?—No sé si tiene otro título.—Es regular.—¿Cuántos actos?—Cinco creo.—No son actos, dice otro.—¿Cómo? ¿no son actos?—Sí, son actos, pero... yo no sé.—¡Ah! sí. ¿Y muere mucha gente?—¡Por fuerza! dicen que es bueno.

¿Gustará? dicen en otro corrillo.—Hombre, eso como este público es así... yo no me atrevería... pero mi opinión es que ó debe alborotar, ó le tiran los bancos.—¡Hola!—No hay medio. Hay cosas atrevidas; ¡pero qué esenas! Figúrese usted que hay uno que es hijo de otro.—¡Oiga!—Pero el hijo está enamorado. Déje usted: yo no me acuerdo si es el hijo ó el padre el que está enamorado. Es igual. El caso es que luego se descubre que la madre no es madre: no; el padre es el que no es padre; pero hay un veneno, y luego viene el otro, y el hijo ó la madre matan al padre ó al hijo.—¡Hombre! Eso debe ser de mucho efecto.—¡Yo lo creo! Y hay una tempestad, y una decoracion oscura, tétrica, romántica... en fin, con decirle á usted que la dama ayer en el ensayo no podia seguir hablando.—¡Ui!!!

Si la cosa es por otro estilo, aunque ahora no hay cosas por otro estilo:—Es bonita, dicen, solo que es pesada; pero á mí me hizo reir mucho cuando la leí; es clásica por supuesto; pero no hay accion; no sucede nada.

El autor entre tanto se las promete felices, porque en los ensayos han convenido los actores (que son muy inteligentes) que hay una escena que levanta del asiento: solo se teme que el galan, que ha creído que el papel no es para su carácter, porque no es de bastante bulto, le haga con tibieza: y el segundo gracioso no ha entendido una palabra del suyo: no hay forma

de hacérselo entender. Por otra parte, una dama está un poquillo ofendida porque la protagonista, que nació demasiado pronto, tiene mas años que los que ella quiere aparentar. Y los segundos papeles estan en malas manos, porque como aquí no hay actores...

Esto, sin embargo, los ensayos siguen su curso natural: el autor se consume porque los actores principales no dicen su papel en el ensayo, sino que lo rezan entre dientes. — Un poco mas energía, se atreve á decir el autor, en ademan de pedir perdon. — No tenga usted cuidado, le responden: á la noche verá usted. — Con esto apenas se atreve á hacer nuevas advertencias; si las hace, suele atraerse alguna risilla escondida; verdad es que á veces el autor suele entender de representar menos todavía que el actor.

— ¿Qué saco yo en la cabeza? le pregunta una jóven. ¿Diamante? — No es necesario. — Como soy... — No importa, se va usted á acostar cuando sucede el lance. — Es verdad.

¿Y yo, qué saco en las piernas? — La época, el calzon ajustado, pié y brazo acuchillados. — Es que no tengo. — Si tienes, dice un compañero, el calzon que te sirvió para Dido. — Ya; pero eso debe ser otra época. — No importa, le pones cuatro lazos y es eso.

Yo saco peluca rubia, dice el gracioso. — ¿Por qué rubia? — No tengo mas que rubias; todas las hacen rubias. — Bien; así como así la escena es en Francia. — ¡Ah! ¡entonces!... los franceses son rubios. — ¿Y calva, por supuesto? — No, hombre, no: sino tiene usted mas que cincuenta años. — Es que todas mis pelucas tienen calva. — Entonces saque usted lo que usted quiera.

Yo necesito un retrato, que saco, dice otro. — No, un medallón: cualquier cosa: desde fuera no se ve.

Arreglado ya lo que cada uno saca, se conviene en que las decoraciones harán efecto, porque se han anunciado como nuevas: la del pabellon de la *Espiacion*, en poniéndole cuatro retratos, es romántica enteramente, y si se añaden unas armas, no digo nada; un gabinete de la edad media; la de tal otra comedia en abriéndola dos puertas laterales, y cerrándole la ventana, es el cuarto de la dama.

Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afei-

tar ó no; si tienen que afeitarse es preciso que se les den dos reales mas; ¿se han de poner limpios de balde? Para conciliar el efecto con la economía, se conviene que los cuatro que han de salir delante se afeiten, los que estan en segundo término, ó confundidos en el grupo, pueden ahorrarse las navajas. Si deben salir músicos, es obra de romanos encontrarlos; porque es cosa degradante soplar en un serpenton, ó dar porrazos á un pergamino á la vista del público; cuando van por la calle ó de casa en casa entonces nadie los ve.

Por fin, ha llegado la noche: merced á los anuncios de los periódicos y de los carteles, en los cuales se previene al público que si se tarda en los entreactos es porque hay que hacer, y que como la funcion es larga, no admite intermedio ni sainete; merced á estas inocentes stratagemas, se acaban los billetes al momento, y á la tarde estan á dos, tres duros las lunetas. El autor ha tomado los suyos, y los amigos, que han comido con él, le tranquilizan asegurándole que si el drama fuera malo se lo hubieran dicho francamente en las repetidas lecturas que se han hecho previamente en casa de este ó de aquel. Todo lo contrario: se han estasiado: y no es decir que no lo entiendan. El buen ingenio anda aquel dia distraido; no responde con concierto á cosa alguna; reparte algunos apretones de manos, lo mas espresivos posibles, á cuenta de aplausos, y está muy modesto; se cura en salud; refuerza alguna sonrisa para contestar á los muchos que llegan y le dicen enbromándole, sin temor de Dios: *Con qué hoy es la silba; voy á comprar un pito.*

¡Las seis! es preciso asistir al vestuario. — ¿Qué tal estoy? — Bien: parece usted un verdadero abate; dése usted mas negro en esa mejilla; otra raya; es usted mas viejo, Usted si que está perfectamente, señora, y cierto que daria los mejores trozos de mi comedia por ser el galan de ella, y hacer el papel con usted. Se me figura que está frio el segundo galan. — ¡Ah! no, ya lo verá usted; ahora está bebiendo un poco de ponche para calentarse, — ¿Sí, eh? ¡Magnífico! No se le olvide á usted aquel grito en el verso. — No se me olvida, descuide usted; aturdiré el teatro. — Sí, un chillido sentido: como que ve usted al otro muerto. Con que salga como en el penúltimo ensayo me contento. Alborota usted con ese grito. ¡A mí me estremeció usted, y soy el autor!...

¡ La orden ! ¡ La orden ! gritan á esta sazón.

¿Cómo la orden? esclama el autor asustado. ¡ La han prohibido? — No señor, es la orden para empezar; habrá venido S. A.

Suena una campanilla. ¡ Fuera, fuera! y salen precipitadamente de la escena aquella multitud de pies que se ven debajo del telon.

¡ Cuidado con los arrojés, señor autor! dice un segundo apunte coguéndole del brazo. ¿Qué es eso? — Nada; los arrojés son cuatro mozos de cordel que hacen subir el telon, bajando ellos colgados de una cuerda. Se oye un estruendo espantoso: se ha descornado la cortina, y el ingenio se refugia á un rincón de un palco segundo, detrás de su familia, ó de sus amigos, á quienes mortifica durante la representacion con repetidas interrupciones. Tiene toda la sangre en la cabeza, suda como un cavador, cierra las manos, hace gestos de desesperacion cuando se pierde un actor Si lo dije, sino sabe el papel. — ¿Silban? — ¿Qué murmullo es ese? — Bien, bien: este aplauso ha venido bien ahí: esto va bien; ese trozo tenia que hacer efecto por fuerza. — ¡ Bárbaros! ¿Por qué silban? Sino se puede escribir en este país: luego la estan haciendo de una manera... Yo tambien la silbaria.

En el auditorio son otras las espresiones fugitivas. ¡ Vaya! Ya tenemos el telon bajando y subiendo. — ¡ Bravo! se han dejado una silla. — Mire usted aquel comparsa. ¿Qué es aquello blanco que se le ve? — ¡ Hombre! ¡ en esa sala han nacido árboles! — ¿Lo mató? ¡ Ah! ¡ ah! ¡ ah! Si morirá el apuntador. — Pues señor, hasta ahora no es gran cosa. — Lo que tiene es buenos versos.

Entre tanto la condesita de ** entra al segundo acto dando portazos para que la vean; una vez sentada no se luce el vestido: los *fashionables* suben y bajan á los palcos, no se oye: el teatro es un infierno: luego parece que el público se ha constipado adrede aquel dia. ¡ Qué toser, señor, qué toser!

Llegó el quinto acto, y la marea sorda empieza á manifestarse cada vez mas pronunciada: á la última puñalada el publico no puede mas, y prorrumpe por todas partes en ruidosas carcajadas; los amigos defienden el terreno; pero una llave decide la cuestion: sin duda no es la llave con que se encerraba Lope de

Vega los preceptos ; y cae el telon entre la majestuosa algazara y con toda la pompa de la ignominia.

No sé qué propension tiene la humanidad á alegrarse del mal ajeno ; pero he observado que el público sale mas alegre y decididor , mas risueño y locuaz de una representacion silbada: el autor entre tanto sale confuso y renegando de un público tan atrasado: no estan todavía los españoles , dice , para esta clase de comedias , se agarra otro poco á las intrigas , otro poco á la mala representacion , y de esta suerte ya puede presentarse al dia siguiente en cualquier parte con la conciencia limpia.

Sus amigos convienen con él , y en su ausencia se les oye decir : — Yo lo dije ; esta comedia no podia gustar: pero ¿ quién se lo dice al autor? ¿ Quién pone el cascabel al gato? — Yo le dije que cortara lo del padre en el segundo acto : aquello es demasiado largo; pero se empeñó en dejarlo.

He observado sin embargo que los amigos literatos suelen portarse con gran generosidad ; si la comedia gusta , ellos son los que como inteligentes hacen notar los defectillos de la composicion , y entonces pasan por imparciales y rectos : si la comedia es silbada , ellos son los que la disculpan y la elogian ; saben que sus elogios no la han de levantar , y entonces pasan por buenos amigos. En el primer caso dicen : — Es cosa buena , ¿ cómo se habia de negar? No tiene mas sino aquello , y lo otro , y lo de mas allá... ya se ve las cosas no pueden ser perfectas.

En el segundo dicen : — Señor , no es mala ; pero no es para todo el mundo: hay cosas demasiado profundas : tiene bellezas : sobre todo hay versos muy lindos.

Pero la parte indudablemente mas divertida es la de oír , acercándose á los corrillos , los votos particulares de cada cual : este la juzga mala porque dura tres horas ; aquel porque mueren muchos ; el otro porque hay gente de iglesia en ella ; él de mas allá porque se muda de decoraciones : es otro porque infringe las reglas : los contrarios dicen , que solo por esas circunstancias es buena. ¡ Qué Babilonia , Santo Dios ! ¡ Qué confusion !

Al dia siguiente los periódicos... Pero ¿ quién es el autor? ¿ Es un principiante , un desconocido? ¡ Qué nube ! ¿ Es algo mas? ¡ Qué reticencias ! ¡ Qué medias palabras ! ¡ Qué exacto justo medio !

¡ Despues de todo eso , haga usted comedias!!!

LA DILIGENCIA.

Cuando nos quejamos de que *esto no marcha*, y de que la España no progresa, no hacemos mas que enunciar una idea relativa; generalizada la proposicion de esta suerte, es evidentemente falsa; reducida á sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos á nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar; hijas de la época, secuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la mas importante la facilitacion de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias mas que un medio de transportar paquetes y personas de un pueblo á otro: seguros de alcanzar con su brazo de hierro á todas partes, se han sonreido imbécilmente al ver mudar de sitio á sus esclavos: no han considerado que las ideas se agarran como el polvo á los paquetes y viajan tambien en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaria todavía probablemente encerrada en los Estados Unidos. La navegacion la trajo á Europa: las diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido á los hombres de todos los países: verdad es que ese lazo de los liberales lo es tambien de sus contrarios; pero ¿qué importa? La lucha es así general y simultánea: solo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurría á usted hacer un viaje, empresa que se acometia entonces solo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de transporte. Estos se dividian entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y

acémilas. En la celeridad no habia diferencia ninguna: no se concebía cómo podia un hombre apartarse de un punto en un solo dia mas de seis ó siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocacion de las ventas: esto, mas que viajar, era irse asomando al país, como quien teme que se le acabe el mundo al dar un paso mas de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban solo los poderosos; las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban á tomar posesion de su destino, los corregidores que mudaban de vara; los carromatos y las acémilas estaban reservadas á las mugeres de militares, á los estudiantes, á los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres á los troncos, allí donde nacieran, allí morian. Cada cual sabia que habia otros pueblos que el suyo en el mundo, á fuerza de fe; pero viajar por instruccion y por curiosidad, ir á París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad: y el viajero al divisar la vuelta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: *¡Qué grande es el mundo!* Al llegar á París, despues de dos meses de medir la tierra con los pies, hubiera podido exclamar con mas razon: *¡Qué corto es el año!*

A su vuelta ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban a su al rededor para cerciorarse de sí habia efectivamente París, de si se iba y se venia, de si era, en fin, aquel mismo el que habia ido, y no su ánima que volvía sola! Se miraba con admiracion el sombrero, los anteojos, el baul, los guantes, la cosa mas diminuta que venia de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecia imposible. ¡Ha ido á París! ¡ha vuelto de París!! ¡Jesus!!!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado á todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo mas, hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el dia se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, ó está uno en la emigracion, ó de vuelta de ella, ó disponiéndose para otra: el liberal

es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias, ellos esperaran siempre á pié firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; ese partido no tiene mas movimiento que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera ó dentro de la concha. A propósito, ¿la tiene ahora dentro ó fuera?

Volviendo empero á nuestras diligencias, no entraré en la esplicacion minuciosa y poco inportante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos dias en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas *reales*, sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las diligencias de comun con su Magestad; una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma duda tengo con respeto á los *villares*; pero como si hubiese yo de estender ahora en el papel todas mis dudas no haria gran diligencia en el artículo de hoy, presendiré de digresiones, y diré en último resultado, que ora fuese á despedir á un amigo ora fuese á recibirle, ora en fin con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias: yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros mas vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados; no hay sino ver y coger. A la entrada le llama á usted ya la atencion un pequeño aviso que advierte, pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen á despedir ó recibir á los viajeros: es decir, que allí solo puede entrar todo el mundo. Al lado numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios: aconsejaremos sin embargo á cualquiera que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba á entrar años pasados en el botánico con chaqueta y palo, y á quien un dependiente decia: — No se puede pasar en ese trage, ¿no ve el cartel puesto de ayer? — Sí señor, contestó el palurdo, pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego: verá como no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razón. — ¡Como los facciosos están por ahí, y por allí, y por más allá!!!... Esto siempre satisface: verá además como los precios no son los mismos que cita el aviso: en una palabra, si el curioso quiere proceder por orden, pregunte y lea después, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quien dé razón; pero en ese caso puede volver á otra hora, ó no volver si no quiere.

El patio comienza á llenarse de viajeros y de sus familias y amigos: los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio; como muy enterados de la hora, están ya como en su casa: los que vienen á despedirles, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando: — ¿Ha marchado ya la diligencia? Ah, no; aquí está todavía. Los primeros tienen capa ó capote, aunque haga calor; echarpé al cuello y gorro griego ó gorra si son hombres: si son mugeres gorro ó papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué más sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, á la ligera.

A la derecha del patio se divisa una pequeña habitación; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la población: media hora falta solo; una niña, ¡qué jóven, qué interesante! apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas: á su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pié, su trémula mano... «Vamos, niña, dice la madre, robusta é impávida matrona, á quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última, ¿á qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.»

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje: en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce á fondo todas las ventajas de la presión de una diligencia. Sabe que en la diligencia el amor sobre todo hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pu-

dor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse á la persona á quien nunca se ha visto, á quien nunca se volverá acaso á ver, que no le conoce á uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajon dos, tres dias con sus noches? Luego parece que la sociedad no está allí: una diligencia viene á ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no seria precisamente donde tendríamos que sufrir mas desaires de la belleza. Por otra parte, ¿qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros! ¿qué multitud de ocasiones de prestarse mútuos servicios! ¿cuántas veces al dia se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche ó en la posada! ¿cuántas veces hay que dar la mano para bajar ó subir! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre: sabido es que nunca está el corazon mas dispuesto á recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atrás, dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡la naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto: pero sabe tambien que toda regla tiene escepciones, y que la edad de quince años es la edad de las escepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva — Pobre niña, dice entre dientes: lo que es la poca edad: ¿si pensará que no se aprecian las caras bonitas mas que en Madrid? el tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos los paises.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años: el militar fija el lente: ella es la que parte: hay lágrimas, sí; pero ¿cuándo no lloran las mujeres? las lágrimas por sí solas no quieren decir nada; luego hay cierta diferencia entre estas y las de la niña: una sonrisa de satisfaccion se dibuja en los labios del militar, entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases, que no son reñir enteramente, pero poco menos: hay cierta frialdad, cierto dominio en el hombre. ¡Ah! es su marido. — Se puede querer mucho á su marido, dice el militar para sí, y hacer un viaje divertido.

— ¡ Voto va ! ya ha marchado, entra gritando un original, cuyos bolsillos vienen llenos de salchichon para el camino , de frascos ensogados , de petacas , de gorros de dormir , de pañuelos , de chismes de encender... ¡ Ah ! ¡ ah ! este es un verdadero viajero : su mujer le acosa á preguntas : — ¿ Se ha olvidado el pastel ? — No , aquí le traigo. — ¿ Tabaco ? — No , aquí está. — ¿ El gorro ? — En este bolsillo. — ¿ El pasaporte ? — En este otro.

Su exclamacion al entrar no carece de fundamento ; faltan solo minutos , y no se divisa disposicion alguna de viaje. La calma de los mayores y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros ; pero es de advertir que estos al ponerse en camino alteran el órden de su vida para hacer una cosa extraordinaria : el mayoral y el zagal por el contrario hacen lo de todos los dias.

Por fin , se adelanta la diligencia : se aplica la escalera á sus costados ; y la vaca recibe en su seno los paquetes : en menos de un minuto está dispuesta la carga , y salen los caballos lentamente á colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor á las repetidas solicitudes de los viajeros. — A ver , esa maleta ; que vaya donde se pueda sacar. — Que no se moje ese baul. — Encima ese saco de noche. — Cuidado con la sombrerera. — Ese paquete , que es cosa delicada. Todo lo oye , lo toma , lo encajona , á nadie responde ; es un tirano en sus dominios. — La hoja , señores , ¿ tienen ustedes todos sus pasaportes ? ¿ están todos ? Al coche , al coche.

El patio de las diligencias es á un cementerio , lo que el sueño á la muerte : no hay mas diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre ; no les comprende el terrible *voi ch'intrate lasciate ogni speranza* , de Dante.

Se suceden los últimos abrazos , se renuevan los últimos apretones de manos ; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen , y las mujeres lloran sin vergüenza.

— Vamos , señores , repite el conductor ; y todo el mundo se coloca. La niña , anegada en lágrimas , cae entre su madre y un viejo achacoso que va á tomar las aguas : la bella casada entre una actriz que va á las provincias , y que lleva sobre las rodillas una gran caja de carton con sus preciosidades de reina y princesa , y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero ,

que ladra y muerde por el pronto como si viese al aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: —¿Tendremos ladrones? y un fraile corpulento, que con arreglo á su voto de humildad y de penitencia, va á viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotunda va ocupada por el hombre de las provisiones; una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de continuo á la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del suculento viajero una caja de un loro, é hinca el codo para colocarse en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va, trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo, se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura, las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea los caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida. — A Dios — hasta la vuelta — tantas cosas á Pepe: — envíame el papel que se ha olvidado — que escribas en llegando. — Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinado del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle á una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos é inquilinos á buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.

EL DUELO.

—

Muy incrédulo sería preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la mas estremada civilizacion : el hombre ha dado ya con la verdad, y la razon mas severa preside á todas las acciones y costumbres de la generacion de año 1835.

Dejarémos á un lado , por no ser hoy de nuestro asunto, la perfeccion á que se ha llegado en punto á religion y á política , dos cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir , y á que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente se merecen, En el primero no tenemos preocupacion ninguna , no abrigamos el mas mínimo error , y cuando decimos con orgullo que el hombre es el ser mas perfecto, la hechura mas acabada de la creacion, solo añadimos á las verdades reconocidas otra verdad mas innegable todavía. Hacemos muy bien en tener vanidad. Si hemos adelantado en política , dígalo la estabilidad que alcanzamos , la fijacion de nuestras ideas y principios: no solo sabemos ya cuál es el buen gobierno, el único bueno , el verdadero secreto para constituir y conservar una sociedad bien organizada , sino que lo sabemos establecer y lo gozamos con toda paz y tranquilidad. Acerca de sus bases estamos todos acordes , y es tal nuestra ilustracion , que una vez reconocida la verdad y el interés político de la sociedad , toda guerra civil , toda discordia viene á ser imposible entre nosotros; así es que no las hay. Que hubiese guerras en los tiempos bárbaros y de atraso , en los cuales era preciso valerse hasta de la fuerza para hacer conocer al hombre cuál era el Dios á quien habia de adorar , ó al rey á quien habia de servir... nada mas natural. Ignorantes entonces los mas , y poco ilustrados , no fijadas sus ideas sobre ninguna cosa, forzoso era que fuesen presa de multitud de ambiciosos , cuyos intereses estaban encontrados. Empero ahora , en el siglo de la ilustracion , es cosa bien difícil que haya una guerra en el mundo. Así es que no las hay. Y si las hubiera, sería en

defensa de derechos positivos, de intereses materiales, no de un apellido, no del nombre de un ídolo. La prueba de esto mismo es bien fácil de encontrar. Esa poca de guerra, *que empieza ahora*, en nuestras provincias, es indudablemente por derechos claros y bien entendidos: sobre todo, si algunos de los partidos contendientes pudiese ir á ciegas en la lid, é ignorar lo que defiende, no sería ciertamente el partido mas ilustrado, es decir, el liberal. Este bien sabe por lo que pelea; pelea por lo que tiene, por lo que le han concedido. por lo que él ha conquistado.

En un siglo en que ya se ven las cosas tan claras, en que ya no es fácil abusar de nadie, en el siglo de las luces, una de las cosas sobre que está mas fijada la pública opinion, es el honor, quisicosa que, *en el sentido que en el dia le damos*, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este *honor* de la edad media y de la confluencia de los godos y los árabes, se ha ido comprendiendo y perfeccionando á tal grado, á la par de la civilizacion, que en el dia no hay una sola persona que no tenga su honor á su manera; todo el mundo tiene honor.

En los tiempos antiguos, tiempos de confusion y de barbarie, el que faltando á otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias ó su atrevimiento, se infamaba á sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonrado. Ahora es enteramente al revés. Si una persona baja ó mal intencionada le falta á usted, usted es el infamado. ¿Le dan á usted un bofetón? Todo el mundo le desprecia á usted, no al que le dió. ¿Le faltan á usted su mujer, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿Le roban á usted? Usted robado queda pobre, y por consiguiente deshonrado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó á pié, es usted gente ordinaria, canalla. ¡Milagros todos de la ilustracion!

En la historia antigua no se ve un solo ejemplo de un duelo. Agamenon injuria á Aquiles, y Aquiles se encierra en su tienda, pero no le pide satisfaccion: Alcibiades alza el palo sobre Temístocles, y el gran Temístocles, segun una espresion de nuestra moderna civilizacion, queda como un cobarde.

El duelo en medio de la duracion del mundo, es una invencion de ayer: cerca de seis mil años se ha tardado en comprender que cuando uno se porta mal con otro, le queda siempre un

medio de enmendar el daño que le ha hecho, y este medio es matarle. El hombre es lento en todos sus adelantos, y si bien camina indudablemente hácia la verdad, suele tardar en encontrarla.

Pero una vez hallado el desafío, se apresuraron los reyes y los pueblos, visto que era cosa buena, á erigirlo en ley, y por espacio de muchos siglos no hubo entre caballeros otra forma de enjuiciar y sentenciar que el combate. El muerto, el caído, era el culpable siempre en aquellos tiempos: la cosa no ha cambiado por cierto. Siguiendo, empero, el curso de nuestros adelantos, se fueron haciendo cabida los jueces en la sociedad, se levantó el edificio de los tribunales con su séquito de escribanos, notarios, autos, fiscales y abogados, que dura todavía y parece tener larga vida, y se convino en que los *juicios de Dios* (así se había llamado á los desafíos jurídicos, merced al empeño de mezclar constantemente á Dios en nuestras pequeñeces) eran cosa mala. Los reyes entonces alzaron la voz en nombre del Altísimo, y dijeron á los pueblos: «*no mas juicios de Dios; en lo sucesivo nosotros juzgarémos.*»

Prohibidos los juicios de Dios, no tardaron en prohibirse los duelos; pero si las leyes dijeron: *no os batiréis*, los hombres dijeron: *no os obedecerémos*; y un autor de muy buen criterio asegura que las épocas de rigurosa prohibicion han sido las mas señaladas por el abuso del desafío. Cuando los delitos llegan á ser de cierto bulto, no hay pena que los reprima. Efectivamente, decir á un hombre. *no te harás matar, pena de muerte*, es provocarle á que se ria del legislador cara á cara; es casi tan ridículo como la pena de muerte establecida en algunos paises contra el suicidio; sabia ley que determina que se quite la vida á todo el que se mate, sin duda para su escarmiento.

Se podria hacer á propósito de esto la observacion general de que solo se han obedecido en todos tiempos las leyes que han mandado hacer á los hombres su gusto, las demás se han infringido y han acabado por caducar. El lector podrá sacar de esto alguna consecuencia importante.

Efectivamente, al prohibir los duelos en distintas épocas, no se ha hecho mas que lo que haria un jardinero que tirase la fruta queriendo acabarla; el árbol en pié todos los años volveria á darle nueva tarea.

Mientras el *honor* siga entronizado donde se le ha puesto, mientras la opinion pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinion pública, el duelo será una consecuencia forzosa de esta contradiccion social. Mientras todo el mundo se ria del que se deje injuriar impunemente, ó del que acuda á un tribunal para decir: «*me han injuriado,*» será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posicion ridícula en sociedad. Para todo corazon bien puesto la duda no puede ser de larga duracion; y el mismo juez que con la ley en la mano sentencia á pena capital al desafiado indistintamente ó al agresor, deja acaso la pluma para tomar la espada en desagravio de una ofensa personal.

Por otra parte, si se prescinde de la parte de preocupacion mas ó menos risible ó sublime del pundonor, y si se considera en el duelo el mero hecho de satisfacer una cuenta personal, diré francamente que comprendo que el asesino no tenga derecho á quitar la vida á otro, por dos razones: primera, porque se la quita contra su gusto siendo suya: segunda, porque él no da nada en cambio.

Los duelos han tenido sus épocas y sus fases enteramente distintas: en un principio se batian los duelistas á muerte, á todas armas, y tras ellos sus segundos: cada injuria producía entonces una escaramuza. Posteriormente se introdujo el duelo á primera sangre; el primero le comprendo sin disculparle; el segundo ni le comprendo ni le disculpo; es de todas las ridiculeces la mayor; los padrinos ó testigos han sucedido á los segundos, y su incumbencia en el dia se reduce á impedir que su mala fé abuse del valor ó del miedo. Al arma blanca se sustituye muchas veces la pistola, arma de cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir; en que la destreza es infame si hay superioridad, é inútil si hay igualdad.

La libertad empero, si no es la licencia de mi imaginacion, me ha llevado mas léjos de lo que yo pretendia ir; al comenzar este artículo no era mi objeto explorar si las sociedades modernas entienden bien el honor, ni si esta palabra es algo; individuo de ellas y amamantado con sus preocupaciones, no seré yo quien me ponga de parte de unas leyes que la opinion pública repugna, ni menos de parte de una costumbre que la razon reprueba. Confieso que pensaré siempre en este particular como

Rousseau, y los mas rígidos moralistas y legisladores y obrare como el primer calavera de Madrid. ¡Triste lote del hombre el de la inconsecuencia!

Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no ha muchos meses fuí testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, mas que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relacion *ab hoc*.

Mi amigo Carlos, hijo del marqués de... era heredero de bienes cuantiosos, que eran en él al revés que en el mundo, la menos apreciable de sus circunstancias. Adorado de sus padres, que habian empleado en su educacion quanto esmero es imaginable, Carlos se presentó en el mundo con talento, con instruccion, con todas esas superfluidades de primera necesidad, con una herencia capaz de asegurar la fortuna de varias familias, con una figura á propósito para hacer la de muchas mujeres, y con un carácter destinado á constituir la de todo el que de él dependiese.

Pero desgraciadamente la diferencia que existe entre los necios y los hombres de talento suele ser solo que los primeros dicen necedades, y los segundos las hacen: mi amigo entró en sociedad, y á poco tiempo hubo de enamorarse: los hombres de imaginacion necesitan mujeres muy picantes ó muy sensibles, y esta especie de mujeres deben ser mejor para ajenas que para propias. La jóven Adela era sin duda alguna de las picantes: hermosa á sabiendas suyas, y con una conciencia de su belleza acaso harto pronunciada; sus padres habian tratado de adornarla de todas las buenas cualidades de sociedad; la sociedad llama buenas cualidades en una mujer lo que se llama alcance en una escopeta y tino en un cazador; es decir, que se habia formado á Adela como una arma ofensiva con todas las reglas de la destruccion: en punto á la coqueteria era una obra acabada, y capaz de acabar con cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podia fingir admirablemente todo ese sentimentalismo, sin el cual no se alcanza en el dia una sola victoria; cantaba con una languidez mortal; le miraba á usted con ojos de víctima espirante, siendo ella el verdugo; bailaba como una sílfida desmayada; hablaba con el acento del candor y de la conmocion; y de cuando en cuando un destello de talento ó de gracia venia á iluminar su tétrica conversacion, como un relampago derrama una ráfaga de luz sobre una noche oscura.

¿Cómo no adorar á Adela? Era la verdad entre la mentira, el candor entre la malicia, decia mi amigo al verla en el gran mundo; era el cielo en la tierra.

Los padres no deseaban otra cosa; era un partido brillante, la boda era para entrambos una especulacion; de suerte que lo que sin razon de estado no hubiera pasado de ser un amor, una calamidad, pasó á ser un matrimonio. Pero cuando el mundo exige sacrificios los exige completos, y el de Cárlos lo fué; la víctima debia ir adornada al altar. Negocio hecho; de allí á poco Cárlos y Adela eran uno.

He oido decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familias: tambien suele salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinion que la muger que empieza mal acaba peor. Adela fué un ejemplo de esta verdad: medio año hacia que se habia unido con santos vínculos á Cárlos; la moda exigia cierta separacion, cierto abandono. ¿Cuánto no se hubiera reido el mundo de un marido atento á su muger? Adela por otra parte estaba demasiado bien educada para hacer caso de su marido. ¡La sociedad es tan divertida y los jóvenes tan amables! ¿Qué hace usted en un rigodon si le oprimen la mano? ¿Qué contesta usted si la repiten cien veces que es interesante? Si tiene usted visita todos los dias, ¿cómo cierra usted sus puertas? Es forzoso abrirlas, y por lo regular de par en par.

Un joven del mejor tono fué mas asiduo y mañoso, y Adela abrazó por fin las reglas del gran mundo; el joven era orgulloso, y entre el cúmulo de adoradores de camino trillado parecia despreciar á Adela; con mujeres coquetas y acostumbradas á vencer, rara vez se deja de llegar á la meta por ese camino. ¡Adela no queria faltar á su virtud... pero Eduardo era tan orgulloso!! Era preciso humillarlo; esto no era malo; era un juego; siempre se empieza jugando. Como se acaba no lo diré; pero asi acabó Adela como se acaba siempre.

La mala suerte de mi amigo quiso que entre tanto marido como llega á una edad avanzada diariamente con la venda de hime-neo sobre los ojos, él solo entreviese primero su destino, y lo supiese despues positivamente. La cosa desgraciadamente fué escandalosa, y el mundo exigia una satisfaccion. Cárlos

hubo de dársela. Eduardo fué retado, y llamado yo como padrino, no pude menos de asistir á la satisfaccion.

A las cinco de la mañana estabamos los contendientes y los padrinos en la puerta de..., de donde nos dirigimos al teatro frecuente de esta especie de luchas. Esta no era de aquellas que debian acabar con un almuerzo. Una muger habia faltado, y el *honor* exigia en reparacion la muerte de dos hombres. Es incomprensible, pero es cierto.

Se eligió el terreno, se dió la señal, y los dos tiros salieron á un tiempo: de allí á poco habia espirado un hombre útil á la sociedad. Cárlos habia caído, pero habian quedado en pié su *muger* y su *honor*.

Un año hizo ayer de la muerte de Cárlos: su familia, sus amigos le lloran todavía.

¡ Hé aquí el mundo! ¡ hé aquí el honor! ¡ hé aquí el duelo!

EL ALBUM.

El escritor de costumbres no escribe exclusivamente para esta ó aquella clase de la sociedad, y si le puede suceder el trabajo de no ser de ninguna de ellas leído, debe de figurarse al menos, mientras que su modestia ó su desgracia no sean suficientes á hacerle dejar la pluma, que escribe imparcialmente para todos. Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo ó de una época pudieran por otra parte tomarse en un círculo determinado y reducido, la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir á buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro y oscuro, sin los cuales no habria cuadro.

La cuna, la riqueza, el talento, la educacion, á veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre á los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad es un amalgama de mil sociedades colocadas en escalon, que solo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reúne en un todo compacto en cada pais sino el vínculo de una lengua comun, y de lo que se llama entre los hombres patriotismo ó nacionalismo. Hay mas puntos de contacto entre una reunion de *buen tono* de Madrid y otra de Londres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapies, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños.

Sabiendo esto el escritor de costumbres, no desdeña muchas veces salir de un brillante *ront*, ó del mas elegante *sarao*, y prévia la conveniente trasformacion de trage, pasar en seguida á contemplar una escena animada de un mercado público, ó entrar en una simple horchatería á ser testigo del modesto

refresco de la capa inferior del pueblo, cuyo carácter trata de escudriñar y bosquejar.

¡Qué de costumbres diversas establecidas en una atmósfera, que en otra inferior, ni aun sabiéndolas se comprenderían! El título de este artículo, sin ir mas lejos, es verdadero griego para la inmensa mayoría que compone este pueblo. No harán, pues, un gesto de desagrado nuestras elegantes lectoras cuando nos vean explicar la significacion de nuestro título; esta explicacion no es ciertamente para ellas; pero nosotros no tenemos la culpa si su extraordinaria delicadeza y su civilizacion llevada al extremo, que forma de ellas un pueblo aparte, y pueblo escogido, nos pone en el caso de empezar para traducir hasta las palabras de su elegante vocabulario, cuando queremos dar cuenta al público entero de los usos de su impagable sociedad.

El que la voz *album* no sea castellana es para nosotros, que ni somos, ni queremos ser *puristas*, objecion de poquísimá importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar de tal ó cual combinacion de sílabas para explicarse; desde el momento en que por mútuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena; desde el punto en que una lengua es buena para hacerse entender en ella, cumple con su objeto, y mejor será indudablemente aquella cuya elasticidad le permite dar entrada á mayor número de palabras exóticas, porque estará segura de no carecer jamás de las voces que necesite; cuando no las tenga por sí, las traerá de fuera. En esta parte dirémos de buena fé lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que estropeaba la lengua de Garcilaso.

«*Que si el habla lengua castellana,*

Yo hablo la lengua que me da la gana.»

Pasando por alto este inconveniente, el *Album* es un enorme libro, en cuya forma es esencial condicion que se observe la del papel de música. Debe de estar, como la mayor parte de los hombres, por de fuera, encuadernado con un lujo asiático, y por dentro en blanco; su carpeta, que será mas elegante si puede cerrarse á guisa de cartera, debe ser de la materia mas rica que se encuentre, adornada con relieves del mayor gusto,

y la cifra ó las armas del dueño; lo mas caro, lo mas inglés, eso es lo mejor; razon por la cual sería muy difícil lograr en España uno capaz de competir con los extranjeros. Solo el conocido y el hábil *Alegría* podria hacer una cosa que se aproximase á un *album* decente. Pero en cambio es bueno advertir que una de las circunstancias que debe tener, es que se pueda decir de él: « Ya me han traído el album que encargué á Londres.» Tambien, se puede decir en lugar de Londres, París; pero es mas vulgar, mas trivial. Por lo tanto, nosotros aconsejamos á nuestras lectoras que digan *Lóndres*; lo mismo cuesta una palabra que otra; y por supuesto que digan de todas suertes que se lo han enviado de fuera, ó que lo han traído ellas mismas cuando estuvieron allá la primera, la segunda, ó cualquiera vez, y aunque sea obra de *Alegría*.

¿Y para qué sirve, me dirá otra especie de lectores, ese gran librote, ese especie de misal, tan rico y tan enorme, tan extranjero y tan raro? ¿De qué trata?

Vamos allá. Ese librote es, como el abanico, como la sombrilla, como la tarjeta, un mueble enteramente de uso de señora; y una elegante sin *album* sería ya en el dia un cuerpo sin alma, un rio sin agua, en una palabra, una especie de Manzanares. El *album*, claro está, no se lleva en la mano, pero se transporta en el coche; el *album* y el *coche* se necesitan mutuamente; lo uno no puede ir sin lo otro; es el agua con el chocolate, el *album* se envia además con el lacayo de una parte y otra. Y como siempre está yendo y viniendo, hay un lacayo destinado á sacarle; el lacayo y el *album* es el ayo y el niño.

¿De qué trata? No trata de nada; es un libro en blanco. Como una bella conoce de rigor á los hombres de talento en todos ramos, es un libro el *album* que la bella envia al hombre distinguido para que este estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos, si es pintor un dibujo, si es músico una composicion, etc. En su verdadero objeto es un repertorio de la vanidad: cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado á usted la lisonjera distincion de suplicarle que incluya algo en su *album*, es muy natural pagarle en la misma moneda; de aquí el que la mayor parte de los versos contenidos en él suelen ser variaciones de distintos autores sobre el mismo tema de la hermosura y de la amabilidad de su dueño. Son distintas fuentes

donde se mira y se refleja un solo Narciso. El *album* tiene una virtud singular, por la cual deben apresurarse á hacerse con éltodas las elegantes que no lo tengan, si hay alguna á la sazón en Madrid; hemos reparado que todas las dueñas de *album* son hermosas, graciosas, de gran virtud y talento, y amabilísimas; así consta á lo menos de todos estos libros en blanco, conforme van tomando color.

Como el caso es tener un recuerdo, propio, intrínsecamente de la persona misma, es indispensable que lo que se estampe vaya de puño y letra del autor; un *album*, pues, viene á ser un *panteon* donde vienen á enterrarse, en calidad de préstamos adelantados hechos á la posteridad, una porción de notabilidades; á pesar de que no todos los hombres de mérito de un *album* lo son igualmente en las edades futuras. Y como por una distincion de esquisito precio, la amistad participa del privilegio del mérito, de poner algo en el *album*, y como se puede ser muy buen amigo y no tener ninguna especie de mérito, un *album* viene á ser frecuentemente, mas bien que un *panteon*, un cementerio, donde estan enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los discretos con la única diferencia de que los segundos honran al *album*, y este honra á los primeros.

Sabido el objeto del *album*, cualquiera puede conocer la causa á que debe su origen: el orgullo del hombre se empeña en dejar huellas de su paso por todas partes; en rigor las pirámides famosas ¿qué son sino la firma de los Faraones en el gran *album* de Egipto? Todo monumento es el *fac simile* del pueblo que le erigió, estampado en el grande *album* del triunfo. ¿Qué es la historia sino el *album* donde cada pueblo viene á depositar sus obras?

La Alhambra está llena de los nombres de viajeros ilustres que no han querido pasar adelante sin enlazar con aquellos grandes recuerdos sus grandes nombres; esto que es lícito en un hombre de mérito, confesado por todos, es risible en un desconocido, y conocemos un sujeto que se ha puesto en ridículo en sociedad por haber estampado en la paredes de la venerable antigüedad de que acabamos de hablar, debajo del letrero puesto por Chateaubriand: «Aquí estuvo tambien Pedro Fernandez el dia tantos de tal año.» Sin embargo, la accion es la misma, por parte del que la hace.

Hé aquí cómo motiva el origen de la moda del *album* un autor francés, que escribía como nosotros un artículo de costumbres acerca de él el año 11, época en que comenzó á hacer furor esta moda en París.

El origen del *album* es noble, santo, majestuoso. San Bruno habia fundado en el corazon de los Alpes la cuna de su órden; dábase allí hospitalidad por espacio de tres dias á todo viajero. En el momento de su partida se le presentaba un registro, invitándole á escribir en él su nombre, el cual iba acompañado por lo regular de algunas frases de agradecimiento, frases verdaderamente inspiradas. El aspecto de las montañas, el ruido de los torrentes, el silencio del monesterio, la religion grande y majestuosa, los religiosos humildes y penitentes, el tiempo despreciado y la eternidad siempre presente, debian de hacer nacer bajo la pluma de los huéspedes que se sucedian en la augusta morada altos pensamientos y delicadas espresiones. Hombres de gran mérito depositaron en este repertorio cantidad de versos y pensamientos justamente célebres. El *album* de la gran Cartuja es incontestablemente el padre y modelo de los *albums*.

Esta aficion, recién nacida, cundió extraordinariamente; los ingleses asieron de ella, los franceses no la despreciaron, y todo hombre de alguna celebridad fue puesto á contribucion: el valor por consiguiente de un *album* puede ser considerable; una pincelada de Goya, un capricho de David, ó de Vernet, un trozo de Chateaubriand, ó de Lord Byron, la firma de Napoleon, todo esto puede llegar á hacer de un *album* un mayoralazgo para una familia.

Nuestras señoras han sido las últimas en esta moda como en otras; pero no las que han sabido apreciar menos el valor de un *album*: ni es de estrañar: el libro en blanco es un templo colgado todo de sus trofeos; es su *lista civil*, su presupuesto, ó por lo menos el de su amor propio. Y en rigor, ¿qué es una bella sino un *album*, á cuyos pies todo el que pasa deposita su tributo de admiracion? ¿Qué es su corazon muchas veces sino *album*? Perdónenos la atrevida comparacion, ¡pero dichoso el que encuentra en esa especie de *album* todas las hojas en blanco! ¡Dichoso el que no pudiendo ser el primero (no penpe siempre de uno el madrugar) puede ser siquiera el último!

El *album* no se llama nunca el, *album* sino mi *album*; esto es esencial. En rigor las señoras no han tomado de él mas que la parte agradable: todos los inconvenientes estan de parte de los que han de quitarle hoja á hoja la calidad de *blanco*. ¡Qué admirable fecundidad no se necesita para grabar un cumplimiento, por lo regular el mismo, y siempre de distinto modo, en todos los *albums* que vienen á parar á manos de uno! Luego ¡hay tantas mugeres á quienes es mas facil profesar amor que decírselo! ¡Cuánta habilidad no es menester para que, comparados despues estos diversos depósitos, no pueda picarse ningun amor propio! ¡Qué delicadeza para decir galanterías, que no sean mas que galanterías, á una hermosa, de la cual solo se conoce el *album*!

Si este es el mueble indispensable de una muger de moda, tambien es la desesperacion del poeta, del hombre de mérito, del amigo. Siempre se espera mucho del talento, y nunca es mas difícil lucirle que en semejantes ocasiones.

Nosotros para tales casos, si en ellos nos encontrásemos, reclamariamos siempre toda indulgencia, y no concluirémos este artículo sin recordar á las hermosas que cada una de ellas no tiene mas que un *album* que dar á llenar, y que cada poeta suele tener á la vez varios á que contribuir.

LAS ANTIGUEDADES DE MERIDA

PRIMER ARTÍCULO.

Hace mucho tiempo creo haber dado cuenta á mis lectores de cierta inconstancia y versatilidad, bases de mi carácter, el cual podria muy bien venir á ser el de no tener ninguno; yo no sé si hace demasiada falta el carácter para vivir; pero en caso de duda, bien se podrian encontrar no lejos de nosotros multitud de ejemplares de gentes, que no teniendo ninguno conocido, no solo aciertan á vivir, sino que estan sanas y gordas, y aun cómodamente establecidas.

Ahora bien, aquella comezon singular, aquel mi prurito de mudar de casa, que puse en conocimiento del público en uno de mis artículos, titulado las *casas nuevas*, cuyo título recuerdo porque no estoy muy seguro de que se acuerde todo el mundo de mis artículos tan bien como yo, debia llegar á ser con el tiempo, segun ya entonces se anunciaba, síntoma de mas grave importancia. Aficion naciente entonces, creíala contentar yo siempre, inocente de mí, con pasar de un barrio de Madrid á otro, de una calle á su vecina, de un piso al que encima ó debajo tenia. Pero sucedió con ella lo que con toda aficion mal reprimida; de idea pasajera pasó á idea fija, y no cortado el mal en su principio, debia llegar á ser una pasion devoradora de mudar de sitio, pasion que indudablemente me hubiera llevado al sepulcro, como todas las pasiones vehementes, á no verse satisfecha.

Felizmente el mundo es grande, mucho mas grande que yo y es de esperar por mi fortuna que sea todavía mas grande que mi pasion de amovilidad. ¿Qué hago yo en Madrid, exclamé una mañana, despues de haberle rodado en todas direcciones, en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas, en el cual no puede uno echarse á la calle un dia con ánimo de andar sin encontrarse á los cuatro pasos con la puerta de Atocha ó la de Alcalá, con el campo de los Moros, ó la Pradera de los

Guardias? ¿En este Madrid, que solo se puede comparar en eso con nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse á moverse sin tropezar con una traba? ¿Qué hago en Madrid? me dije. Primero es preciso saber si hay alguien que haga algo en Madrid. Todo es chico en Madrid; no quepo en el teatro; no quepo en el café; no quepo en los empleos; todo está lleno, todo obstruido, refugiado, escondido, empotrado en un rincon de la Revista Española... *j'etouffe*. Fuera, pues, de Madrid; no bien lo habia dicho, un mozo llevaba ya debajo del brazo el equipaje de *Figaro*, mas ligero que unas poesías fugitivas. Un lente para observar á los hombres, recado de escribir para bosquejarlos, y mi mal ó buen humor para reirme de los mas de ellos. *Omnia mea mecum porto*.

El carruaje marchaba lentamente; sin embargo, no era carruaje del gobierno, y tardé en perder de vista el delicioso empedrado, las desiguales cúpulas de los numerosos conventos, que semejantes al espectro descrito por Virgilio, hunden su planta en los abismos y esconden su cabeza en las nubes, ocupándolo todo. De cuando en cuando volvía la cabeza á mirar atrás; no como Hector hácia su Andrómaca, sino que me parecia oír todavía fuera de puertas el ruido de los abogados y poetas del café del Príncipe; resonaba en mis oídos la canturía monótona de nuestros actores cómicos; oía las silbas dadas á nuestros ingenios clásicos y románticos; perseguíame la deuda interior como un remordimiento; sin embargo, yo no la habia arreglado: las reformas eran las únicas que no me perseguian, ellas debian de ser sin duda las perseguidas.

El ruido se iba por fin apagando, y Castilla entre tanto desarrollaba á mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega á los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en ademan de pedirle con que cubrir sus macilentas y desnudas carnes. Un gemido sordo, pero prolongado habia sustituido al ruidoso murmullo de la ciudad populosa: era la contribucion que resonaba por el yermo. *Felicidad*, decia el segundo con acento irónico, para el que sabia oírle: *miseria*, decia el primero con acento de verdad y de desesperacion.

No eran ciertamente los pueblos los que podian estorbarme en el camino; viajando por España se cree uno á cada momen-

to la paloma de Noé, que sale á ver si está habitable el país; y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa estension del mas desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos. ¿Dónde está la España?

Tres dias rodamos por el vacío: hácia el fin del cuarto una esplanada sin límites se desenvolvió á mis ojos, y se dibujaban en el fondo pálido de un cielo nebuloso los confusos y altísimos vestigios de una magnífica poblacion. ¿Hay hombres por fin allí? me pregunté. No; los ha habido. Eran las ruinas de la antigua *Emerita-Augusta*.

La humilde Mérida, semejante á las aves nocturnas, hace su habitacion en las altas ruinas. Es un hijo raquítico, que apenas alienta, cobijado por la rica faldamenta de una matrona decrepita. Es un niño dormido en brazos de un gigante.

Mérida es indudablemente una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos mas antiguos de nuestra España. Sus fundadores eligieron un terreno fértil, un clima productor y un rio, cuyas aguas, pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer, debian regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posicion, los dominadores del mundo la llevaron al mas alto grado de esplendor; y es fama conservada por los mas de nuestros autores, que ha tenido un millon de habitantes. Erigida en *colonia romana*, y gozando de todos los fueros é inmunidades de tal, fué la segunda ciudad del imperio, y el sitio del descanso á que aspiraban altos funcionarios y guerreros cansados del aplauso de la victoria.

La caida del imperio, las irrupciones de los vándalos y de los godos, la dominacion de los árabes, han pasado como un trillo sobre la frente de Mérida, y no han sido bastantes á allanar y nivelar su suelo, incrustado de colosales bellezas romanas. Las habitaciones han desaparecido carcomidas por el tiempo; pero las altas ruinas al desplomarse han desigualado la llanura, y han formado, reducidas á polvo, un segundo suelo artificial y enteramente humano sobre el suelo primitivo de la naturaleza. Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitacion romana: nada mas comun que ver en una pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol ó de piedra, labrado, de un palacio del siglo I. Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas se-

pulcrales: y un labrador, creyendo pisar la tierra, huella todos los dias con su rústica suela el *aquí yace* de un procónsul, ó la advocacion de un Dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra, y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diariamente el azadon de un estremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es comun allí el hallazgo de una urna cineraria, ó de un tesoro numismático, coetáneo de los emperadores. Lo que es mas asombroso, gran número de cosecheros se sirven aun en sus bodegas de las mismas tinajas romanas, que se conservan empotradas en sus suelos, y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavía al tiempo por mas siglos de los que lleva vividos. Las vasijas mismas que se construyen en el pais tienen una forma elegante, y participan de un carácter respetable de antigüedad, que difícilmente puede ocultarse á la perspicacia de un arqueólogo.

Una vez en Mérida, y rodeado de ruinas, la imaginacion cree percibir el ruido de la gran ciudad, el son confuso de las armas, el *hervir vividor* de la inmensa poblacion romana. ¡Error! Un silencio sepulcral y respetuoso no es interrumpido si- quiera por el *aquí fue* del hombre reflexivo y meditador.

LAS ANTIGUEDADES DE MERIDA

SEGUNDO Y ULTIMO ARTÍCULO.

—

Mi primer cuidado en Mérida fue hacerme con un *Cicerone*; pero no ofreciéndome alicientes la entrevista con ningun *literato* del país, ni queriendo que me contase ningun pedante lo que acaso sabria yo mejor que él, despues de haber buscado inútilmente en aquel museo del tiempo alguna historia de las antigüedades ó de la misma ciudad, solo traté de sorprender la tradicion popular en su curso, y atúveme á un estremeño que se me presentó, como el hombre mas instruido del comun del pueblo, acerca de las bellezas de Mérida, y que haria por tanto oficio de enseñarlas.

Mi *Cicerone* era una verdadera ruina, no tan bien conservada como las romanas; sus piernas se plegaban en arco, como si el peso de la cabeza hubiese sido por mucho tiempo oneroso á la base del edificio; sus brazos pendian tambien como dos arcos laterales, cuyo pié hubiesen carcomido dos ramales de un rio, que hubiesen lamido por muchos años los costados del hombre. La cara hubiera dado lugar á las mas graves investigaciones de una academia: semejante á una moneda largo tiempo enterrada, y tomada á trechos del orin y de la tierra, sus facciones estaban medio borradas, y ora parecian letras en estilo lapidario, ora vistas á otra luz semejaban algo un rostro humano maltratado por la intemperie, ó la incuria de sus guardianes. La fecha no se conocia, y aquel fragmento podia ser de varias épocas. Su desigual cabello, blandamente meneado por el viento, remedaba esa yerbecilla que por entre las cornisas y coronamiento de una torre antigua hace nacer la humedad; sus dientes eran almenados, y la posicion inclinada del cuerpo todo, fuera al paracer del centro de gravedad, le hacia parecer una pared que comienza á cuartearse, cuyas grietas hubiesen sido la boca y los ojos, y me trajo á la memoria la célebre torre de Pisa.

Tal se me representó á mí al menos mi *Cicerone*: tal me pintaba mi imaginacion cuanto en Mérida veia.

—¿ De qué año es usted, buen hombre? No pude menos de preguntarle. — Tres duros y medio, señor, me contestó, en estilo monetario, queriéndome decir que tenia tantos años como reales aquellas medallas. — Par diez, no le hubiera creido tan del dia. ¿ Y usted es el que suele enseñar á los viajeros las otras ruinas de esta ciudad?

— Sí señor... estoy algo enterado...

—¿ Y vienen muchos viajeros?...

— Etranjeros, sí señor. Ingleses sobre todo, y se han solido llevar algunas cosas. Pintan ahí, y dibujan y escriben, y qué sé yo... nos muelen á preguntas... parecen locos los ingleses. Pero españoles, señor, pocos: los mas pasan sin preguntar, como no vengan de estancia al pueblo...

— Mérida ha sido gran ciudad, interrumpí al hombre de la tradicion, poniéndonos en camino para recorrer las antigüedades, y siguiendo yo á la que me servia de guia.

— ¡ Oh! Sí señor. La historia dice que tenia ochenta puertas, y que cada puerta estaba guardada por cuatrocientos soldados de á pié y ciento de caballeria; tenia cuatro palacios magníficos en los cuatro ángulos, que eran de cuatro príncipes muy ricos.

—¿ Y estas ruinas son muy antiguas?

— ¡ Vaya!

—¿ De los romanos todas?

— ¡ Qué! mas antiguas, mucho mas; de los moros, y de los godos, y de los... qué sé yo de cuánta casta de gentes... mucho antes de los romanos.

— ¡ Hola! Perfectamente.

En esto llegábamos al puente, verdadera obra romana: colocado sobre uno de los puntos en que presenta el rio mayor latitud, mas de sesenta ojos espaciosos le dan una longitud que se pierde de vista: él solo es una historia de las dominaciones que han pasado por nuestro suelo: solo las dos cabezas, en una estension regular, se conservan puras é intactas: remendado lo demas á trechos, ora por los godos, ora por los árabes, la distinta forma de los espolones, el color de la piedra y su diversa labor, revelan las fechas de las composturas: la mas mo-

derna es la mayor, y se hizo á costa de los tributos rendidos por los pueblos de cincuenta leguas á la redonda. Nuestras pobres piedras, unidas con hierros y argamasa, declaran toda la debilidad de nuestros medios, al lado de los pedruscos romanos, cuya única trabazon consiste en su colocacion, y que durarán todavía mas que las nuestras.

Perdíase mi fantasía en la investigacion de los tiempos: romano ya enteramente, figurábaseme ver el Dios tutelar del rio, que levantando la espalda colosal, repelia indignado la misera traba que la moderna arquitectura osaba enlazar á la antigua sobre sus ondas, cuando la voz de mi *Cicerone*, semejante á un aire colado, me sacó de mi estupor, y volviéndome hácia un nicho de ladrillo levantado sobre el trozo mas romano del puente, en el cual se divisaba una pequeña é informe efigie de yeso, me dijo:

—Este, señor, es San Antonio.

—¡Muy poderosa es una religion, exclamé, cayendo de mas alto que la catarata del Niágara, que ha podido colocar esa efigie de yeso sobre este puente romano! ¡El agua se ha llevado los dioses; sus piedras han durado mas que ellos; y nuestro yeso dura mas que ellos y sus piedras!

Dos acueductos magníficos enriquecian de aguas á Mérida: otro moderno parece elevado entre los antiguos como una parodia de piedra, como una insolencia, como un insulto y una befa hecha al poder caido: sin embargo, las ruinas son las triunfantes; arcos colosales y gigantes asombran la vista: allí todo es obra del hombre, que ha hecho hasta la piedra; no son ya trozos cortados de una cantería: el hombre ha cogido la tierra y el gui-jo, lo ha amasado entre sus manos como harina, y ha hecho una mole indestructible, una argamasa compacta, á la cual el tiempo ha dado la última mano, prestándole al mismo tiempo color, y sobre la cual salta en pedazos el pico de hierro: el poder del hombre se estrella en su propia obra.

Uno de los dos acueductos romanos parecia no tener otro objeto que formar un gran depósito de aguas destinado á una *neumaquia*, gran diversion de un gran pueblo, para quien era solo obra del deseo el crear un mar en medio de la tierra.

—Este es, me dijo gravemente mi *Cicerone* al llegar á la *neumoquia*, casi terraplenada por el tiempo, este es el baño de los moros.

—Gracias, buen hombre, le respondí lleno de agradecimiento. ¿Y como cuántos moros cabrían en este baño? le pregunté.

—¡Ui! ¡Figúrese usted! me dijo con aire de respeto y voz solemne, como aterrado del número de los moros, y de la capacidad del baño.

El trozo mejor conservado es el circo, las ruinas han designado el terreno sin embargo, elevándolo sobre su antiguo nivel hasta el punto de enterrar varias de las puertas que le daban entrada; pero se distinguen todavía enteras muchas de las divisiones destinadas á las fieras y á los reos y atletas; la gradería, perfectamente buena á trechos, parece acabarse de desocupar, y cree uno oír el crujido de las clámides y las togas barriendo los escalones.

—Esta era, me dijo mi *Ciceroneo*, la plaza de los toros: por allí salía el toro, me añadió, indicándome una puerta medio terraplenada; y por aquí, concluyó en voz baja y misteriosa, enseñándome la jaula de una fiera, entraban el Viático cuando el toro hería á alguno de muerte.

Una ruidosa carcajada que no fui dueño de contener resonó por el ancho y destrozado circo, y pasamos á ver el anfiteatro, peor conservado, el hipodromo, apenas reconocible por la meta, y de allí nos dirigimos hácia la *via romana*, vulgo en el país *calvada romana*; aquí es tradicion que debe de haber muchos sepulcros: se han hallado efectivamente algunos. Sabida es la costumbre de los romanos de colocar los sepulcros á orillas de los caminos, por la cual ellos solian en sus epitafios dirigir la palabra á los pasajeros.

Nosotros, al heredar las frases hechas y las locuciones enteras de su lenguaje, sin heredar sus costumbres, hemos tenido que hacer metafóricas sus espresiones propias; así, cuando hablamos de las cenizas de un muerto, que nosotros no quemamos, y cuando en un epitafio apostrofamos un viajero que no ha de ver á orillas del camino nuestro sepulcro, cometemos segun los hablistas una belleza, llamada figura retórica, y segun mi entender una tontería, que pudiera llamarse *decir una cosa por otra*.

A la parte opuesta de Mérida suélense encontrar sepulcros de niños, á juzgar por sus dimensiones.

El arco de Trajano colocado en el centro de la actual pobla-

cion está en buen estado, y lo que me asombró fué encontrar en dos nichos laterales de su parte interior dos estátuas de mármol blanco, de un trabajo acabado y del gusto griego mas puro; considerablemente maltratadas, en verdad, pero muy capaces de lucir como dos trozos antiguos de primer orden: y digo que esto me asombró por dos razones, primera, porque en Madrid creo haber visto un museo de escultura estraordinariamente pobre: segunda, porque la posteridad de los romanos se divierte en acabar de desmoronar á pedradas la obra de algun Fidias del imperio.

A un tiro de bala de Mérida existe una capilla dedicada á Santa Olalla, patrona de la que fué colonia romana, llamada el hornillo de la Santa, por haber sido martirizada allí: está construida con fragmentos de un templo de Marte; el viajero no se cansa de admirar los relieves, los trozos de columnas: aquel pequeño monumento se me representaba un hombre de una estatura colosal, á quien el tiempo y los achaques hubiesen encorvado y reducido á la altura de un enano. Dentro se ve ó se adivina la efigie de Santa Olalla, y en la portada de la ermita se lee en letras gruesas la inscripcion siguiente:

MARTI SACRUM
VETILLA PACULLI.

La idea que este contraste presenta, imagínela el lector; estas letras parecen haber sido de bronce, pero habiendo saltado el metal, solo ha quedado el hueco de ellas, y este hace el mismo efecto que el cóncavo vacío de los ojos en una calavera.

En la ciudad hay otros restos de igual importancia; entre ellos es de citar la casa del conde de los Corvos, construida de moderno ladrillo y cal, entre los huecos que han dejado las magníficas y desmesuradamente altas columnas de un templo de Diana, de pié todavía y empotradas en ella; el conjunto presenta la diforme idea de un vivo atado á un cadáver: aquella suma de dos épocas tan encontradas forma un verdadero matrimonio, en que los consortes parecen estar riñendo continuamente.

El *conventual* es otra ruina, pero mas moderna; colocado á la cabeza del puente, ofrece el aspecto de un edificio grandioso, y sus murallas siguen largo trecho la direccion del rio; pa-

rece haber sido una fortaleza gótica, posteriormente perteneció á los templarios, y se arruinó en poder de los caballeros de Santiago.

Sobre una alta columna romana que se levanta en medio de una plaza, domina una efigie de Santa Olalla mirando al oriente. Al llegar aquí y concluir nuestro paseo, se acercó á mí mi Cicerone, y me dijo con notable fervor:—Repárese usted, señor; esta es otra vez Santa Olalla: yo no me acuerdo qué año hubo en Mérida una peste muy mortífera; la Santa miraba entonces á poniente; hiciéronle grandes rogativas, y una mañana amaneció vuelta al oriente y cesó la peste; desde entonces mira á esa parte, y ya no se teme la peste en Mérida.

Efectivamente, parece que desde entonces no ha vuelto ningún azote de esa especie á afligir á la antigua colonia romana, si se exceptúa el cólera; y ese, todo el mundo sabe que no es peste, con lo cual queda en pié la tradicion, y la Santa siempre vuelta.

No concluiré este artículo, por largo que sea ya, sin hacer mencion del último descubrimiento que ha llamado la atención de los meridenses, si se puede hablar así de unos hombres que viven entre sus ruinas tan ignorantes de ellas como los buhos y vencejos que en su compañía las habitan.

Cavando un labrador su corral, encontró recientemente debajo de su miserable casa el pavimento de una habitacion, indudablemente romana, hecho de un precioso mosaico, en el cual asombra tanto la obra de la apariencia como el lujo que revela. Piedrecitas iguales de media pulgada de diámetro, y de colores hábilmente combinados, forman figuras simbólicas, cuya inteligencia no es fácil; algunos tienen un carácter egipcio, lo cual puede hacer sospechar si habrá pertenecido la casa á algún sacerdote ó arúspice; á la cabeza de la pieza se descubre, pero no se descifra, una inscripcion en letras latinas, y á los dos lados parece prolongarse el precioso mosaico á otras habitaciones no descubiertas todavía.

La autoridad de Mérida parece haber dado parte convenientemente al gobierno; pero no habiéndose dispuesto nada todavía, el dueño de la casa reclama que se le deje usar de su terreno como mejor le convenga, ó que se le compre; en el ínterin, no habiendo fondos destinados á continuar esta importan-

te escavacion, y habiendo quedado á la intemperie el pavimento descubierto hasta la presente, el polvo, el agua llovediza y el desmoronamiento de la tierra circunstante, echa á perder diariamente el peregrino hallazgo, lleno ya de quebraduras y lagunas; sin embargo, bastaria una cantidad muy pequeña para construir un cobertizo y comprar la choza, ya que no fuese para continuar la escavacion.

Mérida, la antigua *Emerita-Augusta*, posesora de tantos tesoros numismáticos, olvidada de ellos, y olvidada ella misma, es en el dia una poblacion de cortísima importancia; puéblanla apenas mil vecinos, y de su grandeza pasada solo le quedan suntuosas ruinas y orgullosos recuerdos. Despues de haber saludado á las unas con supersticioso respeto, y de haber enlazado los otros con vanidad al nombre español que llevo, proseguí mi viaje, lleno de aquella impresion sublime y melancólica que deja en el ánimo por largo espacio la contemplacion filosófica de las grandezas humanas, y de la nada de que salieron, para volver á entrar en ella mas tarde ó mas temprano.

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Es cosa que daría que hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera* en su acepcion figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designacion del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepcion picaresca es de uso moderno. La especie sin embargo de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* mas perfecto de Atenas: el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso mas que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto: César, marido de todas las mugeres de Roma, hubiera pasado en el dia por un excelente *calavera*: Marco Antonio echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podia ser mas que un *calavera*; en una palabra, la suerte de mas de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se veria probada aquella verdad, y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarían una clave de muy verosímil y sencilla esplicacion en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por mas mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relacion puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*. ¡Cuánto esceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaríamos en

demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para pocas cosas se necesita mas talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua, y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehusó esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene; y así solo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defiende se harán cargo de lo difícil que me sería darme á entender valiéndome para designarlos de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerian, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendria á ser inútil la descripción que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de calaveras, mas ó menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creído en alguna muger, quién no se ha dado malos ratos algun dia por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa en fin?... Todos lo somos; pero así como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los mas, así solo se llama *calaveras* á aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo comun de donde parten, y en rigor solo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reunen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los mas: entiéndase esto bien; *talento natural*: es decir, no cultivado. Esto se esplica: toda clase de estudio profundo, ó de estensa ins-

truccion, seria lastre demasiado pesado que se opondria á esa ligereza, que es una de sus mas amables cualidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprension*. No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprension* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el que dirán* el que no hace mas que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, mas para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamíz de la opinion, saliendo de él mas depurados. Es un espectáculo cuyo telon está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y á Dios teatro. Sabido es que con mucha aprension no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprension*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *que dirán*, no lo serán jamás. Seria tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educacion ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversacion va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condicion *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quítame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre estan ocupadas: ¡ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja, ó terciá la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, mas le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella: se perece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera-silvestre* es el gato del *lechuguino*: así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí, en qué se me da á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladron en su

condicion generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilizacion, y su cuna, su edad, su educacion, su profesion, su dinero, le subdividen despues en diversas castas. Las principales son las siguientes.

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo mas diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Mientras que sus compañeros mas laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. A pesar de eso, el dia del exámen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetia con osadía las cuatro voces tercas que habia recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercia predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servia de blanco ó de pelota, se distinguia de los demás sombreros como él de los demas jóvenes.

En carnaval era el que ponía las mazas á todo el mundo, y aun las manos encima si tenían la torpeza de enfadarse: si era descubierto, hacia pasar á otro por el culpable, ó sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su mas tierna edad el gérmen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro habia perdido unos anteojos, que se habian encontrado en su faltriquera: el rapé de otro habia pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrian bufando los corredores con gran risa de los mas juiciosos, la peluca del maestro de matemáticas habia quedado un dia enganchada en su sillón, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbacion de un problema que estaba por resolver. Aquel dia no se despejó mas incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le

puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro habia volado: y como sus padres se convencieron de que no habia forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el mas pesado, el mas incómodo: careciendo todavía de barba y de reputacion, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atencion: privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oírle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj como si tuviera que hacer; contar todas sus acciones del dia como si pudieran importarle á alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenia una cita: á las diez se vino á encargarse el billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete; no puede faltar. ¡Estas mugeres le hacen á uno hacer tantos disparates! A media mañana se fué al villar; aunque hijo de familia, no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido: su duro es el que mas suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobre manera. El villar es su elemento; los intervalos que el deja libre el juego, suéleselos ocupar cierta clase de mugeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazón femenino. A veces el *calavera-lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar, es mas cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que alguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-lampiño*. Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los gefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremi-

siblemente mala cabeza, se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temeron*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma mas de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendría, ¡ tan fecunda es la materia ! Por tanto nuestros lectores nos concederán algun ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad si alguna tienen.

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSION.

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temeron*. Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano; pero no existe entre uno y otro mas que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y mas importante de lo que parece; el uniforme ya es la mitad. Es decir; que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temeron*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este trage es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni túpido que le ahogue.

El *calavera-temeron* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cervatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de Montera, se parapeta detrás de dos ó tres amigos, que fingen discurrir seriamente.

—Aquel viejo que viene allí; ¡mírale que serio viene!—Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno! —Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no mireis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco: el acometido se para, se quita el sombrero, lo examina.

—¡Ahora! dice la turba. —¡Pum! otra en la calva: El viejo da un salto y echa una mano á la calva: mira á todas partes... nada.

—¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero, algun pillastre... bien podia irse á divertir...

—¡Pobre señor! dice entonces el *calavera*, acercándosele: ¿le han dado á usted? es una desvergüenza... ¿pero le han hecho á usted mal?...

—No señor, felizmente.

—¿Quiere usted algo?

—Tantas gracias.

Despues de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubria... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa mas que en alejarse. Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa mas risa que la estrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada mas natural.

El *calavera-temeron* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite mas abandono en la risa de los amigos, y es el mas oculto, el *calavera* fino le desdeña por poco espuesto.

A veces se dispara la cervatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera, y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sorteando todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él, y le da un pisoton; el otro entonces le dice: *perdone usted*; y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos —Pepe, esclama: ¿cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres! Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un conocido antiguo... y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa:—¡Ah! usted perdone,

dice retirándose el *calavera*: creí que era usted un amigo mio... —No hay de qué. —Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa mas parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla. — ¿Quién es? — Dígame usted, pregunta el *calavera*, ¿tendria usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole: — Retírese usted; la noche está muy fresca, y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta. — ¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre, que sale al balcon medio desnudo. — Nada contesta: soy yo, á quien usted no conoce, que no queria irme á mi casa sin darle à usted las buenas noches. — ¡Bribon! ¡insolente! Si bajo... — A ver cómo baja usted: baje usted: usted perderia mas: figúrese usted donde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Con que, buenas noches: sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: los placeres solo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto, el *calavera* cria á su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: estos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire mas decidido, el sombrero mas ladeado, la corbata mas *negligé*: sus hazañas son mas serias; este es aquel que se reúne en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero como ella no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el dia no es de lo mas en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concorre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la llegada de la policia, y despues de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover tambien su cipizape:

en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga*; se va para él, y le aplica un bofeton: de diez hombres que reciban bofeton, los nueve se quedan tranquilamente con él: pero si alguno quiere devolverle, hay desafio; la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente: este es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y el día siguiente lo tendrá con otro que no le mire: este es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar: este es el que talla y apunta con furor: es jugador, griego nato, y gran villarista además. En una palabra, este es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demás divierten; este mata.

Dos líneas mas allá de este está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego; el *calavera-tramposo*, ó trapalon, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, etc. etc.: pero estos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demás. No los reconocemos.

Solo tres clases hemos conocido mas detestables que esta: la primera es comun en el día, y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no harémos mas que indicarla. Queremos hablar del *calavera-cura*. Vuelvo á pedir perdon; pero ¿quién no conoce en el día algun sacerdote de esos que queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustracion empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre al rededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo paraje profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el mas timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crimen mas hediondos. Vale mas ser cura carlista de buena fé.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*,

planta como la caña, hueca y árida con ojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin orden, sin casa, sin método... el jóven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus pies: sin embargo, este es el único á quien cuadraría el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera*. La muger con *poca espresion*, y que precinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto la hermosea, cesa de ser mujer para ser hombre; es la confusion de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza: ¿qué deja para nosotros? La mujer, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Despues del *calavera-temeron* hablaremos del *seudo-calavera*. Este es aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera*: es género bastardo, y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera-mosca*. *Rien n' est beau que le vrai*, ha dicho Boileau, y en esa sentencia se encierra toda la crítica de esta apócrifa casta.

Dejando por fin á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluirémos nuestro cuadro en un ligero bosquejo de la mas delicada y esquisita, es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilizacion, el emblema del siglo XIX. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introduccion en ella, ha recibido una educacion esmerada: dibuja con primor y toca un instrumento: filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la mas graciosa, ó á la mas sentimental: mas de una mala cantatríz le es deudora de

su boga: se rie de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra: reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso mas crítico, y del cual se va temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble antejo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temeron*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pie: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres: sabe casi de memoria á Paul de Koc, ha leído á Walter Scot, á D' Arlincourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-le-Brun, mienta á Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien, y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa, y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que él se ha visto, solo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresion es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: ¡*Qué cabeza!* ¡*Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: ¡*cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas* es libre, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una muger, cuando otro es insolente, él es solo atrevido, amable; las bellas que se enfadarian con otro, se contentan con decirle á él: ¡*No sea usted loco!* ¡*Qué calavera!* ¡*Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser mas loca todavía.

Dichoso aquel á quien llaman las mugeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera* de buen tono es, pues, el adorno primero

del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l' enfant gaté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, debe; pero siempre notablemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos, mariposa ligera vuela de flor en flor. Tiene algun amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, solo toma su valor de su curso y circulacion, y por consiguiente no se adhiere á una muger sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podria hacer de ella? El estancarse seria perecer; se creeria falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algun escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él, es un mérito contraido para con las demas. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio*, se enamora, y por consiguiente es víctima de las mugeres; por el contrario, las mugeres son las victimas del *calavera*. Dígasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de este es la edad misma; una posicion social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces, con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girára.

Solo una observacion general haremos antes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que estas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente, á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* del *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en uno para siempre. Supóngase que Cristóbal Colon perece víctima del furor de su

gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleon es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecia: la intentona de aquel y la insubordinacion de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido mas que dos *calaveras*. Por el contrario, en el dia están sentados en el gran libro como dos *grandes hombres: dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres: sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?... Porque tal es la *opinion pública*.

MODOS DE VIVIR

QUE NO DAN DE VIVIR.

OFICIOS MENUDOS.

Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas ó carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás: los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles: los militares, que venden la suya con la espesa condición de matar á los otros: los comerciantes, que deducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa: los nacidos propietarios, que viven de heredar: los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc. etc.: y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias á la manutención de una familia, son mas bien *pretestos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir*: los que los profesan son no obstante como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener á primera vista grande importancia, rotas ó separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre á la cola de las pequeñas necesidades de una gran población, y suelen desempeñar diferentes cargos, según el año, la estación, la hora del día. Esos mismos que en noviembre venden ruedos ó zapatillas de orillo, en julio venden horchata: en verano son bañeros del Manzanares: en invierno cafeteros ambulantes: los que venden agua en agosto, vendían en carnaval cartas y garbanzos de pega, y en navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institucion de San Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introduccion á los demás; es decir, el oficio de exámen, y el mas fácil: quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podria en todo tiempo tranquilizar á cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atencion á lo difícil que es obtener hijos sin previos padres; pero no porque hubiese datos mas positivos), se esparcian por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducian á una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provision: á la luz de la filosofía, debian tener cierto valor: cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero. Desgraciadamente un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicársele á sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto á los demás, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, segun lo maltratado, la imágen de la justicia, y cuya profesion es dar *higos y pasas* por *hierro viejo*; el otro que siempre detrás de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina*: capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender despues, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantener él y su caballería, que al fin son dos, aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga mas familia; el que vende *alpiste* para *canarios*, la que pregona *pajuelas*, etc. etc.

Pero entre todos los modos de vivir, ¿qué me dice el lector de la traperera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada, y aun mas comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La traperera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante tambien á la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atencion á que otros

hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decia, sacando de cada parte solo el jugo que necesita: repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los mas recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de mas decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sexto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto esquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces por un sentimiento simultáneo, por una relacion simpática que existe entre la voluntad de la traperera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La traperera por tanto con otra educacion seria un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: hé ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la traperera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditacion, á la contemplacion de la muerte, de que es viva imágen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la traperera con la muerte: en ella vienen á nivelarse todas las gerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervantes y Avellaneda: allí como en un cementerio, vienen á colocarse al lado los unos de los otros los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reunen por única vez las poesías, releidas, de Quintana, y las ilegibles de A.***: allí se codean Calderon y C.***. allá van juntos Moratin y B.***. La traperera, como la muerte, *æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres*. Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre: ¡de cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡de cuántos banderos la segunda.

El cesto de la traperera, en fin, es la realizacion, única posible, de la fusion, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio y la Estrella, la Revista y la Abeja*, las metáforas de

Martinez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la traperera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecia, así la traperera no es nunca jóven: nace vieja: estos son los dos oficios extremos de la vida: y como la Providencia, justa, destinó á la mortificacion de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la muger para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios á la traperera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese ser, con todo ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior, la traperera por lo regular (antes por supuesto de serlo) ha sido jóven, y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera oscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y éste la hubiera sostenido. Por desdicha era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérsele creer: perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó á naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista: un caballereite fué de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el cesto: de allí á algun tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trages y costumbres, la recomendó eficazmente á una modista: nuestra heroína tuvo diez años felices de modistilla: el pañuelo de labor en la mano, el *fichu* en la cabeza, y el galan detrás, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó á ser prima de un procurador (de la curia), que como pariente, la alhajó un cuarto: poco despues el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro: esta fué la época de su apogeo y de su gloria: de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos: entonces empezó á bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo: luego mudó

de barrios hasta el hospital: la vejez, por fin, vino á sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades: el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana:

¡Ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!

Llena por consiguiente de recuerdos de grandeza, la trapera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al día y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distincion, alguna mirada de cuando en cuando... algun... nada. Pero ni una contestacion de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daría la vida por un harapo de su señora.

¡Ah! ¡mundo de dolor y de trastrueques! La trapera es ¡mas feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo!! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera: por fin, sale, y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! esa que desprecia lleva en su canasta, cogidos á su misma vista, el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntacion antigua de la ropa dada á la lavandera, toda de su letra (la cosa mas tierna del mundo) y una gola de linon hecha pedazos... ¡Una gola!! Y acaso el borrador de algun billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca; el corazon te dirá cuales son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la trapera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa así nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripcion á la trapera entre todos los demas menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, é íntima-

mente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos mas.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es indudablemente el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavacion subterránea, las mas veces sin luz ni pavimento. Al rayar del alba fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banqueta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra mas pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menage*: el cajon de las lesnas á un lado, su delantal de cuero, un calzon de pana y medias azules, son signos distintivos. Antes de estender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada: cualquiera al verla creeria que quiere decir: « *aquí se estropean botas.* »

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infelíz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazon tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente: la del segundo, en vista de esa primera proteccion, no quiere chocar con la señora condesa; los demas inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer el zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero á lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como una alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcon ó una puerta; pero se parece á la hiedra y á la muger: abraza para destruir. Es la yíbora abrigada en el pecho; es el raton dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora á que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con tiento, cuándo sube tal ó

cual caballero: ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinacion del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicoleos á toda criada que sale y entra, y se granjea por tanto su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie escapa. Para darle mas estension, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistentita*, es conocida por tal en el barrio: ¿se despidió una criada bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La muger del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reunen y hacen fondo comun de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policia, y él sobre cualquier friolera le pega una paliza, y hasta el dia siguiente. Esto necesita explicacion: los artesanos en general no se embriagan mas que el domingo y el lunes, algun dia entre semana, las pascuas, los dias de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los dias: esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se sube á las espaldas de la mujer; es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos que enredan

en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *observe usted quién entra y quién sale de mi casa*. A la vuelta ya sabrá quién debe solo decir que ha estado, ó *habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento...* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolucion, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galan no puede entrar en la casa, y es preciso que alguien entregue las cartas: el zapatero es hombre de bien, y por tanto no hay inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede... ¡que sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores, y los que persiguen á su mujer de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazon tan firme para no aficionarse sino á los que mas pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de en frente, adonde ha ido un momento á echar un trago: semejante á la araña, tiende la tela en el portal y se retira á observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar desechos... pero éste regularmente es un ladron encubierto que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparacion con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aun una historia particular, que les haríamos si no temiésemos fastidiar á nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho mas: la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, á cuarto la pieza: la mercadera de *torrados* de la Ronda: el de los *tirantes y navajas*: el car-

telero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina: los comparsas del teatro, condenados eternamente á representar por dos reales, barbas, un pueblo numeroso entre seis ó siete: el infinito *corbatines y almohadillas*, que está en todos los cafés á un mismo tiempo; siempre en aquel que usted está, y vaya usted al que quiera: el barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda: esa multitud de *corredores de usura* que viven de llevar á empeñar y desempeñar: esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando dias y enhorabuenas á gentes que no conocen: esa muchedumbre de maestros de lenguas á 30 reales y retratistas á 70 reales: todos los habitantes y revendedores del rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios? *Esas casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo... pero, no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto á costumbres y menudos oficios, acaso son los mas picantes los que es forzoso callar: los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningun *oficio* reconozco *mas á menudo*, y sirva esto de conclusion, ningun *modo de vivir* que dé *menos de vivir*, que el de escribir para el público, y hacer versos para la gloria: más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo mas si para leerlo á usted le componen cien personas, y con respecto á la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

LA CAZA.

Los tiempos en que la caza era á un mismo tiempo la ocupacion y la diversion de nuestros reyes y nuestros nobles, quedan ya bien lejos de nosotros: aquel sin número de empleados destinados á ese ejercicio que llenaban el palacio han desaparecido, dejando solo trás sí algun nombre que otro, alguna denominacion, fuera en el dia de su lugar. La invencion de la pólvora fue sin duda uno de los primeros golpes, casi mortales, para la antigua manera de cazar. ¿A qué mantener y educar costosamente varios halcones, cuando una menuda bola de plomo puede hacer en menos tiempo y sin precisa enseñanza el mismo camino? Las revoluciones, que han dejado apenas á los reyes tiempo para serlo, han venido despues á dar á ese ejercicio el último golpe de cachete; los sotos se han descuidado; las costumbres extranjeras se han introducido, y los teatros, los bailes, los cafés, el juego, los clubs y los periódicos han sustituido enteramente á aquella azarosa distraccion. En otros paises no han sido bastantes todas esas causas á destruirla; en Inglaterra, por ejemplo, magníficos parques, sostenidos y cuidados con el mismo esmero que todas las cosas inglesas, ofrecen aun abundante caza á los *gentlemen*, que dedican á sus locas batidas una estacion del año. En Alemania no es menor la aficion, y en algunos otros puntos de Europa, como en el Tirol, se encuentran en punto á caza tiradores de sorprendente habilidad.

Entre nosotros Carlos IV ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre en sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversion en la cual ya no tenian á quien remedar: en España, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos; pero no hay *caza* propiamente dicha, y solo en algun rincon de provincia da todavía esta antigua aficion señales de un resto de agonizante vida.

Una de las provincias á que esto puede aplicarse con mas ra-

zon es la Estremadura: destinada la mayor parte á dehesas para pasto, malezas y jarales, se puede decir que es casi toda ella un inmenso solo: agréguese á esto que no necesitando cultivo alguno ni laboreo la mayor parte de su terreno, gran parte de los hombres del país no tienen mas modo de vivir que constituirse guardas de las dehesas de los señores, ó darse ellos mismos á la caza, atropellando todos los respetos de la propiedad, que en ninguna otra provincia está mas desconocida, y haciendo la vida de los pueblos primitivos, del hombre de la naturaleza: ni agricultura todavía, ni industria, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni bellas letras... caza para comer y cubrirse: hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras: la existencia y la fisonomía de estos seres son enteramente originales.

Al dejar Mérida el conde de***, jóven de una ilustracion y un talento poco comunes en su edad, de un patriotismo que ha probado en varias ocasiones, y de un trato superior á todo elogio, en cuya compañía habia salido de Madrid, me invitó á pasar unos dias en una de sus mejores posesiones, famosa en el país por la abundancia de caza mayor y menor que encierra. No llevando en mi viaje ni prisa, ni objeto determinado, siéndome del todo indiferente matar el tiempo en una dehesa, en Badajoz ó fuera de España, y costándome por otra parte algun trabajo separarme tan pronto de una persona cuya amistad habia hecho para mí de un viaje árido un paseo delicioso, me decidí á admitir un convite que podia proporcionarme además una ocasion de estudiar la caza y los cazadores.

No tardamos en llegar al desierto que íbamos á habitar por algunos dias: una dehesa inmensa, empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y yerbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas, y hormigueando por todas partes la caza: jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves de todas especies y colores, todo esto junto, revuelto, y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando, cantando, una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de dia color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lucientes estrellas, dándo-

le de noche sombras y misterio: figúrese usted todo esto, añádale usted algun rebaño de ovejas y cabras trepando por la colina, tal cual vaca al parecer sin dueño, alguna yegua de un pastor seguida de sus potros, alguna mula, algun otro cuadrúpedo que no nombraré, diversas castas de perros, mastines, ca-seros y de caza, un gallinero en la cabaña de los guardas y un arroyo de cuando en cuando poblado de ruidosas ranas, y tendrá usted la representacion perfecta de la creacion.

La vivienda humana, la poblacion mas inmediata, está dos leguas, Ornachos, célebre en el país por sus naranjas, que pueden realmente competir, sino en el número, en la calidad con las mejores de Valencia, de Andalucía y de Portugal. Tanto éste como los demás pueblos del alrededor son enteramente cazadores, lo cual no puede menos de resultar en grave perjuicio de la misma caza, que diariamente se disminuye, y que acabará por desaparecer del todo.

El aspecto de uno de esos hombres que viven de la caza, llamados vulgarmente *corsarios*, no es menos original que su lenguaje. Un mal sombrero gacho amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra de piel; calzón de paño burdo; polaina ó botín de cuero; sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado un pedazo de piel, sin curtir, sujeto á la pierna con cordeles; una canana al rededor del cuerpo; un morral de piel; perdigonera y polvorin de cuerno y una escopeta sencilla, vieja, antiquísima, de cañon largo, de chispa, llena toda de remiendos y composturas, escopeta sin embargo que ninguno de ellos cambiaria por otra de dos cañones y piston del mismo *Delpire*, y escopeta que jamás les falta. Barba crecida; las pestañas y las cejas comidas de la intemperie, las manos y la cara como las de las fieras que persiguen, curtidas, sin pasiones, sin sentimientos, sin espresion: seres de los montes, sus facciones parecen rayas indeterminadas semejantes á las de la corteza de los árboles. No pregunte usted á este hombre si hay rey ó reina en Madrid, si es carlista ó liberal; si no, si hay caza en el monte. Despues de su frugal almuerzo, el corsario se lanza fuera de su choza alguna vez con reclamo, mas comunmente con perro, tan fiero y tan campesino como él, y nuevo Robinson del monte, le recorre, le devasta, le saquea, y corre á vender al pueblo inmediato por siete ú ocho cuartos el fruto

del sudor de un dia, que él nunca come, sea por hastío, sea por remordimiento. ¿Por remordimiento? Precisamente: no puedo hallar otro origen á la diferencia que el hombre establece entre matar hombres y animales que su infinito amor propio: sin embargo, hay animales que valen mas que hombres, y hombres que deberian darse la enhorabuena sino fueran mas que animales.

Pero llega el domingo, dia anhelado por los empleados de la ciudad inmediata. ¿Es una pascua? Mejor: la batida durará tres dias: el sábado por la tarde se ensillan los caballos, se hacen provisiones, y en marcha. Se convocan los mejores escopetas y corsarios, aquellos para darles *ojeos* en competente número y cubrir todos los *puestos*, y estos para dirigirlos y reconocer las *manchas* ó espesuras donde se alberga la caza. Aquella noche se pasa al hogar al rededor de una encina, oyendo al corsario mas experimentado: él esplica la caza de la perdiz como mas divertida y honorífica: la de los conejos al *aguardo* es pesada, y no se puede hacer sino á la madrugada y á la caida de la tarde: en tiempo de su cria, la mejor es la *chilla*: la *mancha* de la *tristeza*, que cae al oriente, es la mejor para liebres; en otro *manchon* hay venado ó *cochina*; pero ese no se puede cazar sin gran *recoba*, y todavía no se han traído los perros: él arregla los ojeos para el dia siguiente, y asainetea en fin su conversacion con el relato útil de mil anécdotas de caza, con la variedad de los lances de su vida.

A la mañana con la aurora todo el mundo está alerta: los corsarios y escopetas, de pie y en rueda, hunden en un enorme caldero, despues de haberse santiguado, su cuchara de cuerno sin mango, sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar á la mano y de esta á la boca; repetida esta operacion hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va á dar la batalla: momento de confusion: nadie pide parecer, cada cual da el suyo: uno pide pólvora, otro perdigones, otro postas por si sale alguna res: en fin, se carga: los ojeadores, precedidos de un corsario, van á tomar la vuelta de la *mancha* ó espesura designada, y á rodearla, en tanto que las escopetas y cazadores, capitaneados por otro corsario inteligente, van á ocupar con el mayor silencio los puestos á la parte contraria: allí, estátuas de sí mismos, y árboles

entre otros árboles, esperan traidoramente á las víctimas, que ahuyentadas y encaminadas á ellos por los palos y las voces de los ojeadores, vienen á ofrecerse al tiro, no teniendo otra salida que los puestos. Apurada una mancha se pasa, á otra, y así sucesivamente. A media mañana se comen unas naranjas y se echa un trago: á las tres ó á las cuatro se recoge la gente á la casa, y se devora con apetito parte de la mortandad de la mañana: con el bocado en la boca, y con todo el calor del sol, se vuelve á la caza, se cena, se sueña con la caza, hombres y perros, y al dia siguiente se repite la misma funcion.

Los escopetas y cazadores ejercitados matan; pero los aficionados principiantes ó se sobrecogen á la salida del *bicho* y pierden el momento favorable, ó se mueven y hacen torcer de su camino los animales maliciosos, ó tiran por fin demasiado pronto sin calcular el tiempo y la distancia, el vuelo recto de la perdíz, ó torcido de la paloma; en una palabra, no logran hacer dar á una liebre la vuelta de *campana*.

Concluida la batida, se suman las piezas, se reunen las tropas, se cruzan apuestas sobre el número de vencejos que matarán en el pueblo el dia siguiente: hay quien se atreve á matar con bala, de doce nueve: se suceden las burlas y los denuestos entre los peritos, y los pobres aficionados se muerden los labios de despecho, y se vuelven á la ciudad con una insolacion ó un tabardillo, la piel tostada, y con la perspectiva ante los ojos de los sarcasmos y las chanzas de las damas, que los esperan con impaciencia para vengarse de la soledad en que las ha dejado una diversion, que por lo regular aborrecen como una rival que les roba sus víctimas y adoradores.

El cazador generalmente es infatigable: á la larga le sucede siempre alguna avería, ó pierde un ojo ó un dedo, ó se rompe un brazo, y diariamente por lo regular se hiere y se estropea bregando entre la maleza: el sol y el aire, el agua y el frio le combaten, los peligros le cercan; pero todo ello es nada á sus ojos. Haya que matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida, envidiable aun para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desnudo de ambicion y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la aficion á la caza es como el amor, que donde está ha de dominar. Es como ciertas enfer-

medades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo : el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él : en medio de su frenesí su podenco mismo entre las matas es un zorro : un compañero que bulle entre la jara es un ciervo : y el burro del ganadero que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe mas de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en faltarle alguna vez : su perro es su querida, su compañera, su mujer. En cuanto á las ventajas, apelamos á todo cazador viudo. La verdad, ¿cuál cuesta menos? ¿cuál vale mas?

Se entiende que estas circunstancias solo corresponden al verdadero cazador, al cazador de batida; de ningun manera al cazador de Madrid, que equipado de los pies á la cabeza de instrumentos de caza, seguidos de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo por la puerta de Atocha, con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta á los gorriones de la pradera del Canal, y se vuelve molido y sudado al anochecer, despues de haber tenido que comprar algun conejo y una caña de alondras para

á casa

volver, como suele el conde de Toledo, vencedor.

Este simulacro de cazador le ha descrito ya mejor que pudiera yo hacerlo mi antecesor el *Curioso Parlante*, y le dejaré por tanto descansar sobre sus comprados laureles.

Despues de haber sufrido á la intemperie ratos que hubieran sido muy pesados á no haberlos aligerado la compañía del conde, y de habernos ocupado seriamente unos cuantos dias en matar aquellos animales, que ni nos hacian daño, ni nos estorbaban, ni podian oponernos resistencia (si bien á mí me podia tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver á probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido, y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocacion, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

IMPRESIONES DE UN VIAJE.

Última ojeada sobre Estremadura.--Despedida á la patria.

Por fin, debía dejar la España, pero bien como el que se separa de una querida á quien ha debido por mucho tiempo su felicidad, no podia menos de volver frecuentemente la cabeza para dar una última ojeada á esa patria donde habia empezado á vivir, porque en ella habia empezado á sentir.

Uno de los puntos que antes de mi partida se ofrecieron á mi vista fue Alange, pueblecillo situado á la falda de una colina, y en una posicion sumamente pintoresca: esta villa, que dista pocas leguas de Mérida, posee una antigüedad sumamente curiosa: un baño romano de forma circular y enteramente subterráneo, cuya agua nace allí mismo, y que se mantiene en el propio estado en que debía estar en tiempo de los procónsules; recibe su luz de arriba, y los habitantes, no menos instruidos en arqueología que los meridenses, le llaman tambien el *baño de los moros* (*Véase nuestro artículo sobre antigüedades de Mérida*).

La colocacion de este baño hace presumir que los romanos debieron de conocer las virtudes de las aguas termales de Alange. En el dia son todavía muy recomendadas, y hace pocos años se ha construido en el centro de un vergel espesísimo de naranjos á la entrada de la poblacion una casa de baños, donde los enfermos, ó las personas que se bañan por gusto, pueden permanecer alojados y asistidos decentemente durante la temporada. El agua sale caliente, pero no se nota en su sabor, ni en su olor, ninguna diferencia esencial del agua comun. Los naturales me refirieron una de sus primeras virtudes populares. Los arroyos y pequeñas charcas que se forman en el país de la aguas llovedizas, crian infinitas sanguijuelas, las cuales

se introducen muchas veces en la boca de las caballerías y las desangran: en tales casos parece que con solo llevar el animal, acometido mal su grado del régimen brusista, al manantial termal y hacerle beber del agua, los bichos sanguinarios sueltan la presa y dejan libre al paciente. En una nación donde hay tanta sanguijuela, que como la de Horacio no se separa de su empleo, *nisi plena cruoris*, no parece inútil la publicación de este sencillo modo de hacerles soltar la presa. Solo es de temer que no haya en todo Alange agua bastante para empezar.

Este pueblo, de fundación árabe, posee además en lo alto de un cerro eminente los restos de un castillo moro, y á sus pies corre el Matachel, riachuelo ó torrente notable por la abundancia de adelfas que coronan sus márgenes.

Considerada la Estremadura históricamente ofrece al viajero multitud de recuerdos importantes y patrióticos, y hace un papel muy principal en nuestras conquistas del nuevo mundo: de ella salieron la mayor parte de nuestros héroes conquistadores. Hernan Cortés reconoce por patria á Medellin, y Pizarro á Trujillo. Este último pueblo conserva un carácter severo de antigüedad que llama la atención del viajero; los restos de sus murallas, y multitud de edificios particulares repartidos por toda la población, tienen un sello venerable de vejez para el artista que sabe leer la historia de los pueblos y descifrar en sus monumentos el carácter de cada época.

Pero considerada la Estremadura como país moderno en sus adelantos y en sus costumbres, es acaso la provincia mas atrasada de España, y de las que mas interés ofrecen al pasajero.

Si se exceptua la Vera de Plasencia y algun otro punto, como Villafranca, en que se cultiva bastante la viña y el olivo, la agricultura es casi nula en Estremadura. La riqueza agrícola de la provincia consiste en sus inmensos yermos, en sus praderas y encinares, destinados á pastos de toda clase de ganados. Antes de la guerra de la independencia y del decaimiento de la cabaña española, las dehesas eran un manantial de riqueza para el país, y sobre esa base se han acumulado fortunas colosales. Aun en el dia, produciendo mas la tierra de las dehesas que la puesta á labor, fácilmente se concibe que la provincia debe de ser sumamente despoblada; y reasumida la poca riqueza en unos cuantos señores ó capitalistas, resulta una

desigualdad inmensa en la division de la propiedad. El sistema de las dehesas es sumamente favorable además á la caza, de suerte que el pobre no halla mas recurso que ser guarda de una posesion, cuando tiene favor para ello, ó darse á aquel ejercicio. Asi es que hay pueblos enteros que se mantienen como las sociedades primitivas, y que están á dos dedos del estado de la naturaleza: ejercen su profesion así en los terrenos de los *propios* como en los de pertenencia particular: en ninguna provincia puede estar mas desconocido el derecho de propiedad.

El hombre del pueblo en Estremadura es indolente, perezoso, hijo de su clima, y en extremo sobrio. Pero franco y veraz, á la par que obsequioso y desinteresado. Se ocupa poco de intereses políticos, y encerrado en su vida oscura, no se presta á las turbulencias. Animada en el dia la provincia del mejor espíritu por la buena causa, si no hará gran peso en la balanza liberal, tampoco ofrecerá un foco ni un asilo á los traidores.

La industria no existe mas adelantada que la agricultura: alguna fábrica de cordelería, de cinta, de paño burdo, de bayeta, de sombreros y de curtidos (sobre todo en Zafra) para el consumo del país, son las únicas excepciones á la regla general: por lo demás tampoco sus habitantes echan mucho de menos sus productos; las casas, miseramente alhajadas, no admiten superfluidad ninguna: si se exceptúan las pocas habitaciones de algunas personas de dinero y gusto, que en los pueblos principales hacen venir de fuera á gran costa cuanto necesitan, se puede asegurar que la vivienda de un extremeño es una verdadera posada, donde el cristiano no puede menos de tener presente que hace en esta vida una simple peregrinacion, y no una estancia.

Una vez conocido el estado de la agricultura y de la industria, fácil es deducir de cuán poca importancia será el comercio. Encerrada entre Castilla la Nueva, Portugal y Andalucía, sin rios navegables, sin canales, sin mas caminos que los indispensables para no ser una isla en medio de España, sin carruajes, ni medios de conduccion, ¿quién podría traer á una provincia despoblada, y acostumbrada á carecer de todo, sus productos, en cambio de los cuales solo puede ofrecer á la exportacion alguna lana (porque es sabido que los mas de los ganados que gozan sus pastos no son extremeños), algun aceite

que envia el Alentejo, algun cáñamo, miel, cera, piaras de cerdos y embuchados hechos de este precioso animal? El comercio de importacion es casi nulo; y la esportacion se podria reducir á la que se hace de ganados en la feria famosa de Trujillo, y á la que practican sus célebres choriceros en los mercados de Madrid. En el mismo Badajoz está muy espuesto el viajero á no encontrar nada de lo que necesite: si desgraciadamente no lleva consigo cuanto puede hacerle falta, ni encontrará un sombrero de buena calidad, ni calzado bien hecho, ni un sastre regular, ni unos guantes, en fin, cosidos en la capital. Algunas producciones escelentes de su suelo, como son las frutas, entre las cuales se distinguen las naranjas, el melon y la zandía, solo pueden servir al consumo del país.

La carrera de Madrid á Badajoz, principal camino de Estremadura, es una de las mas descuidadas é inseguras de España. En primer lugar no hay carruajes, una endeble empresa sostiene la comunicacion por medio de galeras mensajerías aceleradas, que andan sesenta leguas en cinco dias; es decir, que para llegar mas pronto el mejor medio es apearse. Por otra parte son tales, que galeras por galeras, se les pudieran preferir las de los forzados: solo de quince en quince dias sale una especie de *coche-góndola* con honores de diligencia. Servida además esta empresa por criados medianamente selváticos é insolentes, no ofrece al pasajero los mayores atractivos: añádase á esto que por economía, ó por otras causas difíciles de penetrar, durante todo el viaje paran sus carruajes en la posada peor de todo pueblo, donde hay mas de una.

En segundo lugar esas posadas, fieles á nuestras antiguas tradiciones, son por el estilo de la que nos pinta Moratin en una de sus comedias: todas las de la carrera rivalizan en miseria y desagrado, escepto la de Navalcarnero; que es peor y campea sola sin émulos ni rivales por su rara originalidad y su dismantelamiento: entiéndase que hablo solo de la que pertenece á la empresa de las mensajerías: habrá otras mejores tal vez: no es difícil.

En tercer lugar suele haber ladrones, y entre otras curiosidades que se van viendo por el camino (como por ejemplo el árbol en que fue ahorcado por su misma tropa el general San Juan en una época de exaltacion), mal pudiera olvidar los dos

amenos sitios que se descubren antes de llegar á Mérida, comúnmente llamados los *confesonarios*: el *grande* y el *chico*: nombre verdaderamente original: él solo es la mejor pincelada con que el escritor de costumbres puede pintar á un pueblo: nombre lleno de poesía y de misterio: nombre que vale él solo mas que una novela: nombre impregnado de un orientalismo singular, y á la vez terrible, sublime é irónico, dado por un pueblo religioso á un asilo de bandidos. Los confesonarios son dos hondonadas inmediatas, dos pequeños valles dominados por todas partes y protegidos de la espesura, donde los foragidos *confiesan* á los pasajeros, donde los *pecados* son el dinero y la vida, y donde un *puñal* hace á la vez de absolucion y de penitencia. Niéguese á nuestro pueblo la imaginacion. Otros países producen poetas. En España el pueblo es poeta.

Sobre la orilla izquierda del Guadiana, al O. y á una legua de la frontera de Portugal, se encuentra á Badajoz, antigua capital de la Estremadura, y residencia de sus reyezuelos moros. Esta plaza fuerte, cuyas fortificaciones ofrecen una rara mezcla de diversos sistemas de fortificacion, ofrece al forastero en su mayor eminencia restos venerables de sus dominadores árabes: murallas, calles, casas, y hasta torres enteras, revelan otros tiempos y otras costumbres al viajero. A la parte del rio se ve el palacio llamado de Godoy.

Por lo demás Badajoz nada ofrece de curioso: ni una iglesia digna de ser vista, ni un cuadro en ellas de mediano pincel, ni una mala biblioteca, ni un colegio, ni un teatro, ni un paseo. No se puede llamar paseo á los árboles nacientes del Campo de San Francisco, debidos al celo del general Anleo, ni al Campo de San Juan, pequeña plazuela en medio de la ciudad adornada de algunos árboles y bancos, ni teatro una especie de sala donde algunos aficionados, ó tal cual compañía ambulante, dan de cuando en cuando sus originales representaciones. La alameda de *Palmas* está abandonada por mal sana desde el cólera. El villar, el ejercicio de los Urbanos en el campo de San Roque, la retreta y dos ó tres cafés, son las distracciones de la poblacion. Hay una fonda llamada, si mal no me acuerdo, de *las Cuatro Naciones*. *Menos naciones y mejor servicio*, puede uno decir al salir de ella.

La amabilidad sin embargo y el trato fino de las personas y

familias principales de Badajoz compensan con usura las desventajas del pueblo, y si bien carece de atractivos para detener mucho tiempo en su seno al viajero, al mismo tiempo le es difícil a éste separarse de él sin un profundo sentimiento de gratitud por poco que haya conocido personas de Badajoz, y que haya tenido ocasion de recibir sus obsequios y de ser objeto de sus atenciones.

La costumbre que en todos los pueblos se conserva de blanquear casi diariamente las fachadas de las casas, les da un aspecto de novedad y de limpieza singulares: no hay edificio que parezca viejo; en una palabra, en Estremadura la casa es un ser animado que se lava la cara todos los dias.

Para pasar á Portugal se sale de Badajoz por la puerta de Palmas, y se pasa el Guadiana sobre un magnífico puente. No llamándome la atencion nada en Estremadura, me decidí por fin á partir.

Era el 27 de mayo: el sol empezaba á dorar la campiña y las altas fortificaciones de Badajoz: al salir salude el pabellon español, que en celebridad del dia ondeaba en la torre de Palmas. Media hora despues volví la cabeza: el pabellon ondeaba todavía: el Caya, arroyo que divide la España del Portugal, corria mansamente á mis pies: tendí por la última vez la vista sobre la Estremadura española: mil recuerdos personales me asaltaron; una sonrisa de indignacion y de desprecio quiso desplegar mis labios, pero sentí oprimirse mi corazon, y una lágrima se asomó á mis ojos.

Un minuto despues la patria quedaba atrás, y arrebatado con la velocidad del viento, como si hubiera temido que un resto de antiguo afecto mal apagado le detuviera, ó le hiciera vacilar en su determinacion, espatriado corria los campos de Portugal. Entonces el escritor de costumbres no observaba: el hombre era solo el que sentia.

CUASI.

Pesadilla política.

Hay hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda; que se constituyen maniveles de la gran máquina en que los demás no saben ser mas que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece. Hombres fascinadores, como la serpiente, que hacen entrar cuanto miran en la superferie de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al exterior sobre los demás objetos y les da vida y color. Son los grandes mojones que el Criador coloca á trechos en la creacion para recordarle su origen: por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

¡Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tamurbec, Leon X, Luis XIV, Napoleon!!! ¡Dioses en la tierra! Sus épocas participaron de su energía y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres notables, que recorrieron como satélites su misma carrera. Despues de ellos nada. Despues del coloso los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atrás una época que tendrá nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Despues del hombre grande, todo hombre es chico. Uno solo falta, y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ¡Y aun!!! Espirado el reino del hombre entran los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

¡Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos! ¡Si estaremos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí algo, mas fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

—Ven conmigo, dame la mano. ¿Ves esa mancha enorme que se estiende sobre la tierra, y crece y se desparrama como la gota de aceite que ha caído en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los países. Cada cual se apresura á traer aquí una piedra para contribuir al loco edificio... ¿No oyes ya la confusion de las lenguas? El inglés, el alemán, el español, el italiano, el... ¡Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasion se han tirado unos á otros á la cabeza los materiales de la grande obra; el suelo ha salido de madre como un rio de su alveo; las casas se han desmoronado... era el amago de la confusion, de la no inteligencia. ¡Una cadena nos pesa! dijeron: y en vez de añadir: ¡Fuera cadena! clamaron: ¡Otra que no pese! ¿*Risum teneatis?* El lobo los comia, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos á otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy están como estaban.

Sube á lo mas alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido del siglo y de sus palabras, y oirás sobre todas ellas la gran palabra, la palabra del siglo.

—Lo que veo es los hombres muy pequeños; pero la distancia sin duda...

—¡Ba! De aquí no se ve mas que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusion óptica (esta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres, y que ves bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de Roquefort, no son hombres tales, sino palabras. ¿No oyes el ruido que se exhala de ellos?

—¡Ah!

—Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes, palabras mónstruos. Es el mundo. Donde veas un hombre, acostúmbrate á no ver mas que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba; tampoco. Despacio. A veces en uno verás muchas palabras, tantas,

que aquel solo te parecerá cien hombres; en cambio otras veces, y será lo mas comun, donde creas ver cien mil hombres, no habrá mas que una palabra.

Mira las palabras de dos caras, palabras-bifrontes, Janos: son las palabras de honor, llamadas así por apodo; segun te necesiten las verás del bueno ó del mal frente. A su lado las *palabras-promesas*, *palabras-manifiestos*, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creidas; pero tan ambiláteras como las otras; *palabras-callos*, endurecidas, incorregibles, que han de arrancarse de raíz si han de dejar de doler.

¿Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se muerden, se baten, se matan...? Todo eso es la palabra *honor*. ¿Ves ese sin número, muchedumbre armada, toda erizada y hostil? Lo llamas ejército y no es mas que *ambicion*; *palabra-mónstruo*, *palabra-puerco-espin*, llena de puas: *palabra-porcebe*, toda patas y manos. Mira qué de furiosos; teas encendidas, sangre, saqueo, confusion: todo ese ruido son nueve letras: *fanatismo*, *palabra-loco de atar*; sin embargo, nadie la ata.

¡Ah! Aquí viene la *palabra-arlequin*, la *palabra-camaleon*. ¡Qué de faces, qué soltura! todos corren tras ella: inútilmente. Mira cómo la quiere coger la *palabra-pueblo*, gran palabra. La primera tiene ocho letras, *libertad*. Siempre que el *pueblo* va á cogerla, se mete entre las dos la *palabra-promesa*, la *palabra-manifiesto*; pero la *palabra-pueblo* es de las que llamé palabras-contrahechas; ciega, sordo-muda, se deja guiar é interpretar, sin hacer mas que dar de cuando en cuando palo de ciego; como no ve, da ciento en la herradura y ninguna en el clavo: por lo regular se da á sí misma.

Pero todo ese vano ruido se apaga y se confunde. ¡Sitio, sitio! ¡Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo. En ella se cifra nuestro siglo de medias tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras que reinan en figura de hombres y cosas por allá abajo, esta es en el dia la que reina sobre todas. CUASI. Ese es todo el siglo XIX. Obsérvala: á cada una de sus facciones le falta algo: no es mas que un perfil: ni está de pie, ni sentada. Vestida de blanco y negro, dia y noche. Mas breve: *palabra-cuasi*, *cuasi-palabra*.

Empecemos por aquí. Mira al suelo perpendicularmente. A

tus pies está la Francia. Un pueblo *cuasi-libre* la ocupa. En otro siglo hubiera hecho una revolucion entera; en este, y en su año 30, no ha podido hacer mas que una *cuasi-revolucion*; en el trono un *cuasi-rey*, que representa una *cuasi-legitimidad*. Una cámara *cuasi-nacional*, que sufre en el país de nuevo una *cuasi-censura*, *cuasi-abolida*, por la *cuasi-revolucion*; un rey *cuasi asesinado*; una gran nacion *cuasi-descontenta*, y otra *conmocion política cuasi-próxima*.

¿Qué ves en Bélgica? Un estado *cuasi-naciente* y *cuasi-dependiente* de sus vecinos, mandado por otro *cuasi-rey*.

Mira la Italia. Tantos estados *cuasi*, como ciudades: *cuasi* presa del Austria. La antigua Venecia *cuasi* olvidada. Un supremo pontífice, en el dia *cuasi* pobre, y del cual *cuasi* nadie hace caso.

Vuélvete al norte. Pueblos *cuasi* bárbaros, regidos por un emperador *cuasi* déspota en un país *cuasi* despoblado y desierto. En Alemania los pueblos *cuasi* mas civilizados con un gobierno *cuasi* absoluto, *cuasi* temperado por sus dietas, instituciones *cuasi* representativas. En Holanda, nacion *cuasi* toda mercantil y navegante, un rey *cuasi* rabioso, y cuyo poder *cuasi* se desmorona.

En Constantinopla mismo, un imperio *cuasi* agonizante, una civilizacion *cuasi* naciente, un sultan *cuasi* ilustrado, con costumbres *cuasi* europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio *cuasi* del mundo: un orgullo nacional *cuasi* insufrible; y otro *cuasi* rey que no decide *cuasi* nada; una mayoría *cuasi* Wight. Un gobierno *cuasi* oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una *cuasi* nacion, con una lengua *cuasi* castellana, y recuerdos de una grandeza *cuasi* borrada. Un *cuasi* ejército, y una *cuasi* proteccion á España, de *cuasi* seis mil hombres, *cuasi* todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la Península (es decir, de la *cuasi-insula*), unas *cuasi* instituciones reconocidas por *cuasi* toda la nacion: una *cuasi-Vendée* en las provincias con un gefe *cuasi* imbécil: *conmociones* aquí y allí *cuasi* parciales: un ódio *cuasi* general á unos *cuasi* hombres, que *cuasi* solo existen ya en España. *Cuasi* siempre regida por un gobier-

no de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algun dia. Por desgracia muchos hombres *cuasi* ineptos. Una *cuasi* ilustracion repartida por todas partes. Una *cuasi* intervencion, resultado de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. El *cuasi* en fin en las cosas mas pequeñas. Canales no acabados : teatro empezado : palacio sin concluir : museo incompleto : hospital fragmento ; todo á medio hacer... hasta en los edificios el *cuasi*.

Por último, tiende la vista por dó quiera : una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios : reyes y pueblos, y el *cuasi* triunfante de ella y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi* reyes y *cuasi* pueblos. Epoca de transicion, y gobiernos de transicion y de transaccion : representaciones *cuasi* nacionales, déspotas *cuasi* populares : por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disfrazado.

—¡ Oh !! dejadme respirar, por Dios ; estoy *cuasi* mareado.

—Plutarco ha dicho que los pueblos serian felices *cum reges philosopharentur, aut cum philosophi regnarent*. Respetando la opinion de Plutarco, yo me atreveria á decir que los pueblos no serán nunca felices, ni mas ni menos que los individuos que los componen. Pero pudieran al menos ser hombres y ser pueblos sino fueran en el dia *cuasi-nada*. Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que descuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Concluido este *cuasi*-sermon, cesé de oir ; y á poco cesé de ver : dejado de la mano del ser fantástico que me sostenia sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusion de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pie y en coche corren las calles de la gran Capital. Volví á ver los hombres de nuevo, grandes como no son ; y abrí los ojos buscando mi Cicerone.

No ví nada, sino el gran *cuasi* por todas partes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

<i>Mi nombre y mis propósitos.</i> —R. E. n.º 21.—15 Enero 1853.	11
<i>Empeños y desempeños.</i> —P. H.—Setiembre 1852.	15
<i>El casarse pronto y mal.</i> —P. H.—Noviembre 1852.	23
<i>El castellano viejo.</i> —P. H.—Diciembre 1852.	30
<i>Vuelva usted mañana.</i> —P. H.—Enero 1853.	39
<i>Representacion de los Zelos infundados, ó el Marido en la Chimenea.</i> —R. E. n.º 36.—1.º de Febrero 1853.	48
<i>Yo quiero ser cómico.</i> —R. E. n.º 34.—1.º de Marzo 1853.	52
<i>Ya soy redactor.</i> —R. E. n.º 39.—19 de Marzo 1853.	58
<i>Don Cándido Buenafé, ó el camino de la gloria.</i> —R. E. n.º 43 —2 de Abril 1853.	62
<i>En este pais.</i> —R. E. n.º 51.—30 de Abril 1853.	68
<i>Representacion de la comedia nueva, titulada Contigo Pan y Cebolla.</i> —R. E. n.º 75. — 9 de Julio 1853.	75
<i>Don Timoteo, ó el Literato.</i> —R. E. n.º 81.—30 de Julio 1853.	81
<i>La polémica literaria.</i> —R. E. n.º 84.— 9 de Agosto 1853.	89
<i>La fonda nueva.</i> —R. E. n.º 88.—23 de Agosto 1853.	95
<i>Poesías de don Francisco Martinez de la Rosa.</i> —R. E. n.º 91. —3 de Setiembre 1853.	100
<i>Las casas nuevas.</i> —R. E. n.º 94.—13 de Setiembre 1853.	103
<i>Representacion de La Fonda, ó la prision de Rochester.</i> —R. E. n.º 98.—27 de Setiembre 1853.	109
<i>Varios caractéres.</i> —R. E. n.º 104.—13 de Octubre 1853.	113
<i>Nadie pase sin hablar al portero.</i> — R. E. n.º 106.—18 de Octubre 1853.	117

<i>La planta nueva, ó el faccioso.—R. E. n.º 116.—10 de Noviembre 1833.</i>	123
<i>La Junta de Castel-o-branco.—R. E. n.º 120.—19 de Noviembre 1833.</i>	127
<i>Las circunstancias.—R. E. n.º 131.—15 de Diciembre 1833.</i>	135
<i>Representacion de Un tercero en discordia.—R. E. n.º 137.—29 de Diciembre 1833.</i>	139
<i>Representacion de la Mogigata.—R. E. n.º 152.—2 de Febrero 1834.</i>	144
<i>Id. de El sí de las niñas.—R. E. n.º 155.—9 de Febrero 1834.</i>	147
<i>Los tres no son mas que dos.—R. E. n.º 159.—18 de Febrero 1834.</i>	150
<i>El siglo en blanco.—R. E. n.º 187.—9 de Marzo 1834.</i>	157
<i>Ventajas de las cosas á medio hacer.—R. E. n.º 170.—16 de Marzo 1834.</i>	161
<i>Hernan Perez del Pulgar.—R. E. n.º 176.—30 de Marzo 1834.</i>	165
<i>Representacion de Un novio para la niña.—R. E. n.º 177.—1.º de Abril 1834.</i>	168
<i>El hombre pone y Dios dispone.—R. E. n.º 180.—4 de Abril 1834.</i>	172
<i>Vidas de españoles célebres.—R. E. n.º 184.—9 de Abril 1834.</i>	175
<i>Representacion de La niña en casa, y la madre en la máscara.—R. E. n.º 188.—14 de Abril 1834.</i>	179
<i>Espagne poetique.—R. E. n.º 197.—24 de Abril de 1834.</i>	184
<i>Representacion de La Conjuracion de Venecia.—R. E. n.º 198.—25 de Abril 1834.</i>	190
<i>Las palabras.—R. E. n.º 209.—8 de Mayo 1834.</i>	196
<i>Representacion de Numancia.—R. E. n.º 236.—9 de Junio 1834.</i>	199
<i>Jardines públicos.—R. E. n.º 246.—20 de Junio 1834.</i>	201
<i>Representacion de Tanto vale Cuanto tienes.—R. E. n.º 260.—6 de Julio 1834.</i>	205
<i>Carta de Figaro á un bachiller su corresponsal.—R. E. n.º 285.—31 de Julio 1834.</i>	210
<i>Segunda y última carta de Figaro al bachiller su corresponsal desconocido.—R. E. n.º 298.—15 de Agosto 1834.</i>	215
<i>Modas.—R. E. 309.—24 de Agosto 1834.</i>	219
<i>La gran verdad descubierta.—R. E. n.º 321.—5 de Setiembre 1834.</i>	221

<i>El Ministerial.</i> —R. E. n.º 332.—16 de Setiembre 1834.	223
<i>Segunda carta de un liberal de acá á un liberal de allá.</i> —Ob- servador n.º 85.—7 de octubre 1834.	227
<i>Primera contestacion, etc.</i> —Ob. n.º 93.—15 de octubre 1834.	231
<i>La cuestion transparente.</i> —Ob. n.º 97.—19 de octubre 1834.	234
<i>¿ Entre qué gentes estamos? </i> —Ob. n.º 110.—1.º de Noviem- bre 1834.	236
<i>Dos liberales; primer artículo.</i> —Ob. n.º 122.—15 de No- viembre 1834.	242
<i>Dos liberales; segundo id.</i> —Ob. n.º 125.—16 de No- viembre 1834.	247
<i>La vida de Madrid.</i> —Ob. n.º 151.—12 de Diciembre 1834.	251
<i>Bailes de Máscaras, billetes por embargo.</i> —Ob. n.º 156.— 17 de Diciembre 1834.	255
<i>La calamidad europea.</i> —Inédito.—Agosto 1834.	258
<i>Tercera carta de un liberal de acá á un liberal de allá.</i> — I. — Setiembre 1834.	263
<i>Lo que no se puede decir, no se debe decir.</i> —I. — Octubre 1834.	267
<i>Revista del año 1834. In.</i>	270
<i>La Sociedad.</i> —R. E. n.º 450.—16 de Enero 1835.	273
<i>Un periódico nuevo.</i> —R. E. n.º 460.—26 de Enero 1835.	280
<i>La Policia.</i> —R. E. n.º 472.—7 de Febrero 1835.	287
<i>Por ahora.</i> —R. E. n.º 475.—10 de Febrero 1835.	292
<i>Literatura. Poesías de don Juan Bautista Alonso.</i> —R. E. n.º 484.—19 de Febrero 1835.	296
<i>Carta de Figaro á su antiguo corresponsal.</i> —R. E. n.º 2.— 2 de Marzo 1835.	302
<i>El Hombre-globo.</i> —R. E. n.º 9.—9 de Marzo 1835.	306
<i>La alabanza, ó que me prohiban este.</i> —R. E. n.º 16.—16 de Marzo 1835.	316
<i>Un reo de muerte.</i> —R. E. n.º 30.—30 de Marzo 1835.	319
<i>Una primera representacion.</i> —R. E. n.º 54.—3 de Abril 1835.	325
<i>La Diligencia.</i> —R. E. n.º 47.—16 de Abril 1835.	333
<i>El Duelo.</i> —R. E. n.º 58.—27 de Abril 1835.	340
<i>El Album.</i> —R. E. n.º 64.—3 de Mayo 1835.	347
<i>Las antigüedades de Mérida: primer artículo.</i> —R. E. n.º 82.—22 de Mayo 1835.	353

IV

Idem: segundo y último artículo.--R. E. n.º 91.--30 de Mayo 1855. 357

Los calaveras: artículo primero.--R. E. n.º 94.--2 de Junio 1855. 364

Idem: artículo segundo y conclusión.--R. E. n.º 97.--5 de Junio 1855. 370

Modos de vivir que no dan de vivir. Oficios menudos.--R. E. n.º 121.--29 de Junio 1855. 378

La caza.--R. E. n.º 128.--6 de Julio 1855. 387

Impresiones de un viaje. Última ojeada sobre Estremadura. Despedida á la Patria.--R. E. 130.--18 de Julio 1855. 393

Cuasi.--R. E.-- Agosto de 1855. 399